

C.S. LEWIS

Mientras no tengamos rostro



se

Ésta es la historia de Orual, una mujer fea e hija del rey de Gloma; y de Psique, su hermanastra pequeña, niña de belleza deslumbrante, víctima de un extraño encantamiento que transformará su vida. Se trata de la reinterpretación de una vieja historia de la mitología griega, presente en la mente del autor durante la mayor parte de su vida, hasta que adquirió lo que sería su forma exacta: una narración alegórica sobre el destino de los hombres, la búsqueda del rostro auténtico del ser humano.



C. S. Lewis

Mientras no tengamos rostro

Retorno a un mito

ePub r1.0

Tellus 04.07.13

Titulo original: *Till we have faces. A myth retold*

C. S. Lewis, 1955

Traducción: Luis Magrinyá

Editor digital: Tellus

ePub base r1.0



El amor es demasiado joven
para saber lo que es la conciencia.

SHAKESPEARE

Prólogo

C. S. Lewis nació en Irlanda en 1898. Estudió en Oxford, donde fue profesor de Literatura inglesa medieval y renacentista desde 1925 hasta 1954. Este año, se trasladó a Cambridge, donde siguió impartiendo sus clases hasta el día de su muerte, en 1963.

Durante su estancia en Oxford, trabó amistad con J. R. R. Tolkien, en quien descubrió un profundo parentesco espiritual. Lewis era ateo, pero poco a poco emprendería una peregrinación interior que, tras recorrer las diversas parcelas del pensamiento moderno, le condujo a la fe cristiana. Desde entonces, su asombroso sentido común y su incomparable clarividencia para descubrir el núcleo de las cuestiones, produjeron multitud de ensayos teológicos y filosóficos de gran calidad, escritos en un lenguaje sencillo, asequible a todos los públicos. Prueba de ello es el gran éxito editorial que sus libros han alcanzado en Europa y Estados Unidos.

En este libro, que es una de las pocas obras narrativas del autor, late la pregunta que el hombre de todos los tiempos se ha planteado: ¿quién soy yo? No simplemente quién es el hombre en general, sino qué debe tener la vida para que sea «mi» vida, cómo lo que pasa puede llegar a ser lo que «me» pasa, qué debo hacer para que mi apariencia no sea una simple máscara sino mi verdadero rostro. Es la pregunta por el camino que debe seguir el hombre para redescubrir su identidad personal: su nombre propio.

Para Lewis, el intento de dominar lo que soy, lo que vivo, lo que poseo y lo que amo, reviste siempre un carácter engañoso; querer controlar mi apariencia ante mí mismo y ante los demás no deja de ser una mascarada. Por eso sólo la apariencia rendida, entregada, sencilla, es convincente. Pero a esta autenticidad no se llega por un camino de esfuerzos excesivamente lúcidos, por un desprendimiento inhumano, por una autonegación que casi sea un suicidio. El camino hacia la luz del propio rostro discurre con más simplicidad, sin sospechosas pretensiones ni histerismos, por derroteros de obediencia que —desde fuera— pueden parecer muy difíciles, pero que para el caminante se hacen asequibles y naturales, y que éste recorre casi sin darse cuenta, con espontánea sencillez.

Para expresar esto, Lewis recurre al mito de Psique y Cupido. La historia que presenta es la historia de toda humildad, de toda ingenuidad infantil: la historia del verdadero corazón del hombre, en cuya búsqueda invertimos toda nuestra existencia. Es la historia del rostro auténtico del ser humano, rostro que es el único que puede dar sentido y unidad a los diversos aspectos —de técnica, poder, conocimiento, riqueza— de la vida del hombre.

EDUARDO TERRASA

Nota

La historia de Cupido y Psique aparece por vez primera en una de las escasas novelas latinas que conservamos, las *Metamorfosis* (a veces llamada *El asno de oro*) de Lucio Apuleyo Platónico, que nació hacia el 125 A. D. Su contenido, en lo que nos atañe, es el siguiente:

Un rey y una reina tenían tres hijas, la menor de las cuales era tan hermosa que los hombres la adoraban como si fuese una diosa y descuidaron por su causa el culto a Venus. Tanto era así que Psique (así se llamaba la hija menor) no tenía pretendientes; los hombres veneraban demasiado su supuesta divinidad para aspirar a su mano. El padre, al consultar al oráculo de Apolo respecto a su matrimonio, recibió esta respuesta: «No esperes un yerno humano. Abandona a Psique en una montaña y deja que sea pasto de un dragón». Y él, obedientemente, la abandonó.

Venus, sin embargo, celosa de la belleza de Psique, había concebido ya su propio castigo: había ordenado a su hijo Cupido que inflamase a la muchacha con una pasión irreprimible por los hombres de más vil condición. Cupido se disponía a cumplir el mandato, pero al ver a Psique él mismo se enamoró. Apenas la abandonaron en la montaña, hizo que el Viento de Poniente (el Céfitro) se la llevase a un lugar secreto donde él había dispuesto un magnífico palacio. Allí la visitaba por las noches y gozaba de su amor; le prohibió, no obstante, ver su rostro. Poco después ella le pidió permiso para que sus dos hermanas fueran a visitarla. El dios consintió de mala gana, pero las llevó volando al palacio. Agasajadas como reinas, las hermanas expresaron gran satisfacción a la vista de todo aquel esplendor. Pero por dentro la envidia las reconcomía porque sus maridos no eran dioses, ni sus casas tan hermosas como la de su hermana.

Así pues, se confabularon para destruir su dicha. Al volver a visitarla le hicieron creer que su misterioso marido debía ser en realidad una monstruosa serpiente. «Esta noche —le dijeron— ve a tu alcoba con una lámpara tapada con un velo y un cuchillo afilado. Cuando él se haya dormido, descubre la lámpara (verás el horror que yace en tu lecho) y mátalos de una puñalada». Psique, crédula, prometió hacerlo.

Cuando destapó la lámpara y vio al dios durmiente, lo miró rebosante de amor, hasta que de la lámpara cayó una gota de aceite caliente sobre su hombro y lo despertó. Cupido, en pie de un salto, desplegó sus brillantes alas, y, recriminándola, ante su vista se evaporó.

Las dos hermanas no pudieron disfrutar a sus anchas de la mala acción, pues Cupido tomó medidas para causarles la muerte. Entretanto Psique erraba sin rumbo, maldita y desolada, deseando ahogarse en el primer río que le saliera a su camino; pero el dios Pan malogró su intento y la conminó a no repetirlo nunca más. Tras muchas calamidades cayó en manos de su más encarnizada enemiga, Venus, que la tomó como esclava, atormentándola e imponiéndole obligaciones que nadie habría sido capaz de sobrellevar. La primera de ellas, que consistía en seleccionar semillas colocándolas en montones separados, pudo cumplirla gracias a la ayuda de unas solícitas hormigas. Seguidamente, tuvo que hacerse con un mechón del vellocino de oro de ciertos corderos asesinos de hombres; a la orilla de un río, un juncos le susurró al oído que podía hacerlo recogiendo la lana que quedaba enredada entre los arbustos. Después, tuvo que llenar una copa con agua de la Estigia, adonde sólo podía llegarse trepando a la cumbre de unas montañas intransitables; pero un águila salió a su encuentro, tomó la copa de sus manos y se la devolvió llena de aquella agua. Por último, enviada al mundo inferior, hubo de ir a buscar para Venus, y encerrar en una caja, la belleza de Perséfone, la Reina de

los Muertos. Una voz misteriosa le indicó la manera de llegar hasta Perséfone sin perder por ello la ocasión de regresar a nuestro mundo: durante el trayecto, varias personas, aparentemente dignas de su compasión, le suplicarían ayuda, pero ella no tenía que hacerles caso. Y cuando Perséfone le entregase la caja (que contenía su belleza), en ningún caso debía abrirla para mirar en su interior. Psique obedeció en todo y regresó con la caja al mundo superior, pero en ese momento la curiosidad la pudo y acabó mirando lo que había dentro. Al instante se desmayó.

Cupido volvió entonces junto a ella, pero esta vez fue para perdonarla. Intercedió ante Júpiter, quien autorizó sus bodas y consintió en convertir a Psique en una diosa. Venus se avino a ello, y todos vivieron felices para siempre jamás.

Mi modificación principal en esta versión ha consistido en hacer que el palacio de Psique sea invisible a los ojos normales, mortales... si «hacer» no es una palabra equívoca para algo que se me impuso por sí mismo, desde la primera vez que leí la historia, como lo que realmente tuvo que ser. Este cambio de rumbo comporta un motivo más ambiguo y un carácter distinto para mi heroína y, finalmente, altera por completo la naturaleza del relato. Me sentí libre para seguir a Apuleyo, a quien veo como su transmisor, no como su creador. Nada más lejos de mi ánimo que recuperar la peculiar naturaleza de las *Metamorfosis*: esa extraña mezcla de novela picaresca, cómic de terror, tratado mistagógico, pornografía y ejercicio de estilo. Apuleyo fue, por descontado, un hombre de genio: pero en lo que se refiere a mi trabajo es una «fuente», no una «influencia» o un «modelo».

Su versión ha sido seguida muy de cerca por William Morris (en *The Earthly Paradise*) y por Robert Bridges (*Eros and Psyche*). Ninguno de los poemas revela, en mi opinión, lo mejor de sus autores. La versión completa de las *Metamorfosis* fue traducida por última vez por Mr. Robert Graves (Penguin Books, 1950).

C. S. Lewis

En otra ocasión, C. S. Lewis escribió sobre *Mientras no tengamos rostro*:

«Esta reinterpretación de una vieja historia ha permanecido en el pensamiento de su autor, adquiriendo con los años mayor densidad y solidez, desde antes de su licenciatura. Podría decirse, pues, que ha trabajado en ella la mayor parte de su vida. Recientemente, se le reveló en la que parecía ser su forma justa, y de pronto los motivos encajaron unos en otros: la narración cruda de la barbarie, los pensamientos de una mujer fea, ciega idolatría en pugna con pálidas luces y con la visión, y los estragos que una vocación, una fe incluso, causa en la vida humana».

Primera parte

Capítulo Primero

Soy vieja ya y la ira de los dioses no me inquieta demasiado. No tengo ni esposo ni hijo ni un amigo siquiera a quien puedan hacer daño. Mi cuerpo, esta escuálida carroña a la que aún hay que lavar y alimentar y vestir diariamente con tantas mudas, pueden destruirlo cuando les plazca. La sucesión está prevista. La corona pasa a mi sobrino.

Libre, pues, de temor, voy a escribir en este libro lo que nadie en posesión de la felicidad se atrevería a escribir. Acusaré a los dioses; especialmente al dios que habita la Montaña Gris. Voy a contar, en fin, desde el principio, todo lo que me ha hecho, como si expusiera mis cargos ante un juez. Pero no hay quien juzgue entre dioses y hombres, y el dios de la montaña no va a replicar. El terror y las calamidades no son una réplica. Escribo en griego, tal y como mi viejo maestro me enseñó. Quizá algún día un viajero de esas tierras vuelva a alojarse en este palacio y lea el libro. Quizá lo comente entre los suyos, que pueden, incluso respecto a los dioses, expresarse con gran libertad. Tal vez sus sabios entiendan mejor mi querella, si es justa o si el dios hubiera podido defenderse en caso de haber replicado.

Yo era Orual, la hija mayor de Trom, rey de Gloma. Para un viajero que venga del sudeste, la ciudad de Gloma se encuentra a la izquierda del río Shennit, a no más de un día de viaje desde Ringal, la ciudad más meridional de los dominios de Gloma. La ciudad está emplazada de espaldas al río, a la distancia que puede recorrer una mujer en un tercio de hora; porque la ribera del Shennit se inunda en primavera. En verano, pues, el lodo se secaba a uno y otro lado del río, y se llenaba de juncos y de aves acuáticas. Pasado el vado del Shennit, casi a la misma distancia que media entre éste y nuestra ciudad, se llega a la sagrada mansión de Ungit. Y, pasada la mansión de Ungit (yendo siempre hacia occidente y luego al norte), se encuentra uno sin demora en las estribaciones de la Montaña Gris. El dios de la Montaña Gris, que me odia, es el hijo de Ungit. Él no vive, sin embargo, en la mansión de Ungit: allí está Ungit sola, sentada. Sentada en el último rincón de la casa, donde todo está tan oscuro que apenas se la puede distinguir, y donde tan sólo en verano puede ocurrir que se filtre, entre los respiraderos del tejado, luz suficiente para dejárnosla entrever. Es una piedra negra sin cabeza, sin manos, sin rostro, y es una diosa muy poderosa. Mi viejo maestro, al que llamábamos el Zorro, decía que era la misma a quien los griegos dan el nombre de Afrodita; pero los nombres de gentes y lugares yo los escribo en nuestra propia lengua.

Empezaré mi relato el día en que murió mi madre y nos cortaron el pelo, según costumbre. El Zorro —aunque por entonces aún no lo teníamos con nosotros— decía que es costumbre aprendida de los griegos. Batta, la nodriza, nos lo cortó a mí y a mi hermana Redival fuera del palacio, a los pies del jardín que se extiende, en marcada pendiente, hacia la colina de atrás. Redival era mi hermana y tenía tres años menos que yo; las dos éramos, todavía, hijas únicas. Mientras Batta se ocupaba con las tijeras, otras muchas esclavas nos rodeaban, llorando a ratos la muerte de la reina y gopeándose el pecho; pero entre una cosa y otra gastaban bromas y comían nueces. A medida que los rizos de Redival caían al suelo a golpe de tijera, las esclavas iban diciendo: «¡Ay, qué lástima! ¡Tanto oro echado a perder!». Nada parecido habían dicho cuando me lo cortaban a mí. Sin embargo, de aquella tarde de verano, lo que más recuerdo es el frío que sentí en la cabeza, y el calor del sol en la nuca, cuando Redival y yo estábamos haciendo castillos de barro.

Nuestra nodriza Batta era una mujer rubia, de grandes huesos y fuertes manos, que mi padre

había comprado a unos mercaderes que la trajeron del lejano Norte. Cuando la hacíamos rabiar, solía decirnos: «Ya veréis cuando vuestro padre os traiga una nueva reina y sea vuestra madrastra. Entonces cambiarán las cosas para vosotras. Comeréis queso rancio en lugar de tortas de miel, y leche sin nata en vez de vino tinto. Ya veréis, ya».

El rumbo que tomaron los acontecimientos hizo que, antes de que nos trajeran una madrastra, nos trajeran otra cosa. Aquel día había habido una gran helada. Redival y yo, con unas botas que nos habían puesto (la mayor parte de las veces íbamos descalzas o con sandalias), tratábamos de patinar por el patio que hay detrás de la parte más antigua del palacio, la que tiene las paredes de madera. El camino desde la puerta del cobertizo al gran estercolero estaba todo cubierto de hielo, entre charcos y restos congelados de leche derramada y de orina de las bestias; pero la superficie era demasiado desigual para patinar. De pronto salió Batta, llamándonos con la nariz roja de frío:

—¡Rápido, rápido! ¡Ay de vosotras, cochinas! Lavaos enseguida y presentaos ante el rey. Ya veréis quién os espera. ¡Pues no van a cambiar ahora las cosas para vosotras...!

—¿Quién es? ¿La madrastra? —preguntó Redival.

—Algo peor, mucho peor, ya veréis —respondió Batta, limpiando la cara de Redival con la punta de su delantal—. Os esperan a las dos muchos latigazos, muchos tirones de orejas, muchos y duros trabajos.

De este modo, de prisa y corriendo, nos llevó a las nuevas dependencias del palacio, todas ellas de ladrillo pintado, con guardias armados, y pieles y cabezas de animales colgando de las paredes. Nuestro padre estaba de pie en la Sala de las Columnas, junto al hogar, y a su lado, en ropas de viaje, había tres hombres a quienes conocíamos bastante bien: eran mercaderes que venían a Gloma tres veces al año. Acababan de recoger sus balanzas, por lo que supimos que se les había pagado por algo, y uno de ellos estaba guardando un par de grilletas, por lo que supimos que acababan de vender un esclavo a nuestro padre. Había también entre ellos un hombre de baja estatura y complexión gruesa, del que pensamos enseguida que debía tratarse del hombre que le habían vendido, porque todavía se le podían ver en las piernas las magulladuras de los hierros. Sin embargo, no se parecía a esclavo alguno que hubiéramos visto jamás. Sus ojos brillaban con intensidad y su barba y su pelo, cuando no eran grises, eran rojizos.

—Pues bien, griego mío —decía mi padre al hombre aquel—, tengo esperanzas de engendrar un príncipe un día de éstos, y quiero verlo crecer en medio de toda la sabiduría de vuestro pueblo. Mientras tanto, habrás de practicar con *ellas* —nos señaló a nosotras, las niñas—. Si un hombre es capaz de enseñar algo a una muchacha, bien puede enseñar cualquier cosa. —Justo antes de despedirnos, añadió—: Especialmente a la mayor. A ver si puedes hacer de ella una mujer sabia; es prácticamente su única solución.

Yo no entendí nada, pero sabía, desde que tengo memoria, que cosas como ésas eran las que la gente decía de mí.

He querido al Zorro, como mi padre lo llamaba, más que nadie. Habriase dicho que un hombre que había sido libre en Grecia, luego prisionero de guerra y por fin vendido entre bárbaros lejos de su tierra, hubiera de mostrarse abatido. Y así era, a veces; probablemente más de lo que yo, a mis pocos años, pudiera imaginar. Pero jamás le oí lamentarse; y nunca le oí jactarse (como se jactaban todos los demás esclavos extranjeros) del gran hombre que había sido en su país natal. Sabía darse ánimos con proverbios de toda clase: «Ningún hombre es un verdadero exiliado si recuerda que el mundo entero

es una sola ciudad», y también: «Las cosas son buenas o malas según las hace nuestra opinión». Sin embargo, creo que lo que de verdad hacía de él un hombre tan animoso era su curiosidad. Nunca he conocido a nadie que hiciera tantas preguntas. Quería saberlo todo de nuestra tierra y de nuestra lengua, de nuestros antepasados y dioses, y hasta de nuestras flores y plantas.

Así fue como hube de contarle todo lo que sabía de Ungit, de las muchachas que tiene en su morada bajo su custodia, de los regalos que tienen que hacerle las jóvenes desposadas, y de cómo de vez en cuando, cuando el año es malo, tenemos que cortarle a alguien el pescuezo y verter sobre ella la sangre derramada. Se estremeció cuando dije esto y murmuró algo entre dientes; un momento después dijo:

—Sí, sin duda es Afrodita, aunque se parece más a la Afrodita babilónica que a la griega. Y ahora escucha: te contaré una historia de la nuestra.

Su voz se volvió más rítmica y profunda y me contó cómo su Afrodita se había enamorado una vez del príncipe Anquises, mientras éste apacentaba los rebaños de su padre en la ladera de una montaña llamada Ida. Y cómo, a medida que descendía por las verdes laderas hacia su cabaña de pastor, se le acercaron leones y linceos y osos y fieras de toda condición, que no tardaron en retirarse por parejas para entregarse a las delicias del amor. Ella, oscureciendo su halo, había querido adoptar la forma de una mujer mortal, y así se presentó ante Anquises, y lo sedujo, y juntos se encaminaron hacia su lecho. Sospecho que el Zorro, llegado a este punto, hubiese querido dar por terminada la historia; pero la poesía se había apoderado de él y tuvo que continuar: y contó cómo Anquises, al despertar de su sueño, vio a Afrodita de pie junto a la puerta de la cabaña, ya no como mortal sino con todo su esplendor. Así se dio cuenta de que había yacido con una diosa, y, tapándose los ojos, gritó: «Pues ahora, mátame».

—Nada de esto ocurrió en realidad, no hay ni que decirlo —dijo el Zorro de pronto—. Son sólo mentiras de poeta, pequeña, mentiras de poeta. Sin ajuste con la naturaleza —había dicho, sin embargo, lo suficiente para darme a entender que, si la diosa griega era más hermosa que la de Gloma, no era en absoluto menos terrible.

Con el Zorro siempre pasaba igual; se avergonzaba de que le gustase la poesía («Simples locuras, pequeña»), y yo tenía que esforzarme mucho en lectura, escritura y lo que él llamaba filosofía para sacarle un solo poema. Pero de este modo, poco a poco, llegó a enseñarme muchos. «Virtud, que el hombre anhela con trabajos y fatigas» era el que merecía sus mayores elogios, pero a mí no me engañaba. Su voz encontraba el auténtico tono, y el auténtico brillo acudía a sus ojos, cuando nos embarcábamos en «Llévame a la tierra fértil de las manzanas». o en

«La Luna se ha puesto
mas yo solo duermo».

Siempre cantaba esa canción con mucha ternura, como si algo le hiciese compadecerse de mí. Yo era su preferida, más que Redival, que odiaba estudiar y se burlaba y lo importunaba, e incitaba a las esclavas a jugarle malas pasadas.

Generalmente (en verano) trabajábamos en la pequeña parcela de hierba que hay tras los perales; allí estábamos un día en que el rey vino a vernos. Todos nos levantamos, por supuesto, nosotros dos y una esclava, con la mirada baja y las manos cruzadas sobre el pecho. El rey se dirigió al Zorro con

una palmada amistosa en la espalda y le dijo:

—Valor, Zorro. Ruega a los dioses porque todavía te queda un príncipe que educar. Y agrádecéselo también, Zorro, porque no siempre un pobre griego tiene la ocasión de guiar al nieto de un rey tan grande como el que va a ser mi suegro. Pero estoy convencido de que estas cosas ni las sabes ni te importan un comino. Allá, en tierras de Grecia, ¿no sois todos buhoneros y vagabundos?

—¿No somos acaso todos hombres de una misma sangre, señor? —dijo el Zorro.

—¿Una misma sangre? —dijo el rey mirándolo fijamente y con una fiera risotada—. Me disgustaría pensar que fuese así.

Al final fue, pues, el mismo rey y no Batta quien hubo de decirnos que la madrastra estaba al caer. Mi padre había hecho un buen partido. Iba a casarse con la tercera hija del rey de Cafad, el rey más poderoso a este lado del mundo. (Ahora comprendo por qué Cafad quería establecer una alianza con un reino tan pobre como el nuestro, y me he hecho cruces de que mi padre no fuese capaz de ver que su suegro era ya un hombre acabado. Aquel matrimonio era por sí mismo una prueba de ello).

No debieron de transcurrir muchas semanas antes de que se celebrasen las bodas, pero en mi memoria es como si los preparativos hubiesen durado casi un año. Toda la obra de ladrillo que rodeaba la gran entrada se pintó de escarlata, la Sala de las Columnas se adornó con nuevas colgaduras, y el rey compró un gran lecho real cuyo coste fue superior a su prudencia. Estaba hecho de cierta madera procedente de occidente, y se le atribuía la virtud de que de cada cinco hijos que se engendraran en él cuatro serían varones. («Un montón de tonterías —había dicho el Zorro— estas cosas, pequeña, suceden por causas naturales.»). Y a medida que el día se aproximaba no se hacía otra cosa que reunir y matar animales —el hedor de sus pieles se esparcía de punta a punta del patio—, hornear comida y preparar brebajes. Las niñas apenas tuvimos tiempo de curiosear de una sala a otra, estorbando y fisgándolo todo, pues al rey se le ocurrió de repente que Redival y yo, junto a doce muchachas más, hijas de nobles, cantáramos el himno nupcial. Y no podía ser, según su gusto, sino un himno griego, y a que eso era algo que no estaba al alcance de ningún otro rey.

—Pero, señor... —dijo el Zorro, con lágrimas en los ojos.

—Enséñales, Zorro, enséñales —rugió mi padre—. ¿De qué me sirve llenar de manjares y licores esta panza griega si no soy capaz de sacarte ni una canción para mi noche de bodas? ¿Qué significa esto? Nadie te ha pedido que les enseñes griego: claro que no entenderán lo que cantan, pero pueden imitar los sonidos. Ponte a ello enseguida si no quieres que se te ponga el trasero más colorado que la barba.

Era una locura de plan; el Zorro nos dijo luego que enseñarnos aquel himno, a nosotras, hijas de la barbarie, fue lo que hizo que su último cabello rojo se volviera blanco.

—Yo era un zorro —dijo—, ahora soy un tejón.

En cuanto hicimos algunos progresos, el rey llamó al sacerdote de Ungit para que viniera a oírnos. El miedo que me daba aquel sacerdote era bien distinto del que me daba mi padre. Creo que lo que me asustaba (en aquellos días tempranos) era lo sagrado del olor que dejaba a su paso: un olor a templo y a sangre (sangre de paloma, sobre todo, aunque también ofrecía sacrificios humanos), a carne quemada y a pelo chamuscado, a vino y a incienso viciado. Es el olor de Ungit. Tal vez también sus vestiduras me asustasen: las pieles de que estaban hechas, las vejigas secas, y la gran máscara en forma de cabeza de pájaro que colgaba de su pecho. Parecía que a su cuerpo le había salido un pájaro.

No entendí ni una sola palabra del himno, ni siquiera la música, pero preguntó:

—¿Van a llevar velo las muchachas, o no?

—¡Qué pregunta! —contestó el rey con una de sus grandes carcajadas, señalándome con el pulgar—. ¿Acaso crees que voy a permitir que mi reina se asuste de lo que vean sus ojos? Claro que llevarán velo. Y bien tupido, por cierto.

Una de las muchachas dejó escapar una risita; creo que aquélla fue la primera vez que comprendí que era fea.

Esto me hizo temer a la madrastra más que nada. Pensé que iba a tratarme con mayor crueldad que a Redival por culpa de mi fealdad. No era sólo lo que había dicho Batta lo que me asustaba; sabía lo que era una madrastra gracias a un montón de historias que había oído contar. Y cuando llegó la noche y estábamos todos en el pórtico, casi cegados por las antorchas, esforzándonos mal que bien en cantar el himno como el Zorro nos había enseñado —y él no dejó de fruncir el entrecejo, de sonreír y de asentir con la cabeza mientras lo hacíamos, y una vez alzó las manos en un gesto de horror—, mi cabeza daba vueltas al son de todo aquello que se les hacía a las niñas en todas aquellas historias. Luego oímos gritos de fuera, llegaron más antorchas, y en un momento sacaron en alto a la novia del carruaje. Llevaba un velo tan tupido como el nuestro, y no pudimos ver nada salvo que era muy pequeña; era como si estuviesen levantando a una niña en brazos. Pero esto no apaciguó mis temores; «cuanto más pequeño, más malvado», dice nuestro refrán. Por último (sin dejar de cantar) la condujimos a la cámara nupcial y allí le quitamos el velo.

Ahora sé que el rostro que vi era hermoso, aunque entonces ni lo pensé. Lo único que pude ver es que estaba asustada, más asustada que yo: aterrorizada, diría. Recordé cómo la miraba mi padre, un momento antes, cuando ella tuvo su primera impresión de él, mientras la aguardaba para recibirla en el pórtico. Su frente, su boca, su gesto, su grosor, su voz, no eran los idóneos para calmar los ánimos de una muchacha amedrentada.

Pieza a pieza, la desprendimos de sus galas, y cada vez se volvía más pequeña; depositamos su cuerpo blanco y trémulo, inquisitivos los ojos, sobre la cama del rey; después, en procesión, nos marchamos. Habíamos cantado muy mal.

Capítulo II

Poco puedo decir de la segunda esposa de mi padre, pues no sobrevivió a su primer año en Gloma. Quedó encinta tan pronto como la naturaleza lo permitió, y el rey se mostró tan entusiasmado que rara vez dejaba de cruzarse con el Zorro sin decirle algo sobre el príncipe que había de nacer. Después de esto todos los meses ofreció grandes sacrificios a Ungit. Lo que se cocía entre la reina y él no lo sé; tan sólo una vez que llegaron mensajeros de Cafad le oí decir: «Muchachita, empiezo a pensar que he guiado mi rebaño a un mal mercado. Me estoy dando cuenta de que tu padre ha perdido ya dos ciudades... no, tres, aunque él tenga sus excusas para disimularlo. Si me hubiese dicho que se estaba hundiendo antes de convencerme para embarcarme en este naufragio, le habría quedado muy agradecido». (Yo estaba secándome el pelo después del baño, con la cabeza apoyada en el alféizar de la ventana, mientras ellos paseaban por el jardín). Sea como fuere, lo cierto es que echaba mucho de menos su hogar, y yo creo que nuestro invierno era demasiado duro para su constitución meridional. No tardó en adelgazar y ponerse pálida. Yo me di cuenta de que nada tenía que temer.

Al principio, ella me temía más a mí; luego, muy amable dentro de su timidez, se comportó conmigo más como una hermana que como una madrastra.

La noche del parto, por descontado, nadie se acostó en la casa, porque eso —dicen— hace que el niño se niegue a despertar al mundo. Estábamos todos sentados en la gran antesala que hay entre la Sala de las Columnas y la Alcoba Real, bajo el rojo resplandor de las antorchas natalicias. Las puertas tenían que estar todas abiertas, de manera que las llamas oscilaban y se escabullían de un modo vertiginoso. En el centro de la antesala ardía un gran fuego. Cada hora, el sacerdote de Ungit daba nueve vueltas en torno a él y echaba a las llamas las cosas de rigor. El rey estaba sentado en su silla y no hizo ni un ligero movimiento de cabeza en toda la noche. Yo estaba al lado del Zorro.

—Abuelo —le dije, en un susurro—, tengo mucho miedo.

—Pequeña, debemos aprender a no temer nada que venga de la naturaleza —me contestó, con otro susurro.

Debí quedarme dormida después de esto, porque lo primero que recuerdo son los gemidos y los golpes en el pecho de las mujeres, tal como los oí el día en que murió mi madre. Todo había cambiado mientras dormía. Estaba temblando de frío. El fuego se había consumido lentamente, la silla del rey estaba vacía, la puerta de la Alcoba Real había sido cerrada por fin, y los ecos terribles que de allí llegaban habían cesado. También debía de haberse ofrecido algún sacrificio, porque el olor a muerte seguía presente y se veía sangre en el suelo, y el sacerdote estaba limpiando su cuchillo sagrado. Yo debía hallarme aún entumecida por el sueño, porque mi primera reacción fue una idea de lo más disparatado: tenía que ir a ver a la reina. El Zorro me detuvo mucho antes de que lograra llegar a la puerta de la Alcoba Real.

—Hija mía, hija mía —decía—, ahora no, ¿estás loca? El rey...

En este momento se abrió la puerta de un golpe y salió mi padre. La cara que ponía me despertó del todo, porque estaba pálido de ira. Me eran conocidas las formas de su ira: cuando era roja, vociferaba y bramaba como un trueno, pero poco más cabía esperar; en cambio, cuando era pálida, era fatal. «Vino», ordenó, en voz no muy alta; y ésa era también mala señal. Los esclavos, como suelen hacer cuando tienen miedo de algo, obligaron a adelantarse al que podía considerarse, entre

ellos, el favorito. El muchacho, blanco como su señor y ataviado con sus mejores galas (mi padre vestía muy elegantemente a los esclavos jóvenes), acudió corriendo con el jarro y la copa reales, resbaló con la sangre, se tambaleó, y jarro y copa cayeron de sus manos. Rápido como el pensamiento, mi padre desenvainó su daga y se la clavó en el costado. El muchacho se desplomó, muerto, sobre la sangre y el vino, y en su caída empujó el jarro rodando por el suelo. Hizo mucho ruido en medio de aquel silencio; hasta ese momento jamás me había parado a pensar que la superficie de la sala fuese tan desigual. (Desde entonces la he hecho pulir varias veces).

Mi padre contempló por un momento su daga; estúpidamente, daba la impresión. Pero enseguida, con gran dignidad, dio un paso hacia el sacerdote.

—Y ahora, ¿qué tiene Ungit que decir a esto? —preguntó, todavía con la voz tranquila—. Será mejor que me devolváis lo que me debe. ¿Cuándo vais a pagarme mi buen ganado? —Tras una pausa, continuó—: Dime, profeta, ¿qué ocurriría si hiciese polvo a Ungit de un martillazo y te atase a ti entre el martillo y la piedra?

El sacerdote, no obstante, no mostró el menor temor ante el rey.

—Ungit lo oye todo, rey, incluso en este momento —dijo—. Y Ungit lo va a recordar. Has dicho ya bastante para atraer la perdición sobre tu linaje.

—¡Mi linaje! —exclamó el rey—, ¿y tú me hablas de linaje? —todavía muy tranquilo, pero ya vacilando. El hielo de su ira iba a estallar en cualquier momento. El cadáver del muchacho atrajo su atención—. Y esto, ¿quién ha hecho esto? —preguntó. Se fijó entonces en el Zorro y en mí. Todo su rostro se inyectó de sangre en un momento, y al fin surgió de su pecho el potente rugido que resonaba hasta el techo.

—¡Niñas, niñas, sólo niñas! —tronó—. Y ahora, ¡una más! ¿Cuándo terminará esto? ¿Es que hay una plaga de niñas en el cielo para que los dioses tengan que descargar sobre mí este diluvio? Tú... tú... —me cogió del pelo, tirándome de acá para allá, y me arrojó de su lado de tal manera que caí al suelo hecha un ovillo. Hay ocasiones en las que incluso una niña sabe que hay cosas mejores que hacer que ponerse a llorar. Cuando pasó la ofuscación y conseguí ver de nuevo, estaba agarrando al Zorro del pescuezo.

—He aquí a un viejo charlatán que ya ha engordado bastante a mi costa —decía—. En vista de los resultados, más me habría valido comprarme un perro. Pero no voy a alimentar tu holgazanería ni un minuto más. Que alguno de vosotros se lo lleve mañana a las minas. Todavía le sacaremos a estos viejos huesos una semana de trabajo.

En la sala se hizo un silencio mortal. De pronto, el rey levantó las manos y, dando una patada, gritó:

—¿Qué os pasa, pasmarotes? ¿Qué estáis mirando? Seríais capaces de volver loco a cualquiera. ¡Largo! ¡Fuera! ¡Fuera de mi vista! ¡Todos! ¡Hatajo de...!

Estuvimos fuera tan pronto como nos lo permitieron las piernas.

El Zorro y yo salimos por la pequeña puerta del jardín de hierba que da a occidente. Ya casi era de día y había empezado a caer una ligera llovizna.

—Abuelo —dije, en un sollozo—, huye, huye ahora mismo. Enseguida, antes de que vengan y te lleven a las minas.

Sacudí la cabeza.

—Soy demasiado viejo y no llegaría lejos —me dijo—. Y ya sabes qué hace el rey con los

esclavos que se escapan.

—Pero ¿y las minas? ¡Las minas! Vamos, yo iré contigo. Si nos cogen, diré que yo te he obligado. Casi habremos salido de Gloma cuando lleguemos *alli* —señalaba la cresta de la Montaña Gris, tras cuya oscuridad despuntaba en aquel momento, visto a través del sesgo de la lluvia, un blanco amanecer.

—Esto es una locura, hija mía —me dijo, acariciándome como a una niña pequeña—. Creerían que te había robado para venderte. No, debo volar más lejos. Y tú me ayudarás. Allá abajo, en el río, tú la conoces, crece una pequeña planta que tiene en su tallo pequeñas manchas de color púrpura. Son las raíces de esta planta lo que necesito.

—¿Veneno?

—Bueno, eso es. No llores, pequeña, no llores así. ¿No te he dicho a menudo que, cuando hay una buena razón, dejar la vida por propia voluntad es una cosa que comulga con la naturaleza? Tenemos que ver la vida como...

—Dicen que quienes se van de este modo acaban revolcándose en el lodo... allá abajo, en los infiernos.

—¡Chsst! ¿Todavía crees en esas ideas bárbaras? Al morir nos disolvemos en nuestros elementos. ¿Es que tengo que aceptar nacer y ponerle reparos a...?

—Oh, ya sé, ya sé. Pero, abuelo, ¿crees de verdad, de todo corazón, que nada es cierto de lo que se dice de los dioses y los de Allá Arriba? Si que crees, sí. Estás temblando.

—Ésta es mi desgracia. Mi cuerpo tiembla. Y no tengo necesidad alguna de dejar que tiemble el dios que hay dentro de mí. ¿No he cargado ya demasiado tiempo con este cuerpo para permitirle al final que me deje en ridículo? Basta ya, estamos perdiendo el tiempo.

—¡Escucha! —dije—. ¿Qué se oye? —tal era mi estado que cualquier ruido me hacía temblar.

—Son caballos —contestó el Zorro, mirando atentamente a través del seto de espinos, forzando la vista contra la lluvia—. Van hacia la puerta principal. Mensajeros de Fars, por su aspecto. Y esto tampoco calmará el talante de nuestro rey. Quizá... ah, ya es demasiado tarde.

De puertas adentro habían empezado a oírse voces:

—¡El Zorro! ¡Buscad al Zorro! ¡El rey lo llama!

—Lo mismo da ir a rastras que por tu propio pie —me dijo—. Adiós, hija mía —y me besó, a la manera griega, en los ojos y en la cabeza. Pero yo lo seguí. Se me había ocurrido una idea para desafiar al rey; aunque no sabía muy bien si lo que quería era suplicarle, maldecirlo o matarlo.

Pero al entrar en la Sala de las Columnas, vimos que se habían congregado muchos extranjeros, y, desde la puerta abierta, al rey que gritaba:

—Vamos, Zorro, tengo un trabajo para ti.

Y a mí, al verme, me dijo:

—Y tú, cara de vinagre, lárgate con las mujeres y no vengas aquí a amargarnos a los hombres nuestra bebida matutina.

No recuerdo (hablando de cosas puramente terrenales) haber pasado tanto miedo en mi vida como el que pasé el resto de aquel día; un miedo que se siente como un vacío que hubiese entre el pecho y el vientre. No sabía si debía atreverme o no a buscar consuelo en las últimas palabras del rey, porque sonaron como si su ira hubiese pasado, pero como si pudiera volver a arder. Por otra parte, yo le había visto cometer crueldades llevado no por la ira, sino por una especie de macabro humor, o

porque hubiese recordado que había jurado hacerlas cuando estaba enojado. Ya había enviado antes a las minas a algunos viejos esclavos que servían en la casa. Y ni siquiera pude estar a solas con mi terror, porque enseguida —hela aquí— vino Batta a cortarnos el pelo a Redival y a mí, igual que cuando murió mi madre, y a hacer su gran narración (con chasquidos de lengua) de la muerte de la reina al dar a luz, lo que yo ya sabía por los llantos que había oído, y de cómo la niña había sobrevivido al parto. Me senté mientras me rapaba pensando que, si el Zorro había de morir en las minas, era una buena ocasión para ofender mi cabello. Escaso y lacio y deslustrado, yacía en el suelo junto a los rizos dorados de Redival.

Por la noche vino el Zorro a decirme que lo de las minas era asunto zanjado, por el momento. Algo que a menudo me había contrariado se había convertido ahora en nuestra salvación. Últimamente, día a día, el rey había ido privándonos de la compañía del Zorro para llevárselo con él a trabajar a la Sala de las Columnas; había empezado a darse cuenta de que el Zorro podía hacer cuentas y leer y escribir cartas (al principio sólo en griego, pero luego también en la lengua de nuestra tierra) y dar consejo mejor que cualquier hombre de Gloma. Aquel mismo día le había enseñado cómo manejar un asunto con el rey de Fars mucho mejor de lo que él hubiese podido hacerlo por sí mismo. El Zorro era un auténtico griego; allí donde mi padre sólo sabía responder con un sí o con un no a algún rey vecino o noble peligroso, él podía reducir el significado de un sí a la mínima expresión y suavizar un no hasta que pasara como el vino. Podía hacer creer a tu enemigo débil que eras su mejor amigo, y a tu enemigo poderoso que eras dos veces más fuerte de lo que eras en realidad. Era demasiado útil para que lo mandaran a las minas.

Al tercer día incineraron el cuerpo de la reina, y mi padre le puso a la niña el nombre de Istra.

—Es un buen nombre —dijo el Zorro—, un nombre muy bonito. Y tú ya sabes bastante como para decírmelo en griego.

—Sería Psique, abuelo —respondí.

Los recién nacidos no eran novedad en el palacio; el lugar iba ampliándose con los retoños de las esclavas y los bastardos de mi padre. A veces, éste decía: «¡Pillastres indecentes! Cualquiera diría que ésta es la casa de Ungit y no la mía», y amenazaba con ahogar a una docena de ellos como quien ahoga a unos perritos ciegos. Pero en el fondo de su corazón tenía en el mejor concepto a todo esclavo que dejara preñadas a la mitad de las doncellas del lugar, especialmente si éstas daban a luz un varón. (Las muchachas, si no pasaban a convertirse en uno de sus caprichos, solían ser vendidas cuando alcanzaban la madurez; algunas eran entregadas a la casa de Ungit). Con todo ello, y dado que algo había querido yo a la reina, fui a ver a Psique aquella misma noche, en cuanto el Zorro hubo puesto paz en mis pensamientos. Y así, en una hora, pasé de la peor angustia jamás sufrida al inicio de todas mis alegrías.

La niña era muy grande, y no una cosita debilucha, como la que se podría haber esperado de una madre de tal complexión, y tenía la piel muy clara. Habriase dicho que, gracias a ella, brillaba todo el ángulo de la habitación que la cobijaba. Dormía (levisimo era el son de su aliento). Nunca hubo una niña tan pacífica como Psique en sus días de cuna. Mientras la contemplaba, entró el Zorro, de puntillas, y se puso a mirarla por encima de mi hombro.

—Por los dioses —susurró—, ¡vaya viejo loco que soy! Ahora casi podría creer que algo de sangre divina corre por las venas de vuestra familia. La misma Helena, recién salida del cascarón, no debía ser mejor.

Batta le había puesto por nodriza a una mujer pelirroja y mal encarada, con un gusto excesivo (como Batta misma) por la bebida. Pronto me las compuse para quitarles a la niña de las manos. Tomé para ella, para que fuese su nodriza, a una mujer libre, la mujer de un campesino, todo lo sana y honrada que pude encontrar, y de este modo conseguí tenerlas a las dos en mi alcoba todas las noches. Batta se sintió, por lo demás, agradecida de que alguien hiciese su trabajo, y el rey ni lo supo ni le importó. El Zorro me advertía: «Hija, no debes abrumarte con tantos trabajos, ni aunque la niña sea hermosa como una diosa». Pero yo me reía descaradamente. Creo que reí más en aquellos días que en toda mi vida anterior. ¿Trabajos? Si perdía el sueño era sólo por el placer de contemplar a Psique. Y si me reía era porque ella reía. Empezó a reír ya antes de cumplir su tercer mes. Y a mí ya me conocía (aunque el Zorro dijese lo contrario) antes del segundo.

Éste fue el comienzo de mis mejores días. El amor que el Zorro sentía por la niña era maravilloso; tuve la impresión de que, en un tiempo lejano, cuando era libre, él también había tenido una hija. Ahora se portaba como un auténtico abuelo. Y siempre estábamos los tres —el Zorro, Psique y yo—, solos y juntos. Redival siempre había odiado los estudios y, si no hubiese sido por temor al rey, ni siquiera se habría acercado al Zorro. Ahora, por lo visto, el rey había dejado de pensar en sus tres hijas, y Redival andaba a su aire. Estaba creciendo, sus senos se redondeaban, sus largas piernas cobraban forma. Prometía ser bastante hermosa, pero nunca como Psique.

De la belleza de Psique —la belleza que le correspondía según la edad— sólo puede decirse esto: que no se daban, después de verla, dos opiniones sobre ella, ya la hubiese visto un hombre o una mujer. Era una belleza que no deslumbraba hasta después de dejarla de mirar y meditar sobre ella. Mientras estaba a tu lado, no deslumbraba. Parecía la cosa más natural del mundo. Como al Zorro le gustaba decir, «se ajustaba a la naturaleza»; era lo que cualquier mujer —cualquier cosa incluso— debía haber sido y estaba destinada a ser si no se hubiese perdido en el camino por algún designio del azar. De hecho, al mirarla, una creía por un momento que no la había perdido. Creaba belleza a su alrededor. Cuando dejaba sus huellas en el barro, el barro era hermoso; cuando corría bajo la lluvia, la lluvia era plata. Cuando cogía un sapo —sentía el amor más extraño y, creo yo, más sincero por los bichos de toda clase—, el sapo se volvía hermoso.

Los años, sin duda, seguían su curso entonces como ahora, pero en mi memoria es como si siempre hubiera sido primavera o verano. Creo que los almendros y los cerezos florecieron más temprano en aquel tiempo, y que las flores duraban más; no entiendo cómo no se caían las flores con aquellos vientos, porque conservo la imagen permanente de las ramas balanceándose como en un baile contra cielos de blanco y azul, y del flujo de sus sombras como agua sobre las colinas y los valles del cuerpo de Psique. Quería estar casada para ser su madre verdadera. Quería ser un chico para que se enamorara de mí. Quería que fuese mi hermana entera y no sólo mi media hermana. Quería que fuese mi esclava para darle la libertad y hacerla rica.

En aquella época el Zorro se había ganado la confianza de mi padre, tanto que cuando éste no lo necesitaba, tenía permiso para llevarnos a cualquier parte, incluso a millas de palacio. Muchas veces, en verano, pasábamos fuera todo el día, en la cima de la colina del suroeste, desde donde veíamos toda Gloma desde arriba y a un lado la Montaña Gris. No dejábamos de mirar aquel risco escarpado, hasta que llegamos a distinguir cada uno de sus salientes, cada una de sus grietas, pues ninguno de nosotros había ido nunca o visto siquiera lo que había al otro lado. Psique, casi desde el primer momento (fue siempre una niña pensativa y precoz), se medio enamoró de la Montaña. «Cuando sea

mayor», —decía—, «seré una reina grande, grande, y me casaré con el rey más grande de todos, y él construirá para mí, allá en la mismísima cima, un castillo de oro y ámbar».

El Zorro la aplaudió con esta cantilena:

—Más bonita que Andrómeda, más bonita que Helena, más bonita que la misma Afrodita.

—Di palabras de mejor augurio, abuelo —le dije yo, aunque sabía que iba a burlarse de mí y a reprenderme por haberlo dicho. Porque, al decir estas palabras, y aunque en aquel día de verano las rocas estaban tan calientes que no se podían ni tocar, tuve la impresión de que una mano pálida y mórbida se posaba sobre mi costado izquierdo, y me estremecí.

—¡Quia! —respondió el Zorro—. Son tus palabras las que atraen la desgracia. La naturaleza divina no es así. Desconoce la envidia.

Sin embargo, y pese a lo dicho, yo sabía que no era bueno hablar de Ungit de esa manera.

Capítulo III

Fue Redival quien dio al traste con toda aquella felicidad. Siempre había tenido la cabeza llena de pájaros, y con la edad se había vuelto presumida y caprichosa, así que no es de extrañar que una madrugada, poco después de medianoche, se la encontraran besando y susurrando palabras de amor a un tal Tarin, un joven oficial de la guardia, justo debajo de la ventana de Batta. Batta había estado durmiendo la cogorza a primeras horas de la noche; por lo tanto estaba totalmente despierta y despejada. Siendo como era una entremetida y una chismosa contumaz, se fue directa a despertar al rey; éste la maldijo con todos los improperios, pero la creyó. Levantándose, y con unos pocos hombres armados que tenía consigo, salió al jardín y sorprendió a los amantes antes de que éstos se percatasen de lo que pasaba. La casa entera se despertó con el ruido. El rey llamó a su barbero para que, allí mismo y en el acto, convirtiese a Tarin en eunuco (cuando cicatrizó, lo llevaron a vender a Ringal). Los gritos del muchacho no habían acabado de transformarse en un sollozo lastimero y el rey ya estaba tomándola con el Zorro y conmigo, echándonos la culpa de lo ocurrido. ¿Por qué no había vigilado el Zorro a su pupila? ¿Por qué no la había vigilado yo, que era su hermana? La conclusión se formuló en una orden estricta que nos comprometía a no perder a Redival nunca de vista.

—Id donde queráis y haced lo que se os antoje —dijo mi padre—. Pero que esta zorra cachonda os acompañe. Zorro, te digo que si pierde su virginidad antes de que le encuentre marido, los gritos que darás sonarán más fuertes que los que dé ella. Cuida tu pellejo. Y tú, mi hija duende, dedícate a lo que vales, más te conviene. ¡En nombre de Ungit! Es un milagro que los hombres no huyan al verte esa cara.

La ira del rey amedrentó de tal manera a Redival que a partir de entonces obedeció. Estaba siempre con nosotros. Y esto enfrió muy pronto todo el amor que alguna vez pudiera haber albergado por Psique y por mí. Cuando no bostezaba, se reía de nosotros, o buscaba pelea. Psique, que era una niña tan cándida, tan confiada, tan obediente, que el Zorro decía que la virtud había tomado en ella forma humana, nada de bueno podía tener a ojos de Redival. Un día ésta le pegó. Ese día realmente no supe quién era yo hasta que me encontré encima de ella, a horcajadas, sujetándola contra el suelo, mis manos en su garganta y toda su cara en un reguero de sangre. El Zorro fue quien me separó de ella, y después hicimos algo así como las paces.

Por otra parte, toda la calma que habíamos tenido cuando éramos tres se deshizo con la llegada de Redival. Y después de esto, poco a poco, uno a uno, recibimos los primeros golpes del mazo que, finalmente, habría de destruirnos a todos.

El año que siguió a mi pelea con Redival fue el primero de mala cosecha. Aquel mismo año, mi padre (según me informó el Zorro) había querido concertar sendas bodas con dos casas reales de los reinos vecinos, y ninguno quiso saber nada de él. El mundo estaba cambiando, la gran alianza con Cafad había resultado ser un engaño. Corrían malos tiempos para Gloma.

También ese mismo año ocurrió algo en apariencia insignificante, pero que iba a costarme muchos quebraderos de cabeza. El Zorro y yo, inmersos en su filosofía, estábamos en la parte trasera del jardín de los perales. Psique deambulaba entre los árboles, canturreando sola, y se aproximó al borde del jardín que da sobre la vereda. Redival la seguía. Yo las vigilaba con un ojo, y con un oído atendía al Zorro. Estaban, al parecer, hablando con alguien en la vereda; después regresaron.

Redival, en son de mofa, hacía dobles reverencias a Psique y luego empezó a echarse tierra sobre

la cabeza.

—¿Por qué no honrás a la diosa? —nos dijo.

—¿Qué significa esto, Redival? —le pregunté, enojada, porque sabía que se guardaba algún nuevo rencor.

—¿No sabes que nuestra hermana se ha convertido en diosa?

—¿Qué está diciendo, Istra? —pregunté. (Nunca la llamaba Psique desde que Redival venía con nosotros).

—Vamos, divina hermanastra, cuéntaselo —dijo Redival—. Con todas las veces que me han aleccionado con tu sinceridad, estoy segura de que ahora no negarás que te han venerado.

—No es cierto —dijo Psique—. Lo único que ha pasado es que una mujer encinta me ha pedido que la besara.

—Ah, sí, pero ¿por qué? —dijo Redival.

—Porque... porque dijo que su hijo nacería hermoso si la besaba.

—*Porque tú eres tan hermosa...* No lo olvides. Lo dijo.

—¿Y tú qué hiciste, Istra? —pregunté yo.

—Pues la besé. Era muy simpática. Me gustaba.

—Sin olvidar que luego puso una ramita de mirto a tus pies y te hizo una reverencia, y se echó tierra a la cabeza —dijo Redival.

—¿Han ocurrido antes cosas así, Istra? —pregunté.

—Sí, a veces.

—¿Con qué frecuencia?

—No sé.

—¿Dos veces?

—Más.

—Bueno... ¿diez veces?

—No, más. No lo sé. No lo recuerdo. ¿Por qué me miráis así? ¿Es que he hecho algo malo?

—Oh, es peligroso, muy peligroso —dije yo—. Los dioses se ponen celosos. No soportan...

—Hija, no les hagas caso ni por un momento —intervino el Zorro—. La naturaleza divina desconoce los celos. Esos dioses, esos dioses en los que no paráis de pensar, son todos locuras y mentiras de poeta. Lo hemos discutido ya cien veces.

—¡Ohé! ¡Ohé! —bostezó Redival, tumbándose de espaldas sobre la hierba y dando patadas al aire, enseñando todo lo que tenía por enseñar (cosa que hizo sólo para sonrojar al Zorro, que era, el pobre, hombre muy contenido)—. ¡Ohé! ¡Ohé! Una hermanastra por diosa y un esclavo por ministro. ¿Quién querría ser princesa en Gloma? Me gustaría saber lo que va a pensar Ungit de nuestra nueva diosa.

—Los pensamientos de Ungit no son fáciles de averiguar —dijo el Zorro.

Redival rodó hasta aplastar su mejilla contra la hierba. Alzando la vista hacia él, dijo suavemente:

—Pero si sería fácil averiguar lo que piensa el sacerdote de Ungit. ¿Y si lo intentase?

Todo mi antiguo terror al sacerdote, y otros terrores futuros a los que apenas podía dar nombre, hicieron mella en mi corazón.

—Hermana —dijo Redival—, dame tu collar de piedras azules, el que te regaló nuestra madre.

—Es tuyo —le contesté—. Te lo daré en cuanto lleguemos.

—Y tú, esclavo —le dijo al Zorro—, mejora tus modales.

Y convence a mi padre para que me dé a algún rey en matrimonio; y que sea joven, valiente, de barba rubia, y muy apasionado. Tú puedes hacer lo que se te antoja cuando te encierras con mi padre en la Sala de las Columnas. Todo el mundo sabe que el verdadero rey de Gloma eres tú.

Un año después tuvimos revuelta. La causa fue la castración de Tarin ordenada por mi padre. Tarin no era de muy alta alcurnia (para andar siquiera por la casa de un rey) y el rey no había creído que su padre tuviese poder para vengarlo. Pero éste hizo causa común con hombres de más alto rango que el suyo propio, y unos nueve señores de las regiones noroccidentales se alzaron contra nosotros. Mi padre se puso personalmente al frente de las tropas (y cuando lo vi salir a caballo, con su armadura, estuve cerca de amarlo como aún no lo había amado) y hostigó a los rebeldes; pero la carnicería que se produjo, por ambas partes y más —creo yo— por la de los rebeldes, fue innecesaria. El episodio dejó mal sabor y pesadumbre en los ánimos; cuando todo hubo terminado, el rey se encontró con su poder aún más debilitado.

Aquel año se dio la segunda mala cosecha y empezaron las fiebres. El Zorro las cogió en otoño y estuvo a punto de morir. Yo no pude estar a su lado, porque, en cuanto enfermó, el rey me dijo: «Muchacha, ahora ya sabes leer y escribir y chapurrear en griego. Tengo trabajo para ti. Tendrás que ocupar el sitio del Zorro». Me pasaba, pues, casi todo el tiempo en la Sala de las Columnas, donde por aquel entonces había muchos asuntos que solucionar. Aunque estaba muerta de miedo por lo que pudiera ocurrirle al Zorro, el trabajo junto a mi padre resultó mucho menos terrible de lo que me había imaginado. Él llegó a reducir el odio que sentía por mí y, al cabo, incluso hablaba conmigo, no —ciertamente— con amor, pero sí amistosamente, como de hombre a hombre. Supe de lo desesperado de su situación. Ninguna casa próxima de sangre divina (y la nuestra no podía, por ley, casarse con ninguna otra) quería esposar a sus hijas o darle a él las suyas. Los nobles murmuraban sobre la sucesión. Surgían amenazas de guerra en cada bando, y no había fuerzas con que combatir las.

Fue Psique quien, a pesar de habérsele prohibido con cierta insistencia, se encargó de velar al Zorro. Pegaba y, sí, mordía a todo aquel que se interpusiera entre ella y la puerta del enfermo; pues había heredado la sangre caliente de nuestro padre, aunque su ira fuese la ira que nace del amor. El Zorro consiguió vencer el mal, aún más delgado y más cano que antes. Y ahora apréciase la sutileza de nuestro enemigo, el dios. La historia de la recuperación del Zorro y de los cuidados de Psique se propagó de puertas afuera; Batta se bastaba por sí sola como medio de transmisión, pero por si fuese poco hubo una veintena de chismosos más. Se convirtió en la historia de cómo la hermosa princesa podía curar las fiebres con sólo tocar al afectado; y pronto resultó que sólo ella con sus manos podía curar a los enfermos. En dos días tuvimos a la mitad de la ciudad congregada a las puertas de palacio: sacados de la cama, viejos chiflados que semejabán espantapájaros, impacientes por salvar sus vidas como si éstas valieran la pena vivirse un año más, y recién nacidos, y enfermos medio muertos llevados en angarillas. Estuve mirándolos a través de los barrotes de las ventanas: todo su horror y su miseria, el olor a fiebre y a sudor, a ajo y ropa sucia.

—¡Princesa Istra! —gritaban—. ¡Dejad salir a la princesa Istra y sus milagrosas manos! ¡Que nos cure, que nos cure!

—¡Y pan! ¡Queremos pan! —decían otras voces—. ¡Los graneros reales! ¡Nos morimos de hambre!

Esto fue al principio, cuando todavía no se habían arrimado a la puerta. Pero se acercaron más, y

pronto empezaron los golpes. Alguien dijo: «Traed fuego». Atrás, sin embargo, las voces más débiles repetían su queja:

—¡Curadnos! ¡Curadnos! ¡Princesa, con tus manos milagrosas!

—Tendrá que salir —dijo mi padre—. No podremos contenerlos. (Dos tercios de nuestra guardia habían caído víctimas de las fiebres).

—¿Puede curarlos? —pregunté al Zorro—. ¿Te curó a ti?

—Podiera ser —contestó—. No estaría en contra de la naturaleza que algunas manos pudieran curar. ¿Quién podría decirlo?

—Dejadme salir —dijo Psique—. Son nuestro pueblo.

—¡Son nuestra mierda! —dijo mi padre—. Me las pagarán si algún día vuelvo a tener la sartén por el mango. Pero, rápido, vestid a la niña. Por hermosa no va a quedar, eso es seguro. Ni por valiente.

Le pusieron un vestido de reina y una corona de flores en la cabeza, y a continuación abrieron las puertas. Ya se sabe lo que ocurre cuando se contienen las lágrimas o se derraman siquiera una pocas: siempre quedan más dentro de ti, oprimiéndote, pesándote. Eso es lo que ahora siento al recordar a Psique, delgada y enhiesta como un cetro, saliendo de la fresca sombra de nuestro vestíbulo a la luz fétida y ardiente de aquel día. En el momento en que las puertas cedieron, la gente retrocedió, empujándose. Creo que esperaban recibir un alud de lanceros. Pero un minuto después cesaron las protestas y el griterío se apagó completamente. Los hombres (y también muchas mujeres) cayeron de rodillas. La belleza de Psique, que muchos todavía no habían tenido ocasión de contemplar, obró el efecto de un espanto. Un leve murmullo, casi un sollozo, empezó a difundirse hasta transformarse en un grito sofocado: «Una diosa, es una diosa». Una voz de mujer se destacó como un timbre sobre la multitud: «Es Ungit en forma mortal».

Psique avanzaba con paso solemne y pausado, como un niño llamado a decir la lección, entre toda aquella miseria. Tocó a unos y otros, una y otra vez. Caían a sus pies, besándolos, besando la punta de su túnica, la sombra que proyectaba y el suelo que había pisado. Y ella no dejaba de tocarlos, parecía que nunca iba a acabar. La multitud, en vez de disminuir, cada vez era mayor. La atmósfera sofocante nos alcanzaba incluso a nosotros, que permanecemos bajo el pórtico, en sombra. El aire y la tierra toda se estremecían por la tormenta que (ahora lo sabemos) ya no iba a estallar. Psique estaba cada vez más pálida. Su paso había empezado a vacilar.

—Rey —dije—, la matarán.

—Sería una calamidad —contestó—. Pero si ahora se para nos matarán a todos.

Por fin todo terminó, en algún momento en el curso de la puesta de sol. La acostamos en su lecho, y al día siguiente amaneció con las fiebres. Con todo, acabó venciéndonos. En sus extravíos hablaba mucho de su castillo de oro y ámbar en la cima de la Montaña Gris. Ni en sus peores momentos asomó a su rostro una sombra de muerte; como si ésta no se atreviera a acercarse a ella. Al recobrar las fuerzas, se la vio más hermosa que antes. Su aspecto infantil había desaparecido. Un nuevo y más severo resplandor había ocupado su lugar.

—Ah, no os extrañéis —canturreó el Zorro— de que aqueos y troyanos padecieran tanto por una mujer. Es terrible: parece un espíritu inmortal.

En la ciudad, algunos enfermos murieron, otros sanaron. Sólo los dioses saben si los que sanaron fueron aquellos que Psique tocó, y aunque lo sepan no nos lo dirán. Pero la gente, en un principio, no

tuvo la menor duda. Todas las mañanas encontrábamos, fuera del palacio, ofrendas en su honor: ramitas de mirto y guirnaldas, y también tortas de miel y palomas, las dos ofrendas que se consagran especialmente a Ungit.

—¿Acabará bien todo esto? —pregunté al Zorro.

—Sólo una cosa —me contestó— me impide estar totalmente aterrado. El sacerdote de Ungit yace presa de las fiebres. No creo que por el momento pueda hacernos mucho daño.

En aquellos días Redival se había vuelto muy devota e iba a menudo a hacer ofrendas a la morada de Ungit. El Zorro y yo nos aseguramos de que fuese acompañada por una esclava vieja y leal que no la dejase meterse en líos. Yo creía que iba a rezar por un marido (deseaba uno con todas sus fuerzas desde que el rey la había encadenado —por así decirlo— al Zorro y a mí) y me la imaginaba también feliz de poder librarse de nuestra compañía durante una hora, tanto como nosotros de librarnos de la suya. La había advertido, de todos modos, de que no debía hablar con nadie por el camino.

—Oh, no te preocupes, hermana —me dijo—. No es a mí a quien adoran, ya lo sabes. La diosa no soy yo. Es probable que ahora los hombres nos miren a mí y a ti, después de haber visto a Istra.

Capítulo IV

Hasta hoy no he sabido cómo se las gasta la gente común. Por eso toda aquella adoración que se rendía a Psique me daba miedo por una parte, pero por otra me confortaba. Mis pensamientos andaban confundidos, a veces por el uso que Ungit pudiera hacer de su divino poder contra el mortal que de este modo usurpaba su rango, y otras por lo que el sacerdote y los enemigos de nuestra ciudad (mi padre tenía muchos ya) pudieran hacer con sus lenguas o con sus lanzas, o con las piedras. Respecto a esto último, el amor que el pueblo profesaba a Psique me parecía que nos garantizaba una protección.

No duró mucho. Por una razón: el populacho había aprendido que las puertas de palacio podían abrirse a golpes. Antes de que Psique recobrase la salud, volvimos a tenerlos en el mismo sitio gritando: «¡Trigo, queremos trigo! ¡Nos morimos de hambre! ¡Abrid los graneros reales!». Aquella vez el rey les dio una pitanza, advirtiéndoles:

—Pero no volváis a por más. No me queda nada que dar. ¡En nombre de Ungit! ¿Qué os creéis? ¿Que yo puedo daros el trigo que los campos no dan?

—¿Y por qué no lo dan? —dijo una voz detrás de la multitud.

—¿Dónde están tus hijos, rey? —dijo otra—. ¿Dónde está el príncipe?

—El rey de Fars tiene trece hijos —añadió otra.

—Un rey estéril hace la tierra estéril —dijo una cuarta.

El rey avistó a quien había dicho estas palabras e hizo un gesto de asentimiento a uno de sus arqueros. En un abrir y cerrar de ojos, la flecha se hubo clavado en la garganta del fautor y la multitud se disolvió despavorida. Fue, en cualquier caso, una locura: habría debido matarlos a todos —o casi— o a ninguno. Pero no los había engañado al decir que no habría más limosnas. Padecíamos nuestra segunda mala cosecha, y en el granero real no quedaba sino para nuestra propia siembra. Hasta en palacio nos sustentábamos a base de puerros, pan de habas y una poca cerveza. Me había costado Dios y ayuda encontrar algo digno que dar a Psique cuando convalecía de las fiebres.

Aún hubo más. Poco después del restablecimiento de Psique, dejé mi trabajo en la Sala de las Columnas (el rey volvió con el Zorro, una vez obtuve mi dispensa) y me dediqué a vigilar a Redival, ese continuo quebradero de cabeza. Al rey no le habría importado gran cosa tenerme todo el día a su lado, lejos de ella, y luego echarme la culpa por haberle quitado el ojo de encima. Afortunadamente la encontré enseguida, justo cuando volvía de una de sus visitas a la mansión de Ungit, en compañía de Batta. Redival y Batta se habían vuelto uña y carne aquellos días.

—No hay necesidad de que me vigiles, hermana carcelera —me dijo—. Estoy a salvo. El peligro no está aquí. ¿Cuándo viste por última vez a la pequeña diosa? ¿Dónde está tu querida hermanastra?

—Probablemente en los jardines —respondí—. Y en cuanto a lo de *pequeña*, te saca ya un palmo.

—¡Piedad! ¿He dicho una blasfemia? ¿Me castigará con sus truenos? Sí, ya sé que es bastante alta. Lo suficiente para verla a distancia, hace media hora, bien lejos de aquí: en un callejón cerca de la plaza del mercado. La hija de un rey no suele andar sola por callejones; pero supongo que una diosa sí.

—¿Istra sola? ¿Y en la ciudad? —pregunté.

—Pues sí —balbuceó Batta—. A todo correr con la túnica recogida. Así... así. —Batta nunca

había tenido dotes para la mímica, pero estaba siempre gesticulando; así la recuerdo desde mis primeros días—. La he seguido, a la muy tunantuela, pero se metió en un portal, vaya si no.

—Bueno, bueno —dije—. Tendría que haber ido con más cuidado. Pero no hará nada malo, no pasará nada.

—¡Nada malo! —exclamó Batta—. Eso es mucho decir.

—Estás loca, nodriza —le dije—. No hace ni seis días la gente venía aquí a adorarla.

—Yo no sé nada de esto —dijo ella, que lo sabía perfectamente—. Pero hoy pocos adoradores tendrá. Ya sabía yo dónde irían a parar tanto bendecir y tanto tocar. ¡Bonita manera de comportarse! La epidemia es cada día peor. Me ha dicho el cuñado de la mujer del herrero que ayer murieron cien. Y se dice que es ella quien los pone enfermos al tocarlos, en vez de curarlos. He estado hablando con una mujer: a su viejo padre lo tocó la princesa, y se murió antes de que pudieran llevarlo a casa. Y no ha sido el único. Si alguien hubiese hecho caso a la vieja Batta...

Yo, por mi parte, dejé de hacérselo. Salí al pórtico y allí, durante más de media hora, me quedé contemplando la ciudad, observando las sombras de las pilastras y sus cambios graduales de posición; comprendí entonces, por vez primera, cómo las cosas que hemos conocido desde que nos destetaron pueden adoptar nuevas y extrañas formas, semejantes a las de un enemigo. Finalmente, vi llegar a Psique, con paso cansado pero muy vivo. Me agarró de la muñeca y, tragando saliva, como a quien se le ha atravesado un sollozo en la garganta, empezó a tirar de mí y no paró hasta que estuvimos en mi alcoba. Allí me hizo sentar y ella, a su vez, se sentó en el suelo, apoyando la cabeza en mis rodillas. Creí que estaba llorando, pero cuando levantó la cabeza no vi ni una lágrima en su rostro.

—Hermana —dijo—. ¿Qué pasa? ¿Qué hay de malo en mí?

—¿En ti, Psique? —le dije—. Nada. ¿Qué va a haber?

—¿Por qué me llaman la Maldita?

—¿Quién se ha atrevido? Le cortaremos la lengua. Dime, ¿dónde has estado?

Entonces lo sacó todo. Había ido a la ciudad, sin medir sus pasos, pensó, y sin decirnos una sola palabra. Se había enterado de que su vieja nodriza, la mujer libre que yo había contratado para amantarla y que vivía ahora en la ciudad, había caído enferma. Y ella había ido a tocarla, «porque, como todos decían que mis manos curaban, podría ser, ¿por qué no? Yo creía que sí».

Le dije que había obrado muy mal, y entonces, sin poder evitarlo, me di cuenta de lo mucho que había crecido desde su enfermedad. En vez de reaccionar como una niña que se somete a la reprimenda o que se defiende ante ella, me miró con serena quietud, como si fuese, en edad, mayor que yo. Sentí una punzada en el corazón.

—Pero ¿quién te llamó «maldita»? —le pregunté.

—Todo iba bien hasta que salí de casa de la nodriza, salvo que nadie se había vuelto para saludarme y que creí ver a una o dos mujeres recogerse los faldones y huir de mí a toda prisa. Sin embargo, al regresar, primero fue un niño —un niño adorable, no debía de tener ni ocho años— que se me quedó mirando, y después escupió en el suelo. «¡Qué maleducado!», pensé, pero me reí y le tendí la mano. Él frunció el entrecejo, negro como el de un pequeño demonio, y, descorazonado, se escabulló gritando dentro de un portal. Durante un rato la calle se quedó desierta, pero no tardé mucho en tener que pasar al lado de un corrillo de hombres. Me miraron con ojeriza, y en cuanto les di la espalda empezaron a decir: «¡Miradla! ¡La Maldita! ¡Está maldita! Se ha creído que es una

diosa», y uno añadió: «Es la maldición en persona». Y empezaron a tirarme piedras. No, no me hirieron; pero tuve que correr. ¿Por qué todo esto? ¿Qué les he hecho yo?

—¿Hacerles? —dije—. Los has curado, les has dado tu bendición, has cargado sobre ti misma su inmundicia y sus males. Y ésta es su manera de pagártelo. ¡Oh, los haría pedazos! Levántate, hermana, vámonos. Incluso en momentos como éstos... somos todavía las hijas de un rey. Iré a verlo. A lo mejor me pega o me tira de los pelos, si le da la gana, pero oírme, me oír. ¿No quieren pan? Pues lo van a tener. Voy a... voy a...

—Basta, hermanita, basta —dijo Psique—. No puedo soportar que el rey te haga daño. ¡Y estoy tan cansada! Quiero cenar. Vamos, no te enfades: eres igual que nuestro padre cuando dices estas cosas. Cenemos aquí, las dos juntas. Algo malo se cierne sobre nosotras (hace tiempo que lo vengo presintiendo), pero no creo que ocurra esta noche. Déjame que dé una palmada para llamar a tus sirvientas.

Aunque al decirme que era «igual que nuestro padre» había abierto en mí —y más diciéndolo ella— una herida que aún hoy no he podido cerrar, apeé mi ira y me rendí. Cenamos juntas, dejando que nuestros pobres manjares se convirtiesen en una broma o en un juego que nos hiciera reír. Hay algo que los dioses no han podido quitarme: mi recuerdo exacto de aquella noche, de cada uno de sus actos y palabras, de todos sus gestos.

Fueran cuales fueren los presagios de mi corazón, lo cierto es que la ruina (y ni siquiera entonces tenía una idea clara de en qué podría consistir) no se abatió sobre nosotros al día siguiente. Los días se sucedieron unos a otros sin que ocurriera nada, aunque era evidente que las cosas, en Gloma, lenta pero firmemente, iban de mal en peor. El Shennit no era ya más que un hilo de agua entre una sucesión de charcos en medio de la reseca marisma: no un río, sino su putrefacto cadáver. Los peces habían muerto, las aves que sobrevivieron habían volado. El ganado también había muerto, o lo habían matado: a veces ni siquiera valía la pena matarlo. Las abejas habían muerto. Los leones —no habíamos visto uno en cuarenta años— volvieron a aparecer en las cumbres de la Montaña Gris, para devorar las pocas ovejas que aún quedaban. La epidemia no terminaba nunca. Yo no dejaba de esperar, en aquellos días, ni de escuchar ni de observar, mientras podía, a todo aquel que entrara o saliera de palacio. Fue bueno para mí que el rey me tuviese ocupada trabajando, igual que al Zorro, en la Sala de las Columnas. Todos los días llegaban cartas y mensajeros de los reinos vecinos, con demandas imposibles y contrapuestas, desenterrando viejas rencillas o exigiendo el cumplimiento de antiguas promesas. Sabían lo que estaba ocurriendo en Gloma y nos rondaban como los cuervos y moscas rondan una oveja muerta. Mi padre entraba y salía de sus crisis de ira una docena de veces en una mañana: en los momentos culminantes era capaz de abofetear al Zorro en la cara o de tirarme a mí de las orejas o del pelo; entre acceso y acceso, las lágrimas se le agolpaban en los ojos, y se dirigía a nosotros, más que como un rey en busca de consejo, como un niño implorando socorro.

—¡Estoy acabado! —decía—. ¡Sin salida! Me arrancarán la piel a tiras. ¿Qué he hecho yo para que todas estas calamidades caigan sobre mí? Toda la vida he sido un hombre temeroso de los dioses.

La única cosa que mejoró en aquellos días fueron las fiebres, que parecieron abandonar el palacio. Y aunque habíamos perdido muchos esclavos, con los soldados fuimos más afortunados. Sólo murió uno, y el resto había vuelto ya a sus deberes.

Un día nos llegó la noticia de que el sacerdote de Ungit se había repuesto de las fiebres. Su enfermedad había sido larga, porque tras sobrevenirle pareció curarse y luego recayó, de manera que

era como un milagro que siguiese vivo. Pero, por una extraña y desdichada peculiaridad, se daba la circunstancia de que las fiebres se cobraban más víctimas entre los jóvenes que entre los viejos. Siete días después de saber la noticia, el sacerdote se presentó en palacio. El rey, viéndolo —como yo— venir desde las ventanas de la Sala de las Columnas, dijo: «¿Cómo se atreve esta carroña a venir aquí sin traerse medio ejército por lo menos?». De hecho, un buen número de lanceros custodiaba su litera, pues la casa de Ungit tenía su propia guardia, y el sacerdote se había hecho acompañar por una nutrida representación. Los lanceros dejaron sus armas a cierta distancia de las puertas, y sólo la litera se acercó al pórtico.

—Que no se atrevan a dar un paso más —dijo el rey—. ¿Qué es esto, pura bravata o traición?

Y dio órdenes al capitán de su guardia. No creo que esperase un altercado al fin y al cabo, pero eso era lo que yo, en mi juventud, tenía ganas de que sucediera. Nunca había visto a los hombres combatir y en este sentido, siendo como era una muchacha sin sentido común, no sentía el menor miedo; a lo sumo, un pequeño hormigueo que me daba bastante placer.

Los porteadores depositaron la litera en el suelo y ayudaron al sacerdote a bajar. Viejo ya, y ciego, lo guiaban dos muchachas del templo, especímenes de una raza que yo ya había tenido ocasión de conocer, pero sólo a la luz de las antorchas de la mansión de Ungit. Al sol, su aspecto era enigmático, con sus pezones dorados, sus grandes y rubísimas pelucas, la cara pintada como si fuera una máscara de madera. En cuanto estuvieron dentro, mi padre ordenó a sus hombres que cerraran y atrancaran el portón.

—Este lobo viejo no habría venido a la trampa si hubiese husmeado peligro —dijo—. Pero nos aseguraremos.

Las muchachas del templo guiaron al sacerdote a la Sala de las Columnas; allí dispusieron para él una silla y le ayudaron a tomar asiento. El aliento le faltaba y antes de decir nada estuvo allí sentado mucho tiempo, chirrisqueando con las encías como hacen los viejos. Las muchachas no se movieron de sus posiciones a uno y otro lado de la silla, y no dejaron de mirar al frente con sus ojos sin expresión, realzados por la pintura de la máscara. La estancia quedó envuelta en el olor de la vejez, el olor de los aceites y aromas de las muchachas, el olor de Ungit. El aire se había impregnado, fuertemente, de sagrada esencia.

Capítulo V

Mi padre hizo las saluciones al sacerdote, expresándole su regocijo por verlo sano de nuevo, y ordenando que le sirvieran vino. Pero el sacerdote, levantando la mano, declinó:

—No, rey. He hecho una promesa, y mis labios no han de tocar comida ni bebida hasta que hayan pronunciado su mensaje.

Hablaba ya bastante bien, aunque sin vigor, y yo observé la delgadez extrema en que las fiebres lo habían sumido.

—Como te plazca, servidor de Ungit —dijo el rey—. ¿Y cuál es ese mensaje?

—Rey, te hablo en nombre de Ungit, en el de todos los nobles y ancianos y en el de todo el pueblo de Gloma.

—¿Son ellos, pues, los que te envían con el mensaje?

—Sí. Anoche nos reunimos. Nos reunimos en la morada de Ungit, hasta el amanecer. Aquéllos por cuyo nombre hablan todos.

—¿Ah, sí? ¿Los muertos y los roñosos? —dijo mi padre, frunciendo el entrecejo—. Es una nueva moda ésta de celebrar asambleas sin mandato del rey; la última, por lo que veo, sin que ni el rey haya sido invitado a participar.

—No había razón alguna para invitarte, rey, puesto que si nos hemos reunido no ha sido para oír lo que tú tuvieras que decir, sino para decidir lo que íbamos a decirte nosotros a ti.

La mirada de mi padre se oscureció gravemente.

—Y en la reunión —continuó el sacerdote— hemos hecho un recuento de las quejas que han llegado hasta nosotros. Primero, el hambre, que aumenta día a día. Segundo, la peste. Tercero, la sequía. Cuarto, las ciertas probabilidades de una guerra para —lo más tarde— la próxima primavera. Quinto, los leones. Y finalmente, rey, tu propia incapacidad para engendrar hijos varones, lo cual repugna enormemente a Ungit...

—Ya basta —gritó el rey—. ¿Acaso crees, viejo loco, que te necesito a ti o a cualquier otro sabihondo para que me digáis dónde me pica mi propia sarna? Conque a Ungit le repugna, ¿eh? Entonces ¿por qué no le pone remedio? Le ofrezco cabras y carneros y toros, todo en grandes cantidades: si se pusiera a medir el volumen de sangre que le ofrezco vería que hay bastante para botar un barco.

El sacerdote alzó bruscamente la cabeza, como si no fuese ciego y estuviese mirando fijamente al rey. En aquel momento apreció mejor lo mucho que la delgadez le había cambiado. Parecía un buitre. Me daba más miedo que antes. El rey entornó los ojos.

—Cabras y toros y carneros no te ganarán el favor de Ungit mientras la tierra siga impura —dijo el sacerdote—. He servido a Ungit estos cincuenta, no, sesenta y tres años, y he aprendido una cosa. Su ira nunca se desata sin motivo, y nunca se apaga sin expiación. Yo le he hecho ofrendas en tu nombre, y en el de tu padre, y antes en el del padre de tu padre, y siempre ha sido igual. Mucho antes de que tú nacieras, el rey de Esur nos invadió, y fue porque en el ejército de tu abuelo había un hombre que, habiendo yacido con su hermana, mató al niño que nació de esta unión. Él era el Maldito. Cuando dimos con él y expiamos su pecado, los hombres de Gloma cayeron sobre los de Esur y los mataron como a moscas. Tu padre mismo podría haberte contado que una vez una mujer, casi una niña, maldijo secretamente al hijo de Ungit, el dios de la Montaña. Sus palabras atrajeron las

inundaciones: era la Maldita. La encontramos y expiamos su pecado, y las aguas del Shennit volvieron a su cauce. Y esta vez, por los signos que aquí te he expuesto, sabemos que la ira de Ungit supera con creces a lo que mi memoria pueda recordar. Así lo convinimos todos anoche en su morada. Y concluimos: hay que encontrar al Maldito. Y aunque todos sabían que cualquiera de ellos podía serlo, ninguno protestó; ni yo tampoco: no dije ni una palabra, aun sabiendo que el Maldito podía ser yo... o tú, rey. Porque todos sabemos, y esto no puedes dudarlo, que no habrá remedio para nuestros males hasta que la tierra haya sido expurgada. Ungit debe ser vengada, y su sed ahora no la calma un toro ni un carnero.

—¿Insinúas que lo que ahora quiere es un hombre? —preguntó el rey.

—Sí —respondió el sacerdote—. O una mujer.

—Estáis locos si creéis que en estas circunstancias puedo ofreceros un cautivo de guerra. Si es eso lo que queréis, la próxima vez os daré un ladrón para que le cortéis el cuello y arrojéis su sangre sobre Ungit.

—No es de eso de lo que se trata, rey; y tú lo sabes. Hay que encontrar al Maldito. Y éste (o ésta) debe morir según el rito de la Gran Ofrenda. ¿Es que no es lo mismo un ladrón comparado con un toro o un carnero? Esto no va a ser un sacrificio vulgar. Hay que celebrar la Gran Ofrenda. La Bestia ha sido vista otra vez. Y cuando aparece debe rendirse la Gran Ofrenda. Así es como hay que entregar al Maldito.

—¿La Bestia? ¿Qué es eso? Es la primera vez que oigo hablar de algo así.

—Puede ser. Por lo visto los reyes no oyen mucho; no saben siquiera ni lo que ocurre dentro de palacio. Pero yo sí oigo. Permanezco despierto por la noche, despierto hasta muy tarde, y Ungit me cuenta cosas. Oigo las cosas terribles que están sucediendo en nuestra tierra: mortales que parodian a los dioses y usurpan el culto que a ellos se debe...

Dirigí una mirada al Zorro y, sin hacer ruido, apenas con un movimiento de labios, le musité: «Redival». El rey iba y venía de un lado a otro de la sala, con las manos en la espalda y moviendo los dedos.

—Estás desvariando —dijo—. La Bestia es un cuento de los que contaba mi abuela.

—Puede ser —dijo el sacerdote—, porque fue en sus tiempos cuando se la vio por última vez. Una vez hecha la Gran Ofrenda, desapareció.

—¿Y quién ha visto a la Bestia, eh? —preguntó mi padre—. ¿Cómo es, eh?

—Ni siquiera los que la han visto más de cerca pueden decir cómo es, rey. Y muchos la han visto hace poco. El propio jefe de tus pastores la vio en la Montaña Gris la noche en que se vio al primer león. El pastor cayó sobre el león con una antorcha prendida. Y allí estaba, detrás del león, la Bestia, negra, enorme, una aparición siniestra a la luz de la antorcha.

Mientras el sacerdote hablaba, el rey había ido aproximándose en su deambular a la mesa donde estábamos el Zorro y yo, sentados con nuestras tablillas y útiles para escribir. El Zorro, deslizándose a lo largo de la superficie del banco, se le acercó al oído para susurrarle algo.

—Bien dicho, Zorro —musitó mi padre—. Habla. Díselo al sacerdote.

—Con el permiso del rey —empezó el Zorro—, el cuento del pastor no es muy de fiar. Si el pastor llevaba una antorcha, el león tenía que proyectar necesariamente una gran sombra negra tras de sí. Aquel hombre estaba asustado y acababa de despertarse. Confundió una sombra con un monstruo.

—Hela aquí, la sabiduría griega —dijo el sacerdote—. Sin embargo, Gloma no recibe consejo de

esclavos, ni aun de los que son favoritos del rey. Y si la Bestia era una sombra, ¿acaso prueba esto algo, rey? Muchos dicen que es una sombra. Pero si esta sombra empieza a bajar a la ciudad, ten cuidado. Tu sangre es divina y sin duda tú no temes a nada, pero el pueblo sí teme... y su miedo puede llegar a ser tan grande que ni siquiera yo voy a ser capaz de contenerlo. Incendiarán el palacio antes de que te des cuenta, y antes te habrán encerrado dentro. Sería más prudente celebrar la Gran Ofrenda.

—Pero ¿cómo? —preguntó el rey—. Esto no se ha hecho nunca en mi reinado.

—No tiene lugar en la morada de Ungit —dijo el sacerdote—. La víctima hay que entregarla a la Bestia. Pues la Bestia es, según el misterio, la misma Ungit o su hijo, el dios de la Montaña, o los dos a la vez. Hay que llevar a la víctima a lo alto de la montaña y dejarla allí, amarrada al Árbol Sagrado. Entonces acude la Bestia. Por eso has enfurecido a Ungit hace poco, rey, al hablar de ofrecerle un ladrón. Para la Gran Ofrenda la víctima debe ser alguien perfecto. Pues en el lenguaje de lo sagrado se considera que un hombre así ofrecido será el esposo de Ungit, o si es una mujer, la esposa de su hijo. Tanto uno como otro reciben el nombre de Cena de la Bestia. Y cuando la Bestia es Ungit, yace con el hombre, y si es su hijo yace con la mujer. Y sea lo que fuere siempre hay algo que se devora... se cuentan muchas cosas... muchas historias sagradas... muchos grandes misterios. Muchos afirman que amar y devorar son lo mismo, porque en el lenguaje de lo sagrado decimos que una mujer que yace con un hombre lo devora. Por eso estás tan fuera de lugar, rey, al pensar, para víctima de la Gran Ofrenda, en un ladrón, o en un viejo esclavo inútil, o en un cobarde apresado en batalla. Lo mejor de la tierra no es suficiente para este oficio.

Pude ver un sudor frío empapando la frente del rey. En aquella sala el horror y la sagrada esencia de las cosas divinas estaban alcanzando un espesor ya irreductible. De improviso, la voz del Zorro estalló en un grito:

—Señor, señor, dejadme hablar.

—Habla, habla —dijo el rey.

—¿No veis, señor, que el sacerdote no dice más que tonterías? Resulta que hay una sombra que es un animal que es también un dios que es también una diosa, y que amar y comer son lo mismo... Un niño de seis años hablaría con más tino. Hace un momento, la víctima de este sacrificio abominable iba a ser el Maldito, la persona más abyecta de la tierra, ofrecida como castigo. Y ahora tiene que ser la mejor de las personas de esta tierra (la víctima perfecta) la que se case con la divinidad como recompensa. Preguntadle qué significa esto. Las dos cosas no puede ser.

Si alguna pequeña esperanza había podido yo albergar, cuando el Zorro tomó la palabra, se fue al traste nada más nacer. Tal suerte de discurso no auguraba nada bueno. Supe al instante la causa de lo ocurrido: el Zorro había dejado a un lado todos sus sutiles ardides, había, en cierto modo, dejado incluso su amor y su temor por Psique, por la sencilla razón de que cosas como las que había estado diciendo el sacerdote lo sacaban completamente de quicio. (He observado que todos los hombres de claro juicio y lengua viva, no sólo los griegos, obran igual).

—Estamos asistiendo a una gran lección de sabiduría griega esta mañana, rey —dijo el sacerdote—. Y la mayor parte de estas enseñanzas me son conocidas. No tengo necesidad de que un esclavo me las repita. Son muy sutiles, pero no atraen la lluvia ni hacen crecer el trigo: el sacrificio sí.

Tanta sabiduría no infunde siquiera aplomo para morir. Este griego que aquí ves es tu esclavo porque en alguna batalla arrojó las armas y se dejó maniar y conducir y vender antes que

determinarse a traspasar con una lanza su corazón. Y mucho menos los dota de sensibilidad para las cosas sagradas. Los griegos exigen ver tales cosas con claridad, como si los dioses no fuesen más que la letra de un libro. Yo, rey, que he tratado con los dioses durante tres generaciones de hombres, he podido comprobar que deslumbran nuestra vista y se sumergen y emergen de nuevo como las aguas arremolinadas de un río, y sé que nada que se diga sobre ellos con claridad puede decirse con certeza. El lugar de lo sagrado es oscuro. De él no sacamos conocimientos ni palabras, sino fuerza y vida. La sagrada sabiduría no es diáfana y delgada como el agua, sino oscura y espesa como la sangre. ¿Por qué el Maldito no puede ser lo mejor y a la vez lo peor?

Cuanto más avanzaba en su discurso, más parecía el sacerdote un pájaro demacrado, no muy distinto al que representaba la máscara que sostenían sus rodillas. Su voz, en cambio, aunque sin vigor, ya no temblaba como la de un anciano. El Zorro no apartaba la vista de la mesa sobre la que su cuerpo se había doblado. Imaginé que la pulla acerca de su condición de cautivo había caído sobre él como un puñado de sal sobre una vieja herida en el alma. Si en mi mano hubiese estado, en ese mismo momento y sin dudar, habría ordenado ahorcar al sacerdote, y del mismo modo al Zorro lo habría hecho rey; no era difícil, sin embargo, calibrar de qué lado estaban las fuerzas.

—Bien, vaya —dijo el rey, acelerando sus largos pasos—, a lo mejor hasta resulta que todo esto es verdad. Y yo, yo no soy un sacerdote ni tampoco un pobre griego. Por lo que sabía, yo era el rey. Prosigue, pues.

—Determinados, pues —dijo el sacerdote—, a dar con el Maldito, echamos las sagradas suertes. Preguntamos primero si el Maldito se encontraba entre el pueblo bajo. Y las suertes dijeron que no.

—Vamos, vamos —dijo el rey.

—No puedo ir más deprisa —explicó el sacerdote—. Me falta el aliento. Luego preguntamos si lo hallaríamos entre los ancianos. Y las suertes dijeron que no.

Unas manchas de color extraño brotaron en la cara del rey; su ira y su terror se mantenían en precario equilibrio, y ni él ni nadie habría podido asegurar cuál de ellos obtendría la victoria.

—Preguntamos luego si estaba entre los nobles. Y las suertes dijeron que no.

—¿Y luego? ¿Y luego? —salta el rey, arrimando hacia él su paso y en voz baja. El sacerdote continuó:

—Entonces preguntamos: ¿está en la casa del rey? Y las suertes dijeron: sí.

—Sí —repitió el rey, casi sin aliento—. Sí. Lo sabía. Me lo oía desde el principio. La traición encubierta bajo un nuevo disfraz. Traición. —Y más fuerte—: Traición. —Acto seguido era ya un rugido—: ¡Traición! ¡Traición! ¡Guardias! ¡Bardia! ¿Dónde está mi guardia? ¿Dónde está Bardia? ¡Que venga Bardia!

La guardia, haciendo sonar las espadas, irrumpió en la sala como una avalancha. Bardia, su capitán, que era hombre de gran probidad, se adelantó.

—Bardia —dijo el rey—, hay demasiada gente merodeando por esta casa hoy. Toma los hombres que necesites y lánzate sobre esos rebeldes agolpados con sus lanzas contra las puertas de palacio. Y no los disperses: mátalos. Mátalos, ¿entendido? Que no quede ni uno vivo.

—¿Matar a los guardias del templo, rey? —dijo Bardia, haciendo un recorrido con la mirada del rey al sacerdote y luego de vuelta al rey.

—¡A las ratas del templo! ¡A los alcahuetes! —gritó el rey—. ¿No me has oído? ¿Acaso tienes miedo? Yo... yo... y la rabia lo atragantó.

—Esto es un disparate, rey —dijo el sacerdote—. Toda Gloma está levantada en armas. En estos momentos hay una partida de hombres armados a cada puerta de palacio. Hay un hombre tuyo por cada diez de los nuestros. Y además los tuyos no se batirán. ¿Lucharías tú contra Ungit, Bardia?

—¿Vas a darme la espalda, Bardia? —terció el rey—. ¿A mí, que te he dado de comer? Mi escudo te protegió un día en el bosque de Ungit y me lo agradeciste, ¿recuerdas?

—Me salvasteis la vida aquel día, rey —dijo Bardia—. Jamás podré negarlo. Y quizá Ungit me obligue a hacer lo mismo por vos: puede que la próxima primavera me depare más de una ocasión. Estaré, mientras viva, al servicio del rey y de los dioses de Gloma. Pero si el rey y los dioses se enfrentan, deben ser ellos, los grandes, quienes diriman sus rencillas. No voy a luchar contra espíritus y fuerzas monstruosas.

—¡Eres... eres... como una mujer! —saltó el rey, con un chillido estridente como el de un pito—. ¡Largo de aquí! ¡Ya hablaremos tú y yo!

Bardia se cuadró y, al salir, llevaba escrito en el rostro que la injuria del rey no había hecho en él más mella que la que habrían hecho en un perro grandote los esfuerzos de un cachorrillo por provocar su enfado.

Cerrada la puerta, el rey, de nuevo pálido y calmo, desenvainó su daga (la misma con que hubo dado muerte al joven paje la noche en que Psique nació) y, tras avanzar, como un gato, dando tres grandes zancadas, hasta la silla del sacerdote, desplazó a hombros a las dos muchachas y con la punta de la daga atravesó las ropas del sacerdote hasta que aquella tocó su piel.

—Y ahora, viejo chiflado —dijo—, dime, ¿en qué queda tu plan? ¿Eh? ¿Notas el pinchazo? ¿Te hace cosquillas? ¿Dónde? ¿Aquí? ¿O acá? Puedo atravesarte el corazón, deprisa o despacio, como me plazca. Los zánganos pueden esperar afuera, pero aquí yo tengo a la abeja reina. Dime, ¿qué se te ocurre ahora?

Nunca he visto (hablando de cosas puramente terrenales) cosa más asombrosa que el temple de aquel sacerdote. ¿Quién puede mantener la calma y soportar la presión de un dedo, y ya no digo de una daga, contra ese espacio vacío que tenemos entre costilla y costilla? El sacerdote podía. Ni siquiera sus manos se agarrotaron rígidas en los brazos de la silla. Sin un solo movimiento de cabeza, sin una sola fluctuación de la voz, dijo:

—Adelante, rey, clavámelas, rápida o lentamente, si así lo deseas. De nada te servirá. Tú asegúrate de que la Gran Ofrenda se celebre, esté yo vivo o muerto. Yo estoy aquí por el poder de Ungit. Mientras respire, seré su voz; quizá siga siéndolo incluso si dejo de respirar. Un sacerdote nunca muere del todo. Quizá, si me matas, visite tu palacio más a menudo que ahora, de noche y de día. Los demás no me verán. Pero tú creo que sí.

Esto era lo que faltaba. Por las enseñanzas del Zorro yo había tendido a pensar —aunque de ningún modo me hubiera atrevido a manifestarlo— que el sacerdote era un político, un intrigante, un hombre que ponía en boca de Ungit todo aquello que pudiera incrementar su poder o sus tierras, o que perjudicara de mayor manera a sus enemigos. Pero me di cuenta de que estaba equivocada. Él creía en Ungit, inquebrantablemente, y yo, viéndolo allí sentado, la daga punzante contra él, los ojos nublados sin pestañear, impertérritos frente al rey, con su rostro de águila, también acabé por creer. Nuestro verdadero enemigo no era mortal. Los espíritus, el horror de lo sagrado, habían tomado la sala.

Con un ruido brutal, gemido y gruñido a un tiempo, mi padre se apartó del sacerdote y se dejó

caer sobre su silla, donde se arrellanó, abatido, frotándose la cara y el pelo con las manos como un hombre muy cansado.

—Muy bien. Concluye —dijo.

—Entonces —prosiguió el sacerdote—, preguntamos si era el rey el Maldito, y las suertes dijeron que no.

—¿Cómo?

Nunca ha ocurrido una cosa en mi vida que me dé tanta vergüenza contar. El rostro del rey se iluminó. Estuvo en un tris —en un simple tris— de sonreír. Yo había creído que él había estado viendo la flecha apuntando a Psique todo el tiempo, que había temido por ella, luchado por ella. Pero lo cierto es que ni siquiera había pensado, ni en ella ni en ninguno de nosotros. Y todavía hoy me vienen con el cuento de que era un hombre bravo a la hora de pelear.

—Prosigue —dijo. Pero su voz había cambiado, rejuvenecido, como si de repente se le hubieran quitado diez años de encima.

—La suerte señaló a tu hija menor, rey. Ella es la Maldita. La princesa Istra ha de ser la Gran Ofrenda.

—¡Qué aflicción! —dijo el rey. Su semblante era convincente en tristeza y gravedad, aunque yo sabía que sólo las representaba. Estaba disimulando la magnitud de su propio alivio. Creí enloquecer. En un instante corrí a sus pies, me abracé a sus rodillas como una suplicante, balbuceando no sé qué cosas, llorando, rogando, llamándolo Padre... un apelativo que hasta entonces jamás había usado. Él parecía muy contento con la diversión que se le ofrecía. Quiso apartarme de una patada, pero como yo seguía aferrada a sus pies, sin dejar de retorcerme, con la cara y el pecho magullados, se levantó y, alzándose por los hombros, me empujó lejos de él con todas sus fuerzas.

—¡Tú! —gritó—. ¡Tú! ¿Tú vas a alzar la voz aquí, en un concilio de hombres? ¿Tú, pendanga, tú, malhadada, raíz de la mandrágora? ¿No me mandan ya los dioses miserias suficientes, desgracias e infortunios, para que además vengas tú a arañarme y a clavarme las uñas? ¡Y aún habrías acabado por mordirme si te llego a dejar! ¡Si se te ha puesto cara de reposa! Por mucho menos habría ordenado a la guardia que te azotara. ¡En nombre de Ungit! ¿No me basta ya con los dioses y los sacerdotes, los leones y las sombras de bestias, los traidores y los cobardes, para tener que aguantar también esta plaga de mujeres?

Creo que cuanto más se recreaba en sus lamentos mejor se sentía. A mí el aliento se me había cortado de golpe, y no podía llorar ni incorporarme ni hablar. Encima de mí, en algún lugar, oí voces que hablaban sobre los preparativos de la muerte de Psique. Iban a encerrarla, como una prisionera, en su alcoba: o no, mejor en la sala pentagonal, que era más segura. La guardia del templo reforzaría a la de palacio; toda la casa debía ser protegida, pues el pueblo, que es como una veleta, podía cambiar repentinamente de parecer, podía, incluso, intentar salvarla. Hablaban con tino y con prudencia, como se habla al organizar una fiesta o un viaje. Yo perdí el conocimiento: me sumí en la oscuridad con un ruido de espanto.

Capítulo VI

—Está volviendo en sí —dijo la voz de mi padre—. Zorro, cógela tú por este lado y la pondremos en la silla.

Me levantaron entre los dos; las manos de mi padre eran más delicadas de lo que había imaginado. Muchas manos de soldado —he visto muchas desde entonces— son así. Estábamos solos los tres.

—Vamos, jovencita, esto te sentará bien —me dijo, una vez me hubieron colocado en la silla, acercándome a los labios una copa de vino—. Vaya, se te cae todo, como si fueses una niña pequeña. Tranquila. Así, así está mejor. Tendrás que ponerte un filete sobre los moratones, si queda todavía algo de carne en esta perrera de palacio. Y hazme caso, hija, no tendrías que haberme provocado de esta manera. Un hombre no puede consentir que las mujeres (y si son sus propias hijas, menos) se entremetan en sus asuntos.

Cierto sentimiento de vergüenza le aquejaba; no sé si por haberme golpeado o por haber entregado a Psique sin rechistar. Para mí era sólo un rey despreciable que no inspiraba más que compasión. Apartando la copa dijo:

—Hay que hacerlo. De nada servirá gritar y patear. ¡Si hasta el Zorro acaba de decirme que incluso entre los griegos se hacen estas cosas! Lo cual me lleva a pensar que fui un tonto al dejar que te hablasen de ellos...

—Señor —dijo el Zorro—, no me habéis dejado terminar. Es verdad que un rey griego sacrificó a su propia hija. Pero después su esposa lo asesinó, y a ella la asesinó su hijo, y al hijo aquellos que están Arriba lo volvieron loco.

Al oír esto el rey empezó a rascarse la cabeza, como si se hubiera quedado en blanco.

—Así es como obran los dioses —musitó—. Te empujan a hacer una cosa y luego te castigan por hacerla. Mi consuelo, Zorro, es que yo no tengo ni mujer ni hijo.

Yo había recuperado el habla.

—Rey —dije—, no puedes estar hablando en serio. Istra es tu hija. No puedes hacerlo. No has tratado siquiera de salvarla. Tiene que haber alguna forma. Seguro que de hoy al día en que...

—¡Escúchala! —me interrumpió—. Pobre tonta, si mañana es el día de la Ofrenda...

Poco me faltó para desmayarme de nuevo. Lo que acababa de oír era tan terrible como si hubiese dicho que la Ofrenda había de celebrarse de cualquier forma. ¿Tan terrible? Era peor. Mi sensación fue que por primera vez conocía lo que era el dolor. Yo pensaba que, aunque pudiéramos retrasarlo tan sólo un mes —y un mes, oh sí, un mes era toda una eternidad—, todos nos daríamos por satisfechos.

—Así es mejor, pequeña —me susurró el Zorro en griego—. Mejor para ella y mejor para nosotros.

—¿Qué estás refunfuñando, Zorro? —dijo el rey—. Me miráis los dos como si fuese una especie de gigante de dos cabezas de esos con los que se asusta a los niños, pero ¿qué queráis que hiciera? ¿Qué habrías hecho tú en mi lugar, Zorro, con todo tu ingenio?

—En primer lugar habría discutido la fecha. Habría ganado un poco de tiempo de un modo u otro. Habría dicho que la princesa no estaba en los mejores días del mes para convertirse en esposa. Habría dicho que tuve, durante un sueño, el aviso de no celebrar la Gran Ofrenda hasta la luna nueva. Habría sobornado a algunos hombres para que juraran que el sacerdote había falseado las suertes. Hay media

docena de hombres cruzando el río que arriendan sus tierras y no aman precisamente a su arrendador. Habría convocado un consejo. Cualquier cosa con tal de ganar tiempo. Dadme diez días y mando un mensajero secreto al rey de Fars. Le ofrecería todo cuanto deseara, sin condiciones, cualquier cosa con tal de que viniera a salvar a la princesa, mi propia corona, Gloma entera.

—¿Qué estás diciendo? —gruñó el rey—. No trates con tanta liberalidad los bienes ajenos, más te vale.

—Pero, señor, si yo fuera rey y padre, no sólo daría mi trono para salvar a la princesa, sino mi propia vida. Luchemos. Armad a los esclavos y prometedles la libertad a cambio de que se porten como hombres. Incluso en estas circunstancias podemos hacerles frente, nosotros, los de casa. En el peor de los casos moriríamos inocentes. Mejor eso que descender Allá Abajo con las manos manchadas con la sangre de una hija.

El rey se dejó caer una vez más en la silla y empezó a hablar con paciencia y desesperación a la vez, tal como habla un maestro a un niño muy estúpido (había visto al Zorro hacerlo con Redival).

—Soy un rey. He pedido tu consejo. Por lo general aquellos que aconsejan a los reyes les dicen cómo fortalecer o salvar sus reinos y sus dominios. Y tú me aconsejas que arroje la corona, que venda mi país a Fars, y que encomiende mi pescuezo al hacha del verdugo. Sólo falta que me digas que para que deje de dolerme la cabeza tengo que cortármela.

—Entiendo, señor —dijo el Zorro—, os pido perdón.

Había olvidado que lo único que aquí hay que defender cueste lo que cueste es vuestra propia seguridad.

Yo, que conocía tan bien al Zorro, detecté en su mirada algo que, de haber sido un escupitajo, no habría causado mayor afrenta al rey. De hecho, a menudo le había visto mirarlo de esa forma, sin que él se enterara. Por mi parte, yo estaba decidida a que ahora sí se enterara.

—Rey —dije—, sangre divina corre por nuestras venas. ¿Es que una estirpe como la nuestra puede cargar con tal vergüenza? ¿Qué dirán de ti los hombres cuando hayas muerto y todos comenten que para salvar tu vida te escudaste en una niña?

—Ya lo oyes, Zorro, ya lo oyes —dijo el rey—. ¡Y luego se extraña si le pongo un ojo morado! No voy a desfigurarte la cara, porque eso no es posible. Pero mira, señoritinga, lamentaría tener que pegarte dos veces en un solo día... no me tientes.

De un salto se puso en pie y empezó a pasear su agitación otra vez.

—¡Rayos y truenos! —exclamó—. Serías capaz de volver loco a cualquiera. Cualquiera diría que es *tu* hija la que va a ser entregada a la Bestia. Escudarme en una niña, dices. Nadie parece recordar de quién es hija. Es mía: fruto de mi propia sangre. Salió de mí. Y si alguien tiene derecho a bramar y a lloriquear, ése soy yo, sólo yo. ¿Para qué la engendré si no soy capaz de hacer con lo que es mío lo que mejor me parezca? ¿Y a ti qué más te da? Hay algo de páfida astucia tras tus sollozos y tus protestas, algo que todavía no alcanzo a entender. No me harás creer que una mujer, cualquier mujer sin contar a un adesio como tú, pueda sentir tanto amor por una simple media hermana, por bonita que sea. Es algo que va contra el dictado de la naturaleza. Pero ya me encargaré yo de escudriñar tus razones.

No sé si creía o no de verdad lo que estaba diciendo, pero es posible que sí lo creyera. En uno de sus arranques podía creer cualquier cosa, y eso que en palacio cualquiera sabía de nosotras más que él.

—Sí —continuó, más calmado—. Soy yo quien merece compasión. Es a mí a quien se pide que entregue una parte de mí mismo. Y yo tengo que cumplir con mi deber. No arruinaré al país para salvar a mi hija. Vosotros habéis querido convencerme con grandes esfuerzos de que lo haga. Pero no es la primera vez que ocurre, lo siento por ella. El sacerdote está en lo cierto: la deuda contraída con Ungit ha de ser saldada. ¿Qué es una niña, qué puede ser cualquier hombre, comparado con la seguridad de todos nosotros? Es por pura lógica que uno deba morir por muchos. Ocurre en todas las batallas.

El vino y el acoloramiento me habían devuelto las fuerzas. Me levanté de la silla y comprobé que me mantenía en pie.

—Padre —dije—, tienes razón. Es razonable pensar que alguien deba sacrificarse para salvar al pueblo. Entrégame a mí en lugar de Istra.

Sin decir palabra, el rey se acercó a mí y cogiéndome de la muñeca (con bastante suavidad) me llevó a través de toda la sala al lugar donde colgaba su gran espejo. Quizá alguien se extrañe de que no lo guardase en su alcoba, pero la verdad es que se sentía tan orgulloso de él que no quería perder la ocasión de exhibirlo ante cualquier visitante extranjero. Fabricado en alguna tierra lejana, ningún rey de los alrededores tenía uno con el que pudiera competir; nuestros espejos eran, por lo general, deformantes y no tenían brillo: en éste se veía la imagen perfecta de uno. Yo nunca me había quedado sola en la Sala de las Columnas y, por lo tanto, nunca me había mirado en él. El rey me puso frente a él, y los dos pudimos ver nuestros respectivos reflejos, uno junto al otro.

—Ungit ha pedido lo mejor de esta tierra para que sea la esposa de su hijo —dijo—. Y tú le querrías dar *esto*. —Me tuvo allí un minuto entero, en silencio, quizá aguardando que me pusiera a llorar o apartara la vista. Finalmente dijo—:

Y ahora vete. Un hombre no puede cuidar sus asuntos pendiente de tu talante de hoy. Ponte un trozo de carne en la cara. El Zorro y yo tenemos que hacer.

Noté por primera vez el dolor en el costado al salir de la Sala de las Columnas; algo me había torcido cuando me desvanecí. Pero volví a despreocuparme al comprobar lo mucho que había cambiado nuestra casa en aquel corto espacio de tiempo. Parecía abarrotada. Los esclavos, tuvieran o no algo que hacer, se paseaban arriba y abajo, formando corrillos y dándose aires de importancia; sus cuchicheos eran una mezcla singular de júbilo y lamentación. (Siempre hacen lo mismo cuando corren grandes noticias en una casa, y ahora ha dejado de sorprenderme). Un buen número de guardias del templo holgazaneaba en el pórtico; algunas de las muchachas seguían sentadas en el vestíbulo. Del patio llegaban olores de incienso: el sacrificio estaba en marcha. Ungit había tomado la casa; el hedor sagrado se esparcía por todas partes.

Al pie de la escalera tuve que encontrarme con Reival —con quién, si no—, que venía corriendo hacia mí con los ojos llenos de lágrimas, y un barboteo incesante saliendo de su boca:

—Oh, hermana, hermana, ¡qué cosa tan terrible! ¡Pobre Psique! Pero es sólo ella, ¿verdad? ¿No vendrán a por todas nosotras, verdad? Nunca creí... nunca quise hacerle daño... no fui yo... ay, ay, ay.

Pegué mi rostro al suyo y en voz muy baja, aunque marcando cada una de mis palabras, le dije:

—Reival, si alguna vez, y aunque sea sólo durante una hora, llego a ser reina de Gloma, o dueña de esta casa siquiera, te juro que encenderé una pira, te colgaré de los pulgares y veré cómo te consumes lentamente.

—Oh, cruel, cruel —sollozó Redival—. ¿Cómo puedes decirme esto cuando soy ya tan desgraciada? Hermana, no estés enfadada, dame tu consuelo.

La aparté de un empujón y reemprendí mi camino. Me sabía de memoria las lágrimas de Redival; no eran del todo fingidas, pero tampoco valían más que si fueran de cocodrilo. Ahora como entonces sé que fue ella quien fue con el chisme sobre Psique a la morada de Ungit, con toda alevosía. Es muy probable que no pretendiese causar el daño que causó (nunca supo lo que quería), y a su manera ahora se había arrepentido; pero un broche nuevo para el pelo o —mucho mejor— un nuevo amante habrían secado sus lágrimas de golpe y le habrían devuelto la risa en un momento.

Al llegar a lo alto de la escalera (en palacio hay una planta superior, incluso tenemos galerías: no es como las casas griegas) me sentí desfallecer un poco y el dolor del costado me sobrevino con más fuerza. También creí notar que cojeaba de un pie. Todo lo deprisa que pude me encaminé a la sala pentagonal, donde habían encerrado a Psique. El cerrojo estaba echado por fuera (aquella habitación también me había servido a mí de prisión cortés) y un hombre armado custodiaba la puerta. Era Bardia.

—Bardia —dije, jadeando—, déjame entrar. Tengo que ver a la princesa Istra.

Me miró con ternura, pero sacudió la cabeza:

—No puede ser, señora —dijo.

—Pero, Bardia, puedes encerrarnos a las dos. No hay otra salida que esta puerta.

—Por ahí empiezan todas las fugas, señora. Lo siento también por la otra princesa, pero no puede ser. Mis órdenes son terminantes.

—Bardia —dije, llorando y llevándome la mano al costado (había empezado a dolerme de verdad) —, es la última noche de su vida.

Apartó de mí la mirada y volvió a decir:

—Lo siento.

Me fui sin querer oír más. Aunque era la suya la cara más amable (sin contar, claro, la del Zorro) que había visto en todo el día, en aquel momento lo odié más que a mi padre o al sacerdote, más incluso que a Redival. Me dirigí a toda prisa a la alcoba del rey. Sabía que allí guardaba armas. Cogí una espada lisa, una buena espada, la desenvainé, la miré y la sopesé en mi mano. No pesaba demasiado. Comprobé la punta y el filo; estaban afilados, o eso es lo que me pareció, aunque un soldado experto no hubiera opinado lo mismo. Rápidamente estuve de nuevo ante la puerta de Psique. El hombre que acechaba dentro de mi furia de mujer fue suficientemente fuerte para gritar: «En guardia, Bardia», antes de que me lanzara sobre él.

Fue desde luego la intentona más absurda que podía acometer una muchacha que en su vida había empuñado un arma. Aunque hubiese tenido la experiencia, mi pie cojo y el dolor del costado (era una agonía respirar hondo) hacían de mí una inútil total. En cualquier caso, obligué a Bardia a echar mano de sus recursos: principalmente, por supuesto, porque él no quería hacerme daño. En un momento puso mi espada fuera de mi alcance. Me quedé inmóvil frente a él, con la mano en el costado, apretando con más fuerza que nunca, hecha un pingajo, trémula y sudorosa. El sudor no corría por su frente, y su respiración no había sufrido la menor alteración: así de fácil había sido para él. Mi conciencia del flaco servicio que era capaz de hacer me asaltó como un nuevo motivo de desdicha, o pasó a engrosar mi desdicha general. Estallé en un sollozo completamente infantil: parecía Redival.

—Es una verdadera lástima, señora, pero una verdadera lástima, que no hayáis nacido varón —

dijo Bardia—. Tenéis el ojo rápido y las facultades de un hombre. Ningún recluta lo habría hecho tan bien en su primer intento; me gustaría encargarme de vuestra preparación. Es una verdadera...

—Ah, Bardia, Bardia —lloriqueé—, ¿por qué no me has matado? Mis penas habrían acabado.

—No, no habrían acabado —dijo él—. Estaríais muriéndoos, pero no muerta. Sólo en los cuentos mueren los hombres al momento, de una simple estocada. A no ser, claro, que les cortéis la cabeza.

Yo no podía pronunciar ni una palabra. El mundo entero se agotaba en mi llanto.

—¡Maldita sea, callaos! —dijo Bardia—. No puedo soportarlo —en sus ojos también afloraban las lágrimas; era hombre de talante sentimental—. No me afectaría tanto si la una no fuese tan valiente y la otra tan hermosa. Basta, señora. ¡Basta! Pondría en peligro mi vida, y desafiaría la cólera de Ungit.

Le miré fijamente, aunque aún no me sentía con fuerzas para hablar.

—Daría mi vida por esa muchacha, si de algo pudiera servir. Quizá os extrañe que sea yo, el capitán de la guardia, quien esté aquí vigilando como un vulgar centinela. Pero no habría permitido a nadie que ocupase mi lugar. He creído que si la pobre niña llamaba, o tenía que atenderla por cualquier motivo, yo le resultaría más familiar que un desconocido. Yo la tuve en mis rodillas cuando era pequeña... Me gustaría saber si saben los dioses lo que se siente siendo hombre.

—¿Me dejarás entrar? —pregunté.

—Con una condición, señora. Debéis jurar que saldréis en cuanto os llame. De momento aquí se está tranquilo, pero habrá mucho ajeteo dentro de poco. Vendrán dos muchachas del templo enseguida; he sido avisado. Podréis estar con ella todo lo que se pueda, pero tengo que asegurarme de que saldréis cuando oigáis la señal. Tres golpes, así...

—Saldré en cuanto los oiga.

—Juradlo, señora; aquí, sobre mi espada.

Lo juré. Miró a un lado y otro, descorrió el cerrojo y dijo:

—Rápido, entrad. Que el cielo os dé alivio a las dos.

Capítulo VII

La ventana de esa habitación es tan pequeña y tan alta que a mediodía hace falta alumbrarla con antorchas. De ahí que sirva de prisión; mi abuelo la construyó como segunda planta de una torre en su día empezada y jamás terminada.

Psique estaba sentada en la cama, junto a una lámpara encendida. Por supuesto yo me había echado en sus brazos nada más entrar; fue como un fogonazo, pero la imagen —Psique, una cama y una lámpara— es imperecedera.

Antes de que yo pudiera hablar, ya me había dicho:

—Hermana, ¿qué te han hecho? ¡Vaya cara! ¡Vaya ojo! Ha vuelto a pegarte otra vez.

Poco a poco me di cuenta de que, durante todo este tiempo, había terminado siendo yo la mimada, la consolada, como si yo fuese la niña, yo la víctima. Aun en medio de aquella gran angustia, esta circunstancia originó su propia y sutil corriente de dolor. Era como el reverso de aquel amor que disfrutábamos en nuestros mejores días.

Su pensamiento era tan vivo y tan tierno que captó al momento cuál era el mío, y no tardó en llamarme *Maia*, aquel antiguo apelativo infantil que el Zorro le había enseñado. Fue una de las primeras palabras que aprendió a decir.

—Maia, Maia, dime, ¿qué te ha hecho?

—Oh, Psique —le dije—, ¿qué más da? ¡Ojalá me hubiera matado! ¡Ojalá me llevaran a mí en tu lugar!

Pero no se dejó convencer. Me arrancó toda la historia (¿es que podía negarme?) y malgastamos en ello el tiempo escaso que nos quedaba.

—Ya está bien, hermana —dije al fin—. ¿Qué me importa? ¿Qué nos importa él? No mancharé el nombre de mi madre o el de la tuya si te digo que no es nuestro padre. Si lo fuera, la palabra «padre» sería una maldición. Ahora ya no dudo de que sería capaz, en una batalla, de esconderse tras una mujer.

Entonces (suscitando en mí cierto terror) sonrió. Sus lágrimas habían sido muy pocas, y en realidad creo que si había llorado era sólo por amor y compasión hacia mí. Ahora estaba sentada como una reina, erguida y serena. Nada delataba en ella, excepto sus manos, que estaban frías, que la muerte la estuviera rondando.

—Orual —dijo—, a veces pienso que he sacado yo más provecho de las enseñanzas del Zorro que tú. ¿Has olvidado lo que tenemos la obligación de deciros cada mañana? «Hoy habré de cruzarme con hombres crueles, cobardes y mentirosos, con envidiosos y con borrachos. Estos hombres son así porque no distinguen el bien del mal. Sobre ellos pesa algo abyecto que no pesa sobre mí. Debemos compadecernos, no...» —imitaba cariñosamente la voz del Zorro; su imitación era tan buena como mala era la de Batta.

—Oh, pequeña, cómo... —pero se me hizo otro nudo en la garganta. Todo lo que decía me parecía tan etéreo, tan alejado de nuestro dolor. Me resultaba inconcebible hablar así, y más en esos momentos. Y tampoco habría podido decir, la verdad, si yo pensaba en algo mejor de que hablar.

—Maia —dijo—, tienes que prometerme una cosa. No harás una barbaridad, ¿no te matarás, verdad? Por el Zorro, no debes hacerlo. Hemos sido, los tres, grandes amigos —(¿por qué no pudo decir simplemente «amigos»?)—. Ahora os quedaréis solos, él y tú; debéis estar unidos, uno junto al

otro. No, Maia, así debe ser: como soldados en un recio combate.

—Oh, tienes el corazón de hierro —dije.

—Y al rey, preséntale mis respetos... y dile lo que sea apropiado en estos casos. Bardia es hombre prudente y cortés. El sabrá decirte con qué palabras debe despedirse de su padre una joven moribunda. Una no va a mostrarse grosera o falta de luces en sus últimos instantes. Pero para el rey no se me ocurre nada mejor. Este hombre es un desconocido para mí; conozco mejor a los polluelos de mis gallinas. Y a Redival...

—Mándale tu maldición. Y si los muertos pueden...

—No, no. Tampoco ella sabe lo que se hace.

—No me compadeceré de ella ni siquiera por ti, Psique, ni por lo que el Zorro pueda decir.

—¿Te gustaría estar en la piel de Redival? Di. ¿A que no? Entonces es digna de compasión. Si se me permite disponer de mis joyas, quédate con todo lo que las dos hemos amado de verdad. Dale a ella lo grande y lo caro, lo que no tiene valor. El Zorro y tú quedaos con lo que queráis.

Por un momento no pude aguantar más: apoyé la cabeza en su regazo y me eché a llorar. ¡Por qué no hubo de ser ella la que se apoyase en el mío!

—Mírame, Maia —me dijo, después de un rato—. Vas a hacer que me muera de pena, y yo tengo que casarme. —Fue capaz de decir algo así. Yo no pude resistir oírlo—. Orual —continuó, con voz muy dulce—, nuestra sangre es divina. No debemos manchar nuestro linaje. Recuerda que fuiste tú quien me enseñó a no llorar cuando caía y me hacía daño.

—Ya sé que tú nada temes —dije, casi como si, aunque no fuese ésa mi intención, se lo quisiera reprochar.

—Sólo temo una cosa —dijo—. En algún rincón de mi alma hay una duda sobrecogedora, una sombra horrible. Supongamos, sólo supongamos... ¿y si no existiese dios de la Montaña, ni sagrada Sombra de la Bestia? ¿No mueren entonces, aquellos que son atados al árbol, poco a poco, de hambre y de sed, del sol y del viento, o devoran sus pedazos los cuervos y los gatos monteses? Y esto es, es... oh, Maia, Maia...

Entonces sí que lloró, sí que fue niña otra vez. ¿Podía yo hacer otra cosa sino acariciarla y acompañarla en su llanto? Pero escribir esto es vergonzoso; porque produjo (en mí), por vez primera, una especie de complacencia en nuestra desgracia. Para llegar a ese punto había ido yo a su prisión.

Se sobrepuso antes que yo. Con la cabeza alta, de nuevo como una reina, dijo:

—Pero no voy a creer algo así. El sacerdote ha venido a verme; no lo conocía, no es como el Zorro se cree. ¿Sabes, hermana?, he llegado a pensar, cada vez más, que el Zorro no está en posesión de toda la verdad. Oh, sí, en gran parte sí; mi interior sería lóbrego como una mazmorra de no ser por sus enseñanzas. Pero sin embargo... no consigo expresarlo con palabras. El dice que el mundo entero es una ciudad. Sí, pero ¿sobre qué está construida una ciudad? Sobre la tierra que hay debajo. ¿Y más allá de sus murallas? ¿Acaso no viene de ahí, de fuera, todo lo que comemos así como todo lo que tenemos?... Ahí las cosas crecen y echan raíces, se hacen fuertes y se pudren, las cosas brillan cuando están húmedas... en cierto sentido (no sé en cuál) se parecen más, sí, de hecho son más como la Morada de...

—Sí, como la Morada de Ungit —completé—. ¿No huele a ella toda la tierra? ¿Es que tú y yo tenemos necesidad de seguir adulando a los dioses? Nos están destrozando... oh, ¿cómo voy yo a resistirlo?... ¿Y qué cosas peores pueden hacernos aún? Claro que el Zorro se equivoca. De Ungit no

sabe nada. Sus ideas del mundo son las de un iluso. Creía que los dioses no existían, o bien, el muy tonto, que eran mejores que los hombres. Nunca le ha cabido en la cabeza (era demasiado bueno) que los dioses sí existen, y que son más viles que el hombre más vil.

—O que —dijo Psique— existen, pero que no se dedican en realidad a hacer tales cosas. Es más, ¿no podría ocurrir que si las hicieran, pero que las cosas no fueran como parecen ser? Porque ¿acaso no voy yo misma a desposarme con un dios?

Acabó irritándome. Habría dado la vida por ella (esto, por lo menos, sé que es verdad) y, sin embargo, la víspera de su muerte, fui capaz de enfurecerme. Hablaba con tanta seguridad, con tanta sensatez, como si aún estuviéramos en el jardín, junto a los perales, discutiendo con el Zorro, con horas y días por delante. Despedirse de mí parecía costarle tan poco...

—Oh, Psique —le dije, casi chillando—, ¿qué pueden ser tales cosas sino la infame carnicería que parecen? Darte de comer a un monstruo, a ti que te han venerado, a ti que eres inofensiva como una hormiga...

Se dirá —yo me lo he repetido miles de veces—, que, viéndola tan dispuesta a acomodarse a la parte más positiva de las palabras del sacerdote, y a creer que no iba a ser tanto la presa de una Bestia como la esposa de un dios, mi obligación era seguirle la corriente y darle alas. ¿No había ido yo precisamente, en la medida de lo posible, a darle mi consuelo? No, desde luego, a privarla de él. Sin embargo, fui incapaz de dominarme. Acaso, un poco como el suyo, me guiara cierto orgullo: no con el propósito de poner una venda ante nuestros ojos, ni para ahorrarles experiencias terribles; o acaso fuera el morboso impulso nacido de la misma angustia de decir, y de seguir diciendo, lo peor.

—Ya entiendo —dijo Psique, en voz baja—. Tú crees que la ofrenda es devorada, y yo misma lo creo en buena parte. Sea como fuere, significa la muerte. Orual, ¿no me habrás creído tan niña como para ignorar una cosa así, verdad?

¿Cómo, si no muero, iba a ser yo la redención de Gloma? Y si voy a unirme al dios, claro que va a ser mediante la muerte. De ese modo incluso lo más absurdo de las sagradas sentencias podría ser verdad. Ser comida y ser desposada por un dios podrían no ser cosas tan distintas. Nosotros no lo comprendemos. Debe de haber muchísimas cosas que no saben siquiera el sacerdote ni el Zorro.

Esta vez me mordí la lengua y nada dije. Una obscenidad indecible bullía en mi cabeza: ¿acaso creía que la pasión de la Bestia era algo mejor que su voracidad? ¿Unirse a un dragón, a un tritón gigante, a un espectro?

—Y en cuanto a la muerte —dijo—, bueno, Bardia (quiero a Bardia) vendrá a verla seis veces al día y silbará una melodía cuando la divise. De poco nos habrán servido las enseñanzas del Zorro si vamos a dejar ahora que la muerte nos asuste. Y ya sabes, hermana, que a veces ha dejado escapar que había entre los griegos otros maestros además de los que él sigue; maestros que han predicado que la muerte nos saca por la puerta de una habitación pequeña y oscura (esto es, la vida que conocemos antes de que ella llegue) para llevarnos a un lugar grande y auténtico donde brilla el sol verdadero y donde nosotros encontraremos...

—¡Oh, basta, basta de crueldad! —protesté—. ¿Es que no significa nada para ti dejarme aquí sola? Psique, ¿me has querido alguna vez?

—¿Quererte? Bueno, Maia, ¿a quién sino a ti y al Zorro, nuestro abuelo, he podido amar jamás? —(Yo no quería, sin embargo, ni siquiera en aquellos momentos, que sacara al Zorro a colación.)— Pero, hermana, tú me seguirás pronto. No pretenderás que la vida de cualquier mortal me parezca

larga en una noche así. Ni que piense en que todo iba a ser mejor de continuar viviendo. Supongo que habrían acabado entregándome a algún rey; quizá a uno como nuestro padre.

Y ahí es donde puede verse la poca diferencia que hay entre morir y casarse. Dejar tu hogar, perderte a ti, Maia, y al Zorro, perder la virginidad, concebir un hijo; todo esto es morir. Y en verdad, Orual, aún no estoy segura de que el lugar adonde vaya no sea el mejor.

—¡El mejor!

—Sí. ¿Qué podía esperar yo de mi vida? ¿Es que perder el mundo, perder este palacio, este padre, es perder algo de mucho valor? Los días felices que teníamos que vivir ya han pasado. Tengo que decirte una cosa, Orual, algo que nunca he dicho a nadie, ni siquiera a ti.

Ahora sé que, incluso entre quienes más se aman, las cosas han de ser así. Pero oírsele decir aquella noche fue como si me asestaran una puñalada.

—¿De qué se trata? —pregunté, mirando en su regazo, donde permanecían unidas nuestras manos.

—De esto —dijo—: siempre he sentido, siempre, al menos que yo recuerde, un cierto anhelo de muerte.

—Ah, Psique —dije yo—, ¿tan poco feliz te he hecho?

—No, no, no —dijo—. No lo entiendes. No es esta clase de anhelo. Cuanto más feliz era, más lo sentía. Eran aquellos días tan felices, cuando subíamos los tres a las colinas, con el viento y la luz del sol... allí donde no se divisaba Gloma ni el palacio, ¿recuerdas? ¿El olor, el color, ver la Montaña Gris a lo lejos? Y de tanta belleza, precisamente, me venía el anhelo, sí, siempre el anhelo. Más allá, en alguna parte, tiene que haber más belleza aún. Las cosas parecían llamarme: ¡Psique, ven! Pero yo no podía (todavía no), no podía ir, y no sabía adonde; casi me hacía daño. Me sentía como un pájaro enjaulado viendo a los demás pájaros de su especie volando libres al nido.

Me besó en las dos manos, las soltó, y se puso en pie. Tenía la misma manía de su padre de caminar de un lado a otro cuando hablaba de algo que la acongojaba. Y desde aquel momento hasta el final supe (con horror) que ya la había perdido, que el sacrificio del día siguiente iba tan sólo a terminar algo que ya había dado comienzo. Ella estaba (¿cuánto tiempo lo había estado, sin yo saberlo?) fuera de mi alcance: en algún sitio que sólo a ella le pertenecía.

Dado que este libro lo escribo en contra de los dioses, es justo que incluya en él todo cuanto pueda decirse en contra de mí. Voy a aclarar una cosa: en tanto ella hablaba, yo sentía, en medio de todo mi amor, cierto resentimiento. Aunque las cosas que iba diciendo le infundían coraje y aliviaban su aflicción (esto era obvio), yo estaba escatimándole ese mismo coraje, ese descanso. Era como si alguien o algo se hubiera interpuesto entre las dos. Si ese regateo es el pecado que ha provocado en los dioses el odio que me tienen, declaro que lo cometí.

—Orual —dijo, con los ojos brillantes—, ya ves, me voy a la Montaña. ¿Recuerdas cómo la mirábamos, cómo suspirábamos? ¿Y todas aquellas historias sobre mi casa de oro y ámbar, allí recortada contra el cielo, donde nunca pensábamos que llegaríamos a ir de verdad? El rey más grande entre los grandes iba a construirla para mí. ¡Ojalá lo creyeras todavía, hermana! No, escucha: no dejes que el dolor ciegue tus ojos y endurezca tu corazón...

—¿Es el mío el que se ha endurecido?

—Nunca hacia mí; ni el mío hacia ti tampoco. Pero, dime, ¿es que hay tanta maldad como parece en esas cosas? Los dioses reclaman sangre mortal, pero ellos son quienes dicen de quién debe ser esa

sangre. Si hubieran elegido a cualquier otra de estas tierras, habría acarreado tan sólo terror y miseria infinitos. Pero me han elegido a mí. Y yo, desde que era una niña a la que tú, Maia, llevabas en brazos, soy la única a quien han venido preparando para ello. Ese anhelo ha sido lo más dulce de mi vida: alcanzar la Montaña, encontrar el lugar de donde vino todo cuanto es bello...

—¿Eso fue lo más dulce? Oh, qué cruel eres, qué cruel. No tienes el corazón de hierro: eres peor, lo tienes de piedra —sollocé. No creo que me oyera siquiera.

—... mi patria, el lugar donde debí nacer. ¿Crees que nada significaba, todo mi anhelar? ¿La añoranza de mi hogar? Porque ahora no siento que he de partir, sino que he de regresar. El dios de la Montaña ha estado rondándome, galanteándome, toda la vida. Oh, levanta hacia mí tus ojos al menos una última vez, y deséame felicidad. Voy al encuentro de quien me ama. ¿No ves ahora...?

—Sólo veo que nunca me has querido —dije—. Acaso sea bueno que vayas al encuentro de los dioses. Te estás volviendo cruel como ellos.

—¡Oh, Maia! —gritó Psique; al fin las lágrimas volvieron a sus ojos—. Maia, yo...

Bardia llamó a la puerta. Ya no quedaba tiempo para decir nada mejor, ni para desdecirse siquiera. Bardia llamó otra vez, con más fuerza. El juramento que había hecho sobre su espada —como una espada en sí mismo— se cernía sobre nosotras.

Y así llegó el último, precario, abrazo. Dichosos aquellos que en su memoria no guardan un recuerdo así. Y aquellos que sí lo guardan... ¿serían capaces de resistirlo, si lo describiera?

Capítulo VIII

Una vez fuera, en la galería, los dolores que no había sentido mientras estaba con Psique volvieron a mí, violentamente. Mi pesar, en cambio, se había aliviado un poco, aunque mi entendimiento se fuese despejando y agudizando. Me hallaba resuelta a acompañar a Psique a la Montaña y al Árbol Sagrado, y sólo que me encadenaran podría impedirlo. Hasta llegué a pensar en esconderme en algún sitio y liberar a Psique en cuanto el sacerdote y el rey y todos los demás hubiesen emprendido el camino de vuelta. «Y si existe en verdad una Sombra de la Bestia —pensaba— y no puedo librarla de ella, la mataré con mis propias manos antes que abandonarla en sus garras». Me daba cuenta de que para hacer todo esto tenía que comer y beber y descansar. (Se acercaba la hora del crepúsculo y yo aún estaba en ayunas). Pero para empezar tenía que saber cuándo iba a celebrarse su muerte, su Ofrenda. Así que, con la mano en el costado y cojeando, recorrí la galería y me encontré con un viejo esclavo, el mayordomo del rey, que pudo contármelo todo. El cortejo, dijo, iba a salir de palacio una hora antes de la salida del sol. Me fui entonces a mi alcoba y ordené a mis mujeres que trajeran comida. Me senté a esperarla, y una molicie y una pesadez enormes se apoderaron de mí; no pensaba ni sentía nada, sólo que tenía mucho frío. Cuando llegó la comida fui incapaz de probarla, por mucho que intenté obligarme a hacerlo; era como si tuviera la boca amordazada. En cambio sí bebí: un poco de cerveza, de la poca que quedaba, y luego (pues mi estómago se rebeló contra la cerveza) una buena cantidad de agua. Debí de quedarme dormida antes de terminar, porque recuerdo haber sentido una gran pena sin poder precisar por qué.

Me llevaron a la cama (reulé y protesté un poco al notar que me tocaban) y me sumergí al instante en la yerma necesidad del sueño; cuando me despertaron, tal como había ordenado, dos horas antes de amanecer, me dio la impresión de que mi corazón apenas había tenido tiempo de emitir un latido. Me levanté gritando de dolor, pues todas las partes magulladas de mi cuerpo se habían entumecido mientras dormía, y tratar de moverse era un verdadero suplicio. No podía abrir un ojo, y pensé que bien pudiera ser que me hubiese quedado ciega de él. Cuando, al tratar de moverme, se percataron de lo mucho que me dolía, me rogaron que me quedase quieta en la cama. Una de mis mujeres dijo que sería inútil que intentara levantarme porque el rey había prohibido a las dos princesas asistir a la Ofrenda. Otra me preguntó si quería que llamara a Batta. Le contesté, con malas palabras, que cerrara el pico, y si hubiera tenido fuerzas la habría abofeteado; lo cual habría estado muy mal, porque era buena chica. (Siempre he tenido suerte con las mujeres a mi servicio, desde que las tuve para mí y lejos de la influencia de los chismorreos de Batta).

Me vistieron, mal que bien, y trataron de hacerme comer. Una de las esclavas hasta tenía un poco de vino para mí, robado, creo, de las reservas del rey. Todas lloraban; y no no.

Vestirme (tan dolorida estaba) había sido una operación tan laboriosa que apenas hube bebido un trago de vino ya empezamos a oír la música: la música del templo, la música de Ungit, los tambores y trompetas, cascabeles y castañuelas, los sagrados instrumentos de la muerte; sonos oscuros, pérfidos, enloquecedores.

—¡Rápido! —dije—. Es la hora. Ya se van. Oh, no me puedo levantar. Ayudadme, muchachas. ¡No! ¡Más rápido! Llevadme a rastras, si es necesario. No me hagáis caso si me quejo o grito.

Fue una tortura para ellas llevarme tan sólo al desembarco de la escalera. Desde allí podía verse la gran antesala que comunica la Sala de las Columnas con la Alcoba Real. Las antorchas ardían y la

multitud era numerosa. Había algunas muchachas de noble estirpe llevando velos y guirnaldas como para una fiesta nupcial. Y allí estaba mi padre, con su espléndida vestidura talar. También se veía a un hombre con una gran cabeza de pájaro. Se notaba por el humo y el olor que se habían ofrecido ya muchos sacrificios, sobre el altar del patio. (Siempre hay que alimentar a los dioses, con lo que sea, aunque la tierra esté seca). La gran puerta de entrada había sido abierta, y a través de ella podía verse un frío, temprano amanecer. Afuera, cantaban sacerdotes y muchachas. Asimismo debió de congregarse una gran masa de populacho; durante las pausas podía oírse (¿quién lo confundiría?) su griterío. Ninguna otra manada de bestias, puestas todas juntas, tiene una voz tan horrible como la Humana.

Tardé mucho en poder distinguir a Psique. Los dioses son siempre más listos que nosotros y siempre pueden maquinara alguna vileza que ni sospechar pueda nuestra imaginación. Cuando por fin la vi, fue peor de lo que podría haber pensado. Estaba rígidamente sentada sobre una litera sin techo, entre el rey y el sacerdote. Si no la había reconocido fue por una razón: la habían pintado, cubierta con oro, y puesto una peluca al modo de las muchachas del templo. Ni siquiera fui capaz de enterarme de si ella me vio o no. Sus ojos, asomando fuera de la máscara densa y sin vida en que se había transformado su rostro, tenían algo inequívocamente misterioso; no podía saberse, siquiera, la dirección en que miraban.

Resultan, a su manera, admirables, estos trucos divinos. Los dioses no se contentaban con matarla, tenía que ser su padre quien lo hiciera. No tenían bastante con arrebatármela, tenían que hacerlo tres veces seguidas, romperme el alma otras tres. Primero, la sentencia; luego, aquella extraña, fría conversación la noche anterior; y ahora este horror de pintura y de dorados que envenenaba mi última visión de ella. Ungit nos había quitado a la criatura más bonita del mundo para convertirla en un monigote de espanto.

Más tarde me contaron que me había caído tratando de bajar la escalera. Me recogieron y me metieron en la cama.

Estuve mala mucho tiempo, no recuerdo nada de la mayor parte de esos días. No estaba en mi sano juicio y (según me dicen) no conseguí dormir ni un solo momento. Mis delirios —lo que de ellos puedo recordar— eran un tormento inacabable, enrevesadamente diverso, aunque también enrevesadamente idéntico a sí mismo. Antes de dejarse aprehender, todo dejaba de ser lo que era, y aún lo que ocupaba su lugar venía a devolverme de golpe, como de un estacazo, al mismo punto de partida. Un hilo finísimo hilvanaba todas las frustraciones. Y apréciase ahora, una vez más, la crueldad de los dioses. No hay, para quien duerme o enloquece, forma de huir de ellos, pues hasta en los sueños se hace presente su acoso. De hecho, es cuando más se halla uno a su merced. Lo más parecido que tenemos a una defensa contra ellos (aunque no hay defensa que valga) es permanecer con los ojos bien abiertos, estar serenos y ser muy trabajadores, no oír música, no mirar nunca al cielo ni a la tierra, y (sobre todo) no amar a nadie. En cambio, en aquellos días, estando yo como estaba, destrozada por la muerte de Psique, hicieron que todas mis fantasías tuvieran el motivo común de ver a Psique como mi mayor enemigo. Todo mi sentido del mal no permisible estaba orientado hacia ella. Era ella quien me odiaba, de ella de quien yo deseaba vengarme. A veces éramos niñas, Redival, ella y yo, y Psique y Redival me daban de lado y no me dejaban jugar, y se quedaban tan anchas, cogidas del brazo, riéndose de mí. A veces yo era guapa y tenía un amante que se parecía un poco (de un modo absurdo) al pobre castrado de Tarin, o un poco a Bardia (supongo que porque

su cara fue la última, o casi la última, cara de hombre que vi antes de caer enferma). Pero en el umbral mismo de la cámara nupcial, o desde algún lugar muy próximo al lecho, aparecía Psique con peluca y máscara y no mayor de tamaño que mi antebrazo, y se lo llevaba con la ayuda de un solo dedo. Y cuando llegaban a la puerta se giraban hacia mí y me señalaban haciendo escarnios. Éstas fueron, con todo, las visiones más claras. Por lo general todo era más turbio y confuso: Psique arrojándose a un precipicio, Psique (aun siendo Psique, pero pareciéndose mucho al rey) dándome patadas y tirándome del pelo, Psique con una antorcha o una espada o un látigo, persiguiéndome a través de vastos pantanos y oscuras montañas; yo corriendo para salvar la vida. Pero siempre maldad, odio, burla, y mi determinación a tomar venganza.

El comienzo de mi curación coincidió con el fin de las visiones, que dejaron tras ellas tan sólo la sensación sedimentada de que Psique había cometido una gran afrenta contra mí. No podía figurarme ni por un momento de qué pudiera tratarse. Dicen que me pasé horas diciendo: «¡Cruel! ¡Qué cruel es Psique! ¡Tiene el corazón de piedra!»). Pero pronto recobré el juicio y me di cuenta de cuánto la quería y de que jamás me había hecho daño conscientemente; aunque le reprochaba un poco que en nuestro último encuentro, que iba a ser el último de todos, hubiera hablado tan poco de mí y hubiera tenido, en cambio, tanto tiempo para hablar del dios de la Montaña y del rey, y del Zorro, y de Redival, y hasta de Bardia.

Poco después de esto caí en la cuenta de que, desde hacía tiempo, estaba oyendo un agradable ruido.

—¿Qué pasa? —pregunté (y el débil gruñido en que se articuló mi voz me dejó atónita).

—¿Qué pasa dónde, pequeña? —dijo la voz del Zorro; entonces supe que llevaba muchas horas sentado a mi lado, en la cama.

—Este ruido, abuelo. Encima de nosotros.

—Es la lluvia, querida —dijo—. Da gracias a Zeus por ella y por tu propia curación. Y yo... pero antes debes volver a dormir. Y primero beber esto —vi lágrimas en sus ojos mientras me tendía la copa.

No tenía ningún hueso roto, los moratones habían desaparecido, y con ellos los demás dolores. Pero estaba muy débil. La debilidad, y el trabajo, son ambos un consuelo del que los dioses no nos han privado. No escribiría esto (podría tentarlos a quitárnoslo también) si no supiera que ellos lo saben. Estaba tan débil que no podía estar ni muy apenada ni muy furiosa. Esos días, mientras aún no tenía fuerzas, fueron casi felices. El Zorro se mostraba muy atento y cariñoso (y muy desmejorado él también), así como mis mujeres. Me querían; más de lo que me había figurado. Y mi sueño volvía a ser placentero, y llovía mucho, y, entre una cosa y otra, el apacible rumor del viento del sur entraba por la ventana; y la luz del sol. Nos guardamos mucho tiempo de hablar de Psique. Hablábamos, si alguna vez lo hacíamos, de cosas corrientes.

Tenían mucho que contarme. El tiempo había cambiado justo al día siguiente del comienzo de mi mal. El Shennit se había llenado otra vez. La sequía había terminado demasiado tarde para poder salvar las cosechas (en su mayoría, aunque uno o dos campos rindieron unos pocos frutos), pero en el jardín todo estaba creciendo. El pasto, sobre todo, revivía espectacularmente; habíamos salvado más cabezas de ganado de las que habíamos podido esperar. Y las fiebres se habían ido sin dejar rastro. Mi propio mal se debía a otras causas. Y las aves estaban volviendo a Gloma, de manera que toda mujer que tuviera un marido capaz de tensar un arco o tender una trampa podría pronto tener

algo que echar a la olla.

Estos acontecimientos los oí de boca de las mujeres así como del Zorro. Cuando nos quedábamos a solas, me contaba otras noticias. Mi padre era ahora, mientras durase, el amado de su pueblo. Por lo visto (y así rondamos por vez primera el asunto que más tocaba nuestro corazón), en el curso de la Gran Ofrenda, había concitado gran compasión y multitud de alabanzas. Allí arriba, junto al Árbol Sagrado, había puesto el grito en el cielo, llorando, rasgándose las vestiduras, abrazando a Psique un sinfín de veces (era la primera vez que lo hacía), y todo eso sin dejar de repetir que él no iba a guardarse para sí aquello que más amaba sí, por el bien del pueblo, su destino era morir. La multitud se deshizo toda en llanto, o así se lo dijeron al Zorro; él personalmente, como extranjero y como esclavo, no había podido estar presente.

—Abuelo, ¿ya sabías —pregunté— que el rey fuese un farsante de tal calaña? (Estábamos hablando en griego, desde luego).

—No es del todo así, hija —respondió el Zorro—. Al hacerlo creía en lo que hacía. Sus lágrimas no son más falsas, ni más auténticas, que las de Redival.

Luego continuó su relato con las grandes noticias venidas de Fars. Un plebeyo chiflado había dicho que el rey de Fars tenía trece hijos. La verdad es que había tenido ocho, de los cuales murió uno siendo niño. El mayor era un simple que jamás sería capaz de gobernar, y el rey (pues, según dijeron, sus leyes se lo permitían) había nombrado sucesor a Argan, el tercero de sus hijos. Y ahora, por lo visto, el segundo, Trunia, enfermo de rabia por haber sido desplazado de la sucesión —y fomentando sin duda otros motivos de descontento que, puestos a buscar, siempre se encuentran en cualquier país—, se había sublevado, con un fuerte respaldo, con el propósito de que se le reintegrase lo que él alegaba como su derecho. La conclusión de todo esto era que probablemente Fars entera iba a estar atareada con una guerra civil durante los próximos doce meses como poco, y que los dos bandos estaban con Gloma como una seda; tanto era así que, en ese frente, podíamos considerarnos libres de toda amenaza.

Unos días más tarde, estando con el Zorro (muchas veces no podía, porque el rey lo requería), le dije:

—Abuelo, ¿crees todavía que Ungit es simplemente un cuento urdido por poetas y sacerdotes?

—¿Por qué no, hija?

—Si fuese realmente una diosa, ¿qué más habría podido suceder a la muerte de mi pobre hermana que lo que ha sucedido? Todos los peligros y todas las plagas que se cernían sobre nosotros se han volatilizado. En fin, el viento debió de cambiar justo al día siguiente de... —Descubrí entonces que no podía nombrarlo. Junto con las fuerzas, me había vuelto la pesadumbre. Y también al Zorro.

—Una maldita casualidad, una maldita casualidad —murmuró, encogiendo el semblante, en parte de la rabia y en parte porque quería esconder las lágrimas (los hombres de Grecia lloran con tanta facilidad como las mujeres)—. Son estas casualidades las que dan alas a las creencias de los bárbaros.

—¿Cuántas veces me habrás dicho, abuelo, que la casualidad no existe?

—Tienes razón. Es sólo un decir. Lo que quería hacerte ver es que todas esas cosas no tienen que ver con la muerte de Psique más que con cualquier otra cosa. Unas y otras forman parte de la misma madeja, aquello que llamamos Naturaleza o el Todo. El viento del suroeste recorrió más de mil millas de tierra y mar antes de llegar aquí. Las condiciones atmosféricas del mundo entero habrían tenido que ser distintas desde su origen si ese viento no hubiese tenido que soplar. Es todo parte de la

misma madeja; no podrías quitarle ni añadirle una sola hebra.

—Así que —dije yo, apoyándome sobre mi codo— Psique murió sin finalidad. Si el rey hubiera esperado unos cuantos días habríamos podido salvarla, porque todo habría empezado a marchar bien por su propio pie. ¿Y a esto le llamas consuelo?

—A esto no. El delito que cometieron fue vano e ignorante, como lo son todos los malos actos. Éste es nuestro consuelo, que la maldad fue suya, y no nuestra. Dicen que no brotó de sus ojos una sola lágrima, y que su mano no tembló apenas, cuando la ataron al Árbol. Ni siquiera cuando se marcharon y allí la dejaron se puso a llorar. Murió llena de todas las cosas que son buenas de verdad: coraje, paciencia y... y... ay, ay... oh, Psique, pequeña mía... —Su amor se llevó entonces lo mejor de su filosofía, y cubriéndose la cabeza con la capa, todavía llorando, se retiró.

Al día siguiente me dijo:

—Hija, ya viste ayer qué pocos progresos he hecho. Empecé demasiado tarde a filosofar. Tú eres más joven y puedes llegar más lejos. Amar, y perder lo que amamos, son cosas para las que nos señala igualmente nuestra naturaleza. Si no podemos soportar lo segundo, debemos admitirlo, la falta es nuestra. A Psique eso no le ocurrió. Si lo miramos con los ojos de la razón y no con los de la pasión, ¿qué bien que la vida ofrezca no dejó ella de ganar? Castidad, templanza, prudencia, mansedumbre, clemencia, valor: y, aunque la fama es un sople, si tuviéramos que considerarla alguna vez, su nombre se igualaría al de Ifigenia y al de Antígona.

Desde luego hacía tiempo que me había contado estas historias, tanto que me las sabía de memoria, la mayor parte con las palabras mismas de los poetas. Sin embargo, le pedí que me las volviera a contar; especialmente por su bien, pues ya tenía edad para saber que un hombre (un griego sobre todo) puede hallar consuelo en las palabras que salen de su boca. Pero yo también me alegré de escucharlas. Eran algo familiar, lleno de paz, y mantenían a raya la gran desolación con que ahora, recobrada la salud, se impregnaba cada uno de mis pensamientos.

Al día siguiente, el primero en que me levanté de la cama, le dije:

—Abuelo, he perdido la ocasión de ser Ifigenia. Pero puedo ser Antígona.

—¿Antígona? ¿Qué dices, criatura?

—Antígona dio sepultura a su hermano. Yo quiero hacer lo mismo: puede que hayan quedado algunos restos. Ni siquiera la Bestia se comería los huesos y todo. Tengo que ir al Árbol. Si puedo... los traeré a casa... y los incineraré como es debido. Y, si queda mucho, lo enterraré allí mismo.

—Sería una gran muestra de piedad —dijo el Zorro—. Se ajustaría a la tradición, si no a la Naturaleza. Siempre que te sea posible. A estas alturas del año es muy tarde ya para subir a la Montaña.

—Por eso hay que hacerlo sin demora. Creo que aún quedan unos cinco y veinte días para la primera nevada.

—Siempre que puedas, pequeña. Has estado muy enferma.

—Es lo menos que puedo hacer.

Capítulo IX

Pronto pude volver a andar por la casa y pasear por los jardines. Lo hacía con cierta cautela, porque el Zorro le había contado al rey que seguía enferma. De otro modo me habría hecho trabajar con él en la Sala de las Columnas. Muchas veces preguntaba: «¿Adonde habrá ido a parar esta chica? ¿Pretende quedarse apoltronada en la cama toda la vida? No voy a mantener zánganos en mi panal a perpetuidad». La pérdida de Psique no le había hecho volcarse hacia Redival o hacia mí, de ningún modo. Más bien al contrario. «Si lo oyeras hablar —decía el Zorro— pensarías que no hay padre en la tierra que haya amado tanto a una hija como él a Psique». Los dioses le habían arrebatado a su pequeña, dejándole una porquería: la joven ramera (ésa era Redival) y el pequeño gnomo (que era yo). Yo misma, sin ayuda de los informes del Zorro, podría haberlo adivinado.

Por mi parte, andaba muy ocupada pensando en la manera de hacer mi viaje al Árbol de la Montaña y recoger lo que de Psique pudiera haber quedado. Había manifestado mi propósito con bastante ligereza, y estaba decidido que lo llevaría a cabo, pero las dificultades eran enormes. Nunca me habían enseñado a montar, así que tendría que ir a pie. Sabía que un hombre que conociera el camino tardaría unas seis horas en llegar al Árbol desde el palacio. Yo, una mujer, que por lo demás tenía que ir tanteando por mí misma el camino, debía calcular unas ocho como poco. Y dos más para el trabajo que iba a realizar; y, digamos, seis más para el trayecto de vuelta. Esto daba un total de dieciséis horas. No podía hacerse en una sola jornada. Debía prever pernoctar una noche en la Montaña, llevar comida (agua ya encontraría) y ropa de abrigo. No podía hacerlo hasta que no estuviera totalmente recuperada.

Y la verdad (que ahora sé) es que tenía ganas de aplazar el viaje tanto como me fuese posible. No por los peligros o trabajos que pudiera entrañar; sino porque era incapaz de vislumbrar qué otra cosa podría hacer yo en el mundo después de haber cumplido ésta. Mientras se me ofrecía este cometido, surgía —tal cual era— una franja entre el desierto inerte que habría de ser el resto de mi vida y yo. Una vez recogidos los huesos de Psique, iba a ser como despedirse y dar por terminado todo lo que a ella hiciese referencia. Ya entonces, antes incluso de emprender mi gran cometido, fluía en mi interior, desde los años estériles que se sucederían en el futuro, un abatimiento tal que jamás habría podido sospechar. No era ni en lo más mínimo como las agonías por las que había pasado antes y por las que habría de pasar después. No lloraba ni me estrujaba las manos. Me sentía como agua en una botella abandonada en una bodega; completamente inmóvil, destinada a no ser jamás bebida, vertida, derramada o agitada. Los días no tenían fin. Las sombras mismas parecían clavadas en el suelo, como si el sol hubiese dejado de moverse.

Un día en que toda esta congoja pasaba sus peores momentos entré en la casa por la pequeña puerta que se abre a la estrecha galería que comunica los cuarteles de la guardia con el establo. Me senté en el umbral, menos por fatiga física (pues los dioses, no por piedad, me han dado un cuerpo fuerte) que sintiéndome incapaz de encontrar un motivo para dar un paso más en cualquier dirección o para hacer lo que fuere. Una mosca voluminosa subía arrastrándose por la jamba. Recuerdo que pensé que su perezoso arrastrarse, sin finalidad aparente, era como mi vida, o incluso como la vida del mundo entero.

—Señora —dijo una voz detrás de mí. Levanté la cabeza; era Bardia—. Señora —repitió—, seré franco con vos. Sé lo que es este padecimiento. Yo me he sentido también como vos ahora os sentís;

he estado sentado durante horas, tan largas que semejaban años. Las guerras me han curado. No creo que haya otra cura.

—Pero yo no puedo ir a la guerra, Bardia —dije.

—Pero casi podríais —me contestó—. Cuando os enfrentasteis a mí, ante la puerta de la otra princesa (la paz sea con ella, ¡bendita sea!), os dije que teníais buen ojo y largo alcance. Pensaríais que lo decía para complaceros. Bien, quizá fuera así. Pero también era verdad. Ahora no hay nadie en los cuarteles, y allí hay espadas sin punta. Venid y os daré una lección.

—No —dije yo, con voz apagada—. No quiero. ¿De qué me serviría?

—¿De qué? Intentadlo y veréis. Nadie puede estar triste mientras tiene ocupados los ojos, las manos, las muñecas y cada músculo de su cuerpo. Es la verdad, señora, la creáis o no. Por lo demás, sería la mayor de las vergüenzas dejar pasar esta ocasión de practicar esos dones para el ejercicio físico que parecéis tener.

—No —dije—, déjame en paz. A no ser que quieras utilizar armas afiladas y matarme.

—Esto son, con vuestro permiso, marrullerías de mujer. No ibais a volver a decir algo así después de haberlo practicado. Vamos, no os dejaré hasta que lo hagáis.

Un hombre grande, amable, algo mayor que ella misma, puede convencer hasta a una muchacha triste y huraña con toda normalidad. Al final me levanté y fui con él.

—Este escudo pesa demasiado —dijo—. Aquí hay uno para vos. Tenedlo, así. Y tened presente esto desde el principio: un escudo es un arma, no una empalizada. Se lucha con cada porción de él como se lucha con la espada. Y, ahora, observadme. Ved cómo le doy la vuelta: rápido como una mariposa. Si esto fuera un combate de verdad, estarían ahora mismo volando flechas y lanzas y puntas de espada de todas partes. Bien: aquí está vuestra espada. No, así no. Hay que sujetarla con firmeza, pero con cuidado. No es un animal salvaje que quiera escaparse de vos. Así está mejor. Ahora, adelantad el pie izquierdo. Y no me miréis a la cara, mirad mi espada. No es con mi cara con lo que vais a pelear. Y ahora os enseñaré un par de maneras de ponerlos en guardia.

Me tuvo así media hora larga. Nunca había estado sometida a un esfuerzo tan penoso, y, mientras duró, me fue imposible pensar en nada más. He dicho no hace mucho que el trabajo y la debilidad son un consuelo. Pero el sudor es, entre las tres, la más admirable criatura; mucho mejor que la filosofía como cura para un pensamiento enfermo.

—Ya está bien —dijo Bardia—. Vuestros progresos son excelentes. Ahora no me cabe duda de que puedo convertirlos en un buen espadachín. ¿Volveréis mañana? Pero esas ropas os estorban; sería mejor que os pusierais algo que os llegase sólo a la rodilla.

Estaba tan acalorada que crucé la galería hasta el establo y me bebí un cuenco de leche. Fue lo primero que comí o bebí y saboreé de verdad desde que empezaron los malos tiempos. Mientras estaba en el establo, un soldado (supongo que habría visto lo que estábamos haciendo) entró en la galería y le dijo algo a Bardia. Bardia le contestó, no pude oír qué. Luego, en voz más alta, dijo:

—Bueno, sí, es una pena que tenga esa cara. Pero es una muchacha valiente y honesta. Si no fuera la hija del rey, sería la esposa ideal para un hombre ciego.

Esto es lo más parecido a una declaración de amor que se me ha hecho en la vida.

Después de eso di cada día mi lección con Bardia. Y pronto tomé conciencia de lo buen médico que había sido para mí. Mis penas no me abandonaban, pero el entumecimiento desapareció y el tiempo volvió a regirse según su ritmo habitual.

No tardé en contar a Bardia lo mucho que deseaba ir a la Montaña Gris, y por qué.

—Éste es un buen propósito, señora —me dijo—. Me avergüenzo de no haberlo hecho yo mismo. A la Bendita princesa le debemos, por lo menos, esto. Pero no hay necesidad de que vayáis vos. Iré yo en vuestro lugar.

Dije que iría yo.

—Entonces debéis ir, pero conmigo —dijo—. Nunca encontraríais el lugar por vuestros propios medios. Y podríais tropezaros con un oso, o con lobos, o con un montañés, un forajido, lo que sería todavía peor. ¿Sabéis montar a caballo, señora?

—No, nunca me han enseñado.

Enarcó las cejas, pensativo.

—Con un caballo bastará —dijo—, yo sobre la silla, y vos detrás de mí. Y no tardaremos seis horas en llegar; hay un sendero más corto. Pero el trabajo que tenemos que hacer puede llevarnos tiempo. Tendremos que dormir una noche en la montaña.

—¿Te dejará el rey ausentarte tanto tiempo, Bardia?

Rio entre dientes.

—Oh, no será difícil hacerle creer cualquier cuento. Con nosotros no es como con vos, señora. Con todas sus malas palabras no es un mal señor para soldados, pastores, cazadores y gentes de este tenor. Él los comprende, y ellos a él. Cuando lo veis vos, lo veis en sus peores momentos, cuando está con las mujeres y los sacerdotes y los hombres de política. La verdad es que le dan bastante miedo.

Esto era algo totalmente desconocido para mí.

Seis días después, Bardia y yo partíamos de mañana, a la hora del ordeño, con un día tan nublado que estaba casi tan oscuro como noche cerrada. Nadie en el palacio, excepto el Zorro y mis mujeres, sabía de nuestra marcha. Yo me había puesto una capa lisa, de color negro, con una capucha, y un velo que me cubría la cara. Bajo el manto llevaba el corto delantal que usaba en mis asaltos de esgrima, atado con un cinturón de hombre, y una espada, esta vez una afilada, al costado. «Probablemente, lo peor que podamos encontrar será un zorro o un gato montés», había dicho Bardia. «Pero nadie, hombre o mujer, debe andar desarmado por las colinas». Me senté de lado sobre el caballo, con las piernas para fuera, y con una mano agarrada de la cintura de Bardia. Con la otra, sostenía una urna sobre las rodillas.

En la ciudad reinaba el silencio, roto tan sólo por la trápala de nuestros caballos, aunque podía verse aquí y allá alguna luz en una ventana. Una lluvia repentina cayó a nuestras espaldas mientras bajábamos de la ciudad al vado del Shennit, pero se paró en cuanto cruzamos las aguas, y las nubes empezaron a disiparse. Todavía no se veía señal alguna del amanecer, pues era en esa dirección hacia donde había decidido desviarse el mal tiempo.

Dejamos a nuestra derecha la casa de Ungit. He aquí su estilo: piedras enormes, antiguas, dos veces más altas, dos veces más gruesas que un hombre, dispuestas verticalmente sobre un ruedo ovalado. Son antiquísimas: nadie sabe quién las puso o llevó allí ni de qué manera. Para dar un acabado a los muros, los huecos que quedan entre las piedras han sido rellenados con ladrillos. La techumbre está hecha de juncos y no es plana, sino ligeramente abovedada, lo cual hace del conjunto un montículo esferoide que más parece una babosa echada al sol en el campo que otra cosa. Hay una figura sagrada que los sacerdotes afirman que representa, o que (según un misterio) es en realidad, el

huevo de donde nació el mundo o la matriz en que una vez el mundo se cobijó. En primavera, el sacerdote se encierra y lucha, o hace ver que lucha, para encontrar la salida a través de la puerta occidental; y con esto se significa el nacimiento del nuevo año. Un hilo de humo ascendía a nuestro paso, pues la hoguera de Ungit permanece siempre encendida.

Experimenté un cambio de humor en cuanto hubimos dejado atrás a Ungit, debido en parte al hecho de que nos dirigíamos a una tierra para mí desconocida, y en parte también porque fue como si el aire se hubiera endulzado después de alejarnos de tan sagrado recinto. Ya magnífica ante nosotros, la Montaña aún nos impedía ver la claridad de la mañana, aunque, al mirar atrás y ver, más allá de la ciudad, las colinas por donde Psique, el Zorro y yo solíamos correr, me di cuenta de que allí era ya de día. Y además de apacibles, las nubes, en el occidente del cielo, empezaban a adquirir una suave tonalidad rosada.

Subíamos y bajábamos pequeñas colinas, aunque casi siempre subíamos más que bajábamos, por un camino bastante bueno, flanqueado por campos de hierba. Un poco más adelante había una desviación hacia una sombría espesura que quedaba a nuestra izquierda; pero al llegar a este punto Bardia se apartó de la senda y enfiló por la hierba.

—Aquella es la Senda Sagrada —dijo, señalando el bosque—. Por ahí llevaron a la Bendita (la paz sea con ella). Nuestro camino será más abrupto, pero más corto.

Durante mucho tiempo avanzamos cuesta arriba sobre la hierba, con paso lento pero firme, rumbo a un peñasco tan alto y tan próximo a nosotros que nos tapaba la vista de la verdadera Montaña. Al llegar a la cima, y pararnos un instante para dar un respiro al caballo, todo había cambiado. Y allí libré mi primer combate.

Nos encontrábamos ya bajo la luz del sol, tan radiante que hacía daño a la vista, y empezamos a sentir calor (me eché la capa hacia atrás). El abundante rocío daba a la hierba el resplandor de una joya. La Montaña, no sólo más grande sino también más lejana de lo que esperaba, vista con el sol suspendido a sólo un palmo de sus más elevados salientes, no parecía algo sólido. Entre ella y nosotros se extendía un vasto y accidentado terreno de valles y colinas, bosques y barrancos, y más pequeños lagos de los que se podían contar. A derecha e izquierda, y a nuestras espaldas, aquel mundo de colinas de todos los colores se elevaba más y más hacia el cielo, dejando ver, muy a lo lejos, un pequeño resquicio de aquello que llamamos mar (aunque no pueda compararse con el Gran Mar de los griegos). Se oía un canto de alondras, pero, por lo demás, reinaba una calma antigua y colosal.

Y he aquí el combate que me había tocado librar. Bien puede decirse que mi partida fue triste: iba a cumplir una triste misión. Pero ahora, tentándome como en un jugueteo insolente, oía una especie de voz expresarse sin palabras, algo que si hubiera podido reducirse a palabras habría dicho: «¿Qué razón impide saltar de alegría a tu corazón?». Acaso era un signo de mi locura el que mi corazón estuviera a punto de decir: ¿por qué no? Tuve que recitarme, como una lección, el sinfín de razones que tenía para no hacerlo. ¿Mi corazón saltando de alegría? Mi corazón, a quien despojaron de lo que amaba, yo, la princesa fea que nunca debía aspirar a otro amor, la esclava del rey, la carcelera de la odiosa Redival, quizá destinada, a la muerte de mi padre, también a la muerte o a la mendicidad (porque ¿quién podía decir lo que decidiría Gloma llegada la hora?). Y, aun así, mi cabeza apenas podía retener la lección. La visión de la enormidad del mundo había originado en mí malos pensamientos; como si me estuviera permitido vagar por él, vagar sin límite, viendo, una tras otra,

cosas raras y bellas hasta el fin de los días.

La humedad y el frescor que sentía en torno a mí (desde antes de mi mal no había visto, a lo largo de los meses, más que cosas secas y marchitas) me hicieron pensar que había juzgado mal al mundo; parecía amable, y risueño, como si su corazón también se agitara de alegría. Incluso mi fealdad era algo en lo que no podía acabar de creer. ¿Quién puede *encontrarse* fea cuando el deleite se asoma a su corazón? Era como si, en algún lugar, por dentro, por debajo de una fea cara y un cuerpo todo huesos, una pudiera ser lozana, delicada, ligera y deseable.

Nos fuimos detenidos en la cima sólo un momento. Pero horas después, mientras seguíamos subiendo y bajando, serpenteando las grandes colinas, muchas veces a pie, desmontando y guiando el caballo a veces por bordes peligrosos, el combate se prolongaba.

¿Acaso no me asistía la razón al luchar contra aquel talante ebrio de felicidad? Me lo exigía, aunque sólo fuese eso, la pura decencia. No podía ir riendo al funeral de Psique. Si lo hacía, ¿cómo podría volver a creer que la había querido? La razón lo exigía. Conocía el mundo demasiado bien para confiar en esa repentina sonrisa. ¿Qué mujer tendría tolerancia con un hombre al que todavía pueden engañar las caricias de su querida cuando ésta ha sido sorprendida ya tres veces en flagrante infidelidad? Sería sencillamente como ese hombre si un pequeño amago de buen tiempo y hierba fresca tras una larga sequía, y un poco de salud tras la enfermedad, pudieran reconciliarme con este mundo tirano, disoluto, fuente de plagas y azote de dioses. Lo había visto. No estaba loca. Sin embargo, entonces aún no sabía como ahora sé la razón más poderosa para ser desconfiada. Los dioses no mandan una invitación así al placer, tan insistente y solícita, si no nos están preparando algún nuevo desastre. Somos sus burbujas; nos llenan de aire y luego nos revientan.

Pero me mantuve firme aun sin ese conocimiento. Me dominé. ¿Creían acaso que iba a bailar al son de su flauta cuando a ellos les diera la gana tocar?

El combate finalizó cuando alcanzamos la cumbre que precedía a la verdadera Montaña. Estábamos a mucha altura, tanto que, a pesar de que el sol fuera muy fuerte, el viento soplabá frío y cortante. A nuestros pies, separándonos de la Montaña, se abría un valle negro, siniestro: cubierto de musgo oscuro, y de oscuras turberas, grandes guijarros y cantos rodados de toda clase que se desprendían de la Montaña y se acumulaban en sus laderas... como si la Montaña estuviese herida y sus llagas supurasen piedras. Su masa enorme se elevaba (tuvimos que inclinar hacia atrás la cabeza para verla entera) formando protuberancias descomunales que se recortaban contra el cielo como muelas de un viejo gigante. La faz que nos mostraba no era en realidad más difícil de escalar que un tejado, pese a algún sobrecogedor despeñadero que se veía a nuestra izquierda, pero parecía alargarse hacia arriba como una pared. También toda ella era, en esos momentos, negra. Los dioses desistieron, en este punto, de su empeño de verme contenta. Nada había en ese lugar que tentara, ni al más risueño de los corazones, a dar saltos de alegría.

Bardia señaló un paraje frente a nosotros, a la derecha. Allí la Montaña se inclinaba, en suave pendiente, hasta un collado que se encontraba a una altura algo inferior a donde estábamos, pero igualmente con sólo el cielo por resguardo. Contra el cielo, en el collado, se erguía, solitario, deshojado, un árbol.

Bajamos a pie a través del negro valle, guiando el caballo, porque el camino era malo y al pasar se producían desprendimientos, hasta que en el punto más bajo encontramos la senda sagrada (llegaba al valle por el extremo septentrional, a lo lejos a nuestra izquierda). Estábamos ya tan cerca que no

volvimos a montar. Un par de curvas más y habíamos alcanzado el collado y, con él, de nuevo el viento cortante.

Ahora que ya casi habíamos llegado al Árbol sentí miedo. Apenas sabría decir de qué, sólo sé que mi terror se habría calmado si hubiéramos encontrado los huesos, o incluso el cadáver. Me parece que lo que me daba miedo —ese miedo infantil, sin sentido— era que no pudiéramos hallarla, ni viva ni muerta.

Y allí estábamos. Del tronco escuálido (el Árbol estaba descortezado) colgaban el cinturón de hierro y la cadena a él unida, haciendo de vez en cuando, con el impulso del viento, algún débil ruido. No se veían huesos, ni restos de ropa, ni manchas de sangre, ni ninguna otra cosa.

—¿Cómo interpretas estos signos, Bardia? —pregunté.

—Los dioses se la han llevado —dijo, bastante pálido y en voz baja (era hombre temeroso de los dioses)—. Ninguna bestia del reino animal habría rebañado tanto su plato: habría dejado los huesos. Un animal, salvo que se tratase de la sagrada Sombra de la Bestia, no habría podido arrancar todo el cuerpo de las cadenas. Y no se habría comido las joyas. Un hombre sí habría podido... pero no liberarla sin ayuda de herramientas.

No había previsto que nuestro viaje pudiera resultar tan en vano; nada que hacer, nada que llevarnos. El vacío de mi vida estaba a punto de empezar.

—Podemos buscar un poco por aquí —dije, como una tonta, sin esperanza de encontrar nada.

—Sí, sí, señora. Busquemos —dijo Bardia. Sabía que lo decía sólo por cortesía.

Y así lo hicimos; en círculos, él por un lado, yo por otro, sin apartar la vista del suelo; el frío soplo del viento hacía ondear nuestras capas, y piernas y barbilla empezaban a tiritar.

Bardia estaba frente a mí, hacia oriente y muy en los límites del collado, cuando lo oí llamar. Tuve que retirar el pelo que me azotaba la cara para poder verlo. Corrí hacia él; casi volando, pues el viento de Poniente hacía de mi capa una vela. Me enseñó lo que había encontrado: un rubí.

—Nunca la vi llevar esta piedra —le dije.

—Aun así la llevaba, señora, en su último viaje. La vistieron con sagrados ropajes. Las correas de las sandalias eran rojas con rubies.

—¡Oh, Bardia! Entonces es que alguien, o algo, la trajo hasta aquí.

—O quizá sólo trajo las sandalias. Un cuervo podría haberlo hecho.

—Debemos continuar; de esta línea para allá.

—Con cuidado, señora. Si hay que hacerlo, ya lo haré yo. Mejor que os quedéis aquí.

—¿Por qué? ¿A qué hay que temer? Sea lo que sea, aquí no voy a quedarme.

—No conozco a nadie que haya rebasado estos límites del collado. Cuando la Ofrenda, ni los mismos sacerdotes llegaron más allá del Árbol. Estamos muy cerca de la parte mala de la Montaña: de la parte sagrada, quiero decir. Del Árbol para allá es territorio de los dioses, dicen.

—Entonces debes ser tú quien se quede, Bardia. A mí no pueden hacerme más daño del que me han hecho ya.

—Yo iré a donde vayáis, señora. Pero no hablemos tanto de ellos, no hablemos más. Lo primero que debo hacer es ir en busca del caballo.

Regresó (y por un momento, fuera de su vista, me quedé sola en los confines de la tierra de los peligros) junto al pequeño arbusto donde había dejado amarrado el caballo. Después volvió a mi lado guiándolo muy gravemente, y emprendimos la marcha.

—Cuidado —dijo otra vez—. En cualquier momento podríamos encontrarnos al borde de un precipicio. —Y de hecho pareció, en los pasos que siguieron, que caminábamos directos al cielo sin fondo. De pronto nos vimos al borde de un brusco declive; y al mismo tiempo, igual de repentino, después de haber estado encapotado desde que entramos en el negro valle, el sol se asomó.

Era como contemplar desde lo alto un mundo nuevo. A nuestros pies, acunado entre una inmensa confusión de montañas, se extendía un valle pequeño, resplandeciente como una gema, que, sin embargo, en dirección al sur, a nuestra derecha, se hacía más grande. A lo lejos, por esta abertura, se divisaba un panorama de campos azulados, fértiles, colinas y bosques. El valle mismo era como un hoyuelo en el mentón meridional de la Montaña. El año, a estas alturas, parecía haberse mostrado con él más pródigo que allí abajo en Gloma. Nunca había visto una hierba tan verde. Se veía la aulaga floreciendo, y viñedos silvestres, y muchas arboledas en flor; y un raudal de agua cristalina: estanques, riachuelos, pequeñas cascadas. Y cuando, tras examinar un poco el declive a fin de encontrar un paso fácil para el caballo, iniciamos el descenso, el aire subió hasta nosotros, cada vez más cálido, cada vez más dulce. El viento había cesado y podíamos oír nuestras voces; no tardamos en oír también el murmullo de los arroyos y el zumbido de las abejas.

—Bien pudiera ser que éste fuera el secreto valle del dios —dijo Bardia, en un susurro.

—Secreto sí es —dije yo.

Habíamos llegado ya al fondo, y hacía tanto calor que yo ya casi pensaba en refrescarme la cara y las manos en las rápidas y ambarinas aguas del arroyo que aún nos separaba del corazón del valle. Había levantado ya la mano para apartarme el velo cuando oí dos gritos distintos de distintas voces: una de ellas, la de Bardia. Me volví. Un sentimiento estremecedor, indecible (aunque próximo al terror), me atravesó de cuajo, de parte a parte. Allí, a no más de seis pies, en la otra orilla del río, estaba Psique.

Capítulo X

No sé qué balbucí, entre risas y lágrimas, en aquel primer arrebató de alegría (con el río todavía de por medio). La voz de Bardia me amonestó:

—Cuidado, señora. Quizá sea un fantasma. Quizá... ay, ay... sea la mujer de un dios... una diosa.

Se había puesto mortalmente blanco, y se agachó para echarse tierra en la frente.

No se le podía reprochar. El rostro de Psique era lo que los griegos llaman una «cara radiante». Pero yo no experimenté ningún temor divino. ¿Cómo iba a hacerlo? ¿Yo, temer a Psique, a la que había llevado en brazos, enseñado a andar y a hablar? Bronceada por el sol y el viento, vestía tan sólo unos harapos, pero reía, y sus ojos eran como dos estrellas, sus miembros redondeados y flexibles, sin indicio alguno (a no ser por los harapos) de infortunio o mendicidad.

—Bienvenidos, bienvenidos, ¡sed bienvenidos! —decía—. Oh, Maia, cuánto he deseado este momento, cuánto he suspirado para que llegase. Sabía que vendrías. ¡Oh, qué feliz soy! Y también ha venido el bueno de Bardia, ¿ha sido él quien te ha traído? Claro, tendría que haberlo adivinado. Vamos, Orual, cruza la corriente. Te enseñaré el lugar por donde es más fácil. Pero Bardia... a ti no puedo dejarte pasar... querido Bardia, es que...

—No, no, Bendita Istra —dijo Bardia (creo que quitándose un gran peso de encima)—. Yo soy sólo un soldado. —Y, en voz baja, aparte, añadió—: ¿Vais a ir, señora? Éste es un lugar terrible. A lo mejor...

—¿Que si voy a ir? —respondí—. Iría aunque el río fuese de fuego en vez de agua.

—Desde luego —dijo él—. No es vuestro caso el mismo que el nuestro. La vuestra es sangre de dioses. Yo me quedaré aquí con el caballo. El viento se ha parado y aquí hay buen pasto para él.

Yo estaba ya en el margen del río.

—Un poco más allá, Orual —me decía Psique—. El mejor vado está ahí. ¡Con cuidado! ¡Vigila tus pasos! No, a la izquierda no. En algunos sitios es muy profundo. Por aquí. Y ahora un paso más. Venga, dame la mano.

Supongo que estaba como reblandecida por haber pasado tanto tiempo enferma, inactiva, postrada en la cama. Sea como fuere, el agua estaba tan fría que me cortó la respiración, y la corriente era tan fuerte que, de no haber sido por la mano de Psique, me habría hecho caer y luego arrollado. Una entre mil cavilaciones, llegué a pensar: «Pero ¡qué fuerte está! Será más fuerte que yo. También eso se añadirá a su hermosura».

Siguió una total confusión: quería hablar, llorar, besarla, recobrar el aliento, todo a la vez. Pero ella me guio unos cuantos pasos ribera adentro y me hizo sentar en un brezal acogedor; ella se sentó a mi lado y unimos nuestras manos sobre mi regazo, como la noche de su cautividad.

—Bueno, hermana —me dijo, muy contenta—, ¡vaya recibimiento frío y accidentado has tenido! Estás sin aliento. Pero yo te resarciré.

Se levantó de un salto, dio unos cuantos pasos y regresó con algo entre las manos: una hoja verde en la que había puesto las diminutas y frescas bayas de la Montaña.

—Come —dijo—, ¿o es que los dioses no comen?

—Nada hay más dulce —contesté. Y ciertamente tenía bastante hambre y sed, porque era ya mediodía o quizá más tarde—. Pero, oh Psique, dime qué...

—¡Un momento! —dijo ella—. Después del banquete, el vino.

Cerca de allí, brotaba un hilillo plateado entre unas piedras, cubiertas de un musgo tan mullido como una almohada. Psique introdujo las dos manos bajo las piedras hasta llenarlas y luego las llevó hasta mi boca.

—¿Habías probado un vino tan exquisito? —preguntó—. ¿O una copa más hermosa?

—La bebida es buena, ya lo creo —respondí—, pero la copa es mejor. Es la copa que más amo en el mundo.

—Pues tuya es, hermana.

Lo dijo con un bonito aire de cortesía, como una reina que agasajara a sus huéspedes con regalos; hizo que las lágrimas acudieran de nuevo a mis ojos. Me traía tantos recuerdos de sus juegos de niña...

—Gracias, pequeña —le dije—. Espero que sea mía de verdad. Pero, Psique, hablemos en serio, tenemos muchas cosas de que hablar. ¿Cómo has conseguido sobrevivir? ¿Cómo escapaste? Y, oh, no debemos dejar que la alegría de este momento lo aparte de nuestro pensamiento: ¿qué haremos ahora?

—¿Qué haremos? ¿Qué, sino ser felices? ¿Por qué no pueden nuestros corazones saltar de alegría?

—Ya saltan, ¿no lo ves? En fin... sería capaz de perdonar a los mismos dioses. Y dentro de nada a lo mejor también perdonaré a Redival. Pero ¿cómo podremos...? Será invierno en un mes o dos. No puedes... Psique, ¿de qué has vivido hasta ahora? Pensé... pensé que... —pero pensar en lo que había estado pensando fue superior a mis fuerzas.

—Cálmate, Maia, por favor —dijo Psique (era ella, una vez más, la que me consolaba)—. Se acabaron todos los temores. Todo va bien. Y haré que todo vaya bien también para ti; no descansaré hasta verte tan feliz como yo. Pero todavía no me has preguntado cuál ha sido mi historia. ¿No te ha sorprendido encontrar esta bella morada, y a mí viviendo en ella de esta guisa? ¿No te ha maravillado?

—Sí, Psique, estoy abrumada. Claro que quiero oír tu historia. Pero quizá primero tendríamos que hacer algunos planes.

—Orual, la solemne —sentenció Psique, mofándose—. Tú y tus planes, siempre la misma. Y no te faltaba razón, Maia, si tenías que sacar adelante a una criatura tan alocada como yo. Y lo has hecho muy bien. —Con un beso se despidió de todos aquellos días, de toda la preocupación de mi vida, y empezó su relato—: No estaba en mi sano juicio cuando salimos de palacio. Antes de que dos muchachas del templo comenzaran a vestirme y a pintarme, me dieron algo de beber, algo dulce, pegajoso, creo que una droga, porque apenas lo hube tragado todo pareció transcurrir como en un sueño, y esta sensación se acentuó con el tiempo. Y creo, hermana, que eso se lo dan siempre a los que van a derramar su sangre por Ungit, y que por eso los vemos morir con tanta serenidad. La pintura que me habían puesto en la cara ayudó también a que siguiera sintiéndome como en un sueño. Mis rasgos se apelmazaron tanto que no parecían los míos. No me hacía a la idea de que era yo quien iba a ser sacrificada.

Y luego, también la música, y el incienso, y las antorchas hicieron lo suyo. Te vi, Orual, en lo alto de la escalera, pero no pude siquiera alzar la mano para saludarte; los brazos me pesaban como si fueran de plomo. Pero pensé que tampoco importaba mucho, porque al fin y al cabo no tardaría en despertar y ver que todo había sido un sueño. Y en cierto sentido lo era, ¿no es cierto? Y tú ahora estás casi despierta. ¿O no? ¿Aún estás así de seria? Tendré que espabilarte más.

«Quizá pienses que, al salir por la gran puerta, el aire fresco me devolviera el juicio, pero probablemente fue en ese momento cuando la droga surtió mayor efecto. No sentía miedo; tampoco alegría. Sentada en aquella litera, viendo las cabezas de aquella multitud enorme, era algo bastante extraño en cualquier caso... y las trompetas y los cascabeles sin parar de sonar. No puedo decir si el camino a la Montaña fue corto o largo. Era largo cada tramo de él; al pasar, no dejé de fijarme en cada piedra, en cada árbol del sendero. Y aun así fue como si el trayecto entero no hubiese durado nada. Lo suficiente, en todo caso, para volver en mí. Empecé a darme cuenta de que iba a ser la víctima de algo terrible. Y entonces, por primera vez, quise decir algo. Quería gritarles que se habían equivocado, que yo era sólo la pobre Istra, que no podía ser yo la que ellos destinaban a morir. Pero de mi boca no salían más que barboteos y gemidos. En esto, un hombre corpulento, con cabeza de pájaro, o un pájaro con cuerpo de hombre...

—Debía ser el sacerdote —interrumpí.

—Sí. Si es que sigue siendo el sacerdote cuando se pone su máscara; quizá, mientras la lleva puesta, se convierta en dios. Sea lo que fuere, dijo: «Dadle un poco más», y uno de los sacerdotes más jóvenes, subiéndose a hombros de otro, volvió a ponerme en la boca aquella copa dulce y pegajosa. Yo no quería beber, pero, ya sabes, Maia, era como aquella vez que llamaste al barbero para que me sacara una espina de la mano; ¿recuerdas?, me abrazabas con fuerza, me decías que fuese buena, que todo terminaría en un instante. Pues era algo parecido, así que decidí que más me convenía hacer lo que me decían.

«Lo siguiente que recuerdo, que puedo recordar, es que no estaba ya en la litera, sino sobre tierra firme y caliente, y que me estaban amarrando al Árbol con una cadena por la cintura. El ruido del hierro me libró por completo de los últimos coletazos de la droga. Y allí estaba el rey, dando gritos, gimoteando, desgañitándose. Y, ¿sabes, Maia?, estaba mirándome, mirándome de verdad, creo que era la primera vez que lo hacía. Pero yo sólo deseaba que se callara, que se marcharan él y todos los demás para quedarme a solas y poder llorar. En esos momentos sí quise llorar. Tenía las ideas cada vez más claras y estaba muy, muy asustada. Intentaba portarme como una de esas muchachas griegas de las que el Zorro siempre está contando historias, y sabía que podía mantener la representación hasta que se marcharan, siempre y cuando lo hicieran pronto.

—Oh, Psique, tú dices que ahora todo va bien. Olvida esos momentos terribles. Sigue, rápido, y cuéntame cómo te salvaste. Tenemos mucho de que hablar y mucho que decidir. No tenemos tiempo de...

—¡Orual! Hay tiempo de sobra. ¿No quieres oír mi historia?

—Claro que sí. Quiero oírla con detalle. Cuando estemos a salvo y...

—¿Dónde vamos a estar más a salvo que aquí? Ésta es mi casa, Maia. Y no entenderás lo maravillosa y lo gloriosa que ha sido mi aventura si no oyes la parte triste. No ha sido muy triste, ya lo ves.

—Es tan triste que casi no puedo soportar escucharla.

—Ah, pues espera. Bien, al fin se marcharon, y allí me quedé, sola bajo el cielo luminoso, al resguardo de la gran montaña, pelada y requemada, sin oír el menor ruido. Ni un soplo de viento se agitaba, ni siquiera junto al Árbol; ya sabes qué día hizo el último de la sequía. Empezaba a tener sed; el viscoso brebaje tenía la culpa. Por primera vez me daba cuenta de que, de la manera en que me habían atado, no me podía sentar. Ahí mi ánimo empezó a desfallecer de verdad. Y entonces lloré,

vaya si lloré; oh, Maia, ¡cuánto os quería a ti y al Zorro! No podía hacer más que rezar, rezar, rezar a los dioses para que, fuera lo que fuese lo que hubiera de sucederme, sucediese pronto. Pero nada sucedía, excepto que las lágrimas aumentaban mi sed. Luego, mucho después de esto, las cosas empezaron a congregarse a mi alrededor.

—¿Las cosas?

—Oh, nada preocupante. Al principio sólo el ganado de la montaña. Pobres, estaban en los huesos. Me dieron pena porque pensé que estaban tan sedientos como yo. Haciendo un gran corro, empezaron a acercarse a mí, aunque no demasiado, y también a mugir. Luego apareció una fiera que yo jamás había visto, un lince, creo. Venía directo hacia mí. Yo tenía las manos libres y me preguntaba si sería capaz de ahuyentarlo. Pero no fue necesario. Después de avanzar y retroceder no sé cuántas veces (creo que empezaba a estar tan asustado de mí como yo de él), se aproximó y me husmeó los pies; luego, erguido, con sus zarpas sobre mí, volvió a husmearme. Después se fue. Me dio pena que se fuera: casi me hacía compañía. ¿Y sabes lo que pensaba yo todo este tiempo?

—¿Qué?

—Al principio trataba de darme ánimos con mi viejo sueño del palacio de oro y ámbar en la Montaña... y del dios... intentaba creer en él. Pero no podía por más que lo intentaba. No entendía cómo pude creerlo alguna vez. Todo aquello, todos mis antiguos anhelos, se habían esfumado sin dejar rastro.

Estreché sus manos, sin decir nada. Pero interiormente me regocijé. Quizá había sido bueno (no lo sé) dar alas a aquella quimera la víspera de la Ofrenda si eso la había hecho sentirse mejor. Pero ahora me alegraba de que la diera por concluida. Era algo que yo no podía aprobar, algo innatural, enajenante. Quizá constituya esta alegría uno de los argumentos que los dioses tienen contra mí. Pero eso nunca lo sabré.

—Lo único que me consolaba —prosiguió— era algo muy diferente. Apenas era un pensamiento, algo muy difícil de expresar con palabras. Había en él mucha filosofía del Zorro, cosas que él dice sobre los dioses o sobre «la naturaleza divina», pero mezcladas con otras que decía también el sacerdote sobre la sangre y la tierra y sobre cómo los sacrificios fertilizan las cosechas. No me explico bien. Parecía proceder de lo más profundo de mí, de un lugar más profundo que aquel del que proceden los temores y las lágrimas. No tenía forma definida: simplemente, había que aferrarse a ello; o dejar que se aferrase a ti. Entonces se produjo el cambio.

—¿Qué cambio? —no sabía muy bien de lo que me estaba hablando, pero vi que debía dejar que siguiera por su camino y contara la historia a su modo.

—El cambio de tiempo, qué si no. No podía verlo, atada como estaba, pero lo notaba. De pronto sentí que refrescaba.

Y me di cuenta de que el cielo iba cubriéndose de nubes, a mi espalda, sobre Gloma, porque se dispersaron todos los colores de la Montaña y mi propia sombra se disipó. Entonces (y éste fue el primer dulce momento) un suspiro de viento (viento de Poniente) me llegó por la espalda. Y luego otro, y otro; podía oír y oler y sentir la lluvia cayendo cerca. Entonces supe muy bien que los dioses existen de verdad, y que era yo quien atraía la lluvia. Por todas partes rugía el viento (aunque quizá suene demasiado suave decir que rugía); y la lluvia. El Árbol me resguardaba un poco; yo no dejaba de alzar los brazos y sorber el agua que los empapaba, tanta era mi sed. El viento era cada vez más fuerte. Parecía que me elevaba del suelo; de no haber sido por los hierros que me sujetaban por la

cintura, me habría llevado por los aires. Y entonces, por fin, por un momento... le vi.

—¿Le viste? ¿A quién?

—Al viento de Poniente.

—¿Lo viste?

—No lo vi, le vi: al dios del viento. Al Viento de Poniente en persona.

—¿Estabas despierta, Psique?

—Oh, no era un sueño. Nadie sueña una cosa así, porque nadie ha visto una cosa así. Tenía forma humana. Aunque no se le habría podido tomar por un hombre. Oh, hermana, lo entenderías si lo hubieras visto. ¿Cómo puedo hacértelo entender? ¿Has visto alguna vez un leproso?

—Pues claro.

—¿Y te has dado cuenta de lo sana que parece la gente al lado de un leproso?

—¿Te refieres a que se la ve más saludable, más sonrosada?

—Así es. Pues nosotros, al lado de los dioses, somos lo que son los leprosos a nuestro lado.

—¿Qué quieres decir? ¿Que el dios tenía un color rojizo?

Se rio, batiendo palmas.

—Oh, no vale la pena —dijo—. Veo que no consigo que te hagas a la idea en absoluto. Da igual. Ya verás dioses por ti misma, Orual. Así ha de ser; yo haré que así sea. De un modo u otro. Debe de haber algún medio. Mira, quizá esto pueda ayudarte: cuando vi al Viento de Poniente yo no estaba (al principio) ni contenta ni asustada. Estaba avergonzada.

—Pero ¿de qué, Psique? No te habían desnudado ni nada de eso, ¿verdad?

—No, no, Maia. Avergonzada de parecer una mortal; avergonzada de ser mortal.

—Pero ¿cómo permitiste que te ocurriera algo así?

—¿No crees que las cosas de las que la gente está más avergonzada son aquellas que no se pueden evitar?

Pensé en mi fealdad y no dije nada.

—Y me cogió en sus hermosos brazos —dijo Psique—, que parecía que me quemaban (aunque la quemadura no me dolía), y me sacó sin esfuerzo del cinturón de hierro (y esto no sé cómo lo hizo pero tampoco me dolió) y me transportó en el aire, llevándome lejos, muy lejos del suelo. Por supuesto casi al momento había vuelto a ser invisible. Le había visto sólo como se ve un relámpago. Pero daba igual. Ya sabía que era él, y no una cosa, y no me daba miedo surcar los cielos en su compañía, ni siquiera cuando me llevaba cabeza abajo.

—Psique, ¿estás segura de que esto ha ocurrido? ¿Debes haberlo soñado!

—Y si lo he soñado, hermana, ¿cómo crees que he llegado aquí? Es más probable que fuera un sueño todo lo que me ocurrió antes. Pero estás entorpeciendo mi relato, Maia. En fin: me llevó por los aires y luego me posó suavemente. Al principio estaba sin respiración y demasiado atónita para saber dónde me encontraba; y es que el Viento de Poniente es un dios alegre y atolondrado. Hermana, ¿crees acaso que a los dioses jóvenes les enseñan cómo tienen que tratarnos? Un simple roce de unas manos como las tuyas y nos desharíamos en pedazos. Pero cuando recobré el sentido (ah, ya puedes imaginarte cómo fue ese momento) y vi la Casa delante de mí, y yo postrada en su umbral... Y no era, ya ves, precisamente la Casa de oro y ámbar que yo imaginaba. De haber sido así, sí habría podido pensar que estaba soñando. Pero vi que no lo era, y que no era tampoco como ninguna casa de estas tierras ni como esas de Grecia que el Zorro nos describía. Algo nuevo, insospechado... pero eso

puedes verlo por ti misma; y yo te la enseñaré con detalle dentro de un momento. ¿Por qué tengo que describirtela con palabras?

«Se veía enseguida que era la morada de un dios. No me refiero a un templo para el culto, sino a una casa, allí donde el dios vive. Yo no habría entrado ni por todo el oro del mundo. Pero tenía que hacerlo, Orual. Porque se oía una voz, no una voz dulce, oh no, sino más dulce que cualquier música, hasta los cabellos se me erizaron al oírla. ¿Y sabes, Orual, lo que decía? Pues: «Entra en tu casa» —sí, dijo *mi* casa—, «oh Psique, la novia del dios».

«De nuevo me avergoncé, me avergoncé de mi condición de mortal, y me asusté terriblemente. Pero más me habría avergonzado y asustado no obedecer. Subí la escalera, gélida, insignificante, temblorosa, y crucé el pórtico en dirección al patio. Nadie había a quien pudiera ver. Pero entonces surgieron las voces. Por todas partes, dándome la bienvenida.

—¿Qué clase de voces?

—Voces como de mujer: al menos tan de mujer como el viento-dios era como un hombre. Y decían: «Entrad, señora, entrad, ama. No tengáis miedo». Y se movían como si se movieran quienes hablasen, a pesar de que yo no era capaz de ver a nadie; y con sus movimientos me guiaban. Me llevaron a un fresco recibidor con el techo arqueado, donde había una mesa dispuesta con frutas y vino. Frutas como nunca... pero ya lo verás. Me dijeron: «Servíos algo, señora, antes del baño; el banquete será después». Oh, Orual, ¿cómo puedo expresarte lo que sentí? Sabía que eran espíritus y quería postrarme a sus pies. Pero no me atrevía: si me habían hecho señora de aquella casa, señora tenía que ser. Aun así no podía dejar de temer que algo de befa se escondiera tras todo aquello y que en un momento dado pudieran estallar en una enorme carcajada y...

—¡Ah! —dije yo, con un largo suspiro. Qué bien la entendía.

—Sí, pero me equivocaba, hermana. Me equivocaba del todo. Esto forma parte de la vergüenza de ser mortal. Me dieron fruta, me dieron vino...

—¿Las voces te dieron todo eso?

—Fueron los espíritus. No podía ver sus manos. Y aun así, verás, en ningún momento dio la impresión de que los platos o la copa se movieran por sí mismos. Era evidente que había unas manos que los movían. Y, Orual —su voz se esforzó, un poco más alta—, cuando cogí la copa yo... yo... *noté* esas manos tocando las mías. Otra vez aquella quemazón indolora, fue algo terrible —de pronto se sonrojó y (sin saber yo por qué) se echó a reír—. Ahora ya no sería terrible —dijo—. Luego me llevaron al baño. Ya lo verás, está en el patio más delicadamente columnado, abierto al cielo, y el agua es como de cristal y su aroma es tan dulce... tan dulce como todo este valle. Me cohibí muchísimo cuando vino a quitarme la ropa, pero...

—¿Vino? Has dicho que eran espíritus, espíritus de mujer.

—Oh, Maia, todavía no entiendes nada. Esta vergüenza nada tiene que ver con que fuesen hombres o mujeres. Es la condición de ser mortal; la condición de ser, ¿cómo lo diría?... insuficiente. ¿No eres que un sueño se cohibiría si alguien lo viese andar por el mundo de los despiertos? Y entonces —hablaba cada vez con mayor precipitación— volvieron a vestirme... con las cosas más bonitas... y luego llegó el banquete... y la música... y luego me llevaron a la cama... y se hizo de noche... y luego... él.

—El novio... el dios mismo. No me mires así, hermana. Todavía soy tu Psique de siempre. Eso nada lo cambiará.

—Psique —dije yo, poniéndome en pie de un salto—, ya no aguanto más. Me has contado un montón de prodigios. Si todo esto es verdad, me he pasado la vida en un error. Todo tiene que empezar de cero. Psique, ¿es verdad? ¿No estarás jugando a algo conmigo? Enséñamelo. Enséñame tu palacio.

—Claro que te lo voy a enseñar —dijo, levantándose—. Entremos. Y no tengas miedo de lo que puedas ver u oír.

—¿Está lejos? —pregunté.

Me dirigió una mirada acuciante, atónita.

—¿Lejos? —dijo.

—El palacio, la morada del dios.

Alguna vez habréis visto a un niño perdido en una aglomeración, corriendo hacia una mujer a la que ha tomado por su madre, y cuando la mujer se da la vuelta y su cara se revela la de una extraña, la mirada, la expresión, del niño, el silencio que apenas precede el momento de echarse a llorar. El rostro de Psique estaba así: paralizado, abismado, la más feliz de las promesas hecha añicos por completo.

—Orual —dijo, empezando a temblar—, ¿qué insinúas?

Yo también me asusté, aún sin indicio alguno de la verdad.

—¿Cómo que qué insinúo? —pregunté—. ¿Dónde está el palacio? ¿Cuánto tenemos que andar para llegar a él?

Estalló en un solo y enorme grito. Blanco el semblante, mirándome fijamente a los ojos, dijo:

—¡Pero si está aquí, Orual! ¡Éste es el palacio! Estás en la escalinata principal.

Capítulo XI

Si alguien nos hubiera visto en aquel momento, creo que nos habría tomado por un par de enemigos enfrentados en una lucha a muerte. Sé que era ésa nuestra actitud, a unos pocos pies la una de la otra, tensos los nervios, clavándonos mutuamente la mirada en una vigilancia sin tregua.

Llegamos ahora, en esta historia, al punto en que se fundan mis cargos contra los dioses; y por eso debo intentar, a toda costa, escribir toda la verdad. Aun así es difícil determinar con exactitud cuáles fueron mis pensamientos una vez terminaron aquellos instantes de silencio atroz. Por recordarlos demasiado, mi memoria los ha desdibujado.

Supongo que lo primero que pensé fue: «Está loca». En cualquier caso, mi corazón entero se cerró inmediatamente ante algo que se estaba desarrollando de un modo monstruosamente aberrante, a todas luces inaceptable. Y se determinó a seguir cerrado. Quizá estuviese luchando para no volverme loca yo también.

Pero lo que dije al recobrar el aliento (y sé que mi voz se manifestó en un susurro) simplemente fue:

—Tenemos que irnos ahora mismo. Éste es un lugar terrible.

¿Creía yo en su palacio invisible? Un griego se reiría de sólo pensarlo. Pero en Gloma las cosas son distintas. Aquí tenemos a los dioses demasiado cerca. En lo alto de la Montaña, en el corazón mismo de la Montaña, allí donde Bardia había temido ir y donde los propios sacerdotes no van, cualquier cosa era posible. Ninguna puerta podía permanecer cerrada. Y sí, eso era: no una fe simplona, sino un recelo infinito... el mundo entero (con Psique dentro) se me estaba yendo de las manos.

Fuera la que fuere la intención de mis palabras, Psique las interpretó mal, de una forma horrible:

—Bien, pues —dijo—, conque al fin y al cabo lo ves.

—¿Veó qué? —contesté. Tonta pregunta. Sabía qué.

—¿Cómo? Esto, esto —dijo Psique—. La entrada, los muros relucientes...

Al oír esto, por alguna extraña razón, la furia —la furia heredada de mi padre— se apoderó de mí. Me sorprendí chillando (aunque estoy segura de que no había sido mi intención):

—¡Basta! ¡Basta ya! Aquí no hay nada.

Su rostro se encendió. Por una vez, y sólo por un momento, ella también se enojó.

—Pues siéntelo, siéntelo si no eres capaz de verlo —grité—. Tócalo. Dale un golpe. Date de cabeza contra él. Aquí... —trató de cogerme las manos. Yo me escabullí.

—¡Basta, te digo, basta! No existe tal cosa. Estás fingiendo. Estás tratando de convencerte a ti misma —pero no decía la verdad. ¿Cómo podía saber yo si veía de veras cosas invisibles o si estaba delirando? Fuera lo uno o lo otro, lo cierto es que algo extraño y odioso se había desencadenado. Y, como si pudiera contenerlo haciendo uso de la fuerza, me lancé sobre ella; antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo la tenía ya cogida por los hombros, zarandeándola como se zarandeaba a un niño.

Ella era ya demasiado grande y demasiado fuerte (más fuerte de lo que ni en sueños habría podido imaginar) para una cosa así, y se desembarazó de mí en un momento. Nos caímos, cada una por su lado, apenas sin poder respirar, y ya más que nunca como enemigas. Al mismo tiempo a su rostro acudió una mirada hasta entonces desconocida para mí: una mirada dura, suspicaz.

—Pero tú has probado el vino, Orual. ¿De dónde crees que lo he sacado?

—¿Vino? ¿Qué vino? ¿De qué me estás hablando?

—¡Orual! ¡Del vino que te he dado! Y de la copa. La copa te la di, ¿dónde la tienes? ¿Dónde la has escondido?

—Oh, acabemos con esto, hermana. No estoy de humor para tonterías. No había tal vino.

—Pero yo te lo di. Y tú te lo bebiste. Y esas tortitas de miel tan buenas. Dijiste que...

—Tú me has dado agua, con las manos.

—Pero tú elogiaste el vino, y la copa. Dijiste que...

—He elogiado tus manos. Estabas jugando (y tú lo sabes) y yo te seguía el juego.

Se quedó boquiabierta, y aun así seguía siendo hermosa.

—Conque eso era todo —dijo, lentamente—. Entonces ¿no has visto ninguna copa? ¿No has probado ningún vino?

No quise contestar. Ella había oído perfectamente lo que yo había dicho.

Seguidamente su garganta se movió como si estuviera tragando algo (y ¡oh, qué bonita, aquella garganta!). Empujó hacia dentro todo un torbellino de pasiones y cambió de talante; apareció una tristeza comedida, teñida de compasión. Se golpeó el pecho con el puño igual que una plañidera.

—¡Ay! —se lamentó—. Entonces eso es lo que él quiso decir. Que no puedes verlo. No puedes notarlo. Para ti no existe en absoluto. Oh, Maia... cuánto lo siento.

Casi llegué a tener una certeza absoluta. Me zarandeó, me sacudió de una docena de maneras distintas. Y yo no la había zarandeado ni de una manera ni de otra. Estaba tan convencida de su palacio como de la cosa más elemental; tan convencida como de Ungit el sacerdote con la daga de mi padre entre las costillas. Yo era tan débil a su lado como el Zorro al lado del sacerdote. Aquel valle era sin duda un sitio espantoso; rebosaba divinidad y sagrada sustancia, no era sitio para un mortal. Quizá hubiese en él un centenar de cosas que yo no fuera capaz de ver.

¿Iba a ser un griego capaz de entender el pavor de tal pensamiento? Años después he soñado repetidamente con un lugar bien conocido —la mayoría de las veces la Sala de las Columnas— donde todo lo que veía era distinto de lo que tocaba. Podía pasar mi mano sobre una mesa y, en lugar del tacto de la lisa madera, tenía la sensación de estar tocando una cálida cabellera; del canto de la mesa surgía, como lanzándose sobre mí, lamiéndome, una lengua húmeda y caliente. Y me he dado cuenta, al primer atisbo, de que todos esos sueños tienen su raíz en aquel momento en que me convencí de estar viendo el palacio de Psique sin verlo. El sentimiento de horror era el mismo: un desajuste enfermizo, una conjunción chirriante de dos mundos que encajaban como las dos secciones de un hueso partido.

Pero en la realidad (no en los sueños) el horror venía acompañado de una pesadumbre sin consuelo. Porque el mundo había saltado en pedazos, y Psique y yo no habíamos ido a parar al mismo pedazo. Nada —mares, montañas, la locura o la muerte misma— habría podido separarla de mí a una distancia tan desesperante. Los dioses, los dioses otra vez, siempre los dioses... nos la robaban. Sin dejarnos nada. Una idea, como el azafrán que crece a primeros de año, horadaba la corteza de mi pensamiento. ¿Acaso no era ella merecedora de los dioses? ¿No era a ellos a quienes pertenecía? Al mismo tiempo, sofocante, deslumbrante, una gran oleada de dolor barrió esta misma idea y me puse a gritar:

—¡Oh! No está bien. No está bien. ¡Oh, Psique, vuelve! ¿Dónde estás? Vuelve, vuelve.

En un momento me tuvo en sus brazos.

—Maia... hermana —dijo—. Estoy aquí. No, Maia, no puedo soportarlo. Yo...

—Sí... oh, pequeña mía... Te siento... te abrazo. Pero oh... es como abrazarte en un sueño. Estás a leguas de aquí.

Y yo...

Llevándome unos pasos más allá, me hizo sentar a su lado sobre un montículo de musgo. Con palabras y caricias me consoló cuanto pudo. Y dejé que lo hiciera por un momento que fue como esos instantes de calma repentina y pasajera que sé por experiencia que se dan en el corazón de una tormenta y hasta en mitad de una batalla. No es que prestase la menor atención a sus palabras: era su voz, y el amor que en ella había, lo que importaba. Aquella voz era muy grave para ser la voz de una mujer. Incluso ahora, a veces, su manera de decir tal o cual palabra regresa a mí, cálida y real, como si estuviese aquí a mi lado, en esta habitación; regresa su dulzura, su riqueza como de trigo que crece en tierras profundas.

¿Pues qué decía?

—... y a lo mejor, Maia, tú también aprenderás a ver. Le rogaré, le imploraré que te dé ese don. Lo entenderá. Me previno, cuando le pedí este encuentro, que no tendría el resultado que yo esperaba. Nunca creí... yo soy sencillamente Psique, como él me llama... nunca creí que su intención fuera que ni siquiera lo vieses. Así que él debía saberlo. Ya nos dirá lo que...

¿Él? Había olvidado este él; o, si no olvidado, dejado a un lado desde el momento en que la oí decir que nos hallábamos a las puertas de su palacio. Y ahora decía él a cada instante, ninguna otra palabra sino él, como hacen las recién casadas. Algo empezaba a enfriarse, a endurecerse dentro de mí. Y eso es algo que también he visto en las guerras: cuando aquel que era sólo *ellos* o *el enemigo* se convierte de pronto en el hombre que, a dos pies de ti, se dispone a darte muerte.

—¿De quién estás hablando? —pregunté; pero lo que quería decir era: «¿Por qué me hablas de él a mí? ¿Qué tengo yo que ver con él?».

—Pero, Maia —dijo—, ya te he contado mi historia. De mi dios, por supuesto. De mi amante, de mi marido, del señor de mi casa.

—Oh, ya no aguanto más —dije, levantándome. Estas últimas palabras, pronunciadas suave y temblorosamente, me habían envenenado. Notaba que la ira volvía a hacer mella en mí. Y me pregunté (como un potente rayo de luz, una esperanza de liberación, así vino a mí) por qué había olvidado, y por cuánto tiempo, mi primera idea de que se había vuelto loca. Era locura; qué si no. Todo este asunto tenía que deberse a una locura. Casi había sido tan loca como ella al pensar de otra manera. Al simple son de la palabra «locura» el aire de aquel valle pareció más respirable, pareció que se vaciaba un ápice de su horror y divinidad.

—Acabemos con esto, Psique —dije, certeramente—. ¿Dónde está el dios? ¿Dónde está el palacio? En ningún sitio: en tu fantasía. ¿Dónde está él? Enséñamelo. ¿Qué aspecto tiene?

Desvió un poco la mirada y empezó a hablar más bajo que nunca, aunque muy claramente, y como si todo lo que hubiera pasado entre nosotras no tuviera la menor importancia al lado de la gravedad de lo que ahora decía.

—Oh, Orual —dijo—, ni siquiera yo lo he visto... todavía. Sólo viene a mí en la sagrada oscuridad. Dice que no debo... todavía no... ver su rostro o saber su nombre. Me está prohibido llevar cualquier luz a su... a nuestra... alcoba.

Miró hacia arriba, y en un momento en que nuestros ojos se cruzaron vi en su mirada un júbilo

indecible.

—No es verdad —dije, en voz alta y en un tono adusto—. No vuelvas a decir esas cosas jamás. Levántate. Es hora de...

—Orual —dijo ella, ahora con sus más altos aires de realza—, no te he dicho una mentira en toda mi vida.

Traté de suavizar mis malos modos. Pero aun así las palabras sonaron frías y cortantes:

—No, no es tu intención mentir. No estás en tu sano juicio, Psique. Has imaginado cosas. Ha sido por el miedo y por la soledad... y por esa droga que te dieron. Nosotros te curaremos.

—Orual —me dijo.

—¿Qué?

—Si todo es una quimera mía, ¿cómo crees que he sobrevivido todos estos días? ¿Tengo aspecto de haberme alimentado de bayas y de haber dormido a cielo descubierto? ¿Tengo los brazos cansados? ¿Los pómulos marcados?

Habría tenido que mentir —estoy convencida— y haberle dicho que sí, pero fue imposible. De la coronilla de la cabeza a la desnudez de sus pies estaba impregnada de vida, de belleza, de bienestar, como si todas esas cosas fluyeran dentro de sí o manaran de ella. No era raro que Bardia se hubiese postrado a sus pies como ante una diosa. Sus mismos harapos no hacían sino resaltar su belleza; toda la dulzura de la miel, todo el marfil y la rosa roja, su cálida, palpitante perfección. Parecía incluso más alta que antes («Pero esto no es posible», me decía). Y como mi mentira murió antes de ser dicha, me miró con cierta malicia. Siempre había estado adorable cuando se ponía así.

—¿Lo ves? —dijo—. Es verdad. Y por eso... no, escúchame, Maia... por eso todo acabará bien. Haremos... él hará que veas, y luego...

—¡No quiero! —grité, acercando mi rostro al suyo, casi en un gesto de amenaza, hasta que mi fiera la hizo retroceder—. No quiero. Lo odio. Lo odio, lo odio, lo odio. ¿No lo entiendes?

—Pero... Orual... ¿por qué? ¿Qué es lo que odias?

—Oh, todo, ¿cómo te lo diría? Lo sabes muy bien. O antes lo sabías. Esto, esto... —y en ese momento algo que había dicho sobre él (aquel del que hasta entonces apenas tenía noticia) produjo horribles maquinaciones en mi cabeza—. Esta cosa que viene a ti en la oscuridad... y a la que te está prohibido ver. Sagrada oscuridad, dices. ¿Qué clase de cosa es? ¡Bah! Si es como vivir en la mansión de Ungit. Todo lo que tiene que ver con los dioses es oscuro... Creo que huelo incluso el mismo... — Su mirada firme, su belleza, tan llena de piedad como despiadada, me quitaron el habla por un momento. Luego las lágrimas volvieron a brotar—. Oh, Psique —sollocé—, qué lejos estás. ¿Me oyes, siquiera? No puedo alcanzarte. Oh, Psique, Psique... una vez me quisiste... vuelve a mí. ¿Qué nos importan los dioses, los prodigios, toda esta crueldad y oscuridad? Somos mujeres, ¿no? Somos mortales. Oh, regresa al mundo. Olvida todo eso. Vuelve donde somos felices.

—Pero Orual... piénsalo. ¿Cómo puedo volver? Estoy en mi casa. Soy una mujer casada.

—¿Casada? ¿Casada con qué? —dije yo, con un escalofrío.

—Si lo conocieras... —dijo ella.

—¡Y además te gusta! ¡Oh, Psique!

No tuvo necesidad de responder. Su rostro enrojeció. La cara, y todo el cuerpo, eran la respuesta.

—Oh, tendrías que haber sido una muchacha de Ungit —le dije, con aspereza—. Tendrías que haber vivido ahí, en la oscuridad, entre la sangre y el incienso, los murmullos y el fétido olor a grasa

quemada. Te habría gustado... vivir entre lo que no puedes ver... lo oscuro, lo horrible, lo sagrado. ¿No te importa nada dejarme sola... para entregarte a estas cosas... dar la espalda a todo nuestro amor?

—No, no, Maia. No puedo regresar junto a ti. ¿Cómo podría? Eres tú la que ha de volver a mí.

—Oh, esto es demencial —dije.

¿Era o no demencial? ¿Dónde estaba la verdad? ¿Qué iba a ser peor? Me hallaba justo en ese punto que, de haber contado con el afecto de los dioses, los habría hecho hablar. Pero véase lo que hicieron en cambio.

Empezó a llover. Era una simple llovizna, y, sin embargo, lo cambió todo para mí.

—Ven aquí, criatura —le dije—, ponte bajo mi capa. ¡Tristes harapos! Deprisa. Te vas a mojar toda.

Me miró, asombrada.

—¿Por qué habría de mojarme, Maia —dijo—, si estamos aquí dentro sentadas, bajo techo? ¿Y de qué «harapos» hablas...? Ah, se me había olvidado. Tampoco puedes verme el vestido.

Al hablar, las gotas de agua relucían en sus mejillas.

Si el griego juicioso al que está destinado este libro pone en duda que esto trastocase todos mis pensamientos, que lo consulte con su madre o con su mujer. Cuando la vi, a mi niña, a la que había cuidado toda mi vida, sentada allí bajo la lluvia, como si ésta no le importase más de lo que les importa a las bestias del ganado, la idea de que su dios y su palacio no podían ser otra cosa que un delirio quedó definitivamente fuera de toda duda. Aquellos recelos atroces, aquel indeciso vaivén de una opinión a otra, habían (a estas alturas) tocado ya a su fin. Ví, en un destello de luz, que debía elegir una de las dos opciones, y en el mismo destello supe cuál.

—Psique —le dije (y la voz me había cambiado)—, esto es un puro desvarío. Aquí no puedes quedarte. Pronto llegará el invierno. Te vas a morir.

—No dejaré mi casa, Maia.

—¿Qué casa! ¡Si aquí no hay casa! Levántate. Ven... debajo de mi capa.

Sacudió la cabeza, en un gesto de leve fastidio.

—Es inútil, Maia —dijo—. Yo la veo y tú no. ¿Quién nos dará la razón a la una o a la otra?

—Llamaré a Bardia.

—No tengo permiso para dejarle entrar. Y él no querría venir.

Esto, lo sabía, era cierto.

—Levántate, chica —dije—. ¿No me oyes? Haz lo que te digo. Psique, tú nunca me has desobedecido.

Miró hacia arriba (cada vez más mojada) y, en un tono de voz afectuoso, pero muy duro en su determinación, dijo:

—Querida Maia, ahora soy una mujer casada. Ya no es a ti a quien tengo que obedecer.

Descubrí entonces lo odiosos que pueden ser esos amores exclusivos. En un instante mis dedos rodeaban su muñeca y su brazo quedó prendido por mi otra mano. Nos estábamos peleando.

—Pues *vendrás* —jadeé—. Te obligaremos... te esconderemos en alguna parte... Bardia... creo que tiene mujer... te encerraremos... en su casa... eso te devolverá la razón.

Fue inútil. Era mucho más fuerte que yo («Pues claro», pensé, «es sabido que los locos tienen el doble de fuerza»). Una a la otra nos dejamos marcas en la piel. La pelea había sido reñida y revuelta.

Luego, nos volvimos a separar; ella me miraba llena de asombro y de reproches, y yo lloraba (como había llorado a la puerta de su prisión), completamente desencajada por la vergüenza y la desesperación. La lluvia había parado. Supongo que había cumplido la misión que los dioses le habían asignado.

Y ahora ya no me quedaba nada absolutamente por hacer.

Psique fue, como siempre, la primera en sobreponerse. Colocó su mano —tenía una mancha de sangre; ¿es posible que la hubiese arañado?— sobre mi hombro.

—Maia, querida —dijo—, en todos estos años muy pocas veces te has enfadado conmigo, que yo recuerde. No empieces ahora. Mira, ya casi el patio entero está en sombra. Antes de que eso sucediera tenía la esperanza de que lo festejaríamos juntas y gozaríamos de un poco de felicidad. Sin embargo, ya sé... tú sólo habrías sentido el gusto de las bayas y el agua fría. Un poco de pan con cebolla en compañía de Bardia te servirán de mayor consuelo. Ahora debo pedirte que te vayas antes de que el sol se ponga. Lo he prometido.

—¿Me pides que me vaya para siempre, Psique? ¿Así, sin nada?

—Nada, Orual, más que una invitación a volver tan pronto como te sea posible. Yo me encargaré aquí de tu caso. Tiene que haber algún medio. Y entonces... oh, Maia... entonces nos encontraremos aquí otra vez sin una sombra entre nosotras. Pero ahora debes irte.

¿Qué podía hacer sino obedecerla? Físicamente era más fuerte que yo; mentalmente no podía alcanzarla. Ya estábamos volviendo al río, cruzando el valle desolado que ella llamaba su palacio. Ahora el valle me parecía horrible. El aire estaba frío. Tras la negra masa del collado crepitaban las llamas del atardecer.

Ya en la orilla del río se abrazó a mí.

—¿Volverás pronto, pronto? —preguntó.

—Si puedo, Psique. Ya sabes cómo funcionan las cosas en casa.

—Creo —dijo— que el rey no será para ti un obstáculo en los días que vienen. Bien, se nos ha acabado el tiempo. Dame otro beso. Querida Maia. Y ahora, apóyate en mi mano. Busca con el pie la piedra plana.

De nuevo resistí las aguas heladas, que cortaban como una espada. Al llegar al otro lado miré hacia atrás.

—Psique, Psique —empecé a gritar—. Aún no es tarde. Ven conmigo. Adonde sea... te sacaré de Gloma sin que nadie lo sepa... recorreremos el mundo mendigando... o puedes ir a casa de Bardia... donde sea, al sitio que tú quieras.

Ladeó la cabeza.

—¿Y cómo iba a hacerlo? —replicó—. No soy mi propia dueña. Hermana, olvidas que estoy casada. Y aun así no dejaré de ser tuya. Oh, si supieras, qué feliz serías. Orual, no te pongas triste. Todo irá bien; mejor de lo que puedas imaginar. Vuelve pronto. Te espero.

Se alejó de mí dentro de su terrible valle, y finalmente se perdió entre los árboles. El sol se había ocultado ya a mi lado del río, dejando en la penumbra todo el collado.

—Bardia —llamé—. Bardia, ¿dónde estás?

Capítulo XII

Bardia, una sombra gris en el crepúsculo, se dirigía hacia mí.

—¿Habéis dejado a la Bendita? —preguntó.

—Sí —respondí. Me dije que no podía contarle nada.

—Pues ahora habrá que ver cómo pasamos la noche. A estas horas, collado arriba, nunca encontraríamos un buen camino para el caballo, y si lo encontráramos, tendríamos que descender de nuevo hasta pasar el Árbol Sagrado y encaminarnos hacia el otro valle. En el mismo collado no podríamos dormir; hace demasiado viento. Y aquí, donde estamos a resguardo, hará bastante frío en una hora o dos. Pero me temo que es aquí donde debemos quedarnos. No es el sitio que un hombre elegiría: andan los dioses demasiado cerca.

—¿Qué más da? —dije yo—. Servirá igual que cualquier otro sitio.

—Entonces acompañadme, señora. He juntado un poco de leña.

Le seguí; y en aquel silencio (nada había más que el murmullo de la corriente, y parecía más fuerte que nunca) pudimos oír, antes de alcanzar el caballo, el ruido de sus pezuñas al arrancar la hierba.

Hombre y soldado a la vez forman una conjunción maravillosa. Bardia había elegido una loma muy empinada donde dos rocas, una al lado de la otra, configuraban algo que se parecía mucho a una cueva. La leña estaba apilada y el fuego encendido, aún chisporroteando bajo las últimas gotas de lluvia. Y de las alforjas extrajo cosas mejores que pan y cebollas; había hasta un frasco de vino. Yo era todavía una muchacha (lo que en muchos sentidos es lo mismo que decir que era una tonta) y me pareció vergonzoso que, entre tantas fatigas y pesares, no pudiera contenerme al ver la comida. Nunca me ha sabido mejor. Aquellos manjares a la luz de la hoguera (que, una vez avivada, sumió al resto del mundo en una pura oscuridad) me parecieron sabrosos y como hechos en casa: comida y calor mortales para miembros y barrigas mortales, sin necesidad de pensar (por unos momentos) en dioses, enigmas y prodigios.

Cuando hubimos terminado, Bardia, un poco ruborizado, me dijo:

—Señora, no estáis acostumbrada a dormir a la intemperie y quizá os heléis de frío antes de que amanezca. Por tanto me tomaré la libertad, porque para vos, señora, yo no soy más que un gran ejemplar de la perrera de vuestro padre, de deciros que sería conveniente yacer uno junto al otro, espalda contra espalda, como hacen los hombres en la guerra. Y tapándonos con las capas de ambos.

Me avine a ello, y ciertamente ninguna mujer en el mundo tiene tan pocos motivos como yo para ser mirada en estos asuntos. Con todo, me sorprendió que lo dijera; porque aún no sabía que, si eres lo bastante fea, todos los hombres (excepto aquellos que te odian con toda el alma) renuncian enseguida a ver en ti a una mujer.

El reposo de Bardia fue como el reposo del soldado: un sueño profundo conciliado en dos suspiros y presto a espabilarse en uno en caso de necesidad (lo he visto sometido a tales pruebas varias veces desde entonces). Yo creo que ni siquiera dormí. Primero por lo duro y rugoso del terreno, después por el frío. Y además, por los pensamientos acelerados, vertiginosos, vigilantes como los de un demente: pensamientos sobre Psique y sobre mi difícil dilema, y también sobre algo más.

Finalmente, el frío se hizo tan insoportable que me salí sin hacer ruido de debajo de la capa —que por entonces estaba bañada en rocío por su parte externa— y empecé a caminar arriba y abajo. Y

ahora, que el griego juicioso a quien tengo por lector y juez de mi causa tome buena nota de lo que sucedió a continuación.

Estaba próximo el amanecer y había mucha niebla en el valle. Los remansos del río, adonde había ido yo a beber (mi sed era tanta como el frío), parecían formar negras cavidades en la penumbra. Bebí mi agua, fría como un témpano, y pensé que se me aclaraban las ideas. No obstante, las aguas de un río que fluye por el valle secreto de los dioses, ¿debían aclararme las ideas, o todo lo contrario? He aquí otra cosa que hay que descifrar. Pues, al alzar la cabeza y mirar una vez más niebla adentro hacia la otra orilla del río, vi aquello que había puesto mi corazón en un puño. Allí estaba el palacio; gris, como todo a aquellas horas en aquel lugar, pero sólido y estático, muro dentro de muro, pilar, arco y arquitrabe, acres y acres de todo ello en una belleza de laberinto. Como Psique había dicho, no se parecía a ninguna otra casa de nuestra región o de nuestra época. Pináculos y contrafuertes se erguían —y que no se crea que algún recuerdo mío pudiera ayudarme a imaginármelos— increíblemente altos y esbeltos, llenos de puntas y espinas, como si de la piedra brotasen ramas y flores. Ni una luz se veía tras las ventanas. Toda la casa dormía. Y en alguna parte también dormida de su interior, alguien o algo —¿cuán sagrado era, o cuán horrible, o cuán hermoso, o cuán extraño?— tenía a Psique en sus brazos. Y yo, ¿qué había hecho, qué había dicho? ¿Qué me esperaba en pago a mi descreimiento, a mis blasfemias? No dudé entonces ni por un momento que mi deber era cruzar el río, o intentar cruzarlo, so pena de ahogarme. Debía postrarme en la escalinata de entrada de aquella casa y rendir mi súplica. Debía pedir perdón a Psique y también al dios. Había osado reprenderla —o, aun peor, tratado de consolarla como si fuera una niña— cuando todo el tiempo había estado muy por encima de mí; si lo que veía era cierto, ella apenas era mortal. Tenía un miedo enorme. Quizá no fuera cierto. Miré y volví a mirar para comprobar que no se desvaneciera o sufriera alguna mudanza. Pero al incorporarme (durante todo este tiempo me había quedado de rodillas en el sitio adonde fui a beber), apenas me erguí sobre mis pies y todo se esfumó. Por un breve instante creí ver en algunos remolinos de la niebla una fugaz semejanza con torres y murallas. Pero la semejanza se disipó inmediatamente. No veía más que tinieblas, y los ojos me escocían.

Y ahora tú, lector, emite tu juicio. Aquel momento en que o bien vi o bien creí ver la Morada... ¿a quién acusa, a los dioses o a mí? Si contestaran, ¿incluirlían tal argumento en su defensa? ¿Dirían que era un indicio, una señal, una pista para resolver el enigma en un sentido y no en otro? Pero yo no lo aseguraría. ¿Qué utilidad tiene una señal que es en sí misma un enigma más? Quizá —me atreveré a decirlo—, quizá fuera una visión auténtica; mis ojos de mortal obnubilado podrían haber tenido un momento de iluminación. O quizá no: ¿hay algo más fácil, para una persona aturdida y turbada, y no, acaso, atenta y despierta como creía hallarme yo, la vista fija en una niebla medio iluminada, que dar vida en su fantasía a lo que durante tantas horas había estado colmando sus pensamientos? ¿Hay algo más fácil, incluso, para los propios dioses que mandar como escarnio toda aquella alucinación? Sea lo uno o lo otro, hay divino escarnio en cualquier caso. Ellos formulan el enigma y luego condescienden a mostrar una apariencia que es indemostrable y no puede sino acelerar y enmarañar aún más la tortuosa vorágine de la labor de descifrarla. Si fuera la suya una intención honesta de ofrecernos una pauta, ¿por qué esta pauta no es llana y sencilla? Psique sabía hablar llanamente a los tres años: ¿querréis hacerme creer que los dioses no han llegado aún a este punto?

Cuando volví junto a Bardia, él se acababa de despertar. Nada le conté de lo que había visto; nunca se lo he contado a nadie hasta que lo he escrito en este libro.

El trayecto de descenso fue ingrato, porque no tuvimos sol y el viento nos venía siempre de cara, acompañado de algún que otro aguacero. En mi silla, detrás de Bardia, yo me mojaba menos que él.

Cerca del mediodía hicimos alto en algún sitio, al socaire de un pequeño bosque, para comer nuestras últimas provisiones. Es obvio que el dilema no había dejado de rondarme en toda la mañana, y seguía presente allí, a cobijo del viento durante un rato en un lugar un poco más abrigado (¿estaría Psique bajo resguardo?, y el tiempo, que no tardaría en empeorar), de tal modo que cambié de parecer y me decidí a contarle toda la historia; aunque siempre sin mentar aquel episodio de mi visión niebla adentro. Sabía que era un hombre honrado y discreto, y (a su manera) sabio.

Me escuchó con gran diligencia, pero no dijo nada cuando terminé. Tuve que sonsacarle su opinión.

—¿Cómo interpretas todo esto, Bardia?

—Señora —dijo—, no es mi costumbre decir más de lo imprescindible acerca de los dioses y los asuntos divinos. No soy un hombre impío. Nunca comería con la mano izquierda, ni yacería con mi mujer en luna llena, ni abriría un pichón para limpiarlo con un cuchillo de hierro, ni haría nada que fuese profano o de mal agüero, ni siquiera con la autorización del rey. Y en cuanto a sacrificios, siempre he hecho todos los que pueden esperarse de un hombre con mi paga. Pero por lo demás... creo que cuanto menos se meta Bardia con los dioses, menos se meterán ellos con Bardia.

Yo estaba, sin embargo, decidida a obtener su consejo.

—Bardia —dije—, ¿crees que mi hermana está loca?

—Mirad, señora —respondió—, empezáis diciendo lo que es mejor no decir. ¿Loca? ¿La Bendita, loca? Es más: nosotros la hemos visto y nadie podría asegurar que no estuviera en su sano juicio.

—Entonces, ¿crees que en el valle había realmente un palacio, aunque yo no pudiera verlo?

—No sé muy bien lo que es *realmente* cuando se habla de casas de dioses.

—¿Y qué me dices de este amante que la visita en la oscuridad?

—De él no digo nada.

—Oh, Bardia... ¡y tú eres el que en batalla llaman los hombres el más valiente! ¿Tienes miedo hasta de confesarme tus pensamientos? Necesito consejo desesperadamente.

—¿Consejo sobre qué, señora? ¿Qué ocurre?

—¿Cómo interpretas este misterio? ¿Va alguien a visitarla realmente?

—Ella lo dice, señora. ¿Quién soy yo para contradecir las palabras de la Bendita?

—¿Quién es él?

—Ella lo sabrá mejor.

—Ella no sabe nada. Confiesa no haberlo visto nunca. Bardia, ¿qué clase de amante debe ser ese que prohíbe a su esposa verle la cara?

Bardia permaneció en silencio. Tenía una pequeña piedra entre el dedo índice y el pulgar y dibujaba pequeños surcos en la tierra.

—¿Y bien? —dije.

—No parece que sea un gran misterio —respondió, por fin.

—Entonces, ¿cuál es tu conclusión?

—Diría (hablando como simple mortal, y seguramente los dioses lo sabrán mejor que yo), diría que se trata de alguien con tal rostro y tal figura que verlos no causaría en ella mucho placer.

—¿Algo espantoso?

—La llaman la Novia de la Bestia, señora. Pero es hora ya de volver a montar. No llevamos recorrido mucho más de medio camino —y al decir esto se puso en pie.

Su idea no me era desconocida; era sólo la clave más horrible para desentrañar el enigma de las que oprimían y atormentaban mi corazón. Sin embargo, si oírlo con sus propias palabras causaba en mí tan tremenda agitación, era porque no albergaba la menor duda al respecto. A esas alturas había llegado a conocer muy bien a Bardia, y pude ver claramente que todas mis dificultades en arrancarle su conclusión se debían al miedo que le daba decir lo que había dicho sin sombra de incertidumbre. Como había afirmado, mi misterio no era tal misterio para él. Y era como si por su boca hubiese hablado todo el pueblo de Gloma. Pues estaba convencido, también, como de la mayor de las certezas, de que todo hombre prudente, temeroso de los dioses, de nuestra nación habría de pensar lo mismo. Mis otras tentativas de resolver el enigma ni siquiera se le habían pasado por la cabeza; ahí tenía la respuesta, pura y simple como la luz del día. ¿Para qué buscar más? El dios y la Sombra de la Bestia eran uno solo. A él había sido entregada. Nosotros habíamos conseguido la lluvia, el agua y (según era probable) la paz con Fars. Los dioses, por su parte, se habían llevado a Psique a sus dominios secretos, donde algo tan repugnante que no podía mostrarse, algo sagrado y morboso, fantasmal o demoníaco o bestial —o las tres cosas juntas (nunca se sabe, con los dioses)—, gozaba de ella a voluntad.

Me sentía tan frustrada que, en el curso del viaje, nada luchó siquiera en mi interior contra la interpretación de Bardia. Me sentía, supongo, como cuando se le echa agua en la cara a un prisionero torturado y exánime, cuando la realidad, que es peor que cualquiera de sus fantasías, se le hace presente otra vez, clara, dura y sin confusión posible. Ahora me parecía que todos mis esfuerzos para dar con la clave del enigma hubieran sido tan sólo sueños autocomplacientes, una prolongación de mis deseos; no obstante, había ya despertado. Nunca había habido misterio; lo más horrible era la verdad, una verdad tan elemental como una nariz en la cara de un hombre. Solamente el terror había podido dejarme ciega tanto tiempo.

Mi mano se deslizó silenciosamente por debajo de la capa hasta tocar la empuñadura de la espada. Antes de caer enferma, había jurado que si no quedaba otro remedio daría muerte a Psique antes que librarla a la voracidad o a la lujuria de un monstruo. Ahora volvía a tomar una decisión tremenda. Me asusté un poco al ver las dimensiones que estaba alcanzando. «Conque hasta a una cosa así se puede llegar», decía mi corazón: sí, hasta a matarla (Bardia ya me había enseñado la estocada perfecta, y cómo darla). De pronto los buenos sentimientos volvieron a mí, y me puse a llorar, más amargamente que nunca, hasta que no supe distinguir si lo que empapaba más mi velo eran las lágrimas o la lluvia. (A medida que el día había ido avanzando, la lluvia se había hecho más firme y regular). Y los tiernos pensamientos me llevaron a preguntarme por qué habría de salvarla yo de la Bestia, o prevenirla contra ella, o entremeterme siquiera en el asunto. «Es feliz», me decía el corazón. «Sea locura, sea un dios o un monstruo, sea lo que sea, es feliz. Lo has visto con tus propios ojos. Es diez veces más feliz ahí en la Montaña de lo que lo sería junto a ti. Déjala en paz. No lo estropees. No echés a perder lo que ya has visto que no se puede hacer».

Estábamos ya a los pies de la colina, casi veíamos (si es que algo podía verse con aquella lluvia) la morada de Ungit. No me dejé conquistar el corazón. Descubrí que existe un amor más profundo que el de aquellos que persiguen únicamente la felicidad del ser amado. ¿Acaso un padre iba a ver feliz a su hija siendo una prostituta? ¿Acaso una mujer iba a ver feliz a su amante siendo un cobarde? Mi

mano volvió a tocar la espada. «No», pensé. Pase lo que pase, no. Ocurra lo que ocurra, cueste lo que cueste, su muerte o la mía, un millar de muertes, o un duelo con los dioses «barba contra barba», como dicen los soldados. Psique no iba —y mucho menos de buen grado— a convertirse en el juguete de un demonio.

—Todavía somos hijas de rey —exclamé.

No había acabado de decirlo y ya tenía una buena razón para recordar, desde otra perspectiva, lo hija de rey que era, y de qué rey. Estábamos de nuevo vadeando el Shennit y Bardia (cuyo pensamiento se adelantaba siempre a los acontecimientos) me estaba diciendo que cuando dejáramos la ciudad atrás sería conveniente, antes de llegar a palacio, que yo desmontara del caballo y subiera por la pequeña vereda —allí donde por primera vez Redival vio adorar a Psique—, y siguiese por los jardines a fin de entrar por la puerta trasera a los aposentos de las mujeres. Porque era fácil intuir cómo le sentaría a mi padre descubrir que yo (en teoría demasiado enferma para trabajar con él en la Sala de las Columnas) había hecho una excursión al Árbol Sagrado.

Capítulo XIII

El palacio estaba casi a oscuras; a la puerta de mi alcoba, una voz dijo en griego:

—¿Y bien? —era el Zorro, que allí, como si fuera su derecho, se había apostado, según dijeron mis mujeres, como un gato frente a la madriguera de un ratón.

—Está viva, abuelo —le dije, dándole un beso. Y seguidamente—: Vuelve en cuanto puedas. Estoy más mojada que un pez y tengo que lavarme y cambiarme y comer un poco. Te lo contaré todo cuando vuelvas.

En cuanto me hube cambiado de ropa y acabado la cena, le oí llamar a la puerta. Le hice pasar y sentarse en torno a una mesa, donde le ofrecí de beber. Con nosotros no había nadie más que la pequeña Pubi, mi doncella de tez oscura, que era devota y de confianza y no sabía griego.

—Has dicho *viva* —empezó el Zorro, alzando su copa—. Mira. Ofrezco una libación a Zeus el Salvador.

Lo hizo a la manera de los griegos, con un hábil movimiento de copa que derramó apenas una gota.

—Sí, abuelo, está viva y se encuentra bien, y dice que es feliz.

—Me parece que el corazón me va a estallar de alegría, pequeña —dijo—. Me dices cosas que están más allá de toda fe.

—Te he dado las buenas noticias, abuelo. Pero ahora vienen las malas.

—Cuéntamelas. Podré resistirlo todo.

Le conté, pues, toda la historia, siempre con la salvedad de aquella visión sin par entre las tinieblas. Experimenté una sensación horrible al ver cómo la luz iba borrándose de su rostro a medida que avanzaba mi relato, y al comprobar que era yo quien lo estaba oscureciendo. Y me preguntaba: «Si apenas eres capaz de hacer esto, ¿cómo crees que vas a soportar destrozar la dicha de Psique?».

—¡Ay, ay! ¡Pobre Psique! —decía el Zorro—. ¡Pobre criatura! ¡Lo que debe haber sufrido! Un poco de eléboro es la medicina indicada en estos casos; con paz y reposo y tiernos cuidados... oh, no dudo de que haríamos que volviera a ella la razón si pudiéramos cuidarla como es debido. Pero ¿cómo vamos a darle todo lo que necesita, o un poco siquiera? Se me han agotado las ideas, hija. Y aun así tenemos que inventar algo, pensar algo. Ojalá fuera Odiseo, oh sí, o Hermes.

—Entonces, ¿das por seguro que está loca?

Me clavó una mirada como un dardo.

—¡Pero qué dices, hija! ¿En qué otra cosa has estado pensando?

—Supongo que para ti será un desvarío. Pero tú no estuviste con ella, abuelo. Hablaba con tanta serenidad... Ninguna de sus palabras estaba fuera de su sitio. Reía de puro contento. No había extravió en su memoria. Si hubiese tenido los ojos cerrados, habría creído que su palacio era tan real como éste.

—Sin embargo, tenías los ojos abiertos y no viste nada.

—¿Y no crees... no como una posibilidad... ni como un mero azar entre cien... que tal vez haya cosas que pueden existir aunque no podamos verlas?

—Claro que sí. Cosas como la Justicia, la Igualdad, el Alma, o las notas musicales.

—Oh, abuelo, no me refiero a eso. Si existe el alma, ¿no podrían existir moradas del alma?

Se pasó la mano por la cabellera en un gesto antiguo y familiar de consternación profesoral.

—Pequeña —dijo—, me harás creer, después de tantos años, que ni siquiera has empezado a calibrar el significado de la palabra «alma».

—Sé perfectamente el significado que tiene para ti, abuelo. Pero ¿es que acaso tú, por mucho que seas tú, lo sabes todo? ¿No hay otras cosas, y estoy diciendo *cosas*, además de las que podemos ver?

—Un sinfín. Las cosas que hay cuando estamos de espaldas. Las cosas que están demasiado lejos. Y todas ellas, si se da la suficiente oscuridad. —Se inclinó para poner su mano sobre la mía—. Hija, estoy empezando a pensar que, si consigo ese eléboro, habría que darte a ti la primera dosis —concluyó.

Cuando empecé, había pensado por un momento contarle mi visión, mi atisbo del palacio. Sin embargo, no pude animarme a hacerlo; él era el oyente menos indicado del mundo para una historia de esas características. Ya había logrado que me avergonzara de la mitad de las cosas que había estado cavilando. Pero entonces una idea más grata se me ocurrió.

—Tal vez, pues —dije—, este amante que la visita en la oscuridad forma parte también de su locura.

—Ojalá pudiera creerlo —dijo él.

—¿Por qué no, abuelo?

—¿No dices que tiene buen color y que se la ve bien alimentada? ¿Que no languidece de hambre?

—Nunca la vi mejor.

—Entonces, ¿quién la ha alimentado todo este tiempo?

Enmudecí.

—¿Y quién le quitó las cadenas?

Nunca se me había ocurrido pensar en eso.

—¡Abuelo! —exclamé—. ¿Qué estás insinuando? No querrás decir... tú, entre todos los hombres, que ha sido el dios. Si lo dijera yo, te echarías a reír.

—Lo que haría, más bien, sería echarme a llorar. Oh, pequeña, pequeña, pequeña, ¿cuándo lograré limpiar tu alma de nodrizas y abuelas, de sacerdotes y adivinos? ¿Acaso crees que la Naturaleza Divina...? Por favor, eso es profano, es ridículo. Es como si dijeras que el Universo se rasca o que la Esencia de las Cosas baja a hurtadillas a la bodega a echarse unos tragos. ¡Por favor...!

—No he dicho que haya sido un dios, abuelo —repliqué—. Te estoy preguntando quién crees tú que ha sido.

—Un hombre, por supuesto, un hombre —dijo el Zorro, dando un par de manotazos sobre la mesa—. ¿Pues qué? ¿Es que aún eres una niña? ¿Es que no sabías que en la Montaña hay hombres?

—¡Hombres! —exclamé, sofocando un grito.

—Sí. Vagabundos, desesperados, bandidos, ladrones. ¿Dónde tienes la cabeza?

La indignación hizo que me subieran los colores y me levanté de un salto. Para una mujer de nuestra alcurnia, mezclarse, aun por matrimonio autorizado por ley, con quien no tenga ascendencia divina (al menos por parte de un abuelo), es una abominación sin disculpa. La idea del Zorro era inadmisibile.

—¿Qué estás diciendo? —le pregunté—. Psique antes se dejaría empalar que...

—Calma, hija —respondió—. Ella no sabe nada. Según yo lo veo, algún ladrón o algún fugitivo habrá encontrado a la pobre criatura, medio enloquecida por el terror y la soledad, y también por la sed (que debía de tener bastante), y le habrá quitado los hierros. Y si ella había perdido la razón,

¿sobre qué entre todas las cosas es probable que murmurase en su delirio? Sobre su casa de oro y ámbar en la Montaña, sobre qué si no. Arrastraba esa fantasía desde la niñez. El individuo ese no habría de tardar en caer en la cuenta. Él sería el mensajero del dios... bueno, de allí precisamente viene su dios del viento de Poniente. Y él mismo sería el dios. Se la llevaría al valle. Le susurraría que el dios, con el que iba a desposarse, la visitaría por la noche. Y, después de anochecer, volvería.

—Pero ¿y el palacio?

—Sus fantasías de siempre, respaldadas por el enajenamiento y tomadas por realidad. Y todo lo que le cuenta al pillastre sobre su bonita mansión, él lo repite como un eco. Quizá añada algo de su propia cosecha. Y de este modo el engaño cobra cada vez mayores proporciones.

Por segunda vez en el día no podía dar crédito a lo que oía. Las explicaciones del Zorro parecían tan claras y evidentes que no me dejaban una esperanza para la duda. Ante las de Bardia había tenido la misma impresión.

—Al parecer, abuelo —dije, casi sin voz—, has dado con la solución al enigma.

—No es necesario ser un Edipo. Pero el verdadero enigma aún ha de ser descifrado. ¿Qué debemos hacer? Oh, estoy en blanco, en blanco. Me parece que tu padre me ha reblandecido el seso de tanto martirizarme los oídos. Debe haber alguna forma de... y tenemos tan poco tiempo...

—Y tan poca libertad... No puedo seguir fingiendo mucho más tiempo que estoy en cama, enferma. Y en cuanto el rey se entere de que estoy sana, ¿cómo lo haré para volver a la Montaña?

—Oh, eso... pero se me había olvidado. Hoy he tenido noticias. Los leones han vuelto a aparecer.

—¿Cómo? —grité, aterrorizada—. ¿En la Montaña?

—No, no, las noticias no son tan malas. En realidad son más buenas que malas. Los han visto en algún lugar del sur, a occidente de Ringal. Al rey le espera una gran cacería.

—Han vuelto los leones... así que Ungit se ha burlado de nosotros al fin y al cabo. A lo mejor esta vez el rey sacrifica a Reival. ¿Está muy furioso?

—¿Furioso? No. Bueno, ¿se diría que la pérdida de un pastor y (lo que para él es más valioso) de algunos de sus mejores perros, y de no sé cuántos novillos, ha sido la mejor noticia que podía recibir! Nunca lo había visto tan animado. En todo el día no ha hecho más que hablar de perros, de batidores y del tiempo... y qué trajín y cuántas vueltas: mensajes a este señor y a este otro... profundos parlamentos con el montero... inspección de perreras... y luego herrar los caballos... y la cerveza corriendo como agua... Hasta yo estoy descostillado de tanta palmadita en la espalda. En fin, lo que es importante para nosotros es que el rey estará de cacería al menos estos dos días que vienen. Con un poco de suerte podrían ser cinco o seis.

—Pues éste es el tiempo que tenemos para poner manos a la obra.

—Y sólo ése: se van mañana al amanecer. De todas formas, no tendríamos mucho más. Psique morirá si el invierno la sorprende en la Montaña. Viviendo al raso. Y se quedará encinta, no lo dudes, antes de que lo dispongamos todo.

Sentí como si me clavaran algo en el corazón.

—¡La peste y la lepra caigan sobre ese hombre! —exclamé—. ¡Maldito sea, maldito sea! ¿Psique llevando en su seno el mocosito engendro de un desharrapado? Si alguna vez lo atrapamos lo hago empalar. Que tarde días en morir. Oh, sería capaz de desgarrar su cuerpo a dentelladas.

—Estás enturbiando nuestra prudencia, y tu propia alma, con tales pasiones —dijo el Zorro—.

¡Ojalá pudiéramos encontrarla y esconderla en algún sitio!

—Había pensado que podíamos ocultarla en casa de Bardia.

—¡Bardia! Nunca abriría su puerta a una víctima del sacrificio. Se asusta de su propia sombra si andan dioses y comadrerías de por medio. Es un idiota.

—No lo es —repliqué, con cierta dureza, porque muchas veces el Zorro me sacaba de quicio con su desprecio por personas que eran honradas y valientes, pero que no tenían su capa de cultura griega.

—Y aunque Bardia quisiera —añadió—, esa mujer suya no se lo permitiría. Todo el mundo sabe lo pegado que está a sus faldas.

—¡Bardia! ¡Un hombre como él! Nunca lo habría dicho.

—¡Bah! Es tan amoroso como Alcibiades. Vamos, si ése la desposó sin dote... por su belleza, si quieres. Y ella lo maneja como a un esclavo.

—Debe de ser una mujer muy mezquina, abuelo.

—¿Y a nosotros qué nos importa lo que es o deja de ser? No hay ni que pensar en encontrar refugio para nuestra pequeña en esa casa. Habrá que irse más lejos. No hay más remedio que mandarla fuera de Gloma. Si alguien de aquí se enterase de que no ha muerto, irían en su busca y la sacrificarían de nuevo. Si pudiéramos llevarla con la familia de su madre... pero no se me ocurre cómo. ¡Oh, Zeus, Zeus, Zeus, si tuviera cien hoplitas con un hombre sensato al frente!

—Ni siquiera se me ocurre —dije yo— cómo hacer para sacarla de la Montaña. Estaba tan obcecada, abuelo. Ya no me obedece. Me parece que tendremos que recurrir a la fuerza.

—Y para nosotros no hay fuerza que valga. Yo soy un esclavo y tú una mujer. No podemos guiar una expedición de una docena de lanceros a la Montaña. Y aunque pudiéramos, nunca se guardaría el secreto.

Tras estas palabras permanecimos sentados, sin hablar, durante largo rato; el fuego languidecía, Pubi le echaba leña, sentada de piernas cruzadas junto al hogar, jugando a un extraño juego de cuentas propio de su gente (una vez trató de enseñarme, pero nunca fui capaz de aprender). El Zorro hizo como que iba a decir algo una docena de veces, pero siempre acababa por echarse atrás. Hacía planes con rapidez, pero con igual rapidez veía sus defectos.

Finalmente, dije:

—En resumen, abuelo: tengo que ver a Psique otra vez. Tengo que hacer que entre en razón de un modo u otro. Una vez de nuestro lado, una vez haya visto los peligros y la ignominia de su estado, juntos los tres podremos pensar la mejor solución. Tal vez debamos las dos salir a recorrer el mundo, errantes como Edipo.

—Y yo con vosotras —dijo el Zorro—. Una vez me invitaste a huir. Ahora lo haré.

—Una cosa es cierta —dije—. No la dejaremos en manos del criminal que ha abusado de ella. Tomaré cualquier decisión, cualquiera, antes que consentir esto. Es mi responsabilidad. Su madre ha muerto (¿qué madre ha conocido aparte de mí?). Su padre no vale nada: nada como padre y nada como rey. El honor de nuestra estirpe, la misma existencia de Psique, sólo a mí me resta defenderlo. No la abandonaré. No... no....

—¿Qué te ocurre, pequeña? ¡Estás pálida! ¿Te sientes desfallecer?

—Si no queda otro remedio, la mataré.

—¡Acabáramos! —dijo el Zorro, en voz tan alta que Pubi interrumpió su juego para mirarlo—.

Hija, hija mía, tu éxtasis va más allá de la razón y de la naturaleza. ¿Te das cuenta de lo que dices? Hay en tu corazón una sola parte de amor, frente a cinco de ira y siete de orgullo. Saben los dioses que yo también quiero a Psique. Y tú lo sabes: sabes que la quiero tanto como tú. Es lamentable y doloroso que nuestra niña (una Artemisa y una Afrodita a la vez) haya de acarrear una vida de mendigo en brazos de un mendigo. Pero aun eso... no es nada comparado con esas blasfemias detestables que salen de tu boca. Vamos, afróntalo sin pestañear, míralo tal como lo han hecho la razón y la naturaleza, y no como lo pintaría la pasión. Ser pobre y pasar privaciones, ser la mujer de un pobre hombre...

—¡La mujer! Querrás decir su puta, su perra, su ramera, su zorra.

—La naturaleza desconoce tales palabras. Lo que llamas matrimonio lo es según ley y según costumbre, no según naturaleza. El matrimonio según ésta no es sino la unión del hombre que convence con la mujer que consiente. Y así...

—El hombre que convence, o, lo que es más probable, que fuerza o engaña... ¿y si es un asesino, un apátrida, un traidor, un esclavo fugitivo o cualquier otro ser inmundos?

—¿Inmundo? Quizá sobre esto no pensemos lo mismo. Yo mismo soy un forastero, un esclavo; y estoy dispuesto a ser un fugitivo, so pena de ser azotado y empalado, por amor a ti y a Psique.

—Tú eres diez veces mi padre —le contesté, acercando su mano a mis labios—. No quería decir eso. Sin embargo, abuelo, hay asuntos de los que nada entiendes. La propia Psique lo dijo.

—Dulce Psique —dijo—. Se lo he dicho muchas veces. Y me alegro de que haya aprendido la lección. Siempre fue una buena alumna.

—Tú no crees que corra sangre divina por nuestra familia.

—Oh, sí. Por todas las familias. Todos los hombres llevan sangre de dioses, porque hay un dios en cada hombre. Todos somos uno. Incluido el hombre que ha tomado a Psique. Le he llamado villano y pillastre. Lo es casi con toda seguridad. Pero pudiera no serlo. Un hombre bueno puede ser un fugitivo o un forajido.

Guardé silencio. Nada de eso tenía sentido para mí.

—Hija —dijo el Zorro, de pronto (y por lo que yo sé, ninguna mujer, al menos ninguna que te quisiera, hubiera hecho algo así)—, el sueño vence temprano a un hombre anciano. Apenas consigo tener los ojos abiertos. Permíteme que te deje. A lo mejor, por la mañana, vemos las cosas más claras.

¿Y qué podía hacer yo sino dejarlo marchar? Aquí es donde un hombre, hasta el más leal, siempre falla. Su corazón nunca se da por entero, y siempre puede interponerse una fruslería, una comida, un trago, un sueñecito, un chiste o una muchacha, entre él y sus asuntos, y entonces (ni que seas una reina) nada bueno sacarás de él hasta que no vea satisfecho su capricho. En aquellos tiempos yo aún no comprendía tales cosas. Me embargó una gran desolación.

«Todos huyen de mí», pensé. «Psique les trae sin cuidado. Carece de interés. Para ellos significa menos, mucho menos, de lo que significa Pubi para mí. Piensan en ella un rato y luego se cansan, y a otra cosa: el Zorro a dormir, y Bardia a esa muñeca o a esa virago que tiene por mujer. Estás sola, Orual. Lo que haya que hacer, piénsalo y hazlo. Nadie ni nada te ayudará. Los dioses todos y los mortales te han abandonado. Y tú tienes que resolver el enigma. Ni una palabra habrás de oír hasta que no hayas dado con la solución falsa: entonces, como una turba, vendrán todos a acusarte, a reírse de ti, a castigarte».

Mandé a Pubi a la cama. E hice entonces algo que creo que pocos han hecho. Hablé a los dioses:

yo sola, con mis propias palabras, tal como venían, lejos de templos y sin sacrificios. Me postré en el suelo boca abajo, e imploré su ayuda con toda el alma. Renegué de todo lo que pudiera haber dicho contra ellos. Les prometí todo lo que de mí quisieran con tal que me enviaran una sola señal. No me enviaron ni una. Al iniciar mi súplica, el rojo resplandor del hogar iluminaba la habitación y la lluvia caía sobre el tejado; cuando me levanté, más tarde, el fuego empezaba a extinguirse, y la lluvia seguía tamborileando igual que antes.

Ahora que lo guardaba la menor duda de que había sido librada completamente a mi propia suerte, me dije: «Tengo que hacerlo... lo que tenga que hacer... lo haré mañana. Esta noche debo descansar». Me eché en la cama. Me encontraba en ese estado en que el sueño acude con presteza al cuerpo cansado, pero en que, con igual presteza, el alma, angustiada, lo desvela justo en el mismo momento en que lo ve saciado. A mí me desveló un par de horas después de medianoche, sin darme la menor oportunidad de recuperarlo. El fuego se había apagado; la lluvia había cesado. Me dirigí a la ventana y me quedé contemplando la oscuridad borrascosa, y, los nudillos contra las sienes, aprisionando mi cabellera con los puños, me puse a pensar.

Tenía las ideas mucho más claras. Me daba cuenta de que había dado por ciertas y seguras, extrañamente, tanto la versión de Bardia como la del Zorro (cada una en su momento). Una de ellas tenía que ser falsa. Y no podía averiguar cuál, pues cada una estaba bien enraizada en su propio suelo. Si las creencias comunes en Gloma eran ciertas, entonces prevalecía lo que había dicho Bardia; si la filosofía del Zorro era cierta prevalecía lo que había dicho el Zorro. Sin embargo, no sabía dónde se hallaba la verdad, si en las doctrinas de Gloma o en la sabiduría de Grecia. Yo era hija de Gloma y pupila del Zorro; me di cuenta de que durante años había vivido mi vida en dos mitades que nunca habían encajado.

Debía renunciar, pues, a pronunciarme a favor de Bardia o de mi maestro. Y al expresar esto, vi (y me hice cruces de no haberlo hecho antes) que daba lo mismo. Porque había un punto en el que ambos coincidían. Los dos creían que algo maligno o deshonesto había hecho suya a Psique. Matar a un ladrón o a la Sombra fantasmal de una Bestia... ¿qué más daba? La única cosa en la que ninguno de ellos había creído era que fuese algo bueno o hermoso lo que la visitaba de noche. Nadie más que yo se había detenido ni por asomo a considerar esta idea. ¿Para qué iban a haberlo hecho? Únicamente mis desesperados anhelos habían podido hacer que pareciera posible. Aquello se presentaba en la oscuridad y se prohibía a sí mismo dejarse ver. ¿Qué amante volvería la espalda a los ojos de su amada si no tuviera una terrible razón para hacerlo?

Incluso yo había pensado lo contrario sólo un instante, cuando vi aquello que parecía una casa al otro lado del río.

—No será suya —dije—. Ella no dormirá en los brazos de un ser tan abominable. Esta noche ha de sentir su último abrazo.

De pronto se irguió ante mí el recuerdo de Psique en el valle montañoso, con su cara radiante, rebosante de júbilo. Volvía mi terrible tentación: dejarla al arbitrio de su sueño de locura y felicidad, fuera lo que fuese lo que de él se derivase, perdonarla, no sacarla de su sueño para sumirla en la desgracia. ¿Debía ser yo una furia vengadora, y no una madre amante? Y ahora una parte de mi pensamiento decía: «No te entremetas. Todo puede ser verdad. Vives entre maravillas que no comprendes. Ándate con cuidado. ¿Quién sabe qué calamidad atraerás sobre ella y sobre ti misma?». Pero la otra parte me respondía que yo era a la vez su madre y su padre (todo lo que ella tenía de uno

y de otro), que mi amor debía ser grave y pródigo, y no alocado e indulgente, que hay un momento en que todo amor debe endurecerse. Al fin y al cabo, ¿qué era ella sino una niña? Si el caso presente iba más allá de mi entendimiento, ¿cuán más allá del suyo no habría de ir? Los niños han de obedecer. Me había dolido, hacía mucho tiempo, llamar al barbero para que le sacara la espina. ¿Es que ni en lo más mínimo había obrado bien?

Me reafirmé en mi resolución. Ahora sabía lo que (cuál de las dos cosas) tenía que hacer; y no había de dejar pasar el día que pronto iba a despuntar. Contaba tan sólo con que Bardia no fuera a unirse a la cacería de leones, y con que pudiese quitarle de encima a esa mujer suya. Igual que un hombre, incluso en medio de un gran dolor o pesar, pierde la paciencia ante el zumbido de una mosca que se le pasee por la cara, yo la perdía sólo de pensar que aquella mujer, aquella criatura consentida, pudiera empezar de pronto a delatarnos o a buscarnos problemas.

Me acosté a esperar la mañana; en cierto modo, tranquila y descansada ahora que sabía lo que iba a hacer.

Capítulo XIV

Se me hizo largo el tiempo que pasó antes de que se oyera bullicio en palacio, y eso que empezó pronto a causa de la cacería real. Esperé que el trajín estuviese bien avanzado. Entonces me levanté y me vestí con el mismo atuendo que el día anterior; y cogí la misma urna. Esta vez metí dentro una lámpara y un pequeño frasco de aceite, así como una larga tira de lino de un palmo y medio de ancho más o menos, como la que llevan en Gloma, varias vueltas enrollada alrededor del cuerpo, las doncellas de honor de la comitiva nupcial. La mía había estado guardada en un arca desde la noche en que casaron a la madre de Psique. Luego llamé a Pubi y la mandé a por comida, de la que probé una parte y metí otra en la urna debajo de la banda de lino. Cuando deduje, por la trápala, las trompetas y el vocerío, que la partida real había emprendido la marcha, me puse velo y capa y bajé. Envié al primer esclavo que se cruzó en mi camino a averiguar si Bardia se había incorporado a la cacería, ordenándole que, caso de encontrarse en palacio, le hiciera venir. Me quedé esperando en la Sala de las Columnas. Daba una extraña sensación de libertad encontrarse allí sola; de hecho, en medio de todas mis preocupaciones, no pude dejar de percibir que la casa, en tales condiciones, se había liberado y llenado de luz gracias a la ausencia del rey. Y me di cuenta, por el aspecto que mostraban, que todos en la casa tenían la misma sensación.

Bardia vino al fin.

—Bardia —dije—, tengo que ir a la Montaña otra vez.

—Pero a mí me es imposible acompañaros, señora —dijo—. No he ido a la cacería (para mi desgracia) por un único motivo: quedarme a vigilar la casa. Hasta tengo que dormir aquí mientras el rey esté fuera.

Me llevé una gran decepción.

—Oh, Bardia —le dije—, ¿y ahora qué hago yo? Estoy en una situación muy apurada. Es por mi hermana.

Bardia, en un gesto habitual en él cuando se ponía serio, se frotó el labio superior con el dedo índice.

—Y no sabéis montar —dijo—. Aunque tal vez... pero no, vaya tontería. No se puede confiar en ningún caballo si el jinete no sabe montar. ¿No podríais esperar unos días? Lo mejor sería encontraros otro hombre.

—Pero, Bardia, tienes que ser tú. Nadie más sería capaz de... es una misión muy secreta.

—Podría prestaros a Gram dos días y una noche.

—¿Gram? ¿Quién es Gram?

—Uno pequeño, moreno, lo conocéis. Es un buen hombre.

—Pero ¿sabrás tener la boca cerrada?

—Más difícil será que la abra siquiera. Apenas le oímos diez palabras en diez días. Pero es hombre leal; leal a mí, sobre todo, porque en una ocasión le hice un buen favor.

—No será lo mismo que si tú vinieras, Bardia.

—Pues, señora, es vuestra mejor opción si no podéis esperar.

Le dije que no podía esperar, y mandó llamar a Gram. Era un hombre de cara delgada, de ojos muy negros y (en mi opinión) me miraba como si me tuviera miedo. Bardia le dijo que fuera a buscar su caballo y me esperara en el cruce de la pequeña vereda con el camino de la ciudad.

Apenas se hubo marchado, dije:

—Y ahora, Bardía, dame una daga.

—¿Una daga, señora? ¿Y para qué?

—Para lo que sirve una daga. Vamos, Bardía, sabes que mis intenciones no son malas.

Me miró con extrañeza, pero me la dio. La puse, en mi cinturón, en el mismo sitio en que el día anterior había estado la espada.

—Adiós, Bardía —le dije.

—¿Adiós, señora? ¿Vais a estar fuera más de una noche?

—No lo sé, no lo sé —respondí. Al momento me marché, a toda prisa, dejándolo allí con sus cavilaciones, y anduve hasta la vereda, donde Gram me esperaba. Me subió al caballo (tocándome, si no fueron imaginaciones mías, como quien toca a una bruja o a una serpiente) e iniciamos la marcha.

La jornada de aquel día no pudo ser más distinta de la anterior. En todo el día no conseguí sacarle a Gram más de un «sí, señora» o un «no, señora». Llovía a raudales y entre aguacero y aguacero el viento era húmedo. El cielo estaba gris, aturbonado, y las pequeñas colinas y los valles que Bardía y yo habíamos visto tan bien perfilados con sus luces y sombras se habían fundido ahora en un mismo y solo tono. Habíamos salido con muchas horas de retraso, y estábamos más cerca del atardecer que del cenit cuando nos internamos, collado abajo, en el valle secreto. Y allí, por fin, como por un capricho de los dioses (lo que quizá fuese), el tiempo se despejó; de tal suerte que era difícil no pensar que un sol particular iluminase el valle y que las lluvias torrenciales, como las montañas, formaran un simple anillo a su alrededor.

Llevé a Gram al lugar donde Bardía y yo habíamos pasado la noche, y le dije que me esperara allí, sin atravesar el río.

—Debo cruzarlo yo sola. Puede que esté de vuelta en esta orilla a la caída de la noche, o de noche ya. Sin embargo, creo que pase el tiempo que pase aquí, pasaré más en la otra orilla, cerca del vado. Tú no has de venir, a menos que te llame.

Como siempre, me respondió con un «sí, señora», con cara de que esta aventura le causaba poco placer.

Me encaminé hacia el vado, que distaba de Gram un tiro de arco más o menos. Tenía el corazón duro como el hielo, pesado como el plomo, frío como la tierra, pero libre ya de dudas y quebraderos. Hínqué el pie en la primera piedra del paso y llamé a Psique en alta voz. Debía de hallarse muy cerca, porque la vi bajar hacia la orilla casi en el acto. Habríamos podido modelar dos imágenes del amor, la risueña y la adusta: ella tan joven, el rostro tan radiante, alegres los ojos y el cuerpo todo; yo, abrumada por el peso de mi resolución, portando en mi mano el dolor.

—Conque tuve razón, Maia —me dijo, en cuanto hube cruzado el río y nos hubimos abrazado—. El rey no ha sido un estorbo para ti, ¿verdad? ¡Salúdame! ¡Soy profetisa!

Esto me desconcertó brevemente, pues había olvidado su predicción. Sin embargo, no me entretuve en considerarlo y lo dejé para más tarde. En aquel momento tenía un cometido que cumplir; no debía —entonces menos que nunca— empezar de nuevo con cálculos y cavilaciones.

Nos alejamos unos pasos del río —no sé hacia qué dependencias de su palacio fantasma— y nos sentamos. Me desembaracé de capucha y velo y deposité la urna a mi lado.

—Oh, Orual —dijo Psique—, ¡qué nubarrones veo en tu cara! Ésta es la peor de las caras que ponías cuando de niña te enfadabas conmigo.

—¿Me enfadé alguna vez? Ah, Psique, ¿crees acaso que te regañé alguna vez o que te negué algo sin que mi corazón sufriera diez veces más que el tuyo?

—Hermana, no era mi intención echarte la culpa de nada.

—Pues bien: no me la echas hoy tampoco. Porque tenemos que hablar muy en serio. Y ahora escúchame, Psique. Nuestro padre no es un padre. Tu madre (¡descanse en paz!) ha muerto, y tú no has conocido nunca a su familia. Yo he sido (he tratado de serlo y aún debo seguir siéndolo) todo lo que has tenido como padre, madre y familia. Y también como rey.

—Maia, tú has sido eso y más desde el día en que nací. Tú y nuestro querido Zorro sois todo lo que he tenido.

—Sí, el Zorro. También hay algo de él que debo decirte. Así pues, Psique, si alguien tiene que velar por ti, ofrecerte consuelo o protección, si alguien tiene que decirte lo que es digno del honor de nuestra estirpe, ese alguien sólo puedo ser yo.

—Pero ¿a qué viene todo esto, Orual? ¿No pensarás que haya dejado de quererte porque ahora tenga un esposo al que querer también, verdad? Si pudieras entenderlo, sabrías que eso hace que te quiera... en fin, hace que quiera a todos y a todo... más.

Esto hizo que me estremeciera, pero disimulé y seguí adelante.

—Sé que me quieres, Psique —dije—. Y creo que si no vivieras, tampoco yo podría vivir. Pero por eso mismo debes confiar en mí.

No dijo nada. Y ahora que había llegado al momento culminante de la terrible trama, yo casi estaba muda. Busqué y rebusqué una fórmula para empezar.

—El otro día me hablaste —dije— del día aquel en que extrajimos una espina de tu mano. Aquella vez te hicimos daño, Psique. Pero hicimos bien. Aquéllos que aman tienen que herir. Hoy tengo que herirte una vez más. Y, Psique, tú apenas eres algo más que una niña. No puedes hacer las cosas a tu modo. Tienes que dejarte guiar y gobernar por mí.

—Orual, ahora tengo un marido al que dejar que me guíe.

Fue difícil no dejarse vencer por la furia o el pánico de su machacona insistencia. Me mordí la lengua; y luego dije:

—Ay, pequeña, es precisamente respecto a este marido (como tú dices) que debo herirte —la miré directamente a los ojos y con aspereza le pregunté—: ¿Quién es él? ¿Quién es?

—Un dios —respondió, en voz baja y temblorosa—. El dios de la montaña, según creo.

—Ay, Psique, qué engañada estás. Si supieras la verdad, preferirías estar muerta a yacer en su lecho.

—¿La verdad?

—Debemos afrontarla, pequeña. Has de ser muy valiente. Deja que te saque esta espina. ¿Qué clase de dios iba a ser este que no se atreve a enseñar su rostro?

—*¡Que no se atreve!* Vas a hacer que me enfade, Orual.

—Pero recapacita, Psique. No hay nada bello que oculte su rostro. No hay nada honesto que oculte su nombre. No, no, escúchame. En tu corazón tienes que ver la verdad, por mucho que quieras defenderte con palabras sin sentido. Piensa. ¿De quién decían que ibas a ser esposa? De la Bestia. Vuelve a pensar. Si no son de la Bestia, ¿de quién más son morada estas montañas? De ladrones y asesinos: hombres peores que bestias; y lujuriosos como machos cabríos, de eso podemos estar seguras. ¿Acaso serías tú botín que ellos fueran a desperdiciar si se presentara en su camino? He aquí

tu amor, criatura. O es un monstruo (sombra y monstruo a la vez, quizá algo fantasmal, de ultratumba) o es un procaz villano cuyos besos, aun a tus pies o en el dobladillo de tu túnica, serían un ultraje a nuestra estirpe.

Guardó silencio, la mirada baja, un largo rato.

—En fin, Psique —prosegui por fin, lo más dulcemente que supe... pero ella apartó bruscamente la mano que yo había colocado sobre la suya.

—Estás muy equivocada, Orual. Si me he puesto pálida, ha sido de ira. Adelante, hermana; me he dominado. Te perdonaré. Tus intenciones, quiero creerlo, no son malas.

Aunque de qué manera, o por qué, has podido obnubilar y atormentar tu alma con esos pensamientos... pero dejémoslo. Si alguna vez me has querido, aparta estos pensamientos de ti.

—¿Obnubilado mi pensamiento? No sólo el mío. Dime, Psique, ¿quiénes son los dos hombres más sabios que conocemos?

—Bueno, el Zorro, primero. El segundo... conozco tan pocos. Supongo que Bardia es sabio; a su particular manera.

—Tú misma dijiste, aquella noche en la sala pentagonal, que era hombre prudente. Pues bien, Psique, los dos (tan sabios y tan distintos) coinciden entre sí y conmigo en la atribución de este amor tuyo. Coinciden sin vacilar. Los tres estamos convencidos: o Sombra de la Bestia o criminal.

—¿Les has contado mi historia, Orual? Hiciste mal. No tenías mi permiso. No tenías permiso del dios. ¡Oh, Orual! Esto ha sido más propio de Batta que de ti.

No pude evitar enrojecer de ira, pero no me dejé conmovir.

—Sin duda —repliqué—. El secreto de este... de este *marido*, como tú dices, no tiene límite. Pequeña, ¿te ha trastornado tanto el cerebro este amor ruin que no eres capaz de ver ni lo más elemental? ¿Un dios? Hasta, según tú misma confiesas, se esconde y retrae y murmura «Mamá», y «Guarda silencio» y «¡No me traiciones!», como un esclavo fugitivo.

No estoy segura de que escuchara lo que acababa de decir; lo que dijo fue:

—¡El Zorro también! Esto es muy raro. Nunca creí que pudiera creer en la Bestia, ni por asomo.

Yo no había dicho que creyese. Pero si eso es lo que había deducido de mis palabras, no consideré que mi deber incluyera decirle la verdad. Era un error que la orientaba hacia la verdad fundamental. Yo necesitaba toda la ayuda posible para guiarla en esa dirección.

—Ni él ni Bardia ni yo —dije— hemos creído ni por un momento en tu quimera del dios; no más en que este brezal silvestre sea un palacio. Y dalo por seguro, Psique: si pudiéramos preguntar a todos y cada uno de los hombres y mujeres de Gloma, todos dirían lo mismo. La verdad es demasiado diáfana.

—Pero ¿a mí que más me da todo esto? ¿Cómo iban ellos a saberlo? Soy su esposa. Lo sé yo.

—¿Cómo puedes saberlo si nunca le has visto?

—Orual, ¿cómo puedes ser tan simple? ¿Cómo no iba a saberlo yo?

—Pero ¿de qué manera, Psique?

—¿Cómo voy a responder a una pregunta así? No es decente... es... y especialmente a ti, hermana, que eres virgen.

Estos miramientos de comadre, viniendo de una niña (porque eso era), estuvieron a punto de acabar con mi paciencia. Era casi (aunque ahora sé que no era ésa su intención) como si se estuviera burlando de mí. Aun así conseguí sobreponerme.

—Bien, pues, Psique, si tan segura estás, no te negarás a someterlo a una prueba.

—¿Qué prueba? Yo no necesito ninguna prueba.

—He traído una lámpara, y aceite. Verás. Aquí están —los dejé junto a ella—. Espera hasta que él, o eso, se duerma. Y entonces míralo.

—No puedo hacer algo así.

—¡Ah!... ¿lo ves? No consentirás ninguna prueba. ¿Y por qué? Porque tú misma no estás segura. Por poco que lo estuvieras, arderías de impaciencia por demostrarlo. Si él es, como tú dices, un dios, un solo vistazo despejará todas nuestras dudas. Lo que son, según tú, nuestros tenebrosos pensamientos serán ahuyentados. Pero no te atreves.

—¡Oh, Orual, qué maldad maquinás! Si no puedo mirarlo, y menos aún sirviéndome de una triquiñuela como la que tú propones, es porque él me lo ha prohibido.

—Yo sólo veo, y Bardia y el Zorro sólo ven, una razón para tal prohibición. Y una sola para que tú obedezcas.

—Entonces poco sabes del amor.

—Vuelves a restregarme mi virginidad por la cara, ¿verdad? Mejor estar así que en la pocilga en que estás tú. Así sea. De lo que tú llamas ahora amor, nada sé. Puedes chismorreárselo a Batta mejor que a mí... o a las muchachas de Ungit, tal vez, o a las queridas del rey. El amor que yo conozco es de otra clase. Ya verás cómo es. Tú no...

—Orual, Orual, estás desvariando —dijo Psique, sin rencor, mirándome con los ojos muy abiertos y afligidos, pero arrogantes en su aflicción. Habriase dicho que era ella mi madre y no yo (casi) la suya. Había ya caído en la cuenta, en el tiempo que llevábamos, de que la dócil, obediente Psique de ayer había muerto para siempre; sin embargo, aún me trastornó como si me cogiera desprevenida.

—Sí —repliqué—, desvariaba. Habías conseguido irritarme. Pero yo pensaba (y no dudo que me corregirás si me equivoco) que en esos casos toda amante se mostraría impaciente por librar a su amado de los cargos calumniosos que se le imputan; siempre y cuando sea posible. Dile a una madre que su hijo es un adefesio. Si es guapo, te lo enseñará. Ninguna prohibición la detendría. Pero si sigue escondiéndolo, es que admite los cargos. La prueba te da miedo, Psique.

—Me da miedo... no, me da vergüenza... desobedecerle.

—Pues ¡mira! ¡Mira hasta en el mejor de los casos lo que has hecho de él! Algo peor que nuestro padre. ¿Quién que de verdad te quisiera iba a soliviantarse porque infringieras un mandato tan poco razonable... y por tan buenas razones?

—Esto es absurdo, Orual —contestó, sacudiendo la cabeza—. Es un dios. Tiene sus razones para hacer lo que hace, puedes estar segura. ¿Cómo iba a saberlas yo? Yo soy, sencillamente, su Psique.

—Entonces ¿no lo harás? Crees, dices que crees, que puedes probar que es un dios y librar a mi corazón de los temores que lo atormentan. Pero no lo harás.

—Lo haría si pudiera, Orual.

Miré a mi alrededor. El sol estaba a punto de hundirse tras el collado. Dentro de poco me pediría que me marchase. Me levanté.

—Hay que poner fin a esto de un modo u otro, Psique —le dije—. Vas a hacerlo, Psique. Yo te lo ordeno.

—Querida Maia, mis deberes ya no son hacia ti.

—Entonces mi vida concluirá con ello —respondí. Me eché la capa más atrás, extendí, desnudo, el brazo izquierdo, y clavé en él mi daga hasta que la punta asomó por el otro lado. Tirar del hierro para volverlo a sacar por dentro de la herida fue lo más doloroso; pero ahora apenas puedo creer lo poco que lo sentí.

—¡Orual! ¿Estás loca? —exclamó Psique, dando un salto.

—Encontrarás lino en esa urna. Véndame la herida —le dije, sentándome y extendiendo el brazo para que la sangre cayera sobre los brezos.

Yo había previsto que fuese a chillar y a retorcerse las manos, o a desmayarse tal vez. Pero me sentí traicionada. Se había puesto bastante pálida, pero conservaba el temple. Me vendó el brazo. La sangre se filtraba entre los pliegues, pero al final se restañó. (Había tenido bastante suerte al clavarme la daga. Si hubiese sabido entonces todo lo bien que ahora sé cómo es un brazo por dentro, quizá —¿quién sabe?— no habría tenido el coraje de hacerlo).

El vendaje no fue cosa de un momento. El sol estaba más bajo y el aire más frío cuando estuvimos en condiciones de volver a hablar.

—Maia —dijo Psique—, ¿por qué has hecho esto?

—Para que veas que hablo realmente en serio, hermana. Escúchame. Me has empujado a un extremo desesperado. Te di tu oportunidad. Jura sobre el filo de esta daga, aún bañada en mi sangre, que esta misma noche harás lo que te he ordenado; si no, primero te mato y luego me mato yo.

—Orual —dijo, con aire regio, la cabeza alta—, podrías haberte ahorrado la amenaza de muerte. Todo tu poder sobre mí reside en lo otro.

—Pues júralo, hermana. Nunca me has visto faltar a mi palabra.

La mirada que se asomó entonces a su rostro no pude comprenderla. Creo que un amante —un hombre que amara, quiero decir— podría mirar de este modo a una mujer que le hubiera sido infiel. Al fin, dijo:

—Ciertamente gracias a ti he descubierto variedades desconocidas de amor. Ha sido como mirar dentro de un pozo sin fondo. No estoy segura de que me guste más el amor que tú me ofreces que el odio. Oh, Orual... aprovecharte de mi amor, porque sabes que anida en lo más hondo de mí, y que ningún otro amor, ningún nuevo amor puede mermarlo, y luego hacer de él un instrumento, un arma, una cuestión de autoridad política, un utensilio de tortura... empiezo a pensar que nunca te he conocido. Venga lo que venga después de esto, aquí muere algo que había entre tú y yo.

—Ya está bien de sutilezas —repuse—. Moriremos las dos aquí, y moriremos de verdad, chorreando sangre, si no juras.

—Si lo hago —replicó, con vehemencia—, no será porque albergue la menor duda de mi esposo o de su amor. Será sólo porque él me merece mejor opinión que tú. El no sabe ser cruel como tú. De eso estoy segura. Sabrá que ha sido la tortura lo que me ha obligado a desobedecer. Me perdonará.

—No tiene por qué enterarse nunca —contesté.

La mirada de desprecio que me dirigió me hirió en el alma. Y por encima de todo, esta nobleza de ánimo... ¿no fui yo quien se la enseñó? ¿Qué había en ella que no fuese obra mía? Y ahora la esgrimía para mirarme como si fuese mezquina entre lo más mezquino.

—¿Creías que se lo ocultaría? ¿Creías que no se lo diría? —dijo, y cada palabra fue como la fricción repetida de una lima sobre carne viva—. Bien. Está decidido. Vamos, como tú dices, a ponerle fin. Cada palabra te aleja más y más de mí. Y yo te había querido tanto... querido, honrado,

sido leal y (mientras fue razonable) obedecido. Y ahora... pero no sería capaz de resistir la visión de tu sangre derramada a las puertas de mi casa. Has elegido bien tu amenaza. Juraré. ¿Dónde tienes la daga?

De este modo obtuve mi victoria y el suplicio de mi corazón. Sentí un deseo terrible de desdecirme de todas mis palabras e implorar su perdón. Pero saqué la daga. (El «juramento sobre el filo», como nosotros decimos, es el más inquebrantable de Gloma).

—E incluso en estos momentos —dijo Psique— sé lo que me hago. Sé que estoy traicionando al más excelso de los amantes, y que quizá, antes de que salga el sol, toda mi felicidad haya terminado para siempre. He aquí el precio que has puesto a tu vida. Está bien, si tengo que hacerlo, lo pagaré.

Pronunció el juramento. Las lágrimas me inundaron los ojos, y quise hablar, pero ella volvió la cara.

—El sol casi se ha puesto —dijo—. Vete. Has salvado la vida; vete y vive como puedas.

Noté que empezaba a tenerle miedo. Regresé al río; no sé cómo, lo crucé. Y las sombras del collado, una vez el sol se hubo puesto, se extendieron rápidamente por todo el valle.

Capítulo XV

Creo que debí desmayarme al alcanzar la orilla, porque mi memoria parece haber tendido un abismo entre el momento del vado y el de cobrar conciencia plena de tres cosas: del frío, del dolor en el brazo, y de la sed. Bebí vorazmente. Luego quise comer, pero recordé de pronto que había dejado las provisiones en la urna, junto con la lámpara. Me resistía a llamar a Gram, que para mí era un incordio. Pensé (aun sabiendo, en aquellos momentos, lo absurdo que era) que si Bardia me hubiese acompañado en vez de él, quizá todo habría sido distinto y se hubiese desenvuelto mejor. Qué lejos hubo de volar mi pensamiento para imaginar todo lo que estaría haciendo y diciendo de haber sido así... hasta que súbitamente recordé el objeto que me había traído allí. Me avergoncé de haber pensado, siquiera un momento, en otras cosas.

Tenia la intención de permanecer sentada en las inmediaciones del vado, ojo avizor, hasta divisar una luz (la que Psique encendería con su lámpara). La luz se apagaría cuando la cubriera y la ocultase. Después, probablemente mucho más tarde, vería otra luz: ella estaría mirando a su vil señor mientras dormía. Y seguramente —justo a continuación, esperaba— vería a Psique gateando lentamente a través de la oscuridad y llamándome en un susurro («Maia, Maia») desde la otra orilla. Y yo, en un instante, estaría a medio camino. Esta vez sería yo quien la ayudase a cruzar el vado. Ella se desharía en lágrimas, se desmayaría cuando la estrechase en mis brazos y la consolase; porque entonces vería quiénes eran sus verdaderos amigos, y me querría otra vez, y me daría las gracias, estremeciéndose, por haberla salvado de aquello que la lámpara había revelado. Mientras pensaba esto, desde que empecé a pensarlo, me sentí mejor.

Pero también pensé otras cosas. Por mucho que quisiera, no podía quitarme de la cabeza el temor a haberme equivocado. Un dios de verdad... ¿era algo imposible? Sin embargo, no podía detenerme en este aspecto de la cuestión. La idea que no cesaba de insistir era la de Psique extraviada por alguna razón (nunca supe decir por qué razón), desgraciada, privada de toda alegría, una figura errante y lastimera, para quien todo se había hundido gracias a mí. Más veces de las que pude contar esa noche experimenté el deseo, fuerte y tirano, de volver a cruzar las frías aguas, de gritar que la eximía de su compromiso, que no encendiera la lámpara, que la había aconsejado mal. Pero al final lo reprimí.

Ni estas ideas ni las otras constituían más que la capa externa de mi pensamiento. Por debajo de ellas, profundo como el profundo mar oceánico del que hablaba el Zorro, estaba el frío, desesperado abismo de su desdén, de su desamor, de su inconfundible rencor.

¿Cómo iba a odiarme a mí, si mi brazo ardía y palpitaba por la herida causada por amor a ella? «Cruel Psique, cruel Psique», sollocé. Y entonces caí en la cuenta de que volvía a estar atrapada en los mismos sueños de cuando estuve enferma. Me defendí, pues, con la razón y me di un pellizco. Ocurriera lo que ocurriera, debía permanecer atenta y lúcida.

La primera luz no se hizo esperar mucho; y como vino se fue. Me dije —aunque lo cierto es que desde que tuve su palabra nunca dudé de su lealtad al juramento—: «Así se hace. Todo va bien hasta ahora». Lo cual hizo que me preguntara, como una nueva cuestión, qué quería decir «bien». Pero la idea pasó de largo.

El frío recrudeció. Mi brazo era una columna de fuego, el resto de mi cuerpo un témpano, encadenado a esa columna sin fundirse nunca. Empezaba a darme cuenta de que estaba obrando temerariamente. Podía morirme, así, malherida, sin comer ni beber, o como poco coger un resfriado

que me traería la muerte tarde o temprano. Y de esa semilla creció, en un momento, una flor enorme, absurda, hecha de quimeras. Pues acto seguido (obviando el problema de cómo llegó a sobrevenir) me vi a mí misma tendida en la pira, y a Psique —ahora lúcida, ahora amándome de nuevo— golpeándose el pecho, llorando y arrepintiéndose de todas sus crueldades. El Zorro y Bardia estaban también allí; Bardia lloró el primero. Todos me querían ahora que estaba muerta. Me da vergüenza escribir todas estas locuras.

Algo las devolvió a la realidad, y fue la siguiente aparición de la luz. A mis ojos, viciados por la oscuridad, se les antojó más brillante de lo que habríase dicho posible. Brillante y en calma, algo familiar en medio de aquel inhóspito paraje. Y durante un rato que se prolongó más de lo esperado, la luz siguió resplandeciendo y en calma, y el mundo entero se paralizó a su alrededor. Luego la calma se rompió.

Un enorme grito, surgido de algún lugar próximo a la luz, se metió dentro de mi cuerpo en una oleada de pavor tan repentina que arrastró en su empuje hasta el dolor de mi brazo. No sonó como algo feo; aun en su desdén implacable era áureo. Mi pavor era el tributo a lo inmortal de la carne mortal. Y tras la cumbre inabordable de su incomprensible lenguaje —apenas ésta se hubo alcanzado—, se oyó el llanto. Creo que en aquel momento (y si es que esta vieja expresión conserva su significado) se me rompió el alma. Pero ni el grito inmortal ni las lágrimas ni el llanto de ella duraron más tiempo del que tarda mi corazón en dar dos latidos. Latidos, he dicho; sin embargo, creo que mi corazón no latió hasta que todo terminó.

Un gran destello desnudó el valle ante mi vista. Justo encima de mi cabeza, tronaba como si el cielo se estuviera partiendo en dos. Los relámpagos, sin pausa uno tras otro, agujoneaban el valle de izquierda a derecha, allá a lo lejos, y aquí a mi lado, por todas partes. Los rayos caían, al parecer, en silencio, porque el trueno amortiguaba su estallido. Pero había un ruido que no podía amortiguar. En alguna parte, lejos de mí, a la izquierda, las propias paredes de la Montaña se estaban resquebrajando. Vi (o creí ver) fragmentos de roca volar por los aires, estrellarse contra otras rocas y, finalmente, volver a elevarse en el cielo como la pelota de un niño rebotando. El río creció, tan deprisa que la corriente me alcanzó la cintura antes de que pudiera retroceder de un brinco; pero lo mismo dio, porque la tormenta había venido acompañada por un diluvio implacable. Pelo y ropa no eran ya más que una pura esponja.

Sin embargo, aun cegada y malherida, tomé esas cosas por buena señal. Demostraban (así lo veía) que yo tenía razón. Psique había despertado a un ser espantoso y aquéllos eran los bramidos de su furia. Se había despertado, ella no había podido esconder la luz a tiempo; o, mejor —sí, eso era lo más probable—, sólo estaba fingiendo que dormía; quizá se tratase de una cosa que no necesitara dormir nunca. Tenía poder, sin duda, para aniquilarnos a las dos. Pero ella se habría dado cuenta. Moriría, en el peor de los casos, desengañada, desencantada, reconciliada conmigo. Y todavía en aquella situación teníamos una ocasión de huir. Y si ésta fallaba, moriríamos una junto a la otra. Me incorporé, doblemente encorvada bajo la artillería de la lluvia, para cruzar el río.

Estoy segura de que nunca habría podido cruzarlo —su curso se había hecho profundo, espumeante, mortal— aunque hubiese tenido libertad para intentarlo. No tuve tal libertad. Se produjo una especie de relámpago permanente. Es decir: tenía la apariencia de un relámpago, era pálido, deslumbraba, carecía de sosiego o de calor, silueteaba la cosa más pequeña sin piedad, pero no cesaba. Aquella luz colosal se cernía sobre mí, inmóvil como una vela prendida en una habitación cerrada y

encortinada. En el centro de la luz se veía algo parecido a un hombre. Aunque suene extraño, no puedo decir su estatura. Su rostro quedaba a mucha altura de mí, aunque la forma que revela la memoria no es la de un gigante. Y no sé si estaba de pie, o lo parecía, en la lejana orilla del río, o sobre sus mismas aguas.

Aunque la luz siguió impertérrita, mi visión del rostro duró tan poco como el destello de un relámpago corriente. No fui capaz de resistirla más tiempo. No eran sólo mis ojos: mi corazón y mi sangre y mi cerebro eran demasiado débiles para resistirla. Un monstruo —la Sombra bestial que yo y toda Gloma habíamos imaginado— me habría subyugado menos que la hermosura de aquel rostro. Y creo que la ira (lo que los hombres llaman ira) habría sido un sentimiento más soportable que el desprecio gélido e inconmensurable con que me miró. Aunque mi cuerpo estaba acurrucado tan cerca de él que habría podido tocarle los pies, su mirada parecía arrojarme a una distancia infinita. Era desprecio, negación, réplica, y (lo que aún era peor) conocimiento de todo cuanto yo había sido, pensado o hecho. Un verso griego dice que ni siquiera los dioses pueden alterar el pasado. Pero ¿será verdad? Él consiguió que fuese como si desde el principio yo hubiese sabido que el amante de Psique era un dios, y como si todas mis vacilaciones, dilemas, resquemores, interrogantes, preguntas a Bardia, preguntas al Zorro, todo aquel ir y venir, todas aquellas fatigas, hubiesen sido tontas imaginaciones mías, una nube de polvo que yo sola removía ante mi vista. Tú, lector de este libro, tendrás que juzgar. ¿Fue así? ¿O al menos había sido así en el pasado, aquel mismo pasado que después el dios quiso alterar? Y si los dioses pueden alterarlo, ¿por qué nunca lo hacen por piedad?

El trueno se detuvo, según creo, en el momento en que surgió la luz inamovible. Reinaba un gran silencio cuando el dios me habló. Y así como en su rostro no había ira (lo que los hombres llaman ira), tampoco la había en su voz. Era dulce e impasible: como un pájaro cantando en la rama de la que pende un ahorcado.

—Ahora Psique partirá hacia el exilio. Ahora tendrá que pasar hambre y sed y andar por tortuosos caminos. Aquéllos contra los que yo no puedo luchar dispondrán de ella a voluntad. Tú, mujer, conocerás tu obra y a ti misma. Tú también serás Psique.

La voz y la luz cesaron al mismo tiempo, como si un cuchillo las hubiera cercenado. Luego, en mitad del silencio, oí otra vez el llanto.

Nunca, ni antes ni después, hube de oír llorar así; ni a un niño, ni a un hombre herido en la palma de la mano, ni a uno torturado, ni a una muchacha arrastrada a la esclavitud en una ciudad invadida. Si alguien oyera llorar de este modo a la mujer que más odiara en el mundo, correría a consolarla. Atravesaría fuego y lanzas con tal de ir en su auxilio. Y yo sabía quién lloraba, y qué le habían hecho, y quién se lo había hecho.

Me levanté para ir a su lado. Pero el llanto se oía ya muy lejos. Se iba alejando a mi derecha, lamentándose, valle abajo en dirección al sur, hacia el límite que yo no conocía, y donde sin duda el valle se hundía en una pendiente o se precipitaba en abruptos barrancos. Y yo por mi parte no fui capaz de cruzar el río. Y lo peor es que ni siquiera me hubiese ahogado. La corriente habría podido magullarme, congelarme y hundirme en el barro, pero de algún modo siempre que conseguía agarrarme a una roca —era inútil intentarlo con la tierra, porque a cada momento la orilla se desprendía en grandes bloques sobre las aguas— veía que aún seguía en el mismo lado. A veces ni encontrar el río podía; estaba completamente aturdida en la oscuridad, y el suelo todo era entonces poco menos que una ciénaga, de tal manera que los charcos y las corrientes recién formados me atrapaban ora de un

modo, ora de otro.

Nada más recuerdo de aquella noche. Cuando el día empezó a despuntar, pude ver los efectos de la cólera divina en el valle. No había más que rocas peladas, tierra removida y agua sucia: en ésta flotaban árboles, matojos, ovejas, un ciervo aquí y otro allá. Si yo hubiera sido capaz de atravesar el primer río aquella noche, no me habría servido de nada: habría llegado tan sólo a la estrecha franja de lodo que lo separaba del siguiente. Aun entonces no pude dejar de llamar a Psique en voz alta, llamarla hasta extenuar la voz, pero me daba cuenta de que era absurdo. La había oído marcharse del valle. Había emprendido ya el exilio que el dios anunció. Había iniciado su vida errante, de una tierra a otra, sin dejar de llorar; llorando por su amante, y no (no debía hasta tal punto mentirme a mí misma) por mí.

Fui al encuentro de Gram; allí estaba, pobre diablo, mojado y temblequeante, dirigiendo una sola mirada de espanto a mi brazo vendado, y ni una más, y sin hacer ni una pregunta. Comimos un poco de lo que había en las alforjas y emprendimos la marcha. El tiempo era bastante bueno.

Las cosas empezaban a verse desde una nueva perspectiva. Ahora que había conseguido la prueba irrefutable de la existencia de los dioses y de su odio hacia mí, me parecía que nada me quedaba por hacer sino esperar el castigo. No dejaba de preguntarme en qué borde peligroso resbalaría el caballo, arrojándonos cien pies de barranco abajo; o de qué árbol me caería, al pasar por debajo, un rama sobre el pescuezo; o si se me infectaría la herida y ésa iba a ser la muerte que se me reservaba. En ocasiones recordando que es a veces facultad de los dioses convertirnos en bestias, metía la mano debajo del velo para ver si mi piel tenía el tacto de la de un gato, o mi nariz el de un hocico de perro, o si habían empezado a salirme colmillos de jabalí. Y a pesar de todo no estaba asustada; nunca lo estuve menos. Es una extraña sensación, aunque en cierta medida está llena de paz y ecuanimidad, la de contemplar la tierra, los campos y el cielo que nos rodean y decirles con la voz del corazón: «Ahora todos sois mis enemigos. Ninguno de vosotros volverá a hacerme bien. Ahora sólo os veo como verdugos».

Pensé, sin embargo, que lo más probable era que aquellas palabras, «Tú también serás Psique», significaran que si ella se encaminaba al exilio y a la vida errante, a mí debía pasarme lo mismo. Y podía pasar —no había dejado de pensarlo— de la manera más fácil, si no era voluntad de los hombres de Gloma ser gobernados por una mujer. Pero al dios se le había ido la mano —así que, al fin y al cabo, ¿no lo saben todo?— si se había creído que mi tormento sería mayor de recibir el mismo castigo que Psique. Si yo hubiese podido padecer el suyo además del mío... pero lo máximo que podía hacer era compartirlo. Y con esto sentí crecer dentro de mí una especie de vigor áspero y sombrío. Haría bien el papel de mendigo. Era fea; y Bardia me había enseñado a pelear.

Bardia... eso me obligó a pensar qué parte de mi historia habría de contarle. Y luego qué parte al Zorro. Ni por un momento me había parado a pensarlo.

Capítulo XVI

Entré sin ser oída en palacio por las dependencias posteriores y no tardé en advertir que mi padre no había regresado aún de la cacería. No obstante, fui hacia mis aposentos con el mismo cuidado y sigilo que si lo hubiese hecho. Cuando se me hizo claro (al principio no lo fue) que no era al rey a quien quería evitar sino al Zorro, me vi en un verdadero aprieto. Hasta entonces él había sido siempre mi refugio y mi consuelo.

Pubi se consternó al ver mi herida, pero, en cuanto hubo quitado el vendaje —eso fue un capítulo doloroso—, lo sustituyó por otro mejor. Apenas terminó, y mientras yo (bastante ávida) comía, se presentó el Zorro.

—Hija, hija mía —dijo—. Demos gracias a los dioses por tenerte de nuevo en casa. Me he pasado el día penando. ¿Adonde has ido?

—A la montaña, abuelo —respondí, poniendo el brazo fuera de su vista. Ése fue mi primer contratiempo. No podía contarle que me había lesionado yo misma. Sabía, ahora que lo tenía frente a mí (antes lo había pasado por alto), que iba a reprocharme haberme servido de tal medida de fuerza ante Psique. Era una de sus máximas que, si no se puede convencer con razones a un amigo, uno debe conformarse y «no echar mano de armas mercenarias» (se refería a las pasiones).

—Oh, pequeña, ha sido todo tan imprevisto —dijo—. Yo creí, al despedirnos la otra noche, que volveríamos a hablar " por la mañana.

—Nos despedimos para que pudieras irte a dormir —le dije. Las palabras habían surgido con ferocidad, contra mi voluntad y con la voz que era de mi padre. Luego me arrepentí.

—Así que éste es mi pecado —dijo el Zorro, con una triste sonrisa—. Pues bien, señora, lo habéis castigado ya. Pero ¿qué noticias traes? ¿Es que Psique te ha escuchado?

No contesté a esa pregunta, pero le hablé de la tormenta y de la inundación y de cómo aquel valle de montañas era ahora un puro pantano, de cómo había querido cruzar el río sin conseguirlo, y de cómo había oído el llanto de Psique huyendo por el extremo sur del valle, a una infinita distancia de Gloma. No tenía sentido mencionar al dios: habría creído que lo había soñado o delirado.

—Hija mía, ¿quieres decir que no llegaste a hablar con ella ni por un momento? —me preguntó, dando muestras de ansiedad e inquietud.

—Sí —contesté—. Hablamos un poco; antes.

—¿Pasa algo malo, criatura? ¿Os peleasteis? ¿Qué pasó entre vosotras?

Era un pregunta difícil de responder. Finalmente, cuando la repitió acercándose, le conté mi plan de la lámpara.

—¡Pero hija mía! —exclamó—. ¿Qué demonio te metió una idea así en la cabeza? ¿Qué esperabas conseguir? ¿Es que no era evidente que el villano junto al que yace —él, un perseguido, un forajido— iba a despertarse? ¿Y que lo primero que iba a hacer era cogerla en brazos y llevársela corriendo a algún otro cubil? Y eso si no le clavaba un cuchillo en el corazón por miedo a que lo delatara a sus perseguidores. Es más, sólo con ver la lámpara se convencería de que había sido traicionado ya. ¿Y qué me dices si fuera por una herida por lo que ella lloraba? Oh, ¡si al menos te hubieras dejado aconsejar!

No fui capaz de decir nada. Porque ahora me preguntaba por qué, ciertamente, no había tenido en cuenta ninguna de esas cosas, y si alguna vez, en algún momento, había creído en que su amante fuese

un fugitivo de las montañas.

El Zorro no dejaba de mirarme fijamente, interrogándose cada vez más, al parecer, sobre la causa de mi silencio. Al fin dijo:

—¿Te fue fácil obligarla a hacerlo?

—No —contesté. Me había quitado, mientras comía, el velo que había llevado puesto todo el día; ahora me arrepentía en el alma de haberlo hecho.

—¿Y cómo la convenciste? —preguntó.

No habría podido preguntar nada peor. No podía decirle lo que había hecho. Ni una gran parte de lo que había dicho. Porque al decirle a Psique que él y Bardia tenían la misma idea acerca de su amante, había querido decir la pura verdad; los dos coincidían en señalar que se trataba de algo horrible o ignominioso. Pero si yo le decía esto al Zorro, él me contestaría que lo que creían él y Bardia eran cosas completamente opuestas, la una viejos chismes de comadres, y la otra elemental y rutinaria probabilidad. Haría que todo pareciese una mentira mía. Nunca podría hacerle comprender cuán distintas se veían las cosas en la Montaña.

—Bueno... hablé con ella —dije, por fin—. La convencí.

Me miró larga e inquisitivamente, pero con una ternura que no le había visto desde aquellos días en que cantaba «La Luna se ha puesto...» teniendo en sus rodillas.

—En fin, tienes un secreto que no me quieres decir dijo, por último. No, no vuelvas la cara. ¿Creías que iba a intentar presionarte o conjurarlo para sacártelo? Ni lo pienses. Los amigos deben ser libres. Torturarte para averiguarlo levantaría entre los dos una barrera peor que tu celo. Algún día... pero debes obedecer al dios que tienes dentro de ti, no al que está dentro de mí. Vamos, no llores. No dejaré de quererte ni aunque tengas un centenar de secretos. Yo soy un árbol viejo y mis mejores ramas me las podaron el día en que me convertí en esclavo. Psique y tú fuisteis lo único que quedó. Y ahora... ay de mí, ¡pobre Psique! No veo remedio para ella en estos momentos. Pero a ti no te voy a perder.

Me abrazó (me mordió los labios para no gritar cuando su brazo tocó mi herida) y se fue. Rara vez me había alegrado de verlo partir. Pero no pude tampoco dejar de pensar en todo lo cariñoso que era comparado con Psique.

A Bardia nunca le conté el menor detalle de lo ocurrido aquella noche.

Tomé una determinación antes de acostarme, la cual, aunque parezca algo insignificante, hizo que las cosas fuesen muy diferentes para mí en los años que siguieron. Hasta entonces, como todas las campesinas de mi tierra, yo había llevado el rostro al descubierto; durante aquellos dos viajes a la montaña me había puesto velo porque deseaba no ser reconocida. Ahora decidí llevarlo siempre. Desde ese día, dentro de casa y fuera de ella, he observado esta regla. Es como un compromiso pactado con mi fealdad. Hubo un tiempo en mi infancia en que aún no tenía noticia de ser fea. Luego vino otro (pues no debo, en este libro, ocultar ni una sola de mis torpezas o desatinos) en el que creí, como creen las muchachas —y como Batta no dejaba de decirme—, que podía hacerme más tolerable con un arreglo aquí y otro allá en el atuendo y el peinado. Ahora, elegía el velo. Aquella noche el Zorro fue el último hombre que me vio la cara; y no es que después la hayan visto tampoco muchas mujeres.

El brazo cicatrizó bien (como han cicatrizado todas las heridas de mi cuerpo), y cuando el rey estuvo de vuelta, unos siete días después, yo ya no fingía estar enferma. Llegó a casa muy borracho,

pues aquella partida había consistido en beber tanto como en cazar, y de muy mal humor, porque sólo habían abatido dos leones y ninguno lo había matado él, y además le habían descuartizado a uno de sus perros favoritos.

Pocos días después reanudó sus consultas, con el Zorro y conmigo, en la Sala de las Columnas. No había acabado de verme el velo y ya exclamó:

—¿Y ahora con qué me vienes, jovencita? ¿Con las cortinas echadas, eh? ¿Es que tienes miedo de deslumbrarnos con tu belleza? ¡Fuera estos perifollos!

En aquel momento descubrí, por primera vez, lo que la noche en la Montaña había hecho por mí. Nadie que hubiese visto y oído al dios podía temer a aquel rey viejo y cascarrabias.

—Es lamentable tener que aguantar reproches tanto si llevo la cara descubierta como si no — repliqué, sin hacer ademán de tocar el velo.

—Ven aquí —me dijo, esta vez sin estrépito.

Fui y me coloqué tan cerca de su silla que casi tocaba con las mías sus rodillas, impasibles como una piedra. Verle la cara y que él no pudiera vérmela a mí me otorgaba cierto poder. Él iba entrando en uno de sus arranques de cólera blanca.

—¿Vas a empezar a aguzar tu ingenio contra mí? —me preguntó, casi en un susurro.

—Sí —contesté, en voz no más audible que él, pero con la mayor claridad. Un momento antes no tenía ni idea de lo que iba a decir o hacer; aquella única y diminuta palabra había salido por sí misma.

Me miró tenazmente el tiempo de contar hasta siete y yo casi creí que me iba a matar. Luego, encogiendo los hombros, soltó un gruñido:

—¡Vaya, eres como todas las mujeres. Dale que dale a la lengua... y si un hombre te escuchara le harías creer que la noche es día. En fin, Zorro, ¿tienes listos esos chismes que has estado escribiendo? Pues dáselos y que los copie.

Nunca volvió a pegarme y yo nunca volví a tenerle miedo. Y desde aquel día nunca cedí ni un dedo frente a él. Es más, no dejé de presionarle; lo hice tan bien que no mucho más tarde le comuniqué lo imposible que era que el Zorro y yo fuéramos los guardianes de Redival mientrasuviésemos que trabajar para él en la Sala de las Columnas. Refunfuñó y echó maldiciones, pero desde ese día nombró a Batta carcelera de Redival. Últimamente, Batta y él habían hecho muy buenas migas y pasaban muchas horas juntos en la Alcoba Real. No creo que se la llevara a la cama —ni aun en sus mejores tiempos fue ella lo que él llamaba una mujer apetitosa—, pero le daba conversación, le contaba chismes, lo adulaba y removía sus preparados de leche con cerveza; y es que al rey empezaban a notársele los años. Batta seguía igual de pegada a Redival la mayor parte del día; pero aquella pareja era de las que están dispuestas a sacarse los ojos en cualquier momento, para al momento siguiente sentarse a chismorrear y contar picardías.

Estas cosas, y otras que ocurrían en palacio, no tenían para mí interés. Yo era como un reo en espera de su verdugo, pues estaba convencida de que los dioses no iban a tardar en descargar sobre mí un golpe repentino. Sin embargo, como los días se sucedían y nada pasaba, empecé a ver, al principio sin quererlo, que quizá me habían condenado a vivir, y a vivir incluso una vida sin mudanzas, una temporada más.

Cuando pude entender esto fui, yo sola, a los aposentos de Psique y los arreglé para que tuvieran el aspecto que tenían antes de que empezaran todas nuestras penas. Encontré unos versos en griego que parecían ser un himno al dios de la Montaña. Los quemé. No quise que sobreviviera ni un

vestigio de esa inclinación suya. Quemé hasta los vestidos que había llevado el pasado año; pero los que llevaba antes, y en especial aquellos que conservaba de cuando era niña, y también sus joyas predilectas, los guardé en su sitio. Deseaba que todo estuviera bien ordenado, por si un día volvía, que lo encontrara todo tal como estaba cuando aún era feliz, y aún mía. Hecho esto cerré la puerta y la sellé. Y, en lo que pude, cerré otra puerta en mi interior. Si no quería volverme loca, debía apartar de mí todo pensamiento relacionado con ella, salvo los que se remontaban a sus primeros, y felices, años. Dejé de hablar de ella. Si mis mujeres la mencionaban, las hacía callar. Si el Zorro la mencionaba, era yo la que callaba y cambiaba de conversación. El antiguo desahogo que me proporcionaba la compañía del Zorro había ido a menos.

Con todo, no dejaba de hacerle preguntas relativas a lo que él denominaba la parte física de la filosofía, al fuego seminal, al origen sanguíneo del alma, y a las fases del universo; y también a plantas y animales, y a emplazamientos, tierras, vientos y gobierno de las ciudades. Quería introducirme ahora en materias arduas, y acumular conocimientos.

En cuanto la herida estuvo suficientemente curada, reemprendí con mucha diligencia las clases de esgrima con Bardia. Lo hice antes incluso de poder sostener el escudo con el brazo izquierdo, pues él decía que luchar sin escudo era también una técnica que había que aprender. Decía (y ahora sé que era cierto) que había hecho muchos progresos.

Mi intención era desarrollar cada vez más aquel vigor, desabrido y sin viveza, que nació en mí al escuchar la sentencia del dios: estudiando, peleando, trabajando, para sacarme de dentro a la mujer que había en mí. A veces, por la noche, si el viento aullaba o caía la lluvia, me asaltaba, como agua de un dique roto, una duda enorme y angustiada: si Psique estaría viva, y dónde estaría aquella noche, y si ariscas mujeres del campo estarían cerrándole, famélica y con frío, las puertas de sus casas. Pero luego, tras una hora o así de llorar y debatirme y de clamar contra los dioses, me sentía preparada para levantar el dique de nuevo.

Bardia no tardó en enseñarme a montar a caballo así como a esgrimir la espada. Me trataba, y me hablaba, cada día más como a un hombre. Y eso me complacía tanto como me dolía.

Así iban las cosas hasta el día en que medió el invierno, fecha que es de gran fiesta en nuestro país. Al día siguiente el rey volvió de una juerga en casa de un señor, unas tres horas después de mediodía, y se cayó al subir la escalera del pórtico. Aquel día hacía tanto frío que el agua que habían usado los criados para fregar se había congelado. El rey cayó sobre su pierna izquierda en el borde de un peldaño, y cuando los hombres corrieron en su auxilio, empezó a dar alaridos de dolor y al que hacía ademán de tocarlo le enseñaba los dientes. Un segundo más tarde estaba maldiciéndolos por dejarlo allí tirado y muerto de frío. Cuando llegué yo, ordené con un gesto a los esclavos que lo levantaran en brazos y se lo llevaran adentro, sin hacer caso de lo que hiciera o dijese. Lo metimos en la cama, en una gran agonía, y llamamos al barbero, el cual dijo (como todos nos temíamos) que se había roto el muslo. «Pero yo no sé colocárselo, señora, ni aunque el rey dejase que le pusiera las manos encima». Envié un mensajero a la mansión de Ungit, en busca del segundo sacerdote, que tenía fama de buen cirujano. Antes de que éste llegara, el rey se había atiborrado de vino, de uno tan fuerte que habría puesto enfermo al hombre más robusto, y apenas el segundo sacerdote le despojó de su ropa y empezó a tocarle la pierna, se puso a chillar como un animal y trató de desenvainar su daga. En esto, Bardia y yo intercambiamos algunos susurros, y entre los dos y seis guardias más lo sujetamos. Entre aullido y aullido no dejaba de señalarme con los ojos (las manos las tenía

inmovilizadas), gritando:

—¡Lléváosla! Llevaos a la del velo. No la dejéis torturarme. La conozco muy bien. Sé quién es.

No dormí esa noche ni el día ni la noche siguientes (cuando el dolor de la pierna le apretaba, tosía como si el pecho le fuese a estallar), y a nuestras espaldas Batta no perdía ocasión de continuar dándole vino. Yo no permanecía mucho tiempo en la Alcoba, porque sólo de verme se ponía frenético. Seguía diciendo que me conocía por el velo.

—Señor —le decía el Zorro—, pero si es sólo la princesa Orual, vuestra hija.

—Ay de mí, eso es lo que a ti te dice —decía él—. Pero yo sé la verdad. ¿No se ha pasado la noche entera con un hierro al rojo vivo sobre mi pierna? La conozco muy bien... ¡Ay! ¡Ay! ¡Guardias! ¡Batta! ¡Orual! ¡Bardia! ¡Sacadla de aquí!

La tercera noche el segundo sacerdote, Bardia, el Zorro y yo la pasamos a las puertas de la Alcoba hablando entre susurros. El segundo sacerdote se llamaba Arnom; era hombre de tez morena, de edad no mayor que la mía, y de suaves mejillas como un eunuco (lo cual no podía ser, porque, aunque Ungit tiene sus eunucos, sólo un hombre armado puede optar a todos los votos del sacerdocio).

—Es probable —decía Arnom— que esto acabe con el rey.

«Sea», pensaba yo. «Esto es sólo el principio. Un nuevo orden se alzará en Gloma y a mí, si consigo salir con vida, me desterrarán. Yo seré también una Psique».

—Soy de la misma opinión —dijo el Zorro—. Y ocurre en un momento delicado. Nos aguarda un difícil cometido.

—Mayor de lo que imaginas, Lisias —dijo Arnom (era la primera vez que oía a alguien llamar al Zorro por su verdadero nombre)—. La casa de Ungit se encuentra en la misma difícil situación que la casa real.

—¿Qué quieres decir, Arnom? —preguntó Bardia.

—El sacerdote se está muriendo. Si mis facultades no me engañan, no durará cinco días.

—¿Y tú serás su sucesor? —preguntó Bardia. El sacerdote inclinó la cabeza.

—Con la venia del rey —añadió el Zorro. Así era la ley en Gloma.

—Es imprescindible —dijo Bardia— que Ungit y la casa real sean del mismo parecer en un momento así. De otro modo hay quienes verían en ello su ocasión para saltar sobre Gloma.

—Sí, imprescindible —dijo Arnom—. Nadie se alzará si están unidas.

—Es un buen augurio —dijo Bardia— que no existan motivos de discordia entre la reina y Ungit.

—¿La reina? —dijo Arnom.

—La reina —respondieron Bardia y el Zorro, al unísono.

—¡Ojalá la princesa estuviera casada! —dijo Arnom, con una respetuosa reverencia—. Una mujer no puede guiar los ejércitos de Gloma en tiempos de guerra.

—Esta reina sí —dijo Bardia; y por su modo de impulsar la mandíbula inferior se hubiese dicho que él solo era todo un ejército. Observé que Arnom me escrutaba, y creo que el velo me fue más útil que el semblante más recio del mundo; acaso más de lo que la belleza hubiera podido ser.

—Hay un solo punto que aleja a Ungit de la casa del rey —dijo—, y son los Morones. Si no hubieran caído enfermos el rey y el sacerdote, yo habría venido antes para hablar de ello.

Yo conocía muy bien este asunto y supe entonces cuál era el problema. Los Morones eran unas tierras fértiles que había pasado el río, y desde que había empezado a trabajar en los asuntos de mi

padre, había sido una pelea de perro y gato la cuestión de si pertenecían, o qué parte de ellas pertenecía, al rey o a Ungit. Yo siempre había pensado (con los motivos que tenía para querer bien a Ungit) que debían ser parte de su patrimonio, el cual en verdad estaba pobrementemente abastecido para la constante carga de sacrificios que debía soportar.

Y creía también que si alguna vez Ungit era razonablemente dotada de tierras, se impediría que los sacerdotes siguieran exprimiendo de tal suerte al pueblo llano por la vía de las ofrendas.

—El rey vive aún —dije; era la primera vez que hablaba y mi voz los cogió a todos por sorpresa—. Pero, dada su dolencia, yo soy ahora su palabra. Es su deseo entregar los Morones a Ungit, libres de carga y para siempre, y que el pacto sea tallado en piedra, con una condición.

Bardía y el Zorro me miraron atónitos. Pero Arnom dijo:

—¿Qué condición es ésa, señora?

—Que en adelante la guardia de Ungit quede bajo la autoridad del capitán de la guardia real; que sus miembros sean elegidos por el rey (o por su sucesor), y se sometan a su obediencia.

—¿Y que el rey (o sus sucesores) les paguen también? —replicó Arnom, rápido como un relámpago.

No había previsto la jugada, pero juzgué que sería mejor una respuesta firme que la reflexión más sabia.

—Esto —dije— dependerá de las horas de servicio que dediquen a Ungit y de las que dediquen a palacio.

—Señora, lo que pretendéis (es decir, lo que el rey pretende) es una difícil rebaja —contestó el sacerdote. Pero yo sabía que iba a aceptar, porque a Ungit le urgían menos las lanzas que unas buenas tierras. Por otra parte, a Arnom no le resultaría fácil suceder al sacerdote si contaba con la oposición de palacio. En esto mi padre empezó a vociferar en el interior y el sacerdote regresó a su lado.

—Bien hecho, hija —musitó el Zorro.

—Larga vida a la reina —musitó Bardía. Después, tanto uno como otro siguieron los pasos de Arnom.

Yo me quedé fuera, en la gran antesala, que estaba vacía y con el fuego bajo. Fue un momento extraño como ningún otro en mi vida. Ser reina... esto no aplacaría las aguas turbias contra las que mi alma se había empeñado en levantar el dique. Pero, pese a todo, quizá le confiriesen mayor resistencia. Luego, y ésa era otra cuestión, me vino la idea de que mi padre iba a morir. Esto me llenó de vértigo. La magnitud de un mundo del que él estaría ausente... la luz diáfana del cielo en el que ya no estaría suspendida aquella nube... la libertad. Suspiré profundamente: de una sola alentada, la más dulce de todas. Estuve a punto de olvidar la pena que era mi pilar.

Pero fue sólo un momento. Reinaba la calma, y la mayoría de sirvientes estaban acostados. Me pareció oír llorar a alguien: un llanto de mujer; lo que siempre, quisiera o no, oía. Venía, al parecer, de fuera, de detrás del palacio. En un segundo se me borraron de la cabeza sucesiones, padres y politiqueos. Con una esperanza que era tortura, atravesé corriendo la antesala y salí al exterior por la pequeña puerta que hay entre el establo y los cuarteles de la guardia. La luna brillaba, pero el aire no era tan apacible como había imaginado. ¿Y el llanto? ¿Adonde había ido a parar? Entonces creí oírlo de nuevo.

—Psique —llamé—. ¡Istra! ¡Psique!

Me dirigí hacia el lugar de donde provenía. Ahora no estaba tan segura de lo que era. Recordé que

las cadenas del pozo, cuando se balanceaban un poco (y en aquel momento había brisa suficiente para que se movieran), podían hacer un ruido semejante a ése. ¡Oh, qué desengaño fue!, ¡qué amarga decepción!

Me quedé allí escuchando. El llanto había cesado. Pero algo se estaba moviendo en alguna parte. Vi entonces una figura embozada precipitarse en un claro de luna y camuflarse entre los arbustos. Fui tras ella, lo más deprisa que pude. Acto seguido, hundí la mano entre las ramas. Otra mano salió a mi encuentro.

—Calma, amor mío —dijo una voz—. Llévame ante el rey.

Era una voz completamente desconocida, la voz de un hombre.

Capítulo XVII

—¿Quién eres? —dije, soltando bruscamente la mano y dando un salto atrás como si hubiera tocado una serpiente—. Sal, déjate ver.

Mi idea era que debía tratarse de un amante de Redival, y que Batta, además de carcelera, ejercía también de alcahueta.

Ante mí apareció un hombre alto, esbelto.

—Soy un suplicante —dijo, aunque en su voz había cierto regocijo que no hacía pensar en una súplica—. Y no soy de los que dejan escapar a una chica bonita sin un beso.

Si no lo hubiera evitado, ya me habría rodeado el cuello con un abrazo. En esto vio la punta centelleante de mi daga a la luz de la luna; y se echó a reír.

—Buena vista la tuya, que puede ver belleza en esta cara —le dije, volviéndome para estar segura de que veía la muralla densa de mi velo.

—Tan sólo buen oído, pequeña —contestó—. Apostaría lo que fuese a que una muchacha con una voz así ha de ser bonita.

Toda esta aventura, para una mujer como yo, era tan inusitada que casi me asaltó el perturbado deseo de prolongarla. Aquella noche, el mundo entero era algo extraño. Recuperé sin embargo, el buen sentido.

—¿Quién eres? —repetí—. Dímelo pronto o llamo a la guardia.

—No soy un ladrón, preciosidad —dijo—, aunque deba reconocer que como un ladrón al acecho me has sorprendido. Pensaba que iba a encontrarme ya en tu jardín a algunos parientes míos a los que no tengo ninguna gana de ver. Traigo una súplica para el rey. ¿Puedes llevarme hasta él? —Agitó la mano ante mí, haciendo sonar un par de monedas.

—A no ser que la salud del rey mejore repentinamente, yo soy la reina —respondí.

Dejó escapar un breve silbido y se rio:

—Si eso es cierto, reina —dijo—, he hecho el ridículo miserablemente. Entonces es a ti a quien dirijo mi súplica: una petición que incluye alojamiento y protección durante un par de noches (quizá sea sólo una). Soy Trunia de Fars.

La noticia me dejó anonadada. Ya he dicho antes que este príncipe estaba en guerra con su hermano Argan y su padre, el anciano rey.

—¿Derrotado, pues? —pregunté.

—Vencido en una escaramuza de caballería —replicó—, y por ello tuve que huir, de lo cual poca ventaja habría sacado si no hubiera equivocado el camino y, sin saber cómo, ido a parar a Gloma. Y además, no hace ni tres millas, mi caballo se quedó cojo. Lo peor, sin embargo, es que las tropas de mi hermano se han desplegado a todo lo largo de la frontera. Si pudieras tenerme oculto un día o dos (sus mensajeros, tenlo por seguro, llamarán a tus puertas al amanecer), para que pueda llegar a Esur y de allí, dando un rodeo, al grueso de mis tropas en Fars, no tardaré en demostrar, a él y a todo el mundo, si estoy vencido o no.

—Todo esto está muy bien, príncipe —dije—. Pero si nosotros te acogemos en calidad de refugiado, tendremos, por ley, que defenderte. Y aun siendo joven como reina, no lo soy tanto como para pensar que pueda permitirme una guerra contra Fars en estos momentos.

—Hace una noche muy fría para dormir al raso —dijo.

—Serías muy bien recibido si no fueras un refugiado, príncipe. Pero en tal condición resultas demasiado peligroso. Sólo puedo darte cobijo en calidad de prisionero.

—¿De prisionero? —dijo—. Entonces, reina, buenas noches.

Se escabulló como una flecha, como si no estuviera agotado (y sin embargo yo había oído el cansancio en su voz), corriendo como quien tiene por costumbre hacerlo. Pero aquel vuelo veloz fue su perdición. Yo podría haberle indicado dónde estaba la vieja piedra de molino. Cayó rodando al suelo, intentó incorporarse con increíble rapidez; luego emitió un suspiro agudo de dolor, se revolvió, soltó una maldición, y se quedó quieto.

—Me lo he torcido, si no roto —dijo—. Maldigo al dios que creó al hombre con tobillo. Bien, ya puedes llamar a tus lanceros, reina. Ya tienes prisionero. ¿Acaso de una prisión que me llevará al verdugo de mi hermano?

—Si está en nuestra mano, te salvaremos —respondí—. Si podemos hacerlo de algún modo que no provoque una guerra con Fars, lo haremos.

Los cuarteles de la guardia quedaban hacia aquel lado del palacio, como ya he dicho, y no era difícil acercarme a ellos y hacerme visible a los ojos de los hombres, sin dejar al mismo tiempo de vigilar al príncipe. En cuanto los oí salir, dije:

—Ponte la capucha y cúbrete la cara. Cuanta menos gente sepa el nombre de mi prisionero, más libres serán mis manos.

Levantándolo del suelo, los hombres se lo llevaron, cojeando, al vestíbulo, donde lo aposentaron en el banco que había junto al hogar, y yo ordené que le trajeran vino y vituallas, y que hicieran venir al barbero para que le vendara el tobillo. Después me dirigí a la Alcoba Real. Arnom se había ido. El rey había empeorado; su rostro estaba cárdeno su respiración era ronca y fatigosa. Parecía haber perdido la facultad de hablar; pero yo habría querido saber, viendo sus ojos ir y venir de uno a otro de los tres que allí estábamos, qué era lo que pensaba y qué lo que sentía.

—¿Dónde has estado, hija? —preguntó el Zorro—. Tenemos nuevas importantes. Acaba de llegar un jinete con la noticia de que Argan de Fars, con tres (si no cuatro) veintenas de caballos, ha cruzado la frontera y se encuentra ahora a unas diez millas de aquí. Alega que va en busca de su hermano Trunia.

¡Qué pronto se aprende a ser rey o reina! El día anterior apenas habría movido un dedo por saber cuántos extranjeros armados habían cruzado nuestras fronteras; aquella noche, fue como si me hubiesen abofeteado en pleno rostro.

—Y —añadió Bardia— tanto si es verdad que Argan cree que tenemos aquí a Trunia como si ha cruzado la frontera de una tierra tan desolada simplemente para hacer una pobre exhibición de coraje y enmendar con ello su tristísima reputación... tanto una cosa como la otra...

—Trunia está aquí —dije yo. Antes de que la sorpresa les permitiera reaccionar, los hice pasar a la Sala de las Columnas, porque me daba cuenta de que ver a mi padre sin quitarnos ojo se me hacía intolerable. Los otros dos no parecían guardar hacia él mayor consideración que la que se guarda a un difunto. Ordené que la sala de la torre, la antigua prisión de Psique, fuese alumbrada y encendido el fuego en ella, y que, después de haber comido, llevaran allí al príncipe. Luego los tres nos pusimos afanosamente a parlamentar.

En tres cosas estábamos de acuerdo. Primero, que si Trunia capeaba su actual adversidad, era harto probable que acabara derrotando a Argan y se hiciera con el poder en Fars. El anciano rey

chocheaba y no contaba para nada. Cuanto más durara la revuelta, más crecería la facción de Trunia, pues Argan era falso, cruel y odiado por muchos, y acarrea además, desde su primera batalla (muy anterior a las agitaciones presentes), un antiguo y vergonzoso fardo de cobardía que lo hacía despreciable a los ojos de la gente. En segundo lugar, que tener por vecino a Trunia como rey de Fars iba a ser muchísimo mejor que tener a Argan: especialmente habiéndole dispensado un trato cordial en sus momentos de mayor aprieto. Y que, por último y no obstante, no nos hallábamos en condiciones de sostener una guerra con Fars, ni siquiera contra la facción de Argan sola; la peste había matado a demasiados hombres jóvenes y todavía estábamos prácticamente sin trigo.

De pronto otra idea, como surgida de la nada, empezó a bullirme en la cabeza.

—Bardia —dije—, ¿cómo juzgarías al príncipe Argan como espada?

—En esta mesa, reina, hay dos que valen más que él.

—Y él se andaría con mucho ojo de no hacer nada que pudiera reavivar la vieja leyenda de que es un cobarde, ¿verdad?

—Hay que suponerlo así.

—Entonces, si ponemos a su disposición un campeón que combata con él a cambio de Trunia, empeñando la cabeza de éste a un solo combate, de algún modo se sentirá obligado a aceptar.

Bardia meditó un instante.

—Bueno —dijo—, esto parece un asunto sacado de una antigua leyenda. Aun así, por los dioses que cuantas más vueltas le doy más me gusta. Aun con nuestras fuerzas tan mermadas, no va a querer iniciar una guerra contra nosotros teniendo una ya en su propia casa. No si no le dejamos otra alternativa. Y toda su esperanza está puesta en conservar u obtener el favor de su pueblo. Ni siquiera ahora le sobra. Y es una afrenta que esté a nuestras puertas persiguiendo a su hermano como si estuviera acosando a un zorro. Eso no le habrá ganado mayor aprecio. Si llegado el momento rehúsa el combate, su nombre quedará aún más manchado. Creo que vuestro plan, reina, tiene sentido.

—Todo esto es muy astuto —intervino el Zorro—. Ni aun en el caso de que nuestro hombre resulte muerto y debamos entregar a Trunia podrá decirsenos que lo hemos tratado mal. Salvaremos el honor y tampoco tendremos guerra con Fars.

—Y si nuestro campeón mata a Argan —dijo Bardia—, habremos allanado a Trunia el camino al trono y ganado un buen amigo, visto que todos dicen que Trunia es hombre de buen juicio.

—Para mayor seguridad, amigos —dije—, habría que hacer que nuestro campeón fuera tan despreciable que para Argan fuese la mayor de las vergüenzas echarse atrás.

—Esto es una sutileza excesiva, hija —dijo el Zorro—. Y peligrosa para Trunia. No es nuestra intención que maten a nuestro hombre.

—¿En qué estáis pensando, reina? —inquirió Bardia, jugando con su bigote del modo que acostumbraba—. No podemos pedir a un esclavo que combata, si es eso lo que queréis decir.

—No, a una mujer —repliqué.

El Zorro me miró estupefacto. Nunca le había dicho nada de que me ejercitase con la espada, en parte porque yo era muy sensible respecto a hablarle siquiera de Bardia, pues oírlo llamar necio o bárbaro era algo que me enfurecía. (Bardia, por su parte, llamaba al Zorro «griegucho» y «teje-palabras», pero eso nunca me irritó del mismo modo).

—¿Una mujer? —dijo el Zorro—. ¿Me he vuelto loco o esa mujer eres tú?

Y entonces una gran sonrisa cuya sola visión ensancharía cualquier corazón iluminó el rostro de

Bardia. Sin embargo, negó con la cabeza.

—He pasado demasiado tiempo jugando al ajedrez para poner a mi reina en peligro —dijo.

—¿Qué dices, Bardia? —repliqué, manteniendo el tono de voz lo más firme posible—. ¿Es que era simple adulación lo que has dicho de que era mejor espada que Argan?

—Yo no diría tanto. Apostaría por vos si se tratara de una apuesta. Pero en estas cosas la suerte cuenta tanto como la destreza.

—Y el valor también, diría yo.

—No es eso lo que me preocupa, reina.

—No tengo ni idea de lo que estáis diciendo —terció el Zorro.

—La reina pretende combatir ella misma por Trunia, Zorro —le aclaró Bardia—. Y sabría hacerlo. Hemos librado lances por decenas, los dos juntos. Los dioses nunca han dado a nadie (hombre o mujer) tantas facultades como a ella. Oh, señora, señora, es una tremenda lástima que no os hicieran nacer varón.

(Lo dijo con toda la franqueza y la afabilidad posibles; como si alguien, sin dudar siquiera de que así iba a gustarte más, echara de golpe un galón de agua fría en tu plato de caldo).

—Es... monstruoso... va contra toda costumbre... toda naturaleza... toda modestia —dijo el Zorro. En tales asuntos era un griego genuino; todavía consideraba escandaloso y propio de bárbaros que en nuestra tierra las mujeres llevaran el rostro sin cubrir. A veces, por divertirme, le había dicho que no tendría que llamarle «abuelo» sino «señora abuela». He aquí otro motivo para no tenerle al corriente de mis prácticas con la espada.

—De todos modos, a la naturaleza se le fue la mano al crearme a mí —dije—. Si voy a tener que cargar con las facciones duras de un hombre, ¿por qué no voy a poder luchar también como un hombre?

—Hija, hija mía —exclamó el Zorro—. Por consideración hacia mí, ya que no hacia nadie más, quite de la cabeza esta idea horrible. El plan del campeón y del combate era un buen plan. ¿Cómo iba esta locura a mejorarlo?

—Lo mejora con creces —repliqué—. ¿Es que me crees tan simple de crearme ya asentada en el trono de mi padre? Arnorn está de mi lado. Bardia está de mi lado. Pero ¿y los nobles? ¿Y el pueblo? Nada sé de ellos, nada ellos de mí. Si todas las esposas del rey hubieran sobrevivido, supongo que habría tenido trato con las esposas de los nobles y sus hijas. ¿No es este combate el instrumento preciso para captarme sus simpatías? ¿No apreciarán más que una mujer los gobierne si ésta ha luchado por Gloma y dado muerte a un hombre?

—Oh, para este propósito —dijo Bardia—, sería algo sin parangón. En doce meses nadie hablaría ni palpitaría por otra cosa que por vos.

—Pero, criatura —dijo el Zorro, con los ojos llenos de lágrimas—, se trata de tu vida. Tu vida. Primero fue mi hogar y mi libertad; después Psique; ahora tú. ¿Dejarás a este viejo árbol sin una sola hoja?

Yo podía leer en su corazón: me daba cuenta de que la angustia de su ruego era la misma que yo había sentido al rogar a Psique. Las lágrimas que, tras el velo, brotaban de mis ojos eran lágrimas de compasión por mí antes que por él. No las dejé correr.

—La decisión está tomada —dije—. Y a ninguno de vosotros puede ocurrírsele un medio mejor para evitar el peligro. ¿Sabemos dónde está apostado Argan, Bardia?

—En el Vado Rojo, ha dicho el correo.

—Pues mandémosle ahora mismo nuestro heraldo. Los campos entre la ciudad y el Shennit serán el escenario del combate. La fecha, dentro de tres días. Si cae él, Trunia será hombre libre y dispondrá de un conducto seguro para cruzar la frontera y reunirse con su pueblo en Fars o donde quiera. En uno u otro caso, Gloma estará libre de extranjeros en cuestión de tres días.

Los dos me miraron sin decir nada.

—Ahora me voy a dormir —dije—. Encárgate del envío, Bardia, y luego acuéstate tú también. Que paséis los dos una buena noche.

La cara de Bardia me decía que iba a obedecer, aunque no fuera capaz por sí mismo de musitar unas palabras de asentimiento. Me di la vuelta rápidamente y me retiré a mis aposentos.

Encontrarme allí en soledad y en silencio fue como encontrar de pronto un muro donde resguardarse un día de viento brutal, un muro que le permite a uno tomar aliento y reponer energías. Desde que, horas antes, Arnom había dicho que el rey se estaba muriendo, había sido como si otra mujer hubiera estado hablando y actuando en mi lugar. Digamos que era la reina, pero Orual era otra persona, y ahora yo era Orual otra vez. (Me preguntaba si así se sentirían todos los príncipes). Volví mi mirada a lo hecho por la reina y lo examiné. ¿Creía de verdad aquella reina que iba a matar a Argan? Yo, Orual, con los ojos de quien ahora veía, no lo creía. Ni siquiera estaba segura de poder luchar contra él. Nunca había esgrimido armas afiladas; nada pendía sobre mis simulacros de batalla más que la esperanza de agradar a mi maestro (cosa que para mí tampoco era, por otra parte, nada fácil). ¿Qué ocurriría si, llegado el día, desenvainadas las espadas al son de las trompetas, me flaqueaba el valor? Sería el hazmerreír del mundo entero; ya veía, demudado por la vergüenza, el semblante del Zorro, de Bardia. Ya los oía diciendo: «¡Y con qué entereza hubo de ir su hermana a la ofrenda! ¡Qué curioso que, después de todo, haya tenido que ser ella, la dócil, la sumisa, la más valiente de las dos!».

Y de este modo ella estaría en todo por encima de mí: en valor como en belleza, en esos ojos que los dioses habían favorecido con el don de ver lo invisible, e incluso en fortaleza (recordé los golpes recibidos en nuestra pelea). «No, no lo estaré», me dije, poniendo toda mi alma. «¿Psique? Pero si en su vida blandió una espada, si jamás trabajó como un hombre en la Sala de las Columnas, si jamás supo una palabra (ni oírla siquiera) de asuntos de estado... si su vida fue la de una muchacha, la de una niña...».

De pronto reflexioné sobre esta idea. «¿Quizá la insania haya vuelto a mí?», me pregunté. Pues todo empezaba a ser como aquellos sueños pérfidos que tenía en mi delirio, en los que los dioses me metían en la cabeza la horrible, demencial, quimera de que Psique era mi enemigo. ¿Psique mi enemigo...? ¿Ella, mi niña, el amor de mis amores, a la que yo había confundido y arruinado, aquella por cuya causa los dioses tenían todo el derecho a darme muerte? Llegada a este punto, contemplé mi duelo con el príncipe con ojos bien distintos. Desde luego que iba a matarme. Él era el verdugo de los dioses. Y esto iba a ser lo mejor que pudiera ocurrirme: preferible a cualquier destino aciago que yo hubiese buscado. Toda mi vida debía ser ahora un desierto de arena: ¿quién hubiera osado imaginar que iba a ser tan corta? Tan bien se ajustaba esta idea a todo lo que yo había estado pensando, día tras día, desde que el dios me sentenciara, que ahora no entendía por qué razón, durante las últimas horas, había podido apartar de mí el recuerdo de aquel desierto arenoso.

Ser reina me había hecho olvidarlo... tomar todas aquellas decisiones de las que tantas cosas

dependían y que me atosigaban sin darme tregua ni descanso me habían hecho olvidarlo; habían sido las artes, los riesgos, los apremios, las precipitaciones del juego. Decidí que las mejores de estas reglas habrían de servirme para reinar los dos días que me quedaban de reinado; y si por un azar Argan no me daba muerte, así reinaría todo el tiempo que los dioses me dejaran. No era el orgullo —el lustre de la fama— lo que me movía, o no lo era del todo. Empezaba a tomarle afición a lo de ser reina del mismo modo que un condenado se da a la bebida, o que una mujer desesperada, y hermosa, puede darse a los hombres. Se trata de un oficio en el que el abatimiento no tenía cabida. Si Orual era capaz de desaparecer sin dejar huella dentro de la reina, eso casi sería como burlar a los dioses.

Sin embargo, ¿había dicho Arnom que mi padre se estaba muriendo? No; eso exactamente, no.

Me levanté y volví a la Alcoba: sin vela, tanteando el camino por las paredes, porque si alguien me hubiese visto me habría dado vergüenza. La Alcoba Real se veía apaciblemente iluminada. Habían dejado a Batta quedarse con él. Se había sentado en la propia silla del rey, junto al fuego, y allí dormía el sueño ruidoso de una vieja borracha. Me puse a un lado de la cama. El rey estaba, al parecer, completamente despierto. ¿Quién sabe si aquellos ruidos que hacía no eran un intento de decir algo? Su mirada, en cambio, no dejaba lugar a dudas. Era de terror. ¿Acaso me reconoció y pensó que iba a asesinarlo? ¿Creyó que era Psique que volvía para llevárselo con ella a los infiernos?

Habrá quien dirá (quizá los dioses lo digan) que si de verdad lo hubiese matado, mi impiedad no habría sido mayor de lo que ya era. Pues si él me miró aterrorizado, así le miré yo: pero mi terror era sólo que él pudiese seguir viviendo.

¿Qué esperan de nosotros los dioses? Mi liberación estaba ya cerca. Un reo puede llegar a habituarse, con paciencia, a su mazmorra; sin embargo, si ha estado a punto de evadirse, si ha probado su primera bocanada de aire libre... ¿quién lo encerrará de nuevo allí dentro, quién le hará volver al chirrido de las cadenas, al olor de la paja?

Volví a mirarle la cara; aterrada, idiotizada, era casi la cara de un animal. De pronto vino a mí una idea que fue como un bálsamo: «Aunque sobreviva, no volverá a estar en su juicio».

Regresé a mi habitación y dormí profundamente.

Capítulo XVIII

A la mañana siguiente, nada más levantarme, lo primero que hice fue ir a la Alcoba Real a echarle un vistazo al rey: lo cierto es que ningún médico ni ningún amante ha seguido tan de cerca como yo las evoluciones del pulso y la respiración de un enfermo. Mientras aguardaba silenciosamente junto al lecho (sin poder apreciar el menor cambio) entró Redival, con cara toda llorosa y presa de la mayor agitación, diciendo:

—Oh, Orual, ¿se muere el rey? ¿Qué pasó anoche? ¿Quién es ese joven extranjero? Dicen que es un hombre apuesto, maravilloso, y, al parecer, tan fiero como un león. ¿Es un príncipe? Oh, hermana, ¿qué sera de nosotras si el rey muere?

—Yo seré la reina, Redival. Y el trato que tú recibas dependerá de cómo te portes.

Apenas había empezado a articular palabra y ya se había puesto a hacerme zalamerías, a besarme la mano, a desearme prosperidad, y a decir que siempre me había querido, más que a nadie en el mundo. Me puso enferma. Ni un esclavo habría caído tan bajo. Hasta cuando me enfadaba y tenía miedo de mí un esclavo sabía hacer algo más que ponerse a gimotear como un mendigo; nada hay que mueva menos mi compasión.

—No seas idiota, Redival —le dije, apartándola de un empujón—. No voy a matarte. Pero como asomes la nariz fuera de esta casa sin mi permiso, te haré flagelar. Y ahora largo.

Al llegar a la puerta se dio la vuelta y dijo:

—Pero me conseguirás un marido, reina, ¿verdad que lo harás?

—Sí, y probablemente dos —contesté—. Tengo un saco lleno de príncipes escondido en mi armario. Vamos, vete.

En ese momento llegó el Zorro, quien, mirando al rey, musitó:

—Quizá aún viva días —y enseguida añadió—: Hija, anoche me porté muy mal. Creo que este ofrecimiento tuyo de enfrentarte al príncipe es ridículo y, lo que es peor, inverosímil. Pero me equivoqué al llorar y suplicar y tratar de obligarte aprovechándome de tu amor. El amor no es algo que deba emplearse de esta manera.

Lo interrumpió la llegada de Bardia, que en aquel momento entraba por la puerta:

—Reina, ha llegado un heraldo con la respuesta de Argan —comunicó—. Nuestro hombre se encontrará con el príncipe (maldita sea su insolencia) a menos de diez millas de aquí.

Pasamos a la Sala de las Columnas (mi padre seguía con la vista fija en mí, y era espantoso) e hicimos entrar al heraldo. Era un hombre alto, corpulento, refinado en su atuendo como un pavo real. Su mensaje, quitada la expresión altisonante, era que su señor aceptaba el combate. Sin embargo, precisaba que no quería ver su espada manchada con sangre de mujer, por lo que llevaría consigo una soga para ahorcarme una vez desarmada.

—Ésta es arma sobre la que confieso mi ignorancia —dije—. Y por esta sola razón resulta poco justo que tu señor vaya a esgrimirla. Pero dado que es hombre de edad más avanzada (libró su primera batalla, según creo, hace mucho tiempo), concederemos esta ventaja a sus años.

—No puedo decir tal cosa al príncipe, reina —dijo el heraldo.

Pensé entonces que ya había dicho suficiente (sabía que, aunque mi pulla no iba a llegar a oídos de Argan, sí llegaría a los de los demás), y empezamos a discutir ordenadamente las condiciones del combate y el cenar de pequeños detalles sobre los que debíamos ponernos de acuerdo. Pasó casi

una hora entera antes de que el heraldo pudiera irse. El Zorro —yo lo notaba— estaba apesadumbrado con todos esos preparativos: todo cobraba cada vez mayor realidad, y se hacía más y más irreversible, con cada palabra. En esos momentos yo era, en mi mayor parte, la reina, pero de vez en vez en Orual susurraba a mi oído alguna nota de contención.

Luego llegó Arnom, e incluso antes de que dijera nada nos dimos cuenta de que el viejo sacerdote había muerto ya y de que él había ocupado su lugar. Llevaba puestas las pieles y vejigas, y la máscara de pájaro colgada sobre el pecho. Sentí un repentino escalofrío a la vista de todo aquello, como un mal sueño que se olvida al despertar y se recuerda súbitamente a mediodía. Pero un segundo vistazo me devolvió el sosiego. Arnom no iba a ser jamás tan terrible como el viejo sacerdote. Arnom era sólo Arnom, el hombre con quien yo había concertado un negocio muy ventajoso el día anterior; no daba la sensación de que Ungit hubiera entrado con él en la habitación. Y esto desató en mi pensamiento ideas extrañas.

No tenía, sin embargo, tiempo para detenerme en ellas. Arnom y el Zorro se metieron en la Alcoba y empezaron a comentar el estado del rey (esos dos parecían entenderse muy bien), mientras Bardia me hacía señas para que saliéramos de allí. Salimos fuera por la puercita de oriente, adonde el Zorro y yo habíamos ido la mañana en que nació Psique, y allí anduvimos sin rumbo fijo sobre el lecho de hierba mientras conversábamos.

—Y bien, reina —dijo—, os espera vuestro primer combate.

—¿Dudas quizá de mi valor?

—No es vuestro valor lo que corre peligro de muerte, reina. Pero nunca habéis matado a nadie; y ésta va a ser cuestión de vida o muerte.

—Entonces, ¿qué te preocupa?

—Bueno, sólo una cosa. Las mujeres y los muchachos hablan con mucha alegría de lo que es matar a un hombre. Y se trata, creedme, de algo muy difícil, la primera vez, quiero decir. Hay algo en el hombre que se rebela contra ello.

—¿Crees que me apiadaré?

—No sé si es piedad. Pero la primera vez que lo hice yo... fue la cosa más difícil del mundo obligar a mi mano a hundir la espada en aquella carne palpitante.

—Sin embargo lo hiciste.

—Sí. Mi contrincante era un aficionado. Pero ¿y si hubiera sido rápido? Aquí está el peligro, ya veis. Hay un momento en que una pausa (la quinta parte del tiempo que se tarda en parpadear) puede hacer que perdáis vuestra oportunidad. Y puede que sea la única que tengáis, y entonces habréis perdido la batalla.

—No creo que se me atasque la mano, Bardia —repliqué. Hice un esfuerzo mental. Me imaginé a mi padre, repuesto de salud, y acometiéndome en uno de sus conocidos arranques de cólera; tuve claro que mi mano no vacilaría en matarlo. No había vacilado cuando yo misma me herí.

—Esperemos que no —dijo Bardia—. Pero debéis pasar la prueba. Todos mis reclutas están obligados a pasarla.

—¿La prueba? ¿Qué prueba?

—Ésta. Ya sabéis que esta mañana van a matar a un cerdo. Vos seréis el matarife.

De repente tuve una inspiración y comprendí que si me apocaba ante esta prueba sería, a un tiempo, menos reina y más Orual.

—Estoy dispuesta —dije. Entendí sin dificultad lo que había que hacer, ya que, desde niñas, habíamos asistido regularmente a las matanzas. Redival siempre les había prestado atención y siempre gritaba; yo se la prestaba menos, pero con la boca cerrada. Heme aquí, pues, matando al cerdo. (Los matábamos sin rito de sacrificio, pues estos animales son una afrenta para Ungit; una historia sagrada explica el motivo). Y jurando que, si salía con vida del combate, Bardia, el Zorro, Trunia y yo íbamos a comernos los cortes más exquisitos para cenar. Luego, en cuanto me hube lavado y quitado el delantal de matarife, regresé a la Sala de las Columnas; pues había pensado en algo que había que hacer ahora que mi vida podía no prolongarse más de dos días. El Zorro ya estaba allí; llamé a Bardia y a Arnom, y, poniéndolos por testigos, declaré al Zorro hombre libre.

Un momento después me hallaba sumida en la desesperación. Ahora no me explico cómo pude estar tan ciega para no haberlo previsto. Yo sólo pretendía que Redival, en caso de que yo muriera, no pudiera mofarse de él, abandonarlo y quizá ponerlo en venta. Pero ahora, apenas aquellos dos terminaron de felicitarle y besarle en las mejillas, todo se me vino abajo. «Serás una pérdida para nuestras juntas»... «Muchos lamentarán tu marcha en Gloma»... «No hagas el viaje en invierno»... ¿Pero qué estaban diciendo?

—¡Abuelo! —grité; ahora no era la reina: toda yo era Orual; era más, toda niña—. ¿Es cierto lo que oigo? ¿Que me dejas? ¿Que te vas?

El Zorro elevó hacia mí su rostro con una expresión crispada, de infinita agitación.

—¿Soy libre? —murmuró—. Significa esto que podría... que puedo... poco importaría si muriera en el camino. Nada, con tal de que consiguiera llegar al mar. Vería los atunes... los olivos. No, aún es temprano para los olivos. Pero el olor de los puertos... Y pasear y charlar por el mercado: charlando de verdad. Pero no lo conocéis, vaya disparate, ninguno de vosotros sabe de qué hablo. Hija, mi deber sería darte ahora las gracias. Pero, por poco que me quieras, ahora no me digas nada. Mañana. Permite que me retire.

Echándose la capa sobre la cabeza, salió a tientas de la habitación.

En aquel momento, el juego aquel de ser la reina, que me había mantenido a flote tanto como entretenido desde que me levanté por la mañana, me falló completamente. Habíamos concluido ya todos los preparativos para el combate. Tenía lo que quedaba de día por delante, y todo el siguiente, para esperar; y sobre él, suspendida, esta nueva desolación: que, si vivía, quizá habría de hacerlo sin el Zorro.

Salí a los jardines. No quería subir hasta la parcela de detrás de los perales, allí donde él, y Pique, y yo habíamos pasado nuestras horas más felices. Deambulé, miserablemente, en dirección opuesta, a occidente del pomar, hasta que el frío me hizo volver; el día estaba desapacible, no había sol, y la escarcha era negra. Me da vergüenza y miedo a la vez revivir, al escribirlas, las ideas que acudían a mi pensamiento. En mi ignorancia no era capaz de comprender la intensidad del deseo, la atracción que empujaba a mi viejo maestro a su tierra natal. Yo había vivido en el mismo sitio toda la vida; y ya estaba cansada de Gloma, donde todo era igual cada día, donde todo lo daba por sentado, incluso mis recuerdos de espanto, pena y humillación. No alcanzaba a representarme con qué forma, a los ojos del exiliado, se aparece el hogar añorado. Me envenenaba que el Zorro deseara siquiera partir. Él había sido el pilar y la base de toda mi vida, algo (creía) tan seguro y tan establecido, y a lo que debía por cierto tan poca gratitud como al sol que sale o a la tierra misma. En mi absurda exaltación había pretendido que yo era para él lo mismo que él para mí. «¡Tonta!», me dije. «¿Todavía no has

aprendido que no eres eso para nadie? ¿Qué eres tú para Bardia? Quizá lo mismo que era el viejo rey. Su corazón está en su casa, con su mujer y sus críos. Si significases algo para él, nunca habría permitido que combatieras. ¿Qué eres tú para el Zorro? Su corazón nunca salió de sus tierras de Grecia. Eras, acaso, el solaz de su cautiverio. Dicen que un preso es capaz de llegar a domar una rata. Que llega a quererla, de algún modo. Pero echad la puerta abajo, arrancadle los grillos, ¿quién se acordará de la rata entonces?». Y, pese a todo, ¿cómo podía dejarnos, después de habernos querido tanto? Volví a recordarlo con Psique sobre las rodillas. «Más bonita que Afrodita», había dicho. «Sí, pero se trataba de Psique», me habló el corazón. «Si aún estuviera aquí con nosotros, no se iría. Era a Psique a quien quería. No a mí». Me daba cuenta mientras lo decía de que no era verdad, aunque no iba a quitármelo, o no podía, de la cabeza.

Pero el Zorro vino a mi encuentro antes de que me fuera a dormir; el rostro mortecino, muy templado el porte. Pero, si no fuera porque el paso no le fallaba, se hubiera dicho que salía de la cámara de tortura.

—Felicitame, hija —dijo—. Porque he ganado una batalla. Lo que es mejor para sus amigos debe ser lo mejor para un hombre. Yo no soy más que una parte del todo y mi ruta debe seguir en la órbita señalada. Me quedaré, y...

—¡Oh, abuelo! —le dije, llorando.

—Calma, calma —me dijo, abrazándome—. ¿Qué iba a hacer yo en Grecia? Mi padre está muerto. Mis hijos sin duda no se acuerdan de mí. Mi hija... ¿no iba a ser sólo un estorbo para ella, «un sueño extraviado en la luz del día», como reza el verso? Además, el viaje es largo y lleno de peligros. Es posible que jamás llegara a ver el mar.

Y así continuó, empujando su hazaña, como si temiera que yo fuese a disuadirlo de emprenderla. Yo, sin embargo, mi cara contra su pecho, sólo sentía alegría.

Fui a ver a mi padre muchas veces aquel día, pero no pude apreciar en él cambio alguno.

Por la noche dormí mal. No por miedo al combate, sino por un desasosiego producido por las muchas peripecias que los dioses me mandaban. La sola muerte del sacerdote me habría dado en qué pensar toda una semana. La había estado esperando muchas veces (si hubiera muerto entonces, quizá Psique se habría salvado), pero en realidad entre mis expectativas nunca se había contado la de verlo irse más que la de despertar una mañana y ver que había desaparecido la Montaña Gris. La liberación del Zorro, aunque de ella era yo misma responsable, también se me antojaba una peripecia increíble. Era como si la dolencia de mi padre hubiese movido un puntal de su sitio y el mundo entero —todo el que yo conocía— se hubiera desmoronado. Viajaba por una tierra extraña, desconocida. Tan extraña y tan nueva para mí que aquella noche no era capaz de sentir siquiera mi gran pesadumbre. Y esto me sumía en la perplejidad. Una parte de mí me impulsaba a agarrarme de nuevo a ella; decía: «Orual muere si deja de amar a Psique». Pero otra le respondía: «Que muera. Orual nunca hubiera sido una buena reina».

El último día, la víspera de la batalla, se me aparece como un sueño. Cada hora que transcurría lo hacía más irreal. El eco y la fama del combate habían rebasado nuestro alcance (no había episodio de nuestra política que pudiera guardarse en secreto), y el pueblo llano se había agolpado a nuestras puertas. Aunque estimé su gesto en grado no mayor al que se merecía —recordaba de qué modo se habían vuelto contra Psique—, no obstante, quisiera o no, su aplauso me aceleró el pulso y lanzó mi cabeza a una suerte de frenética exaltación. Representantes de la gente principal, nobles y ancianos,

vinieron a presentarme sus respetos. Todos me aceptaron como reina, y yo hablé poco pero, a mi juicio, bien —Bardia y el Zorro elogiaron mi comportamiento—, observando sus ojos fijos en mi velo, manifiestamente ávidos de saber lo que escondía. Luego fui a ver al príncipe Trunia en la sala de la torre, y le conté que habíamos encontrado un campeón (no dije quién) dispuesto a combatir en su nombre, y que él mismo, con una custodia honrosa que iría a buscarlo, podía asistir al combate. Aunque, en su caso, no debieron ser éstas noticias muy llevaderas, era demasiado hombre para no ver que estábamos conduciendo el asunto del mejor modo que, en nuestra penuria, podíamos afrontar. Seguidamente ordené traer vino para poder beber juntos. Pero cuando la puerta se abrió —esto me enfureció por un momento—, en vez del mayordomo de mi padre, fue Redival quien apareció con la jarra y la copa en las manos. Había sido muy estúpida por no haberlo previsto. La conocía lo suficiente para adivinar que, con un hombre extraño por la casa, iba a remover cielo y tierra con tal de hacerse ver. Y aún hube de sorprenderme al ver qué hermana menor tan tímida, dócil, modesta y hacendosa (quizá hasta una hermana oprimida y con el alma destrozada por alguna razón) era capaz de representar con aquel vino entre las manos; con los ojos mirando al suelo (pero sin perderse un solo detalle de Trunia, de su pie vendado al último pelo de su cabeza) y su infantil solemnidad.

—¿Quién es esta belleza? —preguntó Trunia en cuanto se hubo marchado.

—Es mi hermana, la princesa Redival —respondí.

—Gloma es un jardín de rosas: hasta en invierno —dijo—. Y tú, reina cruel, ¿por qué ocultas tu rostro?

—Si llegaras a conocerla mejor, sin duda mi hermana te lo diría —dije, con mayor aspereza de la que hubiese querido.

—Bueno, quizá pudiera darse la ocasión —dijo el príncipe—. Siempre y cuando tu campeón salga mañana victorioso; de otro modo, mi esposa será la muerte. Pero si vivo, reina, no voy a permitir que se enfríe la amistad que ha nacido entre nuestras casas. ¿Por qué no habría de casarme y unirme a vuestra estirpe? ¿Quizá contigo misma, reina?

En mi trono no hay sitio para dos, príncipe.

—¿Con tu hermana, pues?

Desde luego era una oferta a considerar. Por un solo instante, sin embargo, tener que decir que sí me fastidió; para mi estimación, el príncipe valía probablemente veinte veces más que ella.

—En lo que a mí respecta —dije—, el matrimonio puede llevarse a cabo. Aunque primero debo consultarlo con mis consejeros. Por mi parte, no tengo objeción.

El día terminó de manera más extraña de lo que había empezado. Bardia me había llevado a los cuarteles para mis últimas prácticas.

—Cuidado con vuestro viejo defecto, reina —me dijo—, con la finta inversa. Creo que lo hemos conseguido; pero quiero que lo hagáis a la perfección.

Estuvimos ejercitándonos media hora; cuando nos detuvimos a tomar aliento, me dijo:

—Hemos llegado al punto de perfección que la técnica puede alcanzar. Estoy convencido de que si tuviéramos que luchar frente a frente con armas de filo, me mataríais. Pero aún quedan dos cosas que debéis saber. Primera: si sucediera, reina, y lo más probable es que no os suceda gracias a vuestra sangre divina, pero si sucediera que, una vez os hayáis quitado la capa, la multitud en silencio, y os encaminéis al descampado donde vuestro hombre os aguarda... si entonces empezáis a tener miedo, no lo toméis en cuenta. Todos lo hemos tenido la primera vez. Yo lo tengo antes de cada combate. Y

la segunda es ésta: ese jubón de mallas que habéis estado llevando es excelente por su peso y medida. Pero constituye un pobre espectáculo. Vayamos a la Alcoba Real a ver qué se puede encontrar.

He dicho ya que el rey guardaba allí armas y armaduras de toda condición. Así que allí fuimos. El Zorro estaba sentado junto al lecho: por qué, o con qué idea, no lo sé. No era concebible que sintiese aprecio por su antiguo señor «Sigue igual», dijo. Bardia y yo nos lanzamos a revolver entre las cotas y no tardamos en empezar a discutir; porque yo creía que estaría más segura y libre de movimientos con el jubón de mallas al que estaba acostumbrada que con ninguna otra prenda, y él no paraba de decir: «Pero tened paciencia... paciencia... aquí hay algo mejor». Y cuando más entretenidos estábamos, oímos, a nuestras espaldas, la voz del Zorro diciendo:

—Se acabó.

Nos dimos la vuelta y miramos. Lo que durante tanto tiempo había estado medio vivo en el lecho estaba ahora muerto; había muerto (si había sido capaz de apercibirlo) viendo a una muchacha poniendo sus armaduras patas arriba.

—La paz sea con él —dijo Bardia—. Nuestro trabajo aquí pronto habrá terminado. Después pueden venir las mujeres a lavar el cuerpo.

Y nos dimos la vuelta otra vez para resolver el asunto de las cotas.

Y de esta forma aquello que había ocupado mis pensamientos durante tantos años pasó inadvertido en beneficio de un cúmulo de pormenores que, en aquellos momentos, eran de las mayores consecuencias. Una hora más tarde, al recordarlo, me quedé sin habla. Desde entonces, sin embargo, he notado a menudo cuánto menos de lo que se espera le afecta a uno la muerte de alguien. Hombres más amados y más dignos de amar que mi padre se han ido dejando apenas un leve movimiento de resaca.

Me aferré a mi viejo jubón de mallas, pero encarecimos al armero que lo lustrase bien; queríamos que pareciera de plata.

Capítulo XIX

Lo que da a un día categoría de gran día puede que apenas llene una mínima parte de su andadura, del mismo modo que el tiempo que se consume en una comida es poco comparado con lo que se tarda en hacer la matanza, en asarla y aderezarla, y luego en limpiar y recoger las sobras. Mi combate con el príncipe duró apenas la sexta parte de una hora; pero el revuelo que ocasionó, más de doce.

Para empezar, ahora que el Zorro era hombre libre y la Linterna de la reina (éste es el nombre que damos a este cargo, si bien mi padre lo había dejado dormir en el olvido), yo quería que asistiera al combate, y con espléndido atavío. Una niña mimada en el trance de su primera fiesta no habría dado, sin embargo, tanto que hacer. El Zorro decía que las vestiduras de los bárbaros eran todas bárbaras, y las más finas, aún peor. Quería ir con su vieja toga comida por la polilla. Y cuando al fin logramos hacerle entrar un poco en razón, entonces fue Bardia, que quiso que acudiera al combate sin velo. Creía que iba a quitarme visibilidad y no veía la manera de que pudiera llevarlo ni por encima ni por debajo del yelmo. Yo, en cambio, me negaba tajante a combatir a rostro descubierto. Al final, puse a Pubi a coser una suerte de capucho o máscara de paño fino con la que nadie fuese capaz de verme; tenía dos orificios para los ojos y cubría el yelmo entero. Todo esto era innecesario, pues yo había luchado contra el propio Bardia una docena de veces llevando mi viejo velo; pero la máscara me daba una apariencia terrible, fantasmagórica.

—Si es el cobarde que dicen que es —decía Bardia—, esto le revolverá el estómago.

Y luego tuvimos que partir muy temprano, porque, a lo que parecía, la muchedumbre de las calles iba a obligarnos a cabalgar despacio. En fin, mandamos a buscar a Trunia y en un momento estuvimos todos a caballo. Se habló también de engalanarlo para la ocasión, pero él se negó:

—Muera o mate vuestro campeón —dijo—, correré igual suerte vestido de púrpura que con mi viejo uniforme de batalla. Aunque, dime, ¿dónde está tu campeón, reina?

—Ya lo verás cuando lleguemos al campo de batalla, príncipe —le contesté.

Trunia había dado un respingo al verme amortajada como un fantasma: sin vislumbrar yelmo ni garganta, a lo sumo dos agujeros en un montículo de hielo blanco; como un leproso o un espantapájaros. Presagí en su sobresalto un buen augurio de cómo iba a acogerlo Argan.

Un buen número de nobles y ancianos aguardaban a las puertas de palacio para acompañarnos a través de la ciudad. No es difícil adivinar mis pensamientos. Así había salido Psique aquel día a curar al pueblo; y así había salido aquel otro para ser ofrendada a la Bestia. Quizá, pensé, eso es lo que el dios quiso dar a entender al decirme: «Tú también serás Psique». Quizá yo también fuera una ofrenda. Era una buena idea, una idea firme a la que aferrarme. Pero todo era tan inminente que apenas podía pararme a reflexionar sobre mi propia vida o muerte. Con todos aquellos ojos pendientes de mí, sólo tenía la preocupación de dar un buen espectáculo, tanto en aquellos momentos como en el curso del combate. Habría dado diez talentos al profeta que hubiera podido predecir que iba a morir después de luchar dignamente cinco minutos.

Los nobles que cabalgaban más cerca de mí estaban muy serios. Supuse (de hecho uno o dos me lo confesaron después, cuando llegué a tratarlos) que su idea era que Argan no iba a tardar mucho en desarmarme, pero que, en cambio, mi absurdo reto era un medio tan bueno como cualquier otro para echarlos, tanto a él como a Trunia, del país. Pero si los nobles tenían el semblante taciturno, el pueblo llano vitoreaba en las calles, lanzando hurras y bonetes al aire. Si no hubiera visto sus caras, me

habría hinchado de soberbia. Pero en sus caras podía leerse lo que pensaban sin dificultad. No éramos yo ni Gloma lo que les interesaba. Para ellos un combate era un espectáculo gratis: y un combate entre hombre y mujer, más, por su excéntrico carácter; del mismo modo se apretujan en torno a un arpa quienes no distinguen una nota de otra si hay un hombre que la toca con los pies.

Los retrasos hubieron de continuar aun habiendo llegado ya al descampado junto al río. Allí estaba Arnom, con su máscara de pájaro, y un toro en el trance de ser sacrificado: tan bien han tendido los dioses su maraña en nuestros asuntos que apenas podemos hacer algo sin que obtengan su ración. Frente a nosotros, al otro extremo, estaba la caballería de Fars, con Argan montado en el centro. Verlo allí, un hombre como otro cualquiera, era la cosa más extraña del mundo, tanto como pensar que en un momento uno de los dos iba a matar al otro. *Matar*: tuve la impresión de no haber pronunciado antes esa palabra. Argan era hombre de barba y pelo rubios, de color pajizo, delgado, aunque un poco abotagado, de agria expresión: una persona sumamente desagradable. A continuación tuvimos que desmontar y comer ambos un pequeño bocado de carne de toro, y prestar juramento en nombre de nuestros pueblos de que todo lo acordado iba a cumplirse.

Y entonces, pensé, seguro que nos dejan empezar. (Aquel día había un sol blanquecino en el cielo gris, y el viento cortaba. «¿Es que pretenden que nos congelemos antes de empezar?», me dije). Pero aún hubo que empujar a topetazos, para que retrocediera, a la muchedumbre con las lanzas, y, despejado el campo, aún tuvo Bardia que recorrerlo para murmurar algo al oído del valido de Argan, e ir ambos a murmurárselo a Arnom, y emplazar, junto al mío, al trompeta de Argan.

—Y ahora, reina —dijo Bardia de pronto, cuando ya casi desesperaba de ver terminar los preparativos—, que los dioses os protejan.

El Zorro, el rostro pétreo, estaba como paralizado; se habría echado a llorar si hubiera intentado decir una palabra. Vi a Trunia demudado por la sorpresa (y yo nunca hube de reprocharle su empaldecimiento) cuando arrojé la capa, desenvainé la espada y di un paso al frente a campo abierto.

Los hombres de Fars, como fieras, estallaron en carcajadas. Nuestra turba aplaudió. Argan se encontraba a diez pasos de mí, luego a cinco; luego, frente a frente.

Recuerdo que sus primeros pasos fueron de desprecio; había en ellos cierta cansina insolencia. Pero yo, con un solo golpe de suerte, le despellejé los nudillos (quizá así se le entumeció un poco la mano) y eso le hizo volver en sí. Aunque no quitaba el ojo de su espada, aún podía, de algún modo, verle también la cara. «Muy contrariado», pensé. Tenía la frente toda arrugada, y en el labio una especie de vil inquietud que quizá ya estuviera enmascarando un poco de miedo. Yo, por mi parte, no lo sentía porque, ahora que había llegado la hora de la verdad, no creía que el combate fuese cierto en absoluto. Se parecía demasiado a los que remedaba con Bardia: las mismas estocadas, las mismas fintas, los mismos puntos muertos. Ni siquiera la sangre que corría por sus nudillos los distinguía: una espada sin punta, o asestada de plano, hubiera servido lo mismo.

Quizá tú, griego, para quien yo escribo, no hayas combatido nunca; y de hacerlo, probablemente habrá sido como hoplita. No podría hacer que entendieras cómo se desenvolvió el combate a no ser que estuviera junto a ti, con una espada en la mano, o con un palo cuando menos. No tardé en dar por seguro que no iba a matarme. Pero no tenía tan claro que fuese a matarlo yo. Tenía un gran miedo de que la cosa se prolongara demasiado y su mayor fortaleza acabara por agotarme. Lo que sí recordaré siempre es cómo un poco más tarde mudó su expresión. Me dejó totalmente admirada. No la entendía. Ahora debería hacerlo: desde entonces he visto la expresión de otros hombres cuando

empiezan a convencerse de que «esto es la muerte». Por poco que la hayas visto, la conocerás: la vida está más viva que nunca, en una furiosa, tortuosa intensidad vital. Así, él dio su primer paso en falso, y yo perdí mi oportunidad. Pareció transcurrir mucho tiempo (fueron pocos minutos en realidad) antes de que diera otro. Esta vez estaba preparada. Acometí con la debida estocada y luego, en un solo movimiento, hice un molinete y le hundi la espada en la parte interior del muslo, donde ninguna cirugía es capaz de detener la hemorragia. Retrocedí de un salto, por supuesto, para que no me arrastrara en su caída: de este modo maté por primera vez a un hombre, y me salpicó menos que la primera vez que maté un cerdo.

La gente corrió en su auxilio, pero la posibilidad de salvarle la vida era nula. Los gritos de la turba me taladraban los oídos: sonaban extraños, como extrañas se oyen las cosas bajo un yelmo. Yo apenas desfallecí; la mayoría de mis asaltos con Bardia habían durado mucho más. Pero de pronto sentí debilidad y temblor en las piernas; y yo misma me vi cambiada, como si hubiese sido despojada de algo. A menudo he querido saber si ésa es la sensación que tienen las mujeres al perder la virginidad.

Bardia (y el Zorro pegado a él) vino corriendo a mí, con lágrimas en los ojos y la cara rebosante de júbilo.

—¡Bendita seáis! ¡Bendita! —exclamó—. ¡Reina! ¡Guerrera! ¡Mi mejor alumna! ¡Dioses, qué bien lo habéis hecho! Una estocada que se recordará toda la vida.

Y se llevó a los labios mi mano izquierda. Rompí a llorar desconsolada, con la cabeza bien gacha, para que no viera las lágrimas corriendo bajo la máscara. Pero, antes de que pudiera hablar, ya me rodeaban todos (Trunia a caballo porque aún no podía andar) con sus reconocimientos y alabanzas, hasta atosigarme, si bien desde dentro me acometía una suave y agrídulce punzada de orgullo. No hubo sosiego. Hube de dirigir unas palabras al pueblo y otras a los hombres de Fars. Tenía que hacer, por lo que se veía, un montón de cosas. Y yo pensaba: «¡Oh, y todo por un cuenco de leche, bebido en soledad un frío día en el establo, la primera vez que blandí una espada!».

En cuanto recobré la voz, pedí mi caballo, monté en él, me aproximé al de Trunia y le tendí mi mano. Luego avanzamos unos cuantos pasos rumbo a los jinetes de Fars.

—Extranjeros —dije—, habéis visto al príncipe Argan morir limpiamente en combate. ¿Queda algo que discutir respecto a la sucesión en Fars?

Una media docena de ellos, que habían sido, sin duda, destacados partidarios de Argan, giraron en redondo y partieron al galope por respuesta. Los demás ensartaron todos sus yelmos en la punta de sus lanzas y aclamaron a Trunia y a la paz. Entonces le solté la mano y él se adelantó con el caballo entre ellos y poco después ya estaba hablando con sus capitanes.

—Ahora, reina —me dijo Bardia al oído—, es de imperiosa necesidad que invitéis a algunos de vuestros notables y también a algunos de Fars (el príncipe os dirá cuáles) a un banquete en palacio. Y a Arnom también.

—¿Un banquete, Bardia? ¿De pan de habas? Ya sabes que las despensas de Gloma están vacías.

—Pero tenemos el cerdo, reina. Y Ungit tendrá que dejarnos compartir un poco de su toro; hablaré con Arnom al respecto. Esta noche tenéis un buen motivo para expresar la bodega del rey; así el pan se notará menos.

Así se fueron al traste mis esperanzas de una cena en familia con Bardia y el Zorro, y aún sucia mi espada con la sangre de mi primer combate, ya me veía de nuevo siendo toda una mujer, atada a

las labores de un ama de casa. ¡Ojalá hubiera podido espolear al caballo, dejarlos a todos atrás, y hablar con el mayordomo antes de que llegaran y ver de cuánto vino podíamos disponer en realidad! Mi padre (y sin duda Batta) hubiera podido nadar en el que se bebió durante su corta agonía.

Al final fuimos cinco y veinte (yo incluida) los que cabalgamos a palacio desde aquel descampado. El príncipe iba a mi lado, diciéndome toda clase de requiebros (y de hecho tenía sus motivos) e insistiendo en que le dejara verme la cara. Era sólo un coqueteo galante, que no hubiese tenido mayor importancia para cualquier otra mujer. Para mí se trataba de algo tan nuevo y (esto debo confesarlo también) tan dulce que no pude por menos de prolongar un poco el juego. Hace mucho tiempo, antes de que empezaran las agitaciones, yo había sido feliz, más feliz de lo que podía esperar volver a ser, con Psique y con el Zorro. Ahora, por primera (y última) vez en toda mi vida, estaba alegre y contenta. Un mundo nuevo, esplendoroso, parecía abrirse a mi alrededor.

Desde luego se trataba del viejo truco de los dioses: hinchar la burbuja antes de reventarla.

La reventaron un momento después de haber cruzado el umbral de mi casa. Una muchacha a la que yo no conocía, una esclava, salió de algún rincón en el que estaba agazapada diciendo algo al oído de Bardia. A Bardia se le había visto muy contento hasta entonces; la luz del sol se borró de su rostro. Entonces se dirigió a mí, medio avergonzado, diciendo:

—Reina, el trabajo del día ha concluido. Ya no me necesitáis. Tendría por gran favor que me permitierais ir a casa. Mi mujer está de parto. No habíamos pensado que fuera a ser tan pronto. Me gustaría pasar la noche con ella.

En aquel momento entendí muy bien los accesos de ira de mi padre. Con un terrible esfuerzo, le dije:

—Bueno, Bardia, parece justificado que vayas. Encomiéndame a tu mujer. Y ofrece este anillo a Ungit para que se reponga sin novedad.

El anillo que me quitó del dedo era el más preciado que tenía.

Me lo agradeció de todo corazón; de todos modos, apenas encontró tiempo para expresarlo porque ya se estaba marchando a todo correr. Supongo que ni se le había ocurrido pensar en el efecto que en mí produjeron aquellas palabras, «el trabajo del día ha concluido». Sí, de eso se trataba: del trabajo del día. Yo era su trabajo: él se ganaba el pan siendo mi soldado. Cuando cumplía su jornada diaria, se iba a casa, como los demás asalariados, y reanudaba su vida de verdad.

El banquete de aquella noche fue el primero al que yo asistí y el último en el que me quedé sentada de principio a fin (nosotros no nos tumbamos a la mesa como los griegos, sino que nos sentamos en sillas y bancos). Después de éste, aunque he dado muchas fiestas, me he limitado a hacer tres apariciones para rendir honores a los invitados más notables y dirigir unas palabras en general, y luego desaparecer; siempre con un par de mujeres para atenderme. Esto me ha librado de muchos engorros, además de haber contribuido a divulgar un alto concepto, tanto de mi vanidad como de mi modestia, que me ha sido harto útil. Aquella noche me senté cerca de un extremo de la mesa, la única mujer entre una muchedumbre de hombres. Tres cuartas partes de mí eran una Orual tímida, amedrentada, que no veía la hora de oír al Zorro regañándola por el solo hecho de estar allí, y con un sentimiento de amarga soledad; la otra cuarta parte la constituía la reina, ensobrecida (aunque también aturdida) por el calor y el clamor, a veces tentada por su imaginación a soltar risotadas y beber a destajo como un hombre, como un guerrero, para al momento siguiente contestar a las locuras de Trunia como si su velo escondiera el rostro de una hermosa mujer.

Al salir fuera y encontrarme con el frío y el silencio de la galería, la cabeza me dolía y me daba vueltas. Y «¡Bah!», me dije. «¡Qué ruines son los hombres!».

Estaban ya todos borrachos (excepto el Zorro, que se había retirado temprano), aunque verlos beber me había asqueado menos que verlos comer. Era la primera vez que veía a los hombres rendidos a sus apetitos: verlos engullir, devorar, eructar, hipar, en medio de toda aquella grasa, y con los perros peleándose a nuestros pies. ¿Es que todos los hombres eran así? ¿También Bardia...? Así volví a mi soledad. Mi doble soledad, por Bardia, por Psique. Indivisible. La imagen, el sueño imposible de un demente, era que todo había tenido que ser distinto desde el principio, que él iba a ser mi esposo y Psique nuestra hija. Y así habría sido yo quien estuviera de parto... del parto de Psique... y él habría vuelto a casa, conmigo.

Descubrí entonces el poder maravilloso del vino. Comprendo las razones por las que un hombre se vuelve un borracho. Porque, del modo en que a mí me afectaba, no es que disipase en absoluto aquellas penas, sino que parecían, bajo su efecto, nobles y gloriosas como una música triste, y yo grande y admirable por sufrirlas. Era la reina grande y triste de una canción. No me importaron los lagrimones que se agolparon en mis ojos. Los disfruté. A decir verdad, estaba bebida; hacía locuras.

Y de ahí a mi lecho de loca. ¿Qué ha sido eso? No, no, no ha sido una muchacha llorando en el jardín. No hay nadie ahí, nadie que pase hambre y frío en el destierro, anhelando entrar sin atreverse. Son las cadenas del pozo que se balancean. Sería una estupidez levantarse, salir fuera y gritar otra vez: Psique, Psique, mi único amor, soy una gran reina. He matado a un hombre. Estoy bebida como un hombre. Todos los guerreros beben sin medida después de la batalla. Los labios de Bardia tocaron mi mano como un relámpago. Y helo aquí, el llanto otra vez. No, son sólo los cubos del pozo. Cierra la ventana, Pubi. Vete a la cama, pequeña. ¿Me quieres, Pubi? Dame un beso y duérmete. Buenas noches. El rey ha muerto. Nunca más volverá a tirarme del pelo. Una estocada limpia y un tajo en la pierna. Muerte segura. Yo soy la reina: voy a matar a Orual también.

Capítulo XX

Al día siguiente incineramos al difunto rey; al otro comprometimos a Reival con Trunia (las bodas se fijaron para un mes después); al tercer día todos los forasteros se habían ido ya, dejando la casa a nuestras anchas. La hora de mi reinado había empezado de verdad.

Debo ahora saltarme muchos años (años que, pese a todo, constituyeron la mayor parte de mi vida) en los que, día a día, la reina de Gloma hubo de ocupar en mí el espacio del que Orual era desplazada. La encerré, o la dejé dormir, lo mejor que supe, en un rincón de mis más profundos adentros: allí se acurrucó. Era como estar embarazada, pero al revés: la criatura que cobijaba en mi seno era cada día más pequeña, cada día tenía menos vida.

Puede que hayan llegado a oídos de alguno de mis lectores relatos y romances acerca de mi reinado, mis guerras y mis gestas. Tened por seguro que la mayoría son falsos, pues ahora estoy en condiciones de afirmar que lo divulgado por el pueblo, y en especial en tierras vecinas, ha exagerado dos y tres veces la realidad, y que mis gestas, las de verdad, se han mezclado con las de una reina poderosa y guerrera que vivió hace mucho tiempo y (por lo que sé) más al norte; y de los retazos de ambas se ha tejido finamente una labor de portentos y prodigios. Pero la verdad es que, tras el duelo con Argan, yo sólo participé en tres guerras, y una de ellas, la última, contra los Hombres de los Carros, que habitan más allá de la Montaña Gris, fue cosa de nada. Y aunque en todas esas guerras no dejé de salir ni una vez a luchar con mis hombres, montada sobre mi caballo, nunca fui tan estúpida para concebir de mí la idea de un gran general. Esta parte corrió, íntegramente, a cargo de Bardia y de Penuan (a quien conocí la noche siguiente al combate con Argan, y que se convirtió en el más leal de mis nobles). Debo añadir otra cosa: nunca tomé parte en una batalla, sin desear con toda el alma—ya dispuestas las líneas de combate, recibiendo el primer impacto de las flechas del enemigo, y con la hierba, los árboles, cobrando súbitamente la forma de un escenario, de un Campo, de algo que habría de constar en las crónicas— no haberme movido de casa. De hecho, sólo una vez me distinguí en el manejo de mis propias armas. Fue una vez, durante la guerra contra Esur, que caímos en una emboscada tendida por un contingente de su caballería, y Bardia, que cabalgaba a sus posiciones, se encontró de pronto sitiado sin darse apenas cuenta. En esto yo atravesé el cerco al galope, casi sin apercibirme de mis actos hasta que éstos hubieron concluido, y dicen que maté a siete hombres con mi propia espada. (Ese día me llevaron herida). De hacer caso a los rumores del pueblo, se diría, en cambio, que yo tracé el plan de cada guerra, de cada batalla, y que maté más adversarios que todo nuestro ejército junto.

Mi auténtico poder radica en dos cosas. La primera es que contaba, especialmente en los primeros años, con dos excelentes consejeros. Es imposible imaginar mejor comandita, pues aquello que Bardia no entendía lo entendía el Zorro, y a ninguno de los dos se les caían los anillos, ni por cuestiones de dignidad ni de rivalidad, cuando estaban en juego las razones de la reina. Y llegué a comprender (algo que en la ignorancia de mi juventud no había podido ver) que sus pullas y rencillas recíprocas no eran mucho más que una especie de diversión. Tampoco tuve aduladores. Saqué, en este sentido, cierto partido de mi fealdad: no me veían como a una mujer. Si lo hubieran hecho, no habríamos podido hablar con la libertad con que solíamos en la Sala de las Columnas, los tres a solas, junto al hogar (donde con frecuencia nos reuníamos). De ellos aprendí miles de cosas sobre los hombres.

La baza segunda de mi poder es el velo. Jamás hubiese imaginado, hasta que tuve la prueba, lo que era capaz de hacer por mí. Desde el primer momento (todo empezó aquella noche con Trunia en el jardín), apenas mi rostro se hizo invisible, la gente empezó a descubrir en mi voz una diversidad de distintas beldades. Al principio fue «profunda como la de un hombre, pero nada menos hombruno»; más adelante, y mientras la edad no la cascó, fue la voz de un espíritu, de una sirena, de un Orfeo, a elegir. Y con los años, a medida que quedaba menos gente en la ciudad (nadie fuera de ella) que se acordase de mi rostro, se propagaron las historias más disparatadas sobre lo que el velo ocultaba. Nadie podía creer que fuese algo tan vulgar como el rostro de una mujer fea. Unos decían (casi todas las mujeres jóvenes decían) que era algo espantoso hasta tal punto que nadie podría resistir su visión: la cara de un cerdo, un oso, un gato o un elefante. La mejor versión era la que decía que no tenía rostro alguno: que si me arrancaran el velo, toparían con la nada. Pero otras (entre sus partidarios había mayoría de hombres) decían que si llevaba velo era porque mi belleza era tan deslumbrante que, si la expusiera a la vista, enloquecerían todos los hombres del mundo; o también que Ungit estaba celosa de mi belleza y que había prometido desfigurarme si no la cubría. El efecto de tanta tontería fue hacer de mí un ser imponente y enigmático. He visto embajadores, hombres de bravura en batalla, palidecer como niños asustados en la Sala de las Columnas cuando me daba la vuelta y los miraba en silencio (sin que ellos fueran capaces de saber si los estaba mirando o no). Con esta misma arma he obligado a los más avezados embusteros a sonrojarse y revelar toda la verdad.

Mi primera resolución fue trasladar mis aposentos privados al ala norte del palacio, a fin de alejarme del ruido que hacían las cadenas del pozo. Pues aunque a la luz del sol sabía muy bien qué lo producía, por la noche ni queriéndolo podía remediar tomarlo por el lloriqueo de una muchacha. Sin embargo, esta mudanza, y otras posteriores (pues probé cada rincón de la casa), de poco sirvieron. Me di cuenta de que no había en palacio lugar desde donde no se oyera el balanceo de aquellas cadenas: de noche, digo, cuando es más hondo el silencio. Esto es algo que a nadie que no estuviera siempre con el temor de oír un ruido determinado hubiese podido afectar; a nadie que no tuviese a la vez el terrible temor (he aquí a Orual, Orual que no se resigna a morir) de no oírlo en el caso —en el posible caso, al fin, después de haberme burlado diez mil veces— de que una vez fuese de verdad, de que una vez Psique regresara de verdad. Sabía, no obstante, que todo esto era absurdo. Si Psique estaba viva y en condiciones de regresar, y quería hacerlo, hacía tiempo ya que lo habría hecho. A estas alturas debía estar muerta: o apresada y vendida como esclava... Cuando me venía tal idea, mi único recurso era levantarme, por tarde que fuese o frío que hiciese, e ir a la Sala de las Columnas en busca de algún quehacer. Allí he escrito y leído casi hasta perder la vista: el corazón en llamas, los pies helados de frío.

Tenía, naturalmente, postores en todos los mercados de esclavos, y rastreadores en todos los países a mi alcance, y no dejaba de prestar oídos a cualquier relato de cualquier forastero que pudiera ponernos sobre la pista de Psique. Durante años hice cosas así, pero hacerlo era un fastidio infinito porque yo sabía que no tenía esperanza.

Antes de concluir el primer año de reinado (recuerdo bien la época: los hombres recogían los higos) llevé a Batta a la horca. Siguiendo el rastro de una palabra oída al azar a uno de mis jóvenes jinetes, me enteré de que llevaba mucho tiempo siendo la pesadilla de todo palacio. No había manera de dar ni una menudencia a los demás esclavos, y éstos podían darse por satisfechos si es que algo les quedaba para llevarse a la boca, sin que ella reclamara su parte; de lo contrario, amenazaba con contar

de ellos tales patrañas que sin duda terminarían por llevarlos al poste de los azotes o a las minas. Después de que Batta fuese colgada, empecé a reducir y poner orden entre la servidumbre. El número de esclavos era, con mucho, excesivo. Puse a la venta unos cuantos rufianes y otras tantas arpías. A muchos, los mejores, fueran hombres o mujeres, siempre y cuando manifestaran prudencia y tenacidad (pues de otra forma un liberto no es sino un mendigo más a la puerta de tu casa), les di la libertad, y les entregué tierras y cabañas para su sustento. Los junté en parejas y los casé. A veces hasta les permitía elegir a su cónyuge, lo cual es un procedimiento insólito y nada común de concertar bodas entre esclavos, aunque con frecuencia los resultados han sido bastante buenos. Aun con lo mucho que perdía, liberté a Pubi, que eligió a un hombre muy bueno. Algunas de mis más felices horas las he pasado en su cabaña, junto a la chimenea. Además, la mayoría de los que fueron libertados se han convertido en prósperos cabezas de familia, han seguido viviendo todos cerca de palacio, y han permanecido muy leales a mí. Ha sido como disponer de un segundo cuerpo de guardia.

Con las minas (minas de plata) empecé una buena reforma. Al parecer, mi padre nunca había visto en ellas más que un lugar de castigo. «¡Llévaoles a las minas!», decía. «Yo le enseñaré. A trabajar hasta morir». Pero en las minas había más muerte que trabajo, y el rendimiento era muy bajo. En cuanto pude dar con un buen capataz (Bardia era insuperable a la hora de encontrar hombres así), compré esclavos jóvenes y fuertes, les proporcioné techo y comida, y les hice saber a todos que obtendrían la libertad cuando hubieran excavado cierta cantidad de material acumulada día tras día. El cómputo era que un trabajador constante pudiera optar a la libertad en diez años; más tarde, acordamos el plazo a siete. Esto redujo la producción durante el primer año, pero, al tercero, la incrementó en una décima parte; actualmente, es la mitad más abundante de lo que lo fue en días de mi padre. Nuestra plata es la mejor a este lado del mundo, y un pilar fundamental de nuestra riqueza.

Al Zorro lo saqué de la perrera inmundada en que había dormido todos esos años y le di un alojamiento digno en el ala sur del palacio; y tierras para su sustento, para que no pareciera que vivía de mi caridad. También puse dinero a su disposición para que (siempre que hubiese ocasión) comprara libros. Los comerciantes, tal vez a veinte reinos de distancia de nosotros, tardaron mucho en tener noticia de que se había abierto en Gloma una vía para los libros, y aún tardaron más los libros, que no llegaron sino después de pasar por muchas manos y con frecuencia con un año o más de retraso por culpa del viaje. El Zorro se desgañaba al ver el coste. «Un óbolo vale lo que un talento», decía. Teníamos que conformarnos con lo que había, no podíamos elegir. Por este camino llegamos a hacernos, para ser una nación de bárbaros, con una biblioteca considerable: dieciocho obras en total. Teníamos el poema de Homero sobre Troya, en parte, pues sólo llegaba hasta el pasaje en que se narra el lamento de Patroclo. Teníamos dos tragedias de Eurípides, una sobre Andrómeda y otra en la que Dionisio recita el prólogo y las furias son el coro. También un libro muy bueno, muy útil (sin metro), sobre nutrición y cuidados de ganado y caballos, adiestramiento de perros y otras materias similares. Asimismo, algunas conversaciones de Sócrates; un poema en honor a Helena de Tisias Estesicoro; un libro de Heráclito; y otro muy largo y muy difícil (sin metro) que empieza diciendo: «Todos los hombres desean conocer por naturaleza...». En cuanto los libros empezaron a llegar, no fue raro encontrar a Arnóm en compañía del Zorro, aprendiendo a leer en ellos; y al poco tiempo vinieron también otros hombres, en su mayoría hijos menores de nobles.

También entonces empecé a vivir como a una reina corresponde, y a conocer a mis nobles, y a

hacer los honores a las grandes damas de la nación. De este modo —era inevitable— llegué a conocer a Ansit, la mujer de Bardia. Me la había imaginado de una radiante belleza; lo cierto, sin embargo, es que era muy baja, y por aquel entonces, después de haber tenido ocho hijos, estaba muy gorda y había perdido las formas. Las mujeres de Gloma se ensanchan todas igual, y a una edad bien temprana. (Había una cosa, quizá, que contribuía a la fantasía de que bajo mi velo se albergaba un hermoso rostro. Al ser virgen, había conservado la figura, y eso —si no se me veía la cara— lo hizo todo, durante mucho tiempo, más llevadero). Hice verdaderos esfuerzos por mostrarme atenta con Ansit: más que atenta, incluso me esforcé por cobrarle aprecio. De hecho la hubiese querido, en deferencia hacia Bardia, si hubiera podido hacerlo. Pero, en mi presencia, ella estaba muda como un muerto; al parecer, le inspiraba temor. Siempre que intentábamos entrar en conversación, su mirada se perdía de un lado a otro de la habitación, como si se dijera: «¡Por favor! ¡Que alguien venga a salvarme!». Repentinamente, como una chispa, y no sin alegría, brotó una idea en mi cabeza: «¿Y si estuviera celosa?».

Y así ha sido, a lo largo de todos estos años, siempre que nos Hemos visto. Yo a veces me decía: «Ella ha yacido en su lecho, lo que es malo. Le ha dado a sus hijos, lo que es peor. Pero ¿alguna vez se ha acurrucado junto a él en una emboscada? ¿O ha compartido una botella de agua hedionda al final de una agotadora jornada? Por mucho que se hayan arrullado con la mirada, ¿ha habido alguna comparable a la que intercambian dos leales camaradas al despedirse cuando cada uno parte a cabalgar por un sendero distinto y los dos rumbo a un peligro constante? He conocido, he tenido, de él muchas cosas que ella ni siquiera habría podido soñar. Ella es su juguete, su recreo, su ocio, su solaz. Yo estoy en su vida de hombre».

Es de admirar el vaivén diario de Bardia de la reina a la esposa, de la esposa a la reina, siempre convencido de que cumplía su deber para con las dos (como en verdad lo cumplía) y sin pensar, sin duda, en el embrollo que estaba armando entre ambas. En eso consiste ser hombre. El único pecado que los dioses nunca perdonan es el de nacer mujer.

El deber que como reina se me hacía más enojoso era tener que ir a menudo a ofrecer sacrificios a la morada de Ungit. Habría podido ser peor, de no hallarse Ungit, en esos días (o al menos eso me decía la vanidad), de capa caída. Arnom había abierto nuevas ventanas en los muros y el templo ya no estaba tan oscuro. También lo gobernaba de forma distinta: limpiaba la sangre después de cada sacrificio y lo rociaba todo con agua fresca; olía más a limpio y menos a cosa sagrada. Y Arnom estaba aprendiendo del Zorro a hablar de los dioses como un filósofo. Pero la verdadera transformación se produjo cuando se propuso instalar una efigie de Ungit —una imagen en forma de mujer, a la manera de los griegos— enfrente de la vieja piedra informe. Creo que le habría gustado desembarazarse para siempre de ésta, pero la piedra, es, de algún modo, la propia Ungit, y la gente habría enloquecido si la hubiesen visto cambiada. Fue un gasto desorbitado conseguir la efigie deseada, porque en Gloma no había nadie que supiese hacerla; hubo que traerla, no ya de la misma Grecia, sino de tierras en las que los hombres habían aprendido de los griegos. Yo era rica por entonces y contribuí con plata. No puedo decir muy bien por qué lo hice; creo que una efigie de esta clase me pareció un desafío para la vieja Ungit, ávida y carente de rostro, que había sobrecogido y atemorizado los días de mi niñez. La nueva efigie, cuando por fin llegó, nos pareció —a nosotros, bárbaros— maravillosamente hermosa y como con vida, incluso en el estado en que la trajeron, desnuda y sin pintar; cuando la hubimos pintado y vestido, fue un prodigio para todas las tierras de

alrededor y se organizaron peregrinaciones para verla. Para el Zorro, que en su país había visto obras de mayores dimensiones y belleza, fue cosa de risa.

Desistí del intento de encontrar un rincón donde no fuese a oír aquel ruido que era a veces el viento moviendo cadenas y otras el llanto de Psique en su extravío y mendicidad. Construí, en cambio, unos muros de piedra en torno al pozo, lo cubrí con un techo de paja y añadí una puerta. Los muros eran muy gruesos; mi cantero me dijo que demencialmente gruesos. «Reina —me explicó—, os estáis gastando la piedra que se necesitaría para hacer diez nuevas porquerizas». Luego, durante una temporada, me asaltó a menudo, en sueños o en estado de duermevela, la fea quimera de que no era un pozo, sino a Psique (o a Orual), lo que yo había condenado, amordazado con piedra. Sin embargo, esto también pasó. Dejé de oír llorar a Psique. Un año después derrotaba a Esur.

El Zorro se iba haciendo viejo y necesitaba reposo; cada vez lo teníamos menos con nosotros en la Sala de las Columnas. Estaba muy ocupado escribiendo una historia de Gloma. La redactaba dos veces, una en griego y otra en nuestra lengua, en la que, decía, había descubierto aptitudes para la elocuencia. Me resultaba extraño ver nuestra habla escrita en caracteres griegos. Nunca le dije que su dominio de ella era menor de lo que se creía, pues a veces la usaba de un modo cómico, y más todavía cuando imaginaba ser más elocuente. Con la vejez fue perdiendo el aire del filósofo, para versar su charla más sobre temas como retórica, figuras y poesía. Su voz alcanzó un timbre cada día más estridente, y no paraba de hablar y hablar. Muchas veces me confundía con Psique; otras me llamaba Cretis, o con nombres de varón como Cármenes o Glaucón.

Mi vida, sin embargo, era demasiado ajetreada y no podía dedicarle mucho tiempo. ¿Qué no hube de hacer? Hice revisar las leyes y esculpir las en piedra en el centro de la ciudad. Estreché las márgenes del Shennit y ahondé el fondo para que las barcazas pudieran llegar hasta la entrada de la ciudad. Construí embalses para que no siguiéramos muriéndonos de sed los años de sequía. Adquirí conocimientos sobre ganado, compré buenos toros y carneros y mejoré nuestras razas. Hice esto y lo otro y lo de más allá... ¿y qué más da? Mi interés por todas estas cosas era simplemente como el que un hombre muestra por un juego o un viaje, como algo que entretiene el pensamiento y, mientras dura, parece de cierta importancia, pero, una vez cobradas las piezas, una vez puesto el rey en mate, ¿qué queda? Ésta ha sido la sensación de todas las noches de mi vida; unos cuantos escalones me conducían de una fiesta o consejo, de todo el bullicio, la gloria y el arte de ser reina, al aposento de mi intimidad, allí donde estaba a solas conmigo misma: es decir, con la nada misma. Acostarse, despertar (casi siempre demasiado temprano) eran malas horas... cientos y cientos de noches, de mañanas. A veces me intrigaba saber qué o quién nos prodiga esta insensible repetición de días y noches, estaciones y años: ¿es que no es como oír a un niño tonto silbar una y otra vez la misma canción, hasta que uno llega a preguntarse cómo es posible que él mismo la resista?

Cuando murió el Zorro, le ofrecí un funeral digno de un rey y compuse, en griego, cuatro versos que se inscribieron sobre su tumba; no voy a escribirlos aquí para no hacer reír a un griego de verdad. Esto ocurrió hacia el final de la cosecha. La tumba está detrás de los perales, donde el Zorro solía instruirnos a Psique y a mí los días de verano. Luego, los días, los meses, los años, siguieron su curso habitual, como antes, dando vueltas y más vueltas como una rueda: llegó un día en que miré en torno a mí, vi los jardines y el palacio y a lo lejos, hacia oriente, la cima de la Montaña Gris, y pensé que ya no era capaz de soportar ver todos los días, hasta mi muerte, las mismas cosas. Hasta los grumos de brea que veía en las paredes de madera del establo parecían no haber cambiado: eran ya así antes

de que el Zorro pusiera sus pies en Gloma. Tomé la decisión de hacer un real viaje y conocer mundo. Estábamos en paz con todas las naciones. Bardia, Penuan y Arnom podían ocuparse de lo que hiciese falta en mi ausencia; pues en verdad Gloma estaba ya educada y preparada para regirse casi por sí misma.

Me llevé de acompañantes a Ilerdia, hijo de Bardia, y a Alit, hija de Pubi; también a dos mujeres y un buen puñado de lanceros (todos hombres leales), un cocinero y un mozo de cuadra con bestias de carga para las tiendas y víveres, y partimos de Gloma a caballo tres días después.

Capítulo XXI

La razón que me impulsa a contar este viaje no se presentó sino cuando éste tocaba ya a su fin; y concluyó sin darme apenas tiempo de reflexionar. Habíamos ido primero a Fars, donde se cosecha después que en Gloma, por lo que fue como ver pasar dos veces esta época del año; encontramos lo que en casa acabábamos de dejar: el ruido de los afiladores, las canciones de los segadores, el rastrojo ensanchándose, las mieses disminuyendo, las carretas apiladas en las veredas, y todo el sudor, el sol ardiente y la algazara. Habíamos pasado diez noches o más en el palacio de Trunia, donde tuve ocasión de sorprenderme de lo que había engordado Redival y de cómo había perdido su belleza. Hablaba, como siempre, sin parar, aunque sólo de sus hijos, y de Gloma sólo le interesaba Batta. Trunia hacía oídos sordos a cualquier palabra suya, pero conmigo charló largo y tendido. Yo ya había dispuesto, de acuerdo con mi consejo, que a mi muerte su hijo segundo, Daaran, sería el rey de Gloma. Este Daaran era un muchacho sensato (para ser hijo de una madre tan tonta). Sin Redival de por medio, y si yo me lo hubiese permitido, habría podido cobrarle afecto. Pero yo no iba a volver a confiar jamás mi corazón a una joven criatura. Al salir de Fars habíamos puesto rumbo a oriente, en dirección a Esur, por profundos pasos de montaña. Era éste un país con unos bosques tan grandes como nunca habría de ver, y de ríos caudalosos, repletos de aves, ciervos y otros animales de caza. Mis acompañantes eran todos jóvenes y disfrutaban del viaje con placer, y a estas alturas estábamos ya muy compenetrados; todos bronceados por el sol, y, desde el principio, había surgido espontáneamente entre nosotros todo un mundo en el que compartíamos esperanzas y cuidados, bromas y conocimientos. En un primer momento, mirándome con temor reverencial, habían cabalgado en silencio; ahora, éramos buenos amigos. Mi propio corazón estaba henchido. Las águilas revoloteaban sobre nosotros y rugían las cascadas.

Montaña abajo llegamos a Esur y dormimos tres noches en casa del rey. Éste no era, a mi juicio, mal hombre, pero su agasajo me resultaba apabullante, como el de un esclavo: la música de Esur había mudado de tono desde la alianza de Gloma con Fars. La reina manifestó indisimulado pavor ante mi velo y las historias que de mí había oído. Yo tenía planeado emprender, desde allí, regreso a casa, pero he aquí que nos hablaron de una fuente termal que la naturaleza había prodigado a quince millas a occidente. Vi a Ilerdia ardiendo en deseos de verla; y yo misma me imaginé (medio triste, medio risueña) al Zorro regañándome por haber dejado pasar, estando tan cerca, la ocasión de examinar una obra tan curiosa de la naturaleza. En fin: accedí a prolongar el viaje un día más y regresar después.

El día amaneció de lo más tranquilo: puro otoño; muy caluroso, si bien la luz del sol sobre el rastrojo tenía un tono de venerable delicadeza, opuesto al ardor indómito de los días de verano. Se habría podido decir que, terminada la labor, el año descansaba. Y yo, cuando volviera a Gloma, no iba a seguir acumulando fatiga tras fatiga. Iba a dejar reposar también a Bardia (últimamente lo veía cansado), delegando los quehaceres en cabezas más jóvenes mientras nosotros nos sentábamos al sol rememorando antiguas batallas. ¿Qué más me quedaba por hacer? ¿No me merecía la paz? Concluí que así es como se inicia la sabiduría de la senectud.

La fuente termal (como todas las rarezas de este tenor) era pura carnaza para necios propensos al asombro. Una vez vista, recorrimos camino abajo el verde y cálido valle donde nacía y encontramos un buen sitio donde acampar entre un arroyo y un bosquecillo. Mientras la comitiva se hacía cargo de las tiendas y de los caballos, yo, adentrándome en el bosque, me senté un poco al fresco. No mucho

más tarde oí, procedente de algún lugar detrás de mí, el repicar de la campana de un templo (en Esur casi todos los templos tienen una campana). Pensando que sería agradable andar un poco después de tantas horas a caballo, me puse en pie y me encaminé poco a poco, entre los árboles, hacia el templo; muy a mi aire, sin preocuparme de si iba a encontrarlo o no. Sin embargo, a los pocos minutos di con un claro todo cubierto de musgo, sin árboles, y allí estaba: no mayor que una cabaña de labrador, pero hecho de piedra pura y blanca, con columnas estriadas como las griegas. Tras él se veía una pequeña casa con techo de paja, sin duda la residencia del sacerdote.

El lugar en sí era bastante tranquilo, pero dentro del templo el silencio era mucho más hondo y hacía mucho fresco. Estaba limpio y vacío, y no olía a lo que comúnmente suelen oler los templos, por lo que imaginé que debía estar consagrado a una de esas pequeñas y pacíficas deidades que se contentan con flores y fruta como sacrificio. Luego me di cuenta de que debía tratarse de una diosa, porque sobre el altar había una efigie de mujer, de unos dos pies de alto, tallada en madera; no estaba mal hecha y (a mi juicio) era de lo más bonita, porque no estaba pintada ni cubierta de oro, sino tan sólo con el pálido color natural de la madera. La estropeaba, en cambio, una especie de banda o bufanda de tela negra que le habían atado a la cabeza para que no se le viera el rostro: era muy parecido a mi propio velo, sólo que el mío era blanco.

Pensé en cuánto mejor era esto comparado con la morada de Ungit, y cuán distinto. Entonces oí pasos detrás de mí; me di la vuelta y vi que había entrado un hombre con una túnica negra. Era un anciano de ojos calmos, quizá una pizza simples.

—¿Desea la extranjera hacer una ofrenda a la diosa?—preguntó.

Dejé caer un par de monedas en su mano y le pregunté qué diosa era.

—Istra —respondió.

El nombre no es tan extraordinario en Gloma y sus alrededores como para darme motivos de sobresalto; dije, no obstante, que nunca había oído hablar de una diosa con tal nombre.

—Oh, es que es una diosa muy joven. Acaba de empezar a serlo. Hay que tener en cuenta que, como muchos otros dioses, empezó siendo mortal.

—¿Y cómo se convirtió en diosa?

—Hace tan poco tiempo que lo es, extranjera, que todavía es una diosa bastante pobre. Sin embargo, por una pequeña pieza de plata sabré contarte la sagrada historia. Gracias, amable extranjera, gracias. Istra será tu amiga por lo que acabas de hacer. Y he aquí la sagrada historia: Había una vez cierto país en el que vivían un rey y una reina y sus tres hijas, y la menor era la más bella princesa que se había visto en el mundo entero...

Y así continuó, como hacen los sacerdotes, en tono de salmodia, y con palabras que a todas luces se sabía de memoria. Para mí fue como si la voz del anciano, el templo, y yo misma y mi viaje, fuesen todo cosas sacadas de la historia: pues lo que estaba contando era la propia historia de nuestra Istra, de la propia Psique... De cómo Talapal (la Ungit de Esur) estaba celosa de su belleza e hizo que fuese ofrendada a una bestia en una montaña, y de cómo el hijo de Talapal Ialim, el más hermoso de los dioses, la amó y se la llevó a su palacio secreto. Sabía incluso que Ialim la visitaba sólo a oscuras y que le había prohibido ver su rostro. Pero para explicar eso sus argumentos eran infantiles.

—Verás, extranjera, tenía que guardar muy bien el secreto por culpa de su madre, Talapal. Ella se habría enojado mucho con él de haber sabido que se había casado con la mujer que más odiaba en el mundo.

Yo me decía: «Menos mal que no oí esta historia hace quince años; sí, o siquiera hace diez. Habría despertado del letargo todas mis miserias. Ahora, difícilmente mueve en mí un sentimiento». En esto, súbitamente reanimada por lo extraño del asunto, le pregunté:

—¿Dónde aprendiste todo esto?

Me miró como si no entendiera bien lo que le preguntaba.

—Es la sagrada historia —dijo.

Advertí que era menos taimado que simplón, y que iba a ser inútil interrogarlo. En cuanto me callé, siguió contando.

Sin embargo, de pronto la sensación que tenía de estar soñando desapareció. Me despabilé, los ojos bien abiertos, el color volvió precipitadamente a mi cara. El hombre estaba contando la historia mal: estúpida y aberrantemente mal. Para empezar, decía que a Psique habían ido a visitarla, al palacio secreto del dios, sus dos hermanas (¡pensar que Redival pudiera haber estado allí!).

—De esa manera —decía—, cuando las dos hermanas hubieron visto el palacio, y se las hubo agasajado y festejado con presentes...

—¿Cómo que *visto*? ¿Vieron el palacio?

—Extranjera, estás interrumpiendo la sagrada historia. Claro que vieron el palacio. No eran ciegas. Y...

Fue como si los mismos dioses se me hubieran reído, para luego escupirme, en la cara. Conque ésa era la versión que corría de la historia: la versión, por así decirlo, que los dioses habían forjado. Pues no otros sino ellos debieron metérsela en la cabeza a aquel viejo loco, o a algún otro iluminado de quien éste la hubiese aprendido. ¿Cómo iba un mortal a tener el menor conocimiento de aquel palacio? Habían sido ellos los que metieron esta parte de la verdad en la cabeza de alguien, mediante un sueño o un oráculo, o lo que sea que utilicen en estos casos. Esta parte sólo; y suprimiendo limpiamente el significado verdadero, el asunto, la trama central, del relato entero. ¿No hago bien escribiendo un libro acusándolos, contando lo que han callado? Nunca, desde mi tribuna de juez, habré de sorprender con una más alevosa verdad a medias a un falso testigo. Porque si la historia real hubiese sido como ellos la describen, yo no me habría encontrado a merced de ningún enigma: nada habría habido que descifrar, nada en lo que equivocarse al descifrarlo. Es más: esta historia corresponde a otro mundo, un mundo en el que los dioses se muestran a las claras y no atormentan a los hombres con atisbos, ni desvelan a unos lo que ocultan a otros, ni exigen de ti fe alguna en aquello que contradicen tus ojos y tus oídos, tu nariz, tu lengua, tus dedos. En un mundo así (¿existe acaso? No es el nuestro, por descontado) mi camino hubiera sido recto. Ni los propios dioses hubieran podido hallarme culpable. Y ahora, contar mi historia como si yo hubiese tenido aquella visión que ellos mismos me habían negado... ¿no es lo mismo acaso que narrar la historia de un tullido sin mencionar su cojera, o que contar que un hombre traicionó un secreto sin decir que fue tras veinte horas de tortura? Me bastó un momento, además, para darme cuenta de que la falsa historia iba a crecer, a extenderse, a divulgarse por los confines del mundo; y me pregunté cuántas otras historias sagradas son, como ésta, un montón de aviesas falsedades.

—Y así —decía el sacerdote—, cuando aquellas dos hermanas malvadas hubieron concebido el plan que iba a ser la perdición de Istra, le llevaron la lámpara y...

—Pero ¿por qué quería... querían separarla del dios si habían visto el palacio?

—Querían destruirla *porque* habían visto el palacio.

—Pero ¿por qué?

—Oh, porque estaban celosas. El esposo y la casa de Istra eran mucho más hermosos que los suyos.

Fue en aquel momento cuando tomé la decisión de escribir este libro. Durante años mi antigua pugna con los dioses había estado durmiendo. Yo me había acostumbrado a pensar como Bardia: ya no quería tratos con ellos. Aunque había visto un dios con mis propios ojos, a menudo tendía a creer que esas cosas no existían. El recuerdo de su voz y su rostro permanecía bajo llave en un rincón de mi alma, uno de esos que yo no abría así como así. Pero ahora, en aquel preciso instante, me daba cuenta de que estaban frente a mí, cara a cara: yo sin fuerza alguna, ellos en la plenitud de las suyas; yo visible para ellos, ellos invisibles para mí; yo herida sin dificultad (ya tanto que mi vida toda no había sido sino un constante vendar y restañar), ellos invulnerables; yo una, ellos muchos. Todos estos años sólo me habían permitido alejarme de ellos lo que permite alejarse un gato a un ratón; ahora, ¡te cacé!, sus uñas otra vez sobre mí. En fin: me quedaba la palabra. Podía declarar la verdad. Lo que antes quizá nunca se hubiera hecho en el mundo se haría ahora. La querrela contra los dioses constaría por escrito.

¿Celosa! ¿Celosa yo de Psique? No era sólo lo bajo de la mentira lo que me ponía enferma, sino su misma inconsistencia. Al parecer, los dioses no discurrían mejor de lo que lo hace la gente más baja. Lo que primero se les ocurría, el motivo que más probable, más simple les parecía para argumentar una historia, no era más que la torpe y parva pasión de un pordiosero de las calles, de una ramera de los templos, de un esclavo, de un niño, de un perro. Ya que iban a mentir, ¿no sabían mentir mejor?

—... y sigue errando por todo el mundo, llorando, llorando, sin parar de llorar.

¿Hasta dónde había llegado el anciano en su narración? Esas solas palabras vibraron en mis oídos como si las hubiera repetido mil veces. Puse mis dientes y mi alma en guardia. Un poco más y yo misma habría empezado a oírlo otra vez: Psique llorando en aquel bosquecillo a la entrada del templo.

—Ya basta —exclamé—. ¿Crees que no sé cuánto llora una muchacha cuando se le ha roto el corazón? Adelante, continúa.

—Errando, llorando, llorando, sin parar de llorar —dijo—. Y cae bajo el poder de Talapal, que la odia. Y naturalmente Ialim no puede protegerla porque Talapal es su madre y la teme. Conque Talapal atormenta a Istra y le encomienda arduas empresas de toda clase, trabajos que parecen imposibles de realizar. Pero cuando Istra termina de hacerlos todos, Talapal por fin la deja libre, y ella vuelve a unirse a Ialim y se convierte en diosa. Entonces le quitamos el velo negro y yo cambio mi túnica negra por una blanca, y ofrecemos...

—¿Quieres decir que algún día volverá a unirse al dios? ¿Y entonces le quitaréis el velo? ¿Cuándo habrá de ocurrir?

—Le quitamos el velo y yo mudo la túnica en primavera.

—¡Y a mí qué me importa lo que tú hagas! Lo que ha de ocurrir ¿ha ocurrido ya o no? ¿Dónde está Istra ahora? ¿Sigue vagando por el mundo o se ha convertido en diosa?

—Pero, extranjera, la historia sagrada trata de cosas sagradas; de las cosas que hacemos en el templo. En primavera, y durante todo el verano, es una diosa. Luego, con la cosecha, llevamos una lámpara de noche al templo y el dios alza el vuelo. Luego la cubrimos con el velo. Y durante todo el invierno vaga y padece: llorando, sin parar de llorar...

No sabía nada. En su pensamiento, historia y culto eran lo mismo. Era incapaz de comprender lo que yo le preguntaba.

—He oído contar tu historia de otra forma, anciano —dije—. Me parece que la hermana (o hermanas) podrían tener que decir más de lo que tú te imaginas.

—Seguro que podrían —replicó—. Los celosos siempre tienen algo que alegrar. Vamos, si en estos momentos mi propia esposa...

Me despedí con un saludo y salí de aquel frío lugar al calor del bosque. A través de los árboles divisé el rojo resplandor de la hoguera que mi gente había ya encendido. El sol se había puesto.

Me guardé todos mis sentimientos —y a ciencia cierta no sabía en qué consistían, sólo que toda la paz de aquel viaje de otoño se había roto— para no aguar la fiesta a mi compañía. Al día siguiente lo vi todo con mayor claridad. Nunca hallaría la paz mientras no hubiera escrito mi querrela contra los dioses. Me quemaba por dentro. Empezaba a moverse: llevaba un libro en mi seno, como lleva una mujer un niño.

He aquí, pues, que nada puedo contar del viaje de regreso a Gloma. Duró siete u ocho días, y pasamos, en Esur, por lugares muy notables; y ya en Gloma, pasada la frontera, hubimos de ver tanta paz, tanta abundancia, tanto respeto y —en mi opinión— tanto amor hacia mí que habría sido obligado alegrarse. Pero mis ojos, mis oídos, estaban cerrados. Durante todo el día, y a menudo también toda la noche, había rememorado cada pasaje de la verdadera historia, desenterrando terrores, humillaciones, luchas y tormentos en los que llevaba años sin pensar, dejando a Orual despertar y hablar, como salida de una tumba, de un pozo cegado. Y cuanto más recordaba, más aún era capaz de recordar: las lágrimas corrían con frecuencia bajo mi velo, como si nunca hubiese sido reina, aunque tampoco permití que el abatimiento se alzara sobre la rabia de mi indignación. También tenía prisa. Debía ponerlo todo por escrito, enseguida, antes de que los dioses encontraran alguna forma de acallarme. Cuando, al caer la noche, llerdia señalaba algún paraje diciendo: «Aquí, reina, he aquí un buen sitio para acampar», yo siempre le respondía: «No, no; esta noche aún podemos hacer tres millas más; o cinco». Cada mañana me levantaba más temprano. Al principio toleraba la espera: impaciente entre la fría niebla, escuchando el sueño profundo de aquellos jóvenes que dormían. Pero mi paciencia no tardó en agotarse. Empecé a despertarlos. Cada mañana más temprano. El viaje concluyó como el de quienes huyen de un enemigo victorioso. Me volví taciturna, y esto sumió a los demás también en el silencio. Advertí su desconcierto, y que todo el placer de viajar se había acabado para ellos. Imagino que murmurarían entre sí algunas cosas sobre los cambios de humor de la reina.

Pero ni al llegar a casa pude poner manos a la obra tan deprisa como había esperado. Un montón de pequeños quehaceres se habían acumulado. Y entonces, cuando más necesitaba que alguien me echara una mano, me llegó la noticia de que Bardia, enfermo de levedad, guardaba cama. Pregunté a Arnom sobre su mal, y me dijo: «No es veneno ni peste, reina: poca cosa para un hombre fuerte. Pero vale más que guarde cama. Se está haciendo mayor, ¿sabéis?». En otro momento habría suscitado en mí un estremecimiento aprensivo, pero sabía ya (y últimamente había visto signos crecientes de ello) cómo lo mimaba y achuchaba aquella mujer suya, cual gallina de un solo gallo; y no —lo hubiera jurado— porque temiese algo realmente, sino para tenerlo a su lado, en casa, lejos de palacio.

Al fin, pese a todo, tras mil estorbos, escribí mi libro y aquí está. Ahora tú, lector, juzga entre los dioses y yo. Ellos nada me dieron que amar, sólo a Psique, y me la quitaron. Pero esto no fue

suficiente. Tuvieron que ponerme frente a ella en tal momento y lugar que de una palabra mía dependiese continuar bajo su bendición o ser arrojada a la miseria.

No iban a decirme si se había desposado con un dios o con un loco, o si había sido la presa de una bestia, o de un villano No iban a darme una pista clara, ni que yo la implorase Tenía que adivinarlo todo. Y puesto que me equivoqué al adivinar me castigaron; lo que es peor: me castigaron con ella. Y ni aun eso les bastó: ahora han hecho correr una sarta de mentiras, según las cuales yo no tenía que descifrar ningún enigma, sino que sabía y veía que era la esposa de un dios, y la destruía por propia voluntad, y todo por celos. Como si yo fuera una Redival más. Declaro que los dioses nos tratan sin ninguna justicia. Porque ni quieren abandonarnos (que sería lo mejor) y dejarnos vivir en paz nuestros breves días, ni quieren tampoco manifestarse abiertamente diciéndonos lo que de nosotros quieren. Porque hasta eso sería soportable. Pero plantar indicios que luego dejan en suspenso, acercarse a nosotros mediante sueños y oráculos, o en la vigilia, en una visión que se esfuma apenas vista, guardar un silencio de muerte ante nuestras preguntas y luego, sin sobresaltos, sin vacilaciones, susurrarnos al oído (palabras que no podemos entender) cuando más libres queremos vernos de ellos, y mostrar a uno lo que al otro ocultan... ¿qué es todo esto sino el juego del ratón y el gato, el de la gallinita ciega, o un puro juego de manos? ¿Por qué tienen que ser oscuros lugares los sagrados lugares?

Declaro, por todo ello, que no hay para el hombre criatura (sapo, serpiente o escorpión) más dañina que los dioses. Que repliquen, si pueden, a esta acusación. Quizá, en vez de eso, me vuelvan loca, o leprosa, me conviertan en animal, pájaro o árbol. Pero, entonces, ¿no va a saber todo el mundo (y no van a saber los dioses que el mundo sabe) que es porque nada tienen que alegar?

Segunda parte

Capítulo Primero

No han pasado muchos días desde que escribiera aquellas palabras, «nada tienen que alegar»; debo, sin embargo, volver a desenrollar mi libro. En realidad debería reescribirlo desde el comienzo, pero me temo que no hay tiempo para eso. Me fatigo con rapidez, y Arnom dice que no con la cabeza y afirma que debo descansar. Se creen que ignoro que han mandado un mensaje a Daaran.

En vista de que no puedo rectificar el libro, debo hacerle un añadido. Moriría bajo perjurio si lo dejase como estaba; conozco mucho más de lo que conocía a la mujer que lo escribió. El mismo hecho de escribirlo fue lo que inició el cambio. Que nadie emprenda a la ligera una labor así. Pues, una vez despierta, la memoria hace la parte del tirano. Me di cuenta de que debía consignar (ya que ante jueces hablaba y no debía mentir) pasiones y pensamientos que son míos y que había olvidado del todo. El pasado que aquí puse por escrito no era el pasado que a mí me había parecido recordar (todos estos años). No veía con claridad, ni siquiera una vez concluido el libro, muchas cosas que ahora sí veo. El cambio que al escribir se obró en mí (y del que nada escribí) fue sólo un principio: apenas una preparación para la cirugía de los dioses. Usaron mi pluma para explorar mi herida.

Muy al principio de empezar a escribir recibí también un golpe desde el exterior. Mientras narraba mis primeros años, y contaba cómo Redival y yo hacíamos casas de barro en el jardín, volvieron a mi pensamiento un millar de cosas más, todas ellas relacionadas con aquellos días en los que aún no existían ni Psique ni el Zorro: sólo Redival y yo. Cómo cazábamos renacuajos en el arroyo, cómo nos escondíamos de Batta en el heno, cómo esperábamos, a la puerta de la antesala, cuando nuestro padre daba un banquete, y engatusábamos a los esclavos con marrullerías para sacarles, entre que entraban y salían, alguna golosina. Y pensé en Redival, en cuánto y cuán terriblemente había cambiado. Eso, sin salir de mi fuero interno. Pero luego el golpe vino de fuera. Al cabo de muchos otros contratiempos, tuve noticia de una embajada del Gran Rey que vive hacia el sudeste.

—Una nueva calamidad —dije. Y cuando los extranjeros llegaron (y tuvimos que charlar durante horas y después ofrecerles un banquete), descubrir que su cabeza visible era un eunuco no hizo que me agradaran más. Los eunucos son hombres de gran calidad en aquella corte. Éste era el hombre más gordo que había visto en mi vida, tan gordo que sus ojos apenas podían ver algo por encima de sus mofletes, todo reluciente y apestando a aceite, y tan adornado y engalanado como una muchacha de Ungit. Pero según hablaba y hablaba empecé a encontrar en él un ligero parecido con alguien a quien había conocido hacía mucho tiempo. Y, como suele ocurrir, cuando tenía el nombre en la punta de la lengua se me iba, cuando volvía a tenerlo se me volvía a ir, hasta que de pronto, cuando menos lo esperaba, la certeza me iluminó y exclamé:

—¡Tarin!

—Oh, sí, reina, oh, sí —dijo él, con (a mi juicio) un placer malsano y una sonrisa perversa—. Oh, sí, yo era aquel al que llamabais Tarin. Vuestro padre no me apreciaba, reina, ¿verdad? Pero... ¡ji ji... él me hizo afortunado. Oh, sí, me puso en el camino recto. Con dos cortes de navaja. Sin embargo, de no haber sido por él, yo no sería el gran hombre que ahora soy.

Le participé mi regocijo por su prosperidad.

—Gracias, reina, gracias. Sois muy amable. ¡Y pensar (ji ji) que de no haber sido por el genio de vuestro padre quizá hubiese seguido llevando un escudo en la guardia de un rey pequeño y bárbaro en

un reino que cabría entero en una esquina del coto de caza de mi señor y aun así no se notaría! No os habréis enojado, ¿verdad?

Repuse que siempre había oído decir que el Gran Rey tenía un coto admirable.

—¿Y vuestra hermana, reina? —prosiguió el eunuco—. Ah, era una muchacha muy bonita... aunque, ji ji, ji ji, he tenido en mis brazos mujeres más hermosas desde que... ¿vive todavía?

—Es la reina de Fars.

—Ah, sí, Fars. Ya me acuerdo. Uno olvida los nombres de esos países tan pequeños. Sí... una muchacha muy bonita. Me daba pena. Estaba muy sola.

—¿Muy sola? —dije.

—Oh, sí, sí, muy sola. Después de llegar la niña, la otra princesa. Ella decía: «Primero Orual me quería mucho; y vino el Zorro y me quiso menos; luego vino la niña y no me quiso nada». Sí, sí, estaba muy sola. Yo lo sentía por ella... ji ji, ji ji... Claro que por aquel entonces yo era un caballero muy apuesto. La mitad de las muchachas de Gloma estaban enamoradas de mí.

Le obligué a volver a nuestros asuntos de Estado.

Éste fue sólo el primer golpe, y fue leve: el primer copo de nieve del invierno en el que yo estaba entrando, en el que vemos sólo el anuncio de lo que ha de venir. No estaba en absoluto segura de que Tarin dijera la verdad. Todavía tengo por cierto que Redival era falsa y ridícula. Y de su locura ni siquiera los dioses pueden culparme; le venía de su padre. Pero una cosa sí era cierta: jamás, ni por un momento, cuando me volqué hacia el Zorro primero y hacia Psique después, me había parado a pensar en lo que iba a ser de ella. Y es que desde el primer día, de algún modo, estuvo implantado en mi entendimiento que yo era la mal tratada, la que merecía compasión. Ella tenía sus rizos de oro, ¿o no?

Conque de vuelta al libro. Y el constante ejercicio mental a que esto me obligaba empezó a influir en mi sueño. Se trataba de una labor de discernimiento y clasificación, de separar los motivos entre sí y todos ellos del pretexto; y esta misma clasificación, aunque cambiando la forma, se prolongaba cada noche en mis sueños. Creía que tenía ante mí un enorme, inacabable montón de semillas: trigo, cebada, adormidera, centeno, mijo, ¿qué no?; y que debía clasificarlas y distribuirlas en montones separados, uno de cada clase. Por qué tenía que hacerlo no lo sé; pero me esperaba un castigo sin fin si descansaba de la labor un solo instante o si, una vez concluida, había una sola semilla en un montón que no era el que tocaba. En la vida de la vigilia un hombre habría dado la tarea por imposible. El tormento del sueño consistía en que, allí, era concebible llevarla a cabo. Había una probabilidad entre diez mil de terminar el trabajo a tiempo, y una entre cien de no cometer una equivocación. Era poco menos que seguro que iba a equivocarme y a recibir mi castigo: pero no seguro. Conque manos a la obra: rebuscar, escudriñar con la vista, coger cada semilla entre índice y pulgar. Y no siempre entre índice y pulgar. Pues a veces, en algunos sueños aún más absurdos, me convertía en una pequeña hormiga, y las semillas eran tan grandes como piedras de molino; y poniendo en el empeño todas mis fuerzas, hasta que me crujían las seis patas, cargaba con las semillas hasta su sitio: agarrándolas por delante, como hacen las hormigas, cargas mayores que yo misma.

Una de las cosas que demuestra cuán intensamente volcada a mis tareas, diurnas y nocturnas, me tenían los dioses es que, en todo ese tiempo, apenas tuve un pensamiento para Bardia, aparte de refunfuñar porque su ausencia significaba para mi libro un retraso mayor. Mientras duró el rabioso impulso de escribirlo, nada parecía importar un bledo salvo terminar el libro. De Bardia tan sólo decía

(una y otra vez): «¿Es que va a quedarse apoltronado en la cama el resto de su vida?», o: «Es por esa mujer que tiene».

Luego llegó un día en que la última frase del libro («nada tienen que alegar») aún estaba húmeda, y ese día me sorprendí a mí misma escuchando la voz de Arnom y comprendiendo, como por primera vez, el sentido de sus palabras y su semblante.

—¿Significa eso —exclamé— que el noble Bardia está en peligro?

—Está muy débil, reina —dijo el sacerdote—. Ojalá el Zorro aún estuviera entre nosotros. Aquí en Gloma somos unos matasanos. En mi opinión, Bardia carece de fortaleza de espíritu para combatir el mal.

—Oh, dioses del cielo —dije—, ¿por qué no me habéis hecho comprenderlo antes? ¡Eh! ¡Esclavo! Mi caballo. Iré a verle.

Arnom era ya un viejo consejero de confianza. Puso su mano en mi brazo.

—Reina —me dijo, cortésmente pero con seriedad—, probablemente disminuirían sus posibilidades de curarse si fuerais a verle ahora.

—¿Es que estoy infectada o qué? —repliqué—. ¿Es el mío el aspecto de la muerte, aun velado?

—Bardia es vuestro más leal y amante hombre —contestó Arnom—. Veros quizá le hiciera recobrar sus fuerzas; quizá las resquebrajara para siempre. Se obligaría a rendiros su respeto y pleitesía. En su cabeza se amontonarían un centenar de asuntos de estado de los que tuviera intención de hablarlos. Se devanaría los sesos para recordar lo que hubiera olvidado estos últimos nueve días. Quizá esto lo matara Dejadle que dormite y sueñe. En estos momentos es lo mejor que puede hacer.

Era una verdad tan amarga como ninguna otra que hubiese probado; pese a todo, me la bebí.

¿Acaso no iba a encogerme en el silencio de mis propias mazmorras, ya que Arnom me lo pedía, si eso iba a añadir un ápice de esperanza, ligero como una pluma, a las probabilidades de vida de Bardia? Tres días apechugué con ello (yo, la vieja loca, de pechos caídos y flancos marchitos). Al cuarto me dije: «No puedo aguantarlo más». Al quinto vino Arnom —él mismo lloraba— y supe la noticia sin necesidad de oírlo. Y he aquí —extraño absurdo— que para mí lo más lamentable fue que Bardia hubiera muerto sin haber oído ni una vez aquello que le habría avergonzado oír. Tuve la sensación de que todo habría sido más fácil de haber sido capaz, una vez siquiera, de acercarme a su oído y susurrarle: «Bardia, te amo».

Cuando lo llevaron a la pira mi único tributo posible fue estar allí de pie, cerca de él. No siendo ni su esposa ni de la familia, no me estaba permitido plañir ni golpearle el pecho. Ah, ojalá hubiese podido hacerlo... me habría puesto guantes de acero o una piel de erizo en las manos.

Esperé, según la tradición, tres días y al cabo fui a consolar (así lo llaman) a su viuda. No me movían sólo el deber y la costumbre. Ella era, por haberlo amado, el enemigo en cierto modo, casi con seguridad; no obstante, ¿quién quedaba ahora en el mundo con quien pudiera hablar?

Me llevaron a la planta superior de la casa, donde ella estaba sentada junto a su rueca: muy pálida, pero muy serena. Más serena que yo. Una vez me había sorprendido verla mucho menos hermosa de lo que se decía. Ahora, en la edad avanzada, había conquistado una belleza de nuevo cuño: un rostro como el de quien está orgulloso y tranquilo.

—Señora... Ansit —dije, cogiéndola de las manos (no tuvo ocasión de apartarlas de mí)—, ¿qué puedo decirte? ¿Cómo hablar de él sin decir que lo que has perdido en verdad no tiene precio? Y eso no es un consuelo. A no ser que, en un momento tal, pueda creerse que es mejor haber tenido y

perdido un marido así que gozar para siempre de cualquier otro hombre en el mundo.

—La reina me hace un gran honor —dijo Ansit, retirando sus manos para ponerse en pie y cruzarlas sobre el pecho, la mirada baja, según la costumbre cortesana.

—Oh, querida señora, olvida por un momento que soy la reina, te lo suplico. ¿Es que nos conocemos de ayer? Después del tuyo (ni pensar en compararlos), mi pesar es el más grande. Te lo ruego, vuelve a sentarte. Vuelve a tu rueca; hablaremos mejor al son de su movimiento. ¿Me permites que me siente aquí, a tu lado?

Ella se sentó y la rueca volvió a girar; su rostro tenía una expresión de descanso y fruncía un poco los labios, con un aire muy doméstico. No iba a facilitarme las cosas ni en lo más mínimo.

—Ha sido todo muy inesperado —dije—. Y tú, ¿presentiste el peligro al ver manifestarse el mal?

—Sí.

—¿Sí? A mí Arnóm me dijo que no tenía por qué ser cosa de gran importancia.

—A mí también me dijo eso, reina. Dijo que, para un hombre en pleno uso de sus fuerzas, iba a ser cosa de poca importancia.

—¿En pleno uso? Si el noble Bardia era un hombre de gran fortaleza.

—Sí, como un árbol roído por dentro.

—¿Roído? ¿Roído por qué? No tenía noticia.

—Supongo que no, reina. Estaba cansado. Había trabajado hasta caer rendido; o le habían hecho trabajar. Hace diez años que habría tenido que retirarse y vivir como viven los hombres de edad avanzada. No estaba hecho ni de hierro ni de cobre, sino de carne y hueso.

—Su aspecto y sus palabras nunca fueron las de un viejo.

—Reina, quizá nunca lo visteis en esos momentos en que la fatiga de un hombre sale a la luz. Nunca visteis su rostro ojeroso por la mañana. Ni lo oísteis rezongar cuando debíais (porque habíais jurado hacerlo) zarandearlo y obligarlo a levantarse de la cama. Nunca le visteis volver tarde a casa de palacio, hambriento, y aun así demasiado cansado para comer nada. ¿Cómo ibais a verlo, reina? Yo era sólo su mujer. Sus modales eran demasiado buenos, ya lo sabéis, para echarse a bostezar y cabecear en casa de una reina.

—¿Quieres decir que su trabajo...?

—Cinco guerras, treinta y una batallas, diecinueve embajadas, andar siempre pensando en lo de acá y en lo de más allá, diciendo palabras a oídos de unos y otros, calmando los ánimos de éste y amedrentando los de aquél, sin dejar de adular a un tercero, siempre con consejos, consultas, recuerdos, adivinanzas, pronósticos... y la Sala de las Columnas por aquí, la Sala de las Columnas por allá. No sólo en las minas mueren los hombres de tanto trabajar.

Esto era peor que lo peor que hubiera deseado encontrar. Un relámpago de furia me atravesó de parte a parte, seguido de un escrúpulo de horror: ¿es que podía ser eso (pero no, eran fantasías) verdad? La indignidad de la pura sospecha, pese a todo, alteró mi voz casi con un acento de humillación.

—Es el dolor, señora, el que dice estas palabras. Pero, perdóname, no son más que aprensiones. Yo nunca le pedí nada que no me pidiese a mí misma. ¿Quieres hacerme creer que un hombre fuerte iba a derrumbarse cargando a sus espaldas un peso que hoy aún sigue cargando una mujer?

—¿Quién que conozca a los hombres lo iba a dudar? Ellos son más duros, pero nosotras resistimos más. Su vida no es más larga que la nuestra. No hacen frente a una enfermedad mejor. Los

hombres son frágiles. Y vos, reina, erais la joven de los dos.

El corazón se me encogió, helado y abatido.

—Si eso es cierto —dije—, he sido engañada. Con una sola palabra suya, lo habría exonerado de toda carga; lo habría mandado a casa para siempre, condecorado con todos los honores que estuviera a mi alcance darle.

—Poco le conocíais, reina, si pensáis que hubiese sido capaz de decir esa sola palabra. Oh, habéis sido una reina afortunada: ningún príncipe tuvo nunca tan amantes servidores.

—Ya sé que los he tenido. ¿Acaso me lo reprochas? Aun en estos momentos de dolor, ¿para eso te sirve tener corazón? ¿Para reprochármelo? ¿O es que te burlas de mí porque ese amor es la única clase de amor que he tenido o podido tener? Yo, que no tengo esposo, ni hijos. Y tú... tú, que has tenido de todo...

—Todo lo que me dejabais, reina.

—¿Lo que te dejaba, desdichada? ¿Qué disparate ronda por tu cabeza?

—Oh, sé muy bien que no erais amantes. Eso me lo dejasteis a mí. La sangre divina no desea mezcolanzas humanas, ya se sabe. Me dejasteis mi parte. Después de usarlo, le dejabais escaparse a casa conmigo: hasta que volvíais a necesitarlo. Tras semanas y meses de guerras (él y vos juntos noche y día, compartiendo deliberaciones, peligros, victorias, el pan y hasta las risas del soldado), se le permitía volver conmigo. Cada vez un poco más delgado y descolorido, con unas pocas cicatrices más; y se quedaba dormido antes de terminar la cena; y mientras dormía gritaba: «Rápido, allí, a la derecha. La reina está en peligro». Y por la mañana (en Gloma, la reina madruga como la que más), otra vez a la Sala de las Columnas. No voy a negarlo: tuve lo que me dejabais de él.

Su voz y su semblante no habrían podido ahora engañar a ninguna mujer.

—Pero... —exclamé—. ¿Cómo? ¿Es posible que estés celosa?

No respondí.

De un salto me puse en pie y de un tirón me arranqué el velo.

Ella retrocedió bruscamente, sin dejar de observarme, de tal manera que por un momento hube de creer que mi rostro le causaba terror. Pero no era el miedo lo que la movía. Por primera vez aquella boquita gazmoña se contraía en un espasmo. Las lágrimas empezaban a acumularse en sus ojos.

—Oh —jadeó—, oh. Yo no lo sabía. ¿Vos también...?

—¿Yo qué?

—Lo amabais. También vos habéis sufrido. Las dos...

Lloraba; también yo. En un momento estuvimos la una en brazos de la otra. Fue la cosa más extraña que se apagaran nuestros rencores justo en el momento de descubrir ella que el hombre que yo amaba era su marido. Habría sido otra cosa de estar él vivo aún; pero en medio de aquella isla desolada (nuestra vida vacía, des-Bardiada) éramos ella y yo los dos únicos naufragos. Hablábamos, por así decirlo, una lengua que nadie más en el ancho y sordo mundo habría sido capaz de entender. Aunque fuese sólo una lengua sollozada. Pues no teníamos, siquiera, la posibilidad de hablar de él con palabras: eso habría desenvainado nuestras dagas en el acto.

La bonanza no fue larga. He visto en batalla ocurrir cosas semejantes. Un hombre iba a por mí, yo a por él, a vida o muerte. De pronto, una violenta ráfaga de viento nos enredó las capas en las espadas, y casi en los ojos, de tal manera que nada pudimos hacer salvo combatir al propio viento. Y esta ridícula interrupción, tan ajena al asunto que nos ocupaba, nos hizo reír a los dos, frente a frente:

amigos por un momento, y luego, en un instante, enemigos de nuevo y para siempre. Éste fue el caso.

Poco después (no recuerdo cómo) estábamos otra vez separadas: yo volviendo a ponerme el velo, ella con su dura y fría expresión.

—¡En fin! —decía yo—. Me has convertido en poco menos que la asesina del noble Bardia. Era tu propósito torturarme. Y elegiste bien el tormento. Date por satisfecha: estás vengada. Dime sólo una cosa: ¿lo has dicho sólo para herirme, o creías de verdad lo que decías?

—¿Si lo creía? Yo no creo. Sé. Sé que vuestro real estado se bebió su sangre año tras año y se comió toda su vida.

—Entonces, ¿por qué no me lo decías? Con una palabra tuya habría bastado. ¿O es que eres como los dioses, que hablan sólo cuando ya es tarde?

—¿Decíroslo? —dijo, mirándome con gesto altivo y maravillado—. ¿Decíroslo? ¿Y apartarlo así de tu trabajo, que era su vida y su gloria toda, su gran hazaña? ¿Convertirlo en un niño, en un viejo chocho? ¿Pagar este precio para conservarlo? ¿Que fuera mío y dejase de ser él?

—Aun así... habría sido tuyo.

—Yo habría sido suya. Era su esposa, no su querida. Él era mi esposo, no el perro de la casa. Él tenía que vivir su vida de gran hombre, la que mejor y más apropiada le pareciera: no la que más me complaciera a mí. Ahora os habéis llevado también a Ilerdia. Cada día estará más y más lejos de la casa de su madre: recorrerá tierras extrañas, se ocupará de asuntos de los que nada entiendo, irá donde no puedo seguirle, y día a día será menos mío; más de sí mismo y más del mundo. ¿Creéis que iba a levantar un solo dedo para detenerlo?

—¿Y podías, y puedes, aguantar esto?

—¿Y vos me lo preguntáis? Oh, reina Orual, empiezo a creer que vos no sabéis nada del amor. O no: no diría eso. Vuestro amor es el de una reina, no el de los comunes. Acaso vos que emanáis de los dioses améis como los dioses. Como la Sombra de la Bestia. ¿No dicen que amar y devorar es todo uno?

—Mujer —repliqué—, yo le salvé la vida. ¡Loca desgraciada! Ya haría más de un año que serías viuda si yo no hubiera estado allí aquel día, en el campo de Ingarn... y recibido esta herida que todavía me duele cada vez que cambia el tiempo ¿Y tus cicatrices, dónde están?

—Están donde las tiene una mujer que ha dado vida a ocho hijos. Sí. Le salvasteis la vida. Bueno, por el provecho que os hacía. Pura cuestión de economía, reina Orual. No se podía desechar una espada así: era demasiado buena. ¡Bah! Daos por bien servida. Un atracón a costa de las vidas de otros hombres; y de otras mujeres. La de Bardia, la mía, la del Zorro, la de vuestra hermana, la de vuestras dos hermanas.

—Ya basta —exclamé. El aire de aquella habitación se había teñido de rojo. De pronto tuve la visión tremenda de que nadie, a una orden mía de tortura y muerte, podría salvarla. Arnom murmuraría. Ilerdia se rebelaría. Pero ella estaría retorciéndose (como un abejorro) en la punta de una estaca antes de que alguien pudiera auxiliarla.

Algo (si fueron los dioses, bendigo su nombre) me impidió hacerlo. No sé cómo, alcancé la puerta. Desde allí, dándome la vuelta, le dije:

—Si le hubieras hablado así a mi padre, habría hecho que te cortaran la lengua.

—¿Y qué? ¿Es que debo tener miedo? —repliqué.

De camino a casa, a caballo, me dije: «Tendrá a su Ilerdia para ella sola. Que se vaya a vivir a sus

tierras. Que se convierta en un patán. Que engorde y que farfulle, entre eructo y eructo, sobre el precio de los novillos. Yo habría hecho de él un gran hombre. Ahora no será nada. Que dé las gracias a su madre. Ya no tendrá necesidad de seguir diciendo que me como a su prole de varones».

No hice, sin embargo, nada de lo dicho.

Y ahora aquellos Cirujanos divinos me tenían amarrada y estaban de lleno dedicados a su labor. La furia apenas me protegió unos instantes: la furia acaba por agotarse y dejar su espacio a la verdad. Porque todo era verdad: más de lo que Ansit pudiera imaginar. Yo me había regocijado siempre que surgía algún trabajo urgente, había acumulado cantidad de trabajo innecesario, para retenerlo hasta última hora en palacio; lo había abrumado a preguntas por el puro placer de oír su voz. Cualquier cosa con tal de retrasar el momento de su marcha, el momento de librarme a mi vacío. Y lo había odiado por marcharse. Y castigado también. Los hombres se las saben todas para tomar el pelo a otro hombre que se ha hecho famoso por su amor desmedido a su mujer, y frente a eso Bardia estaba indefenso; todos sabían que se había casado con una muchacha sin dote, y que Ansit se jactaba de no tener (como la mayoría) necesidad de rebuscar para su servidumbre las esclavas más feas del mercado. Yo personalmente nunca le hice el abuso; pero contaba con miles de tretas y artimañas (veladas) para forzar una conversación que sabía que lo convertiría en objeto de las pullas de los demás. Los odiaba cuando lo hacían, pero hallaba a la vez un ambiguo placer al ver las nubes que cubrían su rostro. ¿Lo odiaba, pues? En verdad eso creo. Un amor puede desarrollarse de tal forma que puede llegar a ser, de diez partes nueve, odio y llamarse todavía amor. Una cosa no voy a negar: en mis desquiciadas fantasías nocturnas (en las que Ansit moría o, mejor aun, era declarada probadamente culpable de prostitución, brujería o traición), cuando él estaba a punto de pretender mi amor, yo le exigía, previamente, que implorase mi perdón. A veces le costaba mucho obtenerlo. Primero lo ponía en un tris de matarse.

Pero el efecto, cuando tocaban a su fin aquellas horas de amargura, era desconcertante. Mi deseo de Bardia se agotaba. Esto no habrá de creerlo quien no haya vivido y meditado mucho, nadie que no sepa cuán repentinamente se agosta y marchita una pasión cobijada durante años en el corazón. Quizá en el alma, como en la tierra, las cosas que crecen revestidas de los más vivos colores, desprendiendo los más embriagadores aromas, no siempre sean las que están enraizadas en lo más hondo. O quizá sea la edad la responsable. Creo, no obstante, que principalmente era esto: que mi amor por Bardia (no Bardia en sí) se había convertido para mí en algo insano. Me había visto arrastrada, empujada, tan lejos y tan por encima de mí, a tales cimas y abismos de la verdad que había llegado a un punto de la atmósfera en el que el amor no podía vivir. Hedía; se descomponía: era una pasión corrosiva por alguien a quien nada podía ofrecer, de quien todo amaba. Sabe el cielo cómo hubimos de atormentarlo, Ansit y yo. Porque no hace falta ser ningún Edipo para adivinar que sus celos, más de una noche, cuando llegaba tarde de palacio, le tenían preparado un recibimiento al calor de un agriado hogar.

Mas cuando el deseo se fue, prácticamente todo cuanto llamaba yo se fue con él. Como si toda mi alma fuese una muela y ahora esa muela hubiese sido extirpada. Estaba vacía. Y ahora pensaba que había tocado fondo de verdad y que los dioses ya no podían desearme nada peor.

Capítulo II

Pocos días después de mi visita a Ansit, se celebró el rito del nacimiento del Año. Es en el curso de este rito cuando el sacerdote se encierra en la mansión de Ungit a la puesta del sol y lucha al mediodía por hallar la salida y se dice que nace. Pero naturalmente, como todas estas materias sagradas, es y no es (era fácil, por lo tanto, para el Zorro, señalar sus múltiples contradicciones). Porque la lucha es con espadas de madera, y en vez de sangre se derrama vino sobre los contendientes, y aunque dicen que el sacerdote está encerrado, lo cierto es que sólo la puerta grande de occidente, la que da a la ciudad, está cerrada, y que las otras dos más pequeñas del extremo opuesto están abiertas y, por allí, los feligreses de a pie entran y salen a voluntad.

Cuando reina rey en Gloma, éste debe encerrarse a la puesta de sol con el sacerdote y permanecer en la mansión hasta que se produce el Nacimiento. Pero la ley prohíbe que una virgen esté presente en los acontecimientos que tienen lugar esa noche en la mansión; por lo tanto yo entro, por la puerta norte, sólo una hora antes del Nacimiento. (El resto de los asistentes obligados lo componen un miembro de la nobleza, uno de los ancianos, y un representante del pueblo llano; su elección se lleva a cabo mediante un procedimiento sagrado que no estoy autorizada a describir).

Ese año la mañana era fresca, fragante, con un ligero viento del sur; y debido a este ambiente fresco y agradable tuve, más que nunca, por una abominación meterme en la sagrada oscuridad de la morada de Ungit. He dicho antes (creo) que Arnom la había iluminado y limpiado un tanto. Sin embargo, era aún un espacio ciertamente asfixiante, como una prisión; y particularmente la mañana del Nacimiento, en la que se habían prodigado el incienso y los sacrificios, derramado vino y derramado sangre, y se había bailado, y festejado, y manoseado a las muchachas, y quemado grasa, durante toda la noche. Estaba tan enrarecido el ambiente por el sudor y la cochambre que (en casa de un mortal) la más haragana de las pordioseras se habría puesto a ventilar, fregar y barrer.

Entré y tomé asiento en la piedra plana que me está asignada, frente a la piedra sagrada que es la misma Ungit; la imagen nueva, la de forma de mujer, me quedaba un poco a la izquierda. El asiento de Arnom, a mi derecha. Éste llevaba puesta su máscara, por supuesto, y cabeceaba cansinamente. Batían los tambores, aunque no con fuerza, y cuando no, reinaba el silencio.

Observé a las espeluznantes muchachas sentadas en fila a uno y otro lado del recinto, todas con las piernas cruzadas frente a la puerta de sus celdas respectivas. Así se sentaban año tras año (y por lo general estériles después de unos años de fertilidad), hasta convertirse en esos vejesterios sin dientes que se arrastraban renqueando por el suelo, barriendo y atendiendo el fuego: a veces, ojo avizor, se paraban a recoger una moneda o un hueso medio roído que escondían bajo el vestido. Entretanto, yo pensaba en de qué manera el grano que aportaban los hombres, que habría podido destinarse a nutrir chicos robustos y muchachitas fértiles, era desaguado en aquella casa, donde nada recibían a cambio; y cómo la plata que se habían ganado por necesidad y con esfuerzo iba también a desembocar ahí, donde nada se daba a cambio; y de qué manera se consumían las mismas muchachas, sin recibir nada a cambio.

Luego observé también a Ungit. Como casi todas las moles sagradas, ésta no había caído del cielo. La leyenda decía que, en el origen de todo, se había abierto camino emergiendo de las entrañas de la tierra: una avanzadilla, o una embajadora, de lo que fuere que allí abajo viviese y palpitase, por debajo de lo bajo, y aún más allá, por debajo de la oscuridad, la densidad y el calor. He dicho alguna vez que

no tenía rostro; pero lo que quería decir es que tenía mil. Porque tenía muchos pliegues, surcos y rugosidades, de tal manera que, igual que cuando se contempla el fuego, podía verse en ella siempre una cara u otra. En esos momentos se la veía más rugosa que nunca, debido a la cantidad de sangre que habían estado vertiendo sobre ella durante la noche. De los pequeños regueros y coágulos me forjé una cara: una impresión pasajera, pero que no se olvida una vez vista. Una cara como la que podría verse en una hogaza de pan, hinchada, ensimismada, algo inconmensurablemente femenino. Se parecía un poco a Batta, tal como yo la recordaba en algunas actitudes. Batta, cuando éramos muy pequeñas, tenía sus arrebatos de amor, incluso hacia mí. Más de una vez huí corriendo al jardín para librarme —y para sentirme, como me sentía, limpia y lozana— de sus colosales, efusivos y vigorosos, aunque fofos, abrazos, para verme libre de su tenacidad sofocante, voraz.

«Sí», pensé, «hoy Ungit se parece mucho a Batta».

—Arnóm —dije, en un susurro—, ¿quién es Ungit?

—Creo, reina —dijo (su voz sonaba extraña saliendo de la máscara)—, que ella es un signo de la tierra, que es madre y matriz de todo lo viviente.

Ésa era la nueva forma de hablar que Arnóm, junto con otros, había aprendido del Zorro para referirse a los dioses.

—Si es madre de todas las cosas —proseguí—, ¿en qué otro sentido es madre del dios de la Montaña?

—Él es el cielo y el aire: porque vemos las nubes elevándose de la tierra en nieblas y emanaciones.

—Entonces, ¿por qué cuentan algunas historias que es también su esposo?

—Eso quiere decir que el cielo fertiliza la tierra mediante la lluvia.

—Si éste es todo su significado, ¿por qué le dan tan extraño envoltorio?

—Sin duda —dijo Arnóm (y podría añadir que bostezaba bajo la máscara, agotado de la vigilia)—, sin duda para protegerlo de lo vulgar.

No iba a continuar atormentándolo, pero me dije para mí: «Es muy raro que nuestros progenitores considerasen en principio que valía la pena contarnos que la lluvia cae del cielo, para luego, por miedo a que un secreto tan notable se divulgara (¿y por qué no se callaban?), envolverlo en un cuento inmundado para que nadie pudiese entenderlo».

Los tambores seguían sonando. A mí me empezaba a doler la espalda. Al poco rato, se abrió la puertecita que tenía a mi derecha y entró una mujer, una campesina. Era evidente que no había venido por la festividad del Nacimiento, sino por algún asunto suyo de mayor apremio. No se había preocupado (ni siquiera el menor adorno para la ocasión) en darse una apariencia de fiesta, y las lágrimas aún humedecían sus mejillas. Su aspecto era el de quien ha estado toda la noche llorando; traía en sus manos una paloma viva. Uno de los sacerdotes de menor rango se adelantó enseguida, tomó su humilde ofrenda, la abrió en canal con su cuchillo de piedra, derramó sobre Ungit un pequeño chorro de sangre (y allí pareció que goteaba de la boca de la cara que yo había visto en ella) y entregó el cadáver a uno de los esclavos del templo. La campesina se dejó caer pesadamente a los pies de Ungit. Allí permaneció largo rato, temblando tanto que a nadie podía pasarle inadvertido el tremendo dolor de su llanto. Sin embargo, el llanto cesó. Se puso de rodillas y, echándose el cabello hacia atrás, suspiró profundamente. Luego se puso en pie, disponiéndose a partir, y en cuanto se dio la vuelta pude concentrar mi mirada en sus ojos. Su congoja era notable; y pese a todo (yo la tenía

muy cerca y no podía engañarme) era como si alguien le hubiera pasado una esponja por encima. Su agitación había hallado la calma. Estaba tranquila, resignada, con facultades para hacer lo que tuviera que hacer.

—¿Te ha dado consuelo Ungit? —le pregunté.

—Oh, sí, reina —dijo la mujer, con expresión casi radiante—, oh, sí, Ungit me ha dado un gran consuelo. No hay diosa como ella.

—¿Siempre rezas a *esta* Ungit —pregunté (señalando la piedra informe)— y no a *aquella* otra? —Esta vez señalé nuestra nueva imagen, alta y erguida y debidamente vestida para la ceremonia y (dijera lo que dijera el Zorro) preciosa como nada que se haya visto en nuestro país.

—Oh, siempre a ésta, reina —contestó—. La otra, la Ungit griega, no entendería lo que le dijese. Es sólo para nobles y hombres leídos. No hay consuelo en ella.

Poco después de esto fue ya mediodía, la hora de representar el simulacro de combate en la puerta de occidente, y salimos todos a la luz del día, detrás de Arnom. Ya sabía lo que ahí nos esperaba: el pueblo en masa gritando, «¡Ha nacido! ¡Ha nacido!», haciendo girar las carracas y lanzando al aire semillas de trigo; todos sudorosos, peleándose por subir unos a hombros de otros y poder vernos a Arnom y los demás. Pero aquel día me causó una impresión desconocida. Era el júbilo de la gente lo que me sorprendía. Ahí estaban, después de horas esperando, tan apretujados que casi ni podían respirar, cada uno —sin duda— con una docena de penas y cuidados a la espalda (¿quién no los lleva?), y aun así todos, hombres y mujeres y hasta niños, daban la impresión de que todo en el mundo marchaba de maravilla por la simple razón de que un hombre vestido de pájaro había aparecido por una puerta después de asestar un par de golpes con una espada de madera. Incluso los que, en su urgencia por vernos, habían sido arrollados se comportaban como si nada, y de hecho sus risas eran más sonoras que las de los demás. Vi a dos granjeros a quienes tenía —a ciencia cierta— por enemigos encarnizados (cuando yo presidía juicios, sus pleitos habían consumido más horas que todos los de la mitad de la población juntos) aplaudir y gritar, por un momento hermanos: «¡Ha nacido!».

Volví a casa a descansar en mis aposentos, pues ahora que soy vieja estar sentada en esa piedra plana me cansa inmisericordemente. Me sumí en profundas meditaciones.

—Levántate, muchacha —dijo una voz. Abrí los ojos. Mi padre estaba de pie a mi lado. Y de golpe todos mis años de reinado se contrajeron hasta hacerse pequeños como un sueño. ¿Cómo había podido creer en ellos? ¿Cómo había podido creer una sola vez que iba a verme libre del rey? Me levanté de la cama obedientemente y me puse frente a él. Cuando quise ponerme el velo, me dijo—: Nada de tonterías, ¿me oyes? —y yo, obedeciendo, lo dejé a un lado—. Acompáñame a la Sala de las Columnas —añadió.

Seguí sus pasos escalera abajo (el palacio entero estaba desierto) y fuimos a la Sala de las Columnas. Él empezó a mirar en torno a sí, y yo me asusté enormemente porque tuve la seguridad de que estaba buscando aquel espejo suyo. Pero yo se lo había regalado a Redival cuando se convirtió en reina de Fars: ¿y qué haría él cuando descubriera que le había robado su joya más preciada? No obstante, se dirigió hacia un ángulo de la sala donde encontró (cosas raras de encontrar en un lugar así) dos picos y una palanca.

—A trabajar, gnomo —dijo, obligándome a coger uno de los picos.

Empezó a picar el suelo de losa justo en el centro de la sala; yo le ayudé. Ardua tarea para mi

dolor de espalda. Después de levantar cuatro o cinco grandes losas de piedra, encontramos un negro agujero, como un ancho pozo.

—Tírate —dijo el rey, agarrándome de la mano.

Y por mucho que forcejeé, no fui capaz de desprenderme; saltamos los dos a un tiempo. Después de caer un largo trecho, aterrizamos sobre nuestros pies, sin que la caída nos causara daño. Ahí abajo hacía más calor y el aire era difícil de respirar, pero la oscuridad no era tanta que impidiese distinguir el lugar donde nos hallábamos. Era otra Sala de las Columnas, exactamente como la que acabábamos de dejar, sólo que más pequeña y hecha toda (suelo, paredes y columnas) de adobe. Y aquí también miró mi padre a su alrededor, y una vez más tuve miedo de que me pidiera cuentas de lo que había hecho con su espejo. Pero, en cambio, se dirigió a un ángulo de la sala donde encontró dos palas y me puso una en la mano diciendo:

—Y ahora a trabajar. ¿O piensas pasarte en la cama toda la vida?

Tuvimos, pues, que cavar un agujero en el centro de la sala. Y esta vez la tarea fue más difícil que antes, porque el suelo era de arcilla dura y adherente, tanto que más valía cuartearla a golpes de pala antes que intentar cavar en ella. Y hacía un calor sofocante. Pero tanto hicimos al fin que otro agujero negro se abrió a nuestros pies. Sabía esta vez cuáles eran sus intenciones, por lo que traté de poner mis manos fuera de su alcance. Pero él lo advirtió y me dijo:

—¿Ya empiezas a maquinare trucos contra mí? Tírate.

—Oh, no, no, no. Más abajo no. ¡Ten piedad! —dije.

—Ahora no tienes Zorro que valga —dijo él—. Estamos muy por debajo de cualquier madriguera que un zorro pueda cavar. Entre la más profunda y tú hay cientos de toneladas de tierra.

Acto seguido saltamos dentro del agujero, y caímos más hondo que la vez anterior, pero de nuevo aterrizamos ilesos. El lugar estaba mucho más oscuro, aunque no dejé de ver que volvíamos a encontrarnos en otra Sala de las Columnas; pero ésta era de piedra viva, y por sus paredes caían pequeños regueros de agua. Aunque en profundidad era como las dos salas, ésta era con mucho la más pequeña. Y al observarla bien pude notar que incluso se estaba volviendo más pequeña. El techo se acercaba a nuestras cabezas. Quise gritar al rey: «Si no te das prisa, moriremos sepultados», pero me estaba asfixiando y no me salía la voz. Entonces pensé: «Le da igual. Le da igual que lo sepulten, porque ya está muerto».

—¿Quién es Ungit? —preguntó, sujetándome todavía la mano.

Seguidamente me guio a través del piso; y vi, mucho antes de que llegáramos, el espejo en la pared, justo donde siempre había estado. Al verlo aumentó mi terror y luché con toda el alma para no seguir adelante. Pero la mano de mi padre se había vuelto muy grande y era blanda y pegajosa como los brazos de Batta, o como la ingrata arcilla que habíamos estado cavando, o como la masa de un pan enorme. No es que me llevase a rastras, sino que era como una ventosa absorbiéndome; pero, finalmente, llegamos frente al espejo y allí nos detuvimos. Y en él le vi, con la misma mirada de aquel otro día en que, hacía mucho tiempo, me había puesto en el mismo trance.

Pero mi cara era la cara de Ungit, tal como yo la había visto ese día en su morada.

—¿Quién es Ungit? —preguntó el rey.

—Ungit soy yo.

La voz salió de mí en un triste quejido y me di cuenta de que me encontraba en mi propia alcoba, y que hacía fresco y era de día. Había sido, por tanto, lo que llamamos un sueño. Pero debo advertir

que desde entonces me he visto acosada por visiones que he sido incapaz de discernir con claridad, que no he sabido si eran sueño o vigilia, y no he podido decir si era más cierto lo uno o lo otro. Esta visión, en cualquier caso, no podía ser rebatida. Sin lugar a dudas era cierta. Yo era Ungit. Aquella cara ruinosa era la mía. Era aquella cosa que se parecía a Batta, aquella cosa omnívora, como una matriz, por más que estéril. Gloma era una telaraña; y la gorda araña, instalada en el medio, que se atiborraba de vidas que a los hombres robaba.

—No voy a ser Ungit —dije. Me levanté de la cama, temblando como si tuviera fiebre, y eché el cerrojo a la puerta. Descolgué mi vieja espada, la misma que Bardia me había enseñado a utilizar, y la desvainé. Las lágrimas acudían a mis ojos, del modo que parecía más oportuno (y ciertamente el filo era de lo más perfecto, afortunado y real). —Espada —dije—, has tenido una vida feliz. Mataste a Argan. Salvaste a Bardia. Llegó la hora de tu obra maestra.

Pero todo esto era un absurdo, en fin de cuentas. En aquella hora la espada pesaba demasiado para mí. Mi agarre —imaginaos una mano venosa, como una zarpa, los nudillos a flor de piel— era el de un niño. Jamás iba a poder dar en el blanco; y sabía, por mi experiencia considerable en batalla, lo que una endeble estocada es capaz de ocasionar. A estas alturas, esta solución para dejar de ser Ungit era demasiado ardua para mí. Me senté, cuan fría, pequeña e inútil era, al borde de la cama y volví a reflexionar.

Alguna grandeza debe haber, la vean los dioses o no, en el alma de un mortal. Porque, al parecer, el sufrimiento es infinito, y nuestra resistencia no tiene límite.

De lo que aconteció a continuación no puedo en absoluto afirmar si fue lo que los hombres llaman real, o si se trató de lo que ellos llaman un sueño. Y por lo que pueda yo saber, la única diferencia radica en que llamamos real a lo que muchos ven, y sueño a lo que ve uno solo. Sin embargo, las cosas que ven muchos acaso no tengan en sí trascendencia alguna, ni dejen ningún rastro tras sí, y en cambio las que se muestran a uno solamente quizá sean lanzas y trombas de verdad surgidas de las raíces más profundas de la verdad.

El día acabó por pasar. Todos los días pasan, y eso es un gran consuelo; a menos que haya en los dominios de la muerte alguna región terrible donde los días nunca terminen de pasar. En lo que a mí respecta, en cuanto la casa quedó recogida, me envolví en una negra capa y cogí un bastón para apoyarme; pues creo que la debilidad del cuerpo, de la que ahora muero, debió de empezar en esos días. Tuve entonces una idea nueva. El velo ya no era un medio para que nadie me conociera. Me delataba: todos conocían a la reina velada. A partir de entonces mi disfraz iba a ser ir a rostro descubierto: apenas había quien me hubiese visto sin velo. Y de esta guisa, por primera vez en muchos años, salí al exterior sin cubrirme el rostro; mostré aquella faz de la que muchos habían dicho, con mayor razón de la que podían sospechar, que era demasiado espantosa para ser vista. Salir desnuda no me habría dado más vergüenza. Ya que, por lo que sabía, para la gente yo iba a ser como Ungit, como la Ungit que yo me había visto siendo en aquel espejo en las entrañas de la tierra. ¿Como Ungit? Yo era Ungit: yo estaba en ella, ella estaba en mí. A lo mejor, si alguien me veía, se pondría a adorarme. Me había transformado en aquello que la gente, y el viejo sacerdote, llamaban sagrado.

Como había hecho tantas veces, salí por la pequeña puerta de occidente que da al jardín de hierba. Y desde allí, con fatiga indecible, atravesé la ciudad dormida. Pensé que no dormiría tan profundamente si supiera qué oscuro ser renqueaba bajo sus ventanas. Una vez oí llorar a un niño: quizá estaba soñando conmigo. «Si la Sombra de la Bestia empieza a bajar a la ciudad, la gente será

presa del pánico», había dicho el difunto sacerdote. Si yo era Ungit, acaso también fuese la Sombra de la Bestia. Porque los dioses obran entrando y saliendo unos de otros, y del mismo modo obran en nosotros.

Finalmente, extenuada, exánime, me encontré fuera de los límites de la ciudad, camino abajo hacia el río; yo misma lo había hecho ahondar. En el viejo Shennit, tal como había sido antes de las obras que emprendí, no se habría ahogado, como no fuese en una crecida, ni una vieja decrepita.

Tenia que andar un pequeño trecho pegada al río para llegar a cierto sitio donde sabía que la orilla estaba alta, lo suficiente para poder arrojarme desde ella; y es que dudaba de mi coraje para adentrarme en el agua, sentir primero cómo la muerte me subía hasta las rodillas, luego hasta la barriga, luego hasta el cuello, y seguir aún más allá. Al alcanzar la orilla elevada, cogí mi cinturón y con él me até los tobillos, a fin de no poder —ni aun en mi vejez— salvar la vida, o alargar mi muerte, nadando. Después, jadeando por el esfuerzo, me enderecé, y me erguí como un prisionero sobre mis pies.

Di un salto (¡qué mezcla de miseria y bufonería habrían contemplado mis ojos de haber podido verlo!)... salté con los pies atados avanzando un poco más en la orilla.

Una voz surgió más allá del río:

—No lo hagas.

En un instante —hasta entonces había estado congelándome de frío— fui atravesada por una llamarada de fuego: llegó hasta mis propios y entumecidos pies. Aquello era la voz de un dios. ¿Quién iba a saberlo mejor que yo? La voz de un dios había arruinado una vez mi vida. No son voces que uno pueda confundir. Acaso algunas veces, gracias a alguna artimaña de los sacerdotes, hayan tomado los hombres por divina una voz mortal. Pero al revés, el efecto sería nulo. Nadie, en el trance de oír la voz de un dios, la toma por la de un mortal.

—Señor, ¿quién eres? —pregunté.

—No lo hagas —dijo el dios—. No puedes huir de Ungit bajando a los infiernos, porque allí también te la encontrarás. Muere antes de morir. Después no hay oportunidad.

—Señor, Ungit soy yo.

Pero no hubo respuesta. Ésta es, en fin, otra característica de las voces de los dioses: una vez han cesado, aunque haya pasado apenas el tiempo que tarda el corazón en dar un latido, y aunque las firmes, diáfanas sílabas, las gruesas columnas u obeliscos inmensos del sonido aún estén haciendo mella en nuestros oídos, es como si hubiesen cesado hace mil años, y esperar que se vuelvan a pronunciar es como pedir una manzana a un árbol que dio fruto el día de la creación.

La voz del dios no había cambiado en todos esos años, pero yo sí. En mí no quedaba ya asomo alguno de rebeldía. Mi deber era no ahogarme, y sin duda no iba a ser capaz de hacerlo.

Volví a casa arrastrándome, perturbando una vez más la paz de la ciudad. Y en cuanto mi cabeza tocó la almohada, apenas pareció transcurrir un instante antes de que vinieran mis mujeres a despertarme; no sé si es que todo el viaje había sido un sueño, o que el cansancio (y eso no sería de extrañar) me había precipitado a un descanso sumamente rápido.

Capítulo III

Los dioses me concedieron unos cuantos días para masticar el extraño pan que me habían dado. Yo era Ungit. ¿Qué significaba esto? ¿Acaso los dioses son una corriente que fluye y refluye dentro de nosotros de la misma manera que ellos fluyen y refluyen de uno a otro? Tampoco —esta vez tampoco— iban a dejarme morir antes de haber muerto. Conocía ciertas iniciaciones, en la lejana Eleusis, en tierras de Grecia, para las que un hombre muere y vive de nuevo antes de que el alma abandone el cuerpo. Pero ¿cómo iba yo a ir a tal sitio? Recordé entonces la charla que tuvo Sócrates con sus amigos antes de beber la cicuta, y cómo dijo que la verdadera sabiduría consiste en el arte y ejercicio de la muerte. Y pensé que Sócrates era un experto en tales materias, más que el Zorro, porque en ese mismo libro nos ha dicho que el alma «se ve arrastrada a través del miedo a lo invisible»; llegué a preguntarme, en fin, si él no habría experimentado también este terror igual que yo en el valle de Psique. Sin embargo, supuse que al hablar de la muerte que es sabiduría se estaba refiriendo a la muerte de nuestras pasiones, de nuestros deseos y opiniones vanas. E inmediatamente (es terrible estar tan loco) creí ver la vía que había de seguir, una vía despejada y no imposible. Decir que yo era Ungit significaba que mi alma era tan fea como la de Ungit: avariciosa, sanguinaria. Pero ejercitando la verdadera filosofía, tal como Sócrates la entendía, iba a trocar en hermosura su fealdad. Y esto, con la ayuda de los dioses, podía conseguirlo. Debía ponerme a ello enseguida.

Con la ayuda de los dioses... pero ¿es que iban a ayudarme? En cualquier caso debía empezar. Y, por lo que me parecía, no iban a ayudarme. Cada mañana me levantaría con la firme intención de ser justa, juiciosa y paciente en cada uno de mis actos y pensamientos; pero antes de que acabaran de vestirme habría vuelto ya a las andadas (y sin saber por cuánto tiempo) con alguna antigua ira, resentimiento, punzante fantasía u hosco rencor. No iba a resistir ni media hora. Y al mismo tiempo mi cabeza arrastraba el tortuoso recuerdo de aquellos días en que había tratado de poner remedio a la fealdad de mi cuerpo con nuevas componendas con el peinado o el color de mis vestidos. Sentía escalofríos de estar de nuevo trabajando en lo mismo. No podía enmendar más mi alma que mi rostro. A menos que los dioses me ayudaran. ¿Y por qué no ayudaban los dioses?

¡Bah! Una idea terrible, abrupta y colosal como un acantilado se irguió ante mí: tenía infinitas probabilidades de ser cierta. No habrá hombre que quiera amarte, ni que des tu vida por él, si no tienes una cara bonita. Por lo tanto (¿acaso no podía ser?) los dioses no querrán amarte (por mucho que quieras complacerlos, por mucho que padezcas) si no tienes esa belleza de alma. En ambas carreras, sea la meta el amor de los hombres o el de un dios, ganadores y perdedores nacen con una marca. Traemos al mundo, con nosotros, la fealdad; con ella, nuestro destino. Todos hemos soñado alguna vez con alguna otra tierra, algún otro mundo, algún otro criterio de repartir los premios que nos permitiese figurar como conquistadores: dejar atrás, bien lejos, los cuerpos tersos, redondeados, las caritas blancas y sonrosadas, las cabelleras como oro bruñido; ver llegar su hora, empezar la nuestra. Pero ¿y si no fuera así? ¿Y si hubiéramos sido creados para ser heces, basura, en cualquier parte y de cualquier modo?

Por esta época acació (si así se dice) otro sueño. No fue, sin embargo, igual que un sueño, porque había ido a mi alcoba una hora después de mediodía (y no estaba ninguna de mis mujeres) y, sin echarme, sin sentarme siquiera, entré en la visión por mi propio pie con sólo abrir la puerta. Me hallaba a la orilla de un río grande y cristalino. En la otra orilla se veía un rebaño: de ovejas, al parecer.

Luego, al examinarlo más de cerca, vi que estaba formado íntegramente por carneros, carneros de la alzada de un caballo, provistos de inmensos cuernos, y su lana, de oro, resplandecía tanto que me obligaba a apartar la vista. (Un cielo azul, profundo, se elevaba sobre ellos, y la hierba era verde y luminosa como una esmeralda, y debajo de cada árbol se recortaba nitidamente un remanso de sombra muy oscura. Aquel aire campestre era dulce como música). «Éstos son —pensé— los carneros de los dioses. Si pudiera robar de sus costados un solo remolino de oro, obtendría la belleza. Los ricitos de Redival no eran nada comparados con esta lana». En la visión yo era capaz de hacer lo que el miedo me había impedido hacer en el Shennit, ya que me metí en el agua fría, hasta la rodilla, hasta la barriga, hasta el cuello, hasta que dejé de tocar el fondo; y luego nadé y volví a hacer pie hasta que salí finalmente y me encontré en los pastos de los dioses.

Y avancé por aquel césped sagrado con el corazón lleno de bondad y contento. Los carneros, a su vez, se dirigían hacia mí. A medida que en su estampida se aproximaban, iban apiñándose cada vez más unos contra otros, hasta constituir una densa muralla de oro vivo. Y con fuerza terrible arremetieron contra mí con sus cuernos encrespados, haciéndome caer de bruces, y con sus pezuñas me pisotearon. No obraban movidos por la ira. Era su alegría lo que me arrollaba; acaso ni me veían: ciertamente yo no era nada para ellos. Esto lo entendía claramente. Me pisoteaban y me embestían llevados por su alegría: la Naturaleza Divina nos hiere y quizá nos destruye por el mero hecho de ser como es. A eso llamamos ira de los dioses; como si la gran catarata de Fars se enfureciera con cada mosca que engulle su verde trueno.

Pese a todo no me mataron. Cuando se quitaron de encima de mí, vivía y me reconocía, y al poco rato pude tenerme en pie. Vi entonces que había otra mujer mortal en aquel prado. Ella no parecía verme a mí. Caminaba lenta, sigilosamente, a lo largo del seto que bordeaba el campo de césped, escudriñándolo como un espigador, cogiendo algo del seto. Enseguida vi qué. Puntos de oro brillante estaban enredados en los espinos. ¡Claro! Los carneros, al rozarlos en su embestida, habían dejado en los espinos briznas de su lana de oro. Esto es lo que la mujer espigaba, un puñado tras otro, una rica cosecha. Lo que yo había buscado vanamente enfrentándome a las bestias terribles y jubilosas ella lo tomaba a placer. Consegua sin esfuerzo lo que el mayor esfuerzo no había conseguido para mí.

Ahora desesperaba de dejar de ser Ungit alguna vez. Aunque era primavera fuera de mí, dentro un invierno que, por lo visto, iba a durar siempre cercenaba todos mis poderes. Era como si hubiese muerto ya, pero no como el dios, o como Sócrates, me autorizaban a morir. Y a pesar de todo no dejé ni un momento de manejar con soltura mis deberes, de decir y hacer cuanto fuese necesario, y nunca se enteró nadie de que algo marchase mal. Incluso los veredictos que emití en esa época, desde mi tribuna de juez, fueron tenidos por más justos y más sabios, si cabe, que los de antes: había sido una labor de muchos años y sé que la hacía bien. Sin embargo, ahora, reos y demandantes, testigos y toda la compañía, más se me antojaban sombras que hombres reales. Me traían sin cuidado (aunque a fin de cuentas me esforzase en discernir) quién tenía derecho a la pequeña parcela o quién había robado los quesos.

Sólo me quedaba un consuelo. Si era posible que hubiese devorado a Bardia, al menos era verdad que había querido a Psique. En este punto, si no en ningún otro, tenía razón yo y no los dioses. Y del mismo modo que apura su último hálito de placer —cualquiera que sea— un prisionero en una mazmorra o un enfermo postrado en su lecho, yo apuré el mío. Y un día, tan pronto como me vi libre de una jornada de trabajo agotadora, cogí este libro y salí al jardín dispuesta a buscar alivio, y a

nutrirme de él, relejendo los pasajes en que se contaban mis desvelos por Psique, cómo la había alleccionado e intentado salvarla y herido a mí misma por su propio bien.

Lo que sucedió a continuación fue en verdad visión y no sueño. Pues sobrevino antes de que llegara a sentarme o a desenrollar el libro. Me introduje en la visión con los ojos del cuerpo bien abiertos.

Caminaba sobre arenas ardientes, llevando un cuenco vacío. La conciencia de mi cometido era clara. Debía encontrar el manantial que brota del río que fluye en los infiernos, llenar el cuenco con agua de la muerte, volver con él sin derramar una gota y entregárselo a Ungit. Porque en esta visión ya no era Ungit: era su esclava, o su prisionera, y si cumplía todas las tareas que ella me asignaba, tendría quizá la posibilidad de que me dejase en libertad. Y así andaba yo hundida en la árida arena hasta los tobillos, blanca de arena hasta la cintura, seca la garganta por la arena; un cenit sin descanso sobre mi cabeza, un sol tan alto que impedía mi sombra. Y yo anhelaba el agua de la muerte: porque, por muy amarga que fuera, seguro que debía estar fresca, viniendo del país sin sol. Cien años anduve. Pero al fin terminó el desierto, a los pies de unas grandes montañas: peñascos y pináculos, despeñaderos que nadie sería capaz de escalar. Rocas desprendidas caían constantemente de las cumbres; su estrépito, su estruendo, rebotando de un saliente a otro, y luego el golpe sordo al caer en la arena: no se oía más. Observando la erosión de la piedra, creí en un principio que estaba hueca, y que aquel aleteo que se veía sobre su superficie candente eran sombras de nubes. Pero no había nubes. No tardé en ver lo que era en realidad. Aquellas montañas estaban vivas: un número incontable de serpientes y escorpiones se deslizaba y escabullía entre ellas sin parar. El lugar era una enorme cámara de tortura, donde los utensilios estaban todos vivos. Y yo sabía que la cisterna que andaba buscando nacía en su mismo corazón.

—Jamás conseguiré subir —dije.

Me senté sobre la arena contemplándolas, hasta que sentí como si la carne se me hubiera quemado y pegado a los huesos. Luego, finalmente, se hizo una sombra. Oh, favor de los dioses, ¿acaso era una nube? Levanté la vista al cielo y casi me quedé ciega, pues el sol aún daba justo encima de mi cabeza: había llegado, al parecer, a ese país donde los días nunca pasan. Sin embargo, al fin, a través de esa luz terrible que parecía penetrar en mi cerebro por las cuencas de mis ojos, divisé algo: algo negro contra el azul, pero demasiado pequeño para ser una nube. Luego, por su movimiento en círculo, me di cuenta de que era un pájaro. Revoloteando, descendió un poco, y finalmente vi con claridad un águila: pero un águila divina, mucho más grande que las que habitan las tierras altas de Fars. Se posó suavemente sobre la arena y me miró. Su rostro se parecía un poco al del difunto sacerdote, pero no era él: era una criatura divina.

—Mujer —dijo—, ¿quién eres tú?

—Soy Orual, reina de Gloma —respondí.

—Entonces no es a ti a quien me han enviado a ayudar. ¿Qué es este rollo que llevas en la mano?

Me di cuenta entonces, con gran desfallecimiento, de que lo que había llevado conmigo todo este tiempo no era un cuenco, sino un libro. Esto lo echó todo a perder.

—Es mi querella contra los dioses —dije.

El águila batió sus alas, alzando la cabeza, y exclamó en voz alta:

—Al fin ha llegado. Aquí está la mujer que presenta una querella contra los dioses.

Inmediatamente rugieron cien ecos en la faz de la montaña: «Aquí está... una querella contra los

dioses... ella contra los dioses».

—Ven —dijo el águila.

—¿Adonde? —pregunté.

—A los tribunales. Tu caso será oído —y una vez más a voz en grito exclamó—: Ha venido. Ha venido.

Salieron entonces de cada grieta, de cada cavidad de las montañas oscuros seres de aspecto humano, en tal número y multitud que me vi rodeada por ellos antes de poder alzar el vuelo. Me agarraban y empujaban y se me pasaban unos a otros, y todos, mirando a la faz de la montaña, gritaban: «Ya está aquí. Ya está aquí la mujer»; y voces (o eso parecían) que surgían de dentro de la montaña respondían: «Traedla. Traedla. Llevadla ante los tribunales. Su caso será oído». Fui arrastrada, apretujada y a veces izada, hacia arriba entre las rocas, hasta que finalmente se abrió ante mí un gran agujero negro. «Traedla. El tribunal espera», decían las voces. Y con un súbito golpe de frío me vi precipitada, escapando al alcance del ardiente sol, en los oscuros entresijos de la montaña, y luego más adentro, siempre apremiada, siempre de mano en mano, y siempre con aquel griterío escandaloso: «Ya está aquí. Al fin ha venido. Al juez, al juez». Acto seguido las voces cambiaron, se fueron calmando; y ahora decían: «Soltadla. Que suba al estrado. Silencio en la sala. Silencio para su querella».

Me había librado ya de todas aquellas manos; estaba sola (según creía) en la oscuridad del silencio. Se hizo entonces una especie de luz mortecina. Estaba sobre una plataforma o pilar de roca en una cueva tan grande que las paredes y el techo se perdían de vista. En torno a mí, a mis pies, hasta los mismos bordes de la piedra que me sostenía, se había originado una especie inquieta de oscuridad. Mis ojos, no obstante, apenas tardaron en poder distinguir cosas paulatinamente en aquella penumbra. La oscuridad tenía vida. Constituía una gran asamblea, los ojos todos fijos en mí, allí elevada en mi pedestal inestable sobre sus cabezas. Nunca, en paz o en guerra, he visto tan vasta concurrencia. Se contaban por decenas de millares, todos guardando silencio, todos los rostros observándome. Vi, entre ellos, a Batta, a mi padre el rey, y al Zorro, y a Argan. Todos eran fantasmas. En mi locura nunca me había puesto a pensar en la cantidad de muertos que podía haber. Los rostros, uno encima de otro (pues el lugar estaba dispuesto de esa manera), se elevaban y elevaban y descendían en la penumbra, hasta tal punto que la sola idea de contar, no los rostros — que sería obra de locos—, sino las filas mismas era un suplicio. Aquel espacio sin límites estaba atiborrado hasta el borde de su capacidad. El tribunal se había constituido.

A mi misma altura, aunque muy lejos de mí, se sentaba el juez. Hombre o mujer, ¿quién podía saberlo? Un velo tapaba su rostro. Estaba completamente cubierto de negro de la corona a los pies.

—Descubridla —dijo el juez.

Unas manos aparecieron detrás de mí y me arrancaron el velo; después de él, hasta mi último harapo. El vejestorio, con su cara de Ungit, se mostraba desnuda ante aquella inacabable multitud de espectadores. Ni una hebra me cubría; en mi mano no había cuenco que llenar con el agua de la muerte: sólo mi libro.

—Lee tus cargos —dijo el juez.

Miré el rollo que tenía en la mano y vi inmediatamente que no era el libro que yo había escrito. No podía serlo: era, a todas luces, demasiado pequeño. Y demasiado viejo: una cosa pobre, desastrada, deshecha, en nada parecida al libro en que yo había trabajado todo el día, y día tras día,

mientras Bardia agonizaba. Mi primera idea fue tirarlo y pisotearlo. Iba a decirles que alguien me había robado la querella y escurrido aquella cosa en mi mano en su lugar. Me sorprendí, sin embargo, desenrollándolo. Estaba todo escrito por la parte de dentro, pero con una letra que no se parecía a la mía. No era más que un mísero garabato; cada trazo mezquino y al mismo tiempo rabioso, como la voz de mi padre cuando gruñía, como las caras ruinosas que uno podía formarse con la piedra de Ungit. Me invadieron un terror y un asco enormes. Me dije: «Que me hagan lo que quieran. Jamás leeré este chisme. Devolvedme mi Libro». Pero ya me estaba oyendo leerlo. Y lo que acabé por leer fue como sigue:

—Sé lo que vais a decir. Diréis que los dioses de verdad no tienen nada que ver con Ungit, que lo que a mí se me mostró era un dios de verdad y la morada de un dios de verdad, y que mi deber era reconocerlo. ¡Hipócritas! Todo eso ya lo sé. ¡Como si diciéndolo fuesen a cerrarse mis heridas! Habría sido capaz de sobrellevarlo si fuerais una cosa como Ungit o como la Sombra de la Bestia. Bien sabéis que en realidad no empecé a odiaros hasta que Psique empezó a hablar de su palacio y de su amado y de su esposo. ¿Por qué me mentisteis? Dijisteis que una bestia iba a devorarla. Entonces, ¿por qué no lo hizo? La habría llorado, habría dado sepultura a sus restos, le habría erigido una tumba y... y... ¡Pero robarme su amor! ¿Es posible que no lo entendáis? ¿O es que os creéis que a nosotros, mortales, nos iba a ser más fácil cargar con vosotros si fuerais hermosos? Os digo que si eso ocurriera sería para nosotros mil veces peor. Porque, entonces (conozco los efectos de las cosas hermosas), seríais tentadores y seductores. Nos dejaríais sin nada: nada que nos valiera la pena conservar, nada que os mereciera el esfuerzo de quitarnos. Aquellos a quienes más amamos — aquellos a los que más vale la pena amar—, a esos precisamente os llevaríais. Oh, puedo verlo desde aquí, veo correr los años y cada día es peor que el anterior, a medida que vais revelando más y más vuestra belleza: el hijo le da la espalda a la madre, la esposa al esposo, arrebataos por esa voz incesante, esa llamada continua de los dioses. Que se los lleva a donde no podemos seguirlos. Estaríamos mucho mejor si fuerais sucios y voraces. Preferiríamos saberlos muertos siendo nuestros antes que vuestros e inmortalizados. Pero robarme su amor, hacerla ver cosas que yo era incapaz de ver... oh, diréis (me lo habéis dicho en susurros cuarenta años) que tenía indicios suficientes de que su palacio era real, que habría podido conocer la verdad de haberlo querido. Pero ¿cómo podía yo querer conocer la verdad? Decídmelo. Aquella criatura era mía. ¿Qué derecho teníais de raptarla, de arrastrarla a vuestras cumbres horribles? Diréis que es que estaba celosa. ¿Celosa de Psique yo? No tuve celos mientras fue mía. Si lo hubierais hecho al revés —si hubieran sido mis ojos los que hubierais abierto—, no habríais tardado en comprobar de qué manera le enseñaba, le decía, la instruía, la ponía a mi altura. Pero ver a una niña, que no más que eso era, que ni una sola idea tenía (o no debería haber tenido) en la cabeza que yo no le hubiese puesto ahí, erigirse en visionaria, en profetisa, a un paso de creerse diosa... ¿cómo iba alguien a tolerar algo así? Por eso digo que da lo mismo que seáis bellos o inmundos. Que deba haber dioses siquiera, he aquí nuestra miseria, nuestro más craso error. O vosotros o nosotros: no hay sitio para los dos en el mismo mundo. Sois un árbol a cuya sombra no podemos florecer. Queremos ser dueños de nosotros mismos. Yo era mi dueña y Psique era mía, y nadie más tenía derecho a ella. Oh, diréis que la transportasteis a un estado de júbilo y bendición que yo jamás hubiese tenido a mi alcance darle, y que debería estar contenta de su suerte. ¿Por qué? ¿Qué interés iba yo a tener por una forma de felicidad desconocida, horrible, que yo no le había dado y que la alejaba de mí? ¿Creéis que quería verla feliz, de esa manera? Hubiese preferido

ver a la Bestia descuartizarla ante mis propios ojos. La raptasteis para hacerla feliz, ¿eso hicisteis? ¡Pero si cualquier rufián que seduce con sus mimos, sus sonrisas, su paso gatuno, a la mujer, al esclavo o al perro de otro hombre podría decir lo mismo! Un perro, sí. Esto viene como anillo al dedo. Os agradeceré que me dejéis a mí sola alimentar a los míos: no necesitaba golosinas de vuestra mesa. ¿Alguna vez os parasteis a pensar de quién era ella? Era mía. *Mía*: ¿sabéis lo que significa esta palabra? ¡Mía! Sois unos ladrones, unos seductores. He aquí mi error. No me quejaré (ahora no) de que seáis unos bebedores de sangre y unos devoradores de hombres. Ya no tengo fuerzas para estas cosas...

—Basta—dijo el juez.

Había un completo silencio a mi alrededor. Y entonces, por vez primera, me di cuenta de lo que había estado haciendo. Mientras leía, me había extrañado, repetidamente, de que la lectura durase tanto siendo tan corto el libro. Ahora me daba cuenta de que lo había estado leyendo una y otra vez: quizá una docena de veces. Si el juez no me hubiese interrumpido, lo habría leído toda una eternidad, a toda prisa, volviendo a la primera palabra antes de que la última saliese de mis labios. Y la voz con que lo había leído sonaba extraña a mis oídos. Pero me había sido concedida al fin la certeza de que ésta era mi voz real.

El silencio se prolongó tanto en la oscura asamblea que habría podido leer el libro otra vez de cabo a rabo. Finalmente, el juez habló:

—¿Se te ha respondido?

Y yo dije:

—Sí.

Capítulo IV

La querella era la respuesta. Haberme oído a mí misma formularla era la respuesta. Muy a la ligera hablan los hombres de decir lo que quieren decir. A menudo, cuando me enseñaba a escribir en griego, el Zorro decía: «Pequeña, decir exactamente aquello que se quiere decir, todo lo que realmente se quiere decir, nada más ni nada menos ni una cosa distinta: en eso consiste todo el arte y todo el gozo de las palabras». Pura retórica. Cuando a uno le llega la hora en que por fin se ve obligado a pronunciar las palabras que durante años ha cobijado en los entresijos del alma, las que, en todo ese tiempo, no ha hecho más que repetir y repetir como un idiota, uno no halla gozo alguno en las palabras. Comprendí muy bien por qué los dioses no nos hablan abiertamente ni nos dejan responder. Mientras esas palabras no puedan sernos arrancadas, ¿por qué iban a prestar oídos a la cháchara que creemos querer decir? ¿Cómo van a mostrarse ante nosotros cara a cara mientras no tengamos rostro?

—De esa jovencita me encargo yo —dijo una voz bien conocida—. Yo la aleccionaré.

Entonces otra voz habló bajo mis pies. Era la del Zorro.

Creí que iba a alegar alguna terrible evidencia contra mí. Pero lo que dijo fue:

—Oh, Minos, o Radamanto, o Perséfone, sea cual sea tu nombre, mía es en gran parte la culpa de todo esto, y soy yo quien debería padecer el castigo. Como a un papagayo, yo le enseñé a decir: «Mentiras de poetas» y «Ungit es una falsa imagen». Y le hice creer que con eso se zanjaba la cuestión. Nunca le dije: una imagen demasiado auténtica del demonio interior. Y que hay además esa otra faz de Ungit (tiene mil)... algo que está vivo al fin y al cabo. Y que los dioses auténticos están todavía más vivos. Ni ellos ni Ungit son meras ideas o palabras. Nunca le dije por qué el viejo sacerdote sacaba de la oscura Morada algo que yo nunca saqué de mis elegantes sentencias. Nunca me preguntó (yo me alegraba de que no preguntase) por qué la gente obtenía de la piedra informe algo que nadie ha obtenido ni una vez de esa muñequita pintada de Arnom. Naturalmente, yo no lo sabía; pero nunca le dije que no lo sabía. No lo sé ahora. Sólo sé que el camino que conduce a los dioses auténticos se parece más a la Morada de Ungit... oh, también es distinto, más distinto incluso de lo que imaginamos, pero éste es el conocimiento elemental, la lección primera; sólo un loco querría detenerse ahí, y repetirlo con ademán afectado. El sacerdote sabía al menos que los sacrificios son necesarios. Los dioses quieren que se les rinda sacrificio; quieren que se les rinda el hombre. Sí, y el corazón mismo, el centro, la tierra y la raíz de un hombre: oscuro y fuerte y costoso como la sangre. Mándame lejos, Minos, mándame si quieres al Tártaro, si es que el Tártaro puede curar el vicio de la retórica. Le hice creer que con un parloteo de máximas bastaba, todo claro y transparente como agua. Porque es evidente que el agua es buena: y no costaba mucho, donde yo crecí. Por eso la alimenté con palabras.

Yo quería gritar que era mentira, que no me había alimentado con palabras sino con amor, que había dado, si no a los dioses sí al menos a mí, todo cuanto tenía más valor. Pero no tuve ocasión. El juicio, al parecer, había concluido.

—Paz —dijo el juez—. Esta mujer es demandante, no prisionera. Son los dioses quienes han sido acusados. Ellos le han replicado. Si, a su vez, la acusas, un juez superior y un tribunal de más alta instancia debe ver la causa. Dejadla marchar.

¿Qué camino había de tomar, allí elevada en aquel pedestal de roca? Miré a todos lados. Luego,

para terminar, me arrojé al negro mar de los espectros. Pero antes de caer en el suelo de la caverna alguien se apresuró a adelantarse y me cogió en sus fuertes brazos. Era el Zorro.

—¡Abuelo! —exclamé—. ¡Pero si eres real, y tu cuerpo cálido! Homero decía que era imposible abrazar a los muertos... que eran sólo sombras.

—Pequeña mía, mi tesoro —dijo él, besándome en los ojos y en la cabeza, como había sido su costumbre—. Una cosa que te dije si es cierta. Los poetas se equivocan con frecuencia. Pero por lo demás... ah, ¿podrás perdonarme?

—¿Perdonarte yo, abuelo? No, no, debo hablar. Supe enseguida que todas aquellas buenas razones que diste para quedarte en Gloma, siendo ya hombre libre, eran sólo un disfraz con el que camuflabas tu amor. Sabía que te quedabas sólo porque me querías y me compadecías. Sabía que tu corazón languidecía por irse a Grecia. Yo tenía el deber de enviarte allí. Pero como un animal sediento me lancé sobre el agua que me ofrecías. Oh, abuelo, Ansit tiene razón. Me he cebado con vidas humanas. Es verdad. ¿No lo es?

—Pues... sí, hija, sí lo es. Casi debería alegrarme: me da algo que perdonar. Pero yo no soy tu juez. Tus verdaderos jueces te están esperando. Estoy aquí para llevarte ante ellos.

—¿M is jueces?

—Pues sí, hija, sí. Tú has acusado a los dioses. Ahora les toca a ellos.

—No puedo esperar clemencia.

—Infinitas esperanzas... y temores: las dos cosas puedes tener. En cualquier caso, sea lo que fuere lo que vayas a obtener, ten por seguro que no será justicia.

—¿Los dioses no son justos?

—Oh, no, hija. ¿Qué sería de nosotros si lo fueran? Pero ven y verás.

Me llevaba a alguna parte y por el camino la luz iba cobrando mayor intensidad. Era una luz verdosa, estival. Fue, finalmente, luz solar filtrada entre hojas de parra. Nos hallábamos en una cámara aireada, cerrada con paredes por tres lados, pero por el cuarto sólo tenía arcos y pilares, por los que trepaba, por la parte de fuera, una parra. Más allá, entre los ligeros pilares y las frescas hojas, se veía hierba rasa y agua cristalina.

—Debemos esperar aquí hasta que seas convocada —dijo el Zorro—. Pero aquí hay muchas cosas que vale la pena examinar.

Vi entonces que las paredes de aquel lugar estaban pintadas, historiadas. Los conocimientos que tenemos en Gloma en materia de pintura son escasos, por lo que sería un pobre elogio que yo dijera que me parecieron maravillosas. Creo, pese a ello, que éstas habrían sido la maravilla de todo mortal.

—Empiezan aquí —dijo el Zorro, cogiéndome de la mano y señalando una sección de la pared. Por un momento tuve miedo de que estuviera llevándome ante un espejo, como dos veces mi padre me había llevado. Pero antes incluso de acercarnos lo suficiente a la pintura y observar lo que representaba, la idea se me fue de la cabeza sólo con ver la hermosura con que el muro estaba coloreado.

Ahora lo teníamos justo enfrente y se podía ver la historia que contaba. Vi a una mujer acercándose a la orilla de un río. Quiero decir que, por la postura plasmada, podía decirse que era la representación pintada de alguien que andaba. Esto en un primer momento. Después, apenas lo hube comprendido, la pintura cobró vida, y las crestas del agua empezaron a moverse, y con ellas también los juncos y la hierba con la brisa; y la mujer avanzaba hasta el borde del río. En este punto se paró,

se agachó, y pareció hacer algo —al principio no supe qué— con los pies. Se estaba atando los tobillos con su cinturón. La observé más de cerca. No era yo. Era Psique.

Soy demasiado vieja, y el tiempo me falta, para ponerme a describir de nuevo su belleza. En cualquier caso nada sería más inútil, y si lo hiciera no me serviría ninguna palabra conocida para decirnos cuán hermosa era. Fue como verla por primera vez. O había yo olvidado... no, nunca había podido olvidar su hermosura, ni de noche ni de día, ni por un solo instante. Todo eso duró, sin embargo, una chispa en mi pensamiento, pues al momento fue arrasado por el horror de ver qué intención era la que la había llevado al río.

—No lo hagas. No lo hagas —grité: qué tontería, como si ella pudiera oírme. Sea como fuere se detuvo, se desató los tobillos y se marchó. El Zorro me acompañó a la siguiente escena. Y también en ésta la pintura cobró vida, y en algún oscuro paraje, caverna o mazmorra, tuve que escudriñar atentamente para poder ver algo que se movía entre las tinieblas, y que ese algo era Psique: iba vestida con harapos, la aprisionaban grillos de hierro y estaba separando las semillas en sus correspondientes montones. Lo más asombroso, en este caso, es que no se veía en su rostro la angustia que yo buscaba. Estaba seria; el ceño fruncido como cuando era niña y se enfrentaba a una lección difícil (esa mirada le sentaba bien: ¿qué mirada no lo hacía?). Pero observé que no había en ella desesperación alguna. Luego, por supuesto, supe la razón. La ayudaban las hormigas. El suelo estaba negro de hormigas.

—Abuelo —dije—, es que...

—Calla —dijo el Zorro, poniéndome sobre los labios su viejo y grueso dedo (sentir otra vez su tacto, ¡después de tantos años!). Pasamos a la siguiente.

En ésta volvimos a los pastos de los dioses. Vi a Psique avanzando, sigilosa, cautelosa como un gato, pegada al seto; un momento después, el dedo sobre el labio, se detenía, se preguntaba de qué manera podría hacerse con un solo rizo del vellocino de oro. Me asombré de nuevo —aunque más que la vez pasada— de la expresión de su rostro. Pues aunque parecía confundida, era sólo como la confusión que puede causar un juego: tal como a las dos nos confundía el juego que Pubi hacía con sus cuentas. Se hubiera dicho que hasta se reía un poco, para sus adentros, de su propio desconcierto. (Y también esta expresión la conocía, de cuando era niña y alguna vez la pifiaba con sus deberes: nunca se impacientaba consigo misma, no más que con su maestro). De todos modos no estuvo confundida mucho tiempo. Los carneros olieron a la intrusa y viraron todos hacia ella, irguiendo sus terribles testas, y en un momento las bajaron en son de guerra, cargando al unísono contra el otro extremo del prado, aproximándose a su enemigo para aplastarlo como una ola sin romper o un muro de oro. Entonces Psique, riendo, dio un par de palmadas y recogió sin dificultad su áurea cosecha simplemente desbrozándola del seto.

En la siguiente escena me vi a mí misma junto a Psique; yo, sin embargo, apenas era una sombra. Avanzábamos a duras penas por aquel desierto ardiente, ella con su cuenco vacío, yo con mi libro envenenado. Ella no me veía. Y aunque su rostro languidecía por el calor y sus labios se habían agrietado por la sed, no inspiraba mayor compasión que uno de aquellos días de verano en que, al término de una caminata por las viejas colinas, la había visto volver, con el Zorro y conmigo, pálida, acalorada y sedienta. Se la veía feliz y de buen humor. Creo, por la manera de mover los labios, que iba cantando. Cuando llegó al pie de los precipicios yo me desmayé. Pero el águila fue a recibirla, tomó su cuenco y se lo devolvió, lleno hasta el borde de agua de la muerte.

Habíamos recorrido ya dos de los tres murales y nos quedaba el tercero.

—Pequeña —dijo el Zorro—, ¿has comprendido?

—Pero ¿es que son ciertas estas pinturas?

—Aquí es todo verdad.

—Pero ¿cómo pudo... cómo hizo realmente... tales cosas... cómo llegó a tales sitios... sin...? Abuelo, lo hizo todo sin recibir un solo rasguño. Era casi feliz.

—Otro cargó la angustia sobre sí.

—¿Fui yo? ¿Es esto posible?

—Ésta era una de las verdades que acostumbraba a decirte, ¿recuerdas? Todos somos miembros y parte del Todo. Más que eso: parte de cada uno. Los hombres, como los dioses, se influyen unos a otros, refluían de unos a otros, confundándose.

—Oh, doy gracias a los dioses. Los bendigo. Entonces ¿era yo quien de verdad...?

—Padece las penas, sí. Pero ella cumplió sus tareas felizmente. ¿Habías preferido recibir justicia?

—¿Te ríes de mí, abuelo? ¿Justicia? Oh, he sido reina y sé que la gente que clama justicia debe ser oída. Pero no en mi caso. Batta farfullando, Redival lloriqueando: «¿Por qué ella sí y yo no? No es justo». Y vuelta a empezar. ¡Bah!

—Esto está bien, hija. Pero ahora, ármate de valor y mira el tercer mural.

Así lo hicimos y vimos a Psique vagando sola por un ancho sendero bajo tierra; la pendiente era suave, pero iba cada vez más hacia dentro, siempre en descenso.

—Ésta es la última tarea que Ungit le ha impuesto. Debe...

—¿Es que hay una Ungit de verdad?

—Todos, incluida Psique, nacemos de la morada de Ungit. Y todos debemos liberarnos de ella. O digamos, tal vez, que Ungit debe llevar en cada uno al hijo de Ungit y morir en la hora del parto... o cambiar. Y ahora Psique debe descender a los infiernos para meter en un pequeño cofre la belleza de la Reina de los Infiernos, de la muerte misma; y llevársela a Ungit para que Ungit pueda volverse bella. Hay sin embargo una ley para este viaje: si, por cualquier temor o favor o amor o piedad, habla con alguien por el camino, jamás volverá a ver las tierras que alumbra el sol. Debe seguir su camino siempre hacia delante, en silencio, hasta encontrarse ante el trono de la Reina de las Sombras. He aquí el peligro. Ahora observa.

No necesitaba decirlo. Los dos observábamos. Psique caminaba y caminaba, hacia las profundidades de la tierra: todo era cada vez más frío, más oscuro, más profundo. Finalmente, una luz glacial se vio a un lado del sendero, donde (creo) aquel gran túnel o galería por el que viajaba se abría al exterior. Y es que allí, bajo aquella luz de hielo, se congregaba una chusma numerosa. Sus palabras y sus ropas me revelaron enseguida que eran gentes de Gloma. Algunas caras me fueron conocidas.

—¡Istra! ¡Princesa! ¡Ungit! —vociferaban, alargando los brazos—. Quédate con nosotros. Sé nuestra diosa. Gobiérnanos. Dinos oráculos. Recibe nuestros sacrificios. Sé nuestra diosa.

Psique siguió su camino sin mirarlos siquiera.

—No sé quién es su enemigo —dije yo—, pero no es muy listo si se ha creído que ella iba a titubear por una cosa así.

—Aguarda —dijo el Zorro.

Psique, sin apartar la vista del camino, proseguía su descenso adentrándose cada vez más, y de nuevo, del lado izquierdo, surgió una luz. Una silueta se recortó en ella. Sentí un sobresalto al verla, y miré a mi lado. El Zorro estaba allí, inmóvil; pero quien se había alzado en la fría luz para recibir a Psique en el recodo del camino era el Zorro también: sólo que más viejo, más cano, más pálido que el Zorro que tenía junto a mí.

—Oh, Psique, Psique —decía el Zorro de la imagen (de aquel otro mundo, digamos: no era algo pintado)—, ¿qué locura es ésta? ¿Qué estás haciendo, deambulando por un túnel bajo tierra? ¿Qué dices? ¿Crees que éste es el camino que lleva a los infiernos? ¿Crees que los dioses te han enviado? Sólo son mentiras, hija, mentiras de sacerdotes y poetas. Sólo es una cueva o una mina abandonada. No hay infiernos como tú los sueñas, ni dioses tales. Sólo al dios que hay dentro de ti tienes que obedecer: razón, templanza, autodisciplina. Vamos, pequeña, ¿es que vas a ser una bárbara toda tu vida? Y yo, que iba a haberte dado una alma clara, griega, al máximo de sus facultades. Pero nunca es tarde. Ven conmigo y te enseñaré la senda que te hará salir de toda esta oscuridad; volveremos al campito de hierba de detrás de los perales, donde todo era simple, preciso, claro y bien perfilado.

Pero Psique siguió adelante sin mirarlo ni una sola vez.

Y un poco más adelante llegó a un tercer recodo donde había una lucecita en la parte izquierda de la oscura senda. En medio de esa luz algo cuya forma recordaba la de una mujer se puso en pie; su cara me era desconocida. Al mirarla sentí en el alma una gran pena que casi me descompuso. No estaba llorando, pero en sus ojos podía verse que había llorado tanto que se le habían secado las lágrimas. Desesperación, humillación, súplica, reproches sin límite: todo eso había en ella. Y entonces temí por Psique. Yo sabía que aquel ser estaba ahí sólo para que cayera en la trampa y se desviara de su ruta. Pero ¿y ella? ¿Lo sabía? Y si lo sabía, ¿sería capaz, con lo amorosa y compasiva que era, de pasar de largo? La prueba era demasiado difícil. Sus ojos miraban al frente; pero evidentemente, de reojo, lo habían visto todo. Un escalofrío la estremeció. Sus labios se retorcieron, con la amenaza de un sollozo. Se los mordió para ponerlos en su sitio. «Oh, dioses del cielo, protegédla», me dije. «Deprisa, deprisa, ayúdala a pasar».

La mujer alargó sus brazos hacia ella, y vi que del izquierdo chorreaba sangre. Luego sonó su voz, ¡y qué voz! Tan ronca, y pese a ello tan parecida a la de una mujer, tan llena de pasión; habría conmovido a cualquiera aun hablando jocosamente o de fruslerías. Pero en esos momentos (¿quién podía resistirse?) habría roto un corazón de hierro.

—Oh, Psique —se lamentaba—. Oh, mi niña, mi único amor. Vuelve. Vuelve. Vuelve al mundo aquel en el que juntas éramos felices. Vuelve a Maia.

Psique se mordió el labio hasta hacerse sangre y lloró amargamente. Su dolor me pareció más hondo que el de la lloriqueante Orual. Orual sólo tenía que padecer esto; Psique tenía además que seguir su camino. Continuó; la perdimos de vista, marchando siempre muerte adentro. Ésta era la última escena.

El Zorro y yo volvíamos a estar solos.

—¿Realmente le hicimos esto? —pregunté.

—Sí. Aquí todo es verdad.

—Y decíamos que la queríamos.

—Y la queríamos. Pero nosotros éramos su peor enemigo. Y en ese día remoto en que los dioses se vuelvan completamente hermosos, o en que al fin aprendamos lo hermosos que siempre han sido,

esta situación se repetirá mucho más. Porque, como tú dijiste, los mortales se volverán cada día más celosos. Y madre y esposa e hijo y amigo se aliarán para impedir que un alma se una a la Naturaleza Divina.

—Y Psique, en aquella época terrible en que yo la creía cruel... ¿quizá sufría más que yo?

—Cargó mucho por ti en esos días. Después tú has cargado algo por ella.

—Abuelo, ¿se volverán así de hermosos los dioses algún día?

—Dicen... pero ni yo, que estoy muerto, entiendo más que un par de palabras de su lengua, y no del todo. Sólo sé esto. Esta era nuestra será algún día el pasado remoto. Y la Naturaleza Divina puede alterar el pasado. Nada tiene todavía su verdadera forma.

Al decir esto, desde fuera, un gran número de voces dulces y a la vez temibles, se alzaron en gritos: «Ya viene. Nuestra señora vuelve a casa; la diosa Psique regresa de los infiernos trayendo en su cofre la belleza de la Reina de las Sombras».

—Ven —me dijo el Zorro. Yo creo que había perdido mi voluntad. Cogiéndome de la mano, me llevó entre los pilares (las hojas de parra me acariciaron el pelo al pasar) a la cálida luz del sol. Allí había un bonito patio, con césped, y un cielo azul, lleno de frescura: un cielo de montaña. En medio del patio había un estanque de agua clara en el que habría podido nadar y jugar un buen número de personas a la vez. Entonces empezaron a oírse pasos y murmullos de gente invisible, y más voces (ahora como amortiguadas). Sin darme cuenta me encontré de pronto en el suelo, boca abajo: Psique había llegado y yo besaba sus pies.

—Oh, Psique, oh, diosa —dije—. Jamás volveré a decir que eres mía; diré que todo cuanto hay en mí te pertenece. Ay de mí, ahora conoces su valor. Nunca te quise bien, nunca tuve un solo pensamiento para ti que no fuese pensando en mí. Fui cobarde.

Se agachó para ayudarme a levantar. Y al ver que yo no osaba, me dijo:

—Pero Maia, querida Maia, debes ponerte en pie. No te he dado el cofre. Y sabes que he hecho un largo viaje para traer la belleza que hará bella a Ungit.

Entonces me puse en pie, bañada en lágrimas de una especie que no corre en este país. Ella estaba frente a mí, ofreciéndome algo que yo debía tomar. Supe entonces en verdad que era una diosa. Sus manos me quemaron (pero la quemadura no dolía) al tocar las mías. El aroma que desprendía su cuerpo, sus ropas, su cabello, era dulce y salvaje: la juventud pareció embargarme al respirarlo. Y no obstante (esto es difícil de explicar), pese a todo, incluso por su causa, ella era todavía la Psique de siempre: mil veces más ella misma que antes de la Ofrenda. Porque todo aquello que entonces era un simple parpadeo cazado al vuelo en una mirada o en un gesto, todo lo que uno quería decir especialmente al decir su nombre, se había hecho ahora totalmente presente, y no como una insinuación o un detalle que deben ser reconstruidos, no como algo que una vez es una cosa y luego otra. ¿Una diosa? Era la primera vez que veía una mujer de verdad.

—¿No te dije, Maia —dijo—, que llegaría un día en que tú y yo nos encontraríamos en mi casa sin una sombra entre las dos?

Enmudecí de gozo. Y pensé que en ese momento me había elevado a lo más alto, había alcanzado la plenitud suprema del ser que el alma humana puede contener. Y ahora, ¿qué ocurría? ¿Habéis visto palidecer las antorchas en el salón de los banquetes cuando los hombres abren las contraventanas y entra, resplandeciente, jovial, la luz del verano? Pues eso sucedía ahora. De repente, una extraña expresión en el rostro de Psique (por la que entendí que algo sabía ella de lo que nada había dicho), o

un glorioso y terrible cambio en el cielo que lo hacía más profundo, o un aliento hondo como un suspiro que labios invisibles exhalasen a nuestro alrededor, o una conjetura estremecedora, profunda, vacilante, que saliera de mi corazón, me hicieron ver que todo aquello había sido sólo una preparación. Había un asunto de mucha mayor envergadura a punto de advenir sobre nosotros. Las voces hablaron de nuevo: pero esta vez sin gritar. Estaban sobrecogidas y temblorosas.

—Ya viene —decían—. El dios entra en su casa. El dios viene a juzgar a Orual.

Si Psique no me hubiera sujetado de la mano, me habría desplomado. Me había conducido hasta el borde mismo del estanque. El aire era cada vez más luminoso: como si se hubiese prendido fuego por algo. A cada respiración mía acompañaba un nuevo sentimiento, de terror, de alegría, de arrolladora dulzura. Sus flechas se me clavaban más y más dentro. Me estaban deshaciendo. No era nadie. Pero esto no es decir mucho: de hecho, incluso Psique, en cierta medida, no era nadie. La amaba como una vez había creído que no se podía amar; habría muerto cualquier muerte por ella. Y pese a todo, no era ella, ahora no era ella quien de verdad importaba. O si importaba (y, oh, gloriosamente sí importaba) era por causa de otro. La tierra, las estrellas, el sol, todo lo que fue o será, existían por su causa. Y ya llegaba. Lo más horrible, lo más hermoso, el único horror y hermosura que existe, ya estaba aquí. Los pilares del otro extremo del estanque se ruborizaron al ver que se acercaba. Yo bajé la mirada.

Dos figuras, dos reflejos, sus pies a nuestros pies, estaban allí plantadas, la cabeza inclinada mirando el agua. Pero ¿quiénes eran? ¿Dos Psiques, una vestida, otra desnuda? Sí, dos Psiques, las dos hermosas (si es que eso tenía ahora alguna importancia) más allá de lo imaginable, aunque no exactamente iguales.

—Tú también eres Psique —se oyó decir a una voz potente. Alcé entonces la mirada, no sé cómo me atreví. Pero no vi ningún dios, ningún estrado con pilares. Estaba en los jardines de palacio, con mi absurdo libro en la mano. La visión del ojo se apagó, al parecer, un momento antes de que el oráculo se extinguiese para el oído. Pues las palabras aún se oían.

Esto ocurrió hace cuatro días. Me encontraron tendida en la hierba, y no recuperé el habla hasta pasadas muchas horas. El cuerpo, viejo, no va a soportar muchas más visiones de este calibre; quizá (aunque ¿quién podría decirlo?) el alma no las vaya a necesitar. Le he sonsacado a Arnom la verdad: según cree, me hallo ahora muy próxima a morir. Es extraño: lloraba; y también mis mujeres. ¿Habré hecho yo algo para complacerlos? Mi obligación habría sido tener a Daaran aquí conmigo y aprender a quererlo y enseñarle, si podía, a quererlos a ellos.

Concluí mi primer libro con las palabras «nada que alegar». Ahora sé, Señor, por qué no te pronuncias. Tú mismo eres la respuesta. Ante tu rostro los interrogantes se desvanecen. ¿Qué otra respuesta nos iba a colmar? Tan sólo palabras, palabras; palabras que luchan con otras palabras. Cuánto tiempo te he odiado, cuánto te he temido. Quizá...

(Yo, Arnom, sacerdote de Afrodita, rescaté este rollo y lo deposité en el templo. En cuanto a los signos que siguen a la palabra «quizá», creemos que, al morir, la reina se desplomó de cabeza sobre ellos y no nos es posible leerlos. Este libro, en su totalidad, fue escrito por la reina Orual de Gloma, entre los príncipes conocidos a este lado del mundo, la más sabia, la más justa, valiente, afortunada y magnánima. Si este libro llega a manos de algún extranjero que tenga el propósito de viajar a Grecia, que se lo lleve con él, pues ése parece haber sido el mayor deseo de la reina. El sacerdote que me suceda debe conservarlo con la obligación de desprenderse de él si algún extranjero se compromete bajo juramento a llevarlo consigo a Grecia).